

# LA REVOLUCIÓN CUBANA

MEDIO SIGLO DE ANTIMPERIALISMO Y SOLIDARIDAD



# contexto

## LATINOAMERICANO

---

REVISTA DE ANÁLISIS POLÍTICO  
no.10 / 2008



una editorial latinoamericana

*Contexto Latinoamericano* es una revista de análisis político publicada por la editorial Ocean Sur. Su propósito es fomentar y divulgar el intercambio de ideas entre los líderes y activistas de los partidos, organizaciones y movimientos políticos y sociales de la izquierda, con la participación de especialistas de las ciencias sociales, comunicadores y artistas comprometidos con la emancipación de los pueblos de América Latina y el Caribe.

## contexto LATINOAMERICANO

---

Director: **David Deutschmann**

Editor: **Roberto Regalado**

Editora Adjunta: **Ivón Muñiz**

Diseño Gráfico: **Víctor MCM**

Composición: **Miriam Hernández**

Consejo Editorial: **Carlos Henrique Árabe** (Brasil), **Jesús Arboleya** (Cuba),  
**María del Carmen Ariet** (Cuba), **José Reinaldo Carvalho** (Brasil),  
**Jaime Caycedo** (Colombia), **Gustavo Cudas** (Paraguay),  
**Javier Diez Canseco** (Perú), **Patricio Echegaray** (Argentina),  
**Saúl Escobar** (México), **Gloria Florez** (Colombia),  
**Eliana García** (México), **Fermín González** (Colombia),  
**Medardo González** (El Salvador), **Pablo González Casanova** (México),  
**Sergio Guerra** (Cuba), **Néstor Kohan** (Argentina),  
**Claudia Korol** (Argentina), **Gilberto López y Rivas** (México),  
**Fernando Martín** (Puerto Rico), **Vivian Martínez Tabares** (Cuba),  
**Hugo Moldiz** (Bolivia), **Julio A. Muriente** (Puerto Rico),  
**Valter Pomar** (Brasil), **Renán Raffo** (Perú),  
**Germán Rodas** (Ecuador), **María Guadalupe Rodríguez** (México),  
**Javier Salado** (Ocean Sur), **Niko Schvarz** (Uruguay),  
**John Saxe Fernández** (México), **Guillermo Teillier** (Chile)

Cada trabajo expresa la opinión de su autor. La opinión de *Contexto Latinoamericano* se expone en *Palabras del editor* y en aquellas notas que así lo indican.

no.10 / diciembre 2008

Derechos © 2008 Ocean Sur • Derechos © 2008 **Contexto Latinoamericano**

ISSN: 18340679 • ISBN: 978-1-921438-03-5

**Redacción:** Juan de la Barrera no. 9, Colonia Condesa,

Delegación Cuauhtémoc, CP. 06140, México D.F.

tel. (52) 5553 5512 • [contextolatino@enet.cu](mailto:contextolatino@enet.cu) • [www.oceansur.com](http://www.oceansur.com)

**Informes y suscripciones:** [info@oceansur.com](mailto:info@oceansur.com)

Impreso en México por Quebecor World Querétaro S.A.

**Cubierta:** Entrada de Fidel y Camilo en La Habana, 8 de enero de 1959

**Foto:** Alberto Korda

# sumario



• **palabras del editor** 5

• **la revolución cubana: páginas memorables**

Segunda Declaración de La Habana 10

Crear dos, tres... muchos Viet Nam, es la consigna 33

**Ernesto Che Guevara**

La crisis actual del imperialismo y los procesos revolucionarios  
en América Latina y el Caribe 47

**Manuel Piñero Losada**

Casa es nuestra América, nuestra cultura, nuestra Revolución 75

**Haydee Santamaría**

Discurso en la Plaza de la Revolución, 1ro. de mayo de 2003 91

**Fidel Castro**

• **la revolución cubana: miradas contemporáneas**

La proyección continental de la Revolución Cubana 104

**Roberto Regalado**

El remolino interminable: los Estados Unidos-América Latina 117

**Jorge Hernández**

El conflicto Estados Unidos-Cuba 135

**Luis René Fernández Tabío**

Las relaciones internacionales de Cuba 151

**Isabel Allende**

Cuba: solidaridad e internacionalismo socialistas 163

**Felipe de J. Pérez Cruz**



# ocean sur

una nueva editorial latinoamericana  
[www.oceansur.com](http://www.oceansur.com) • [info@oceansur.com](mailto:info@oceansur.com)

Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos: Bolívar, Martí, Che Guevara, Fidel Castro, Haydee Santamaría, Roque Dalton, Hugo Chávez, Evo Morales y otros. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antimperialista, Ocean Sur desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de los protagonistas del renacer de Nuestra América.

Publicamos relevantes contribuciones sobre teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional. Nuestras colecciones, entre ellas, Proyecto Editorial Che Guevara, Fidel Castro, Roque Dalton, Biblioteca Marxista, Proyecto Contexto Latinoamericano, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, La otra historia de América Latina y Pensamiento Socialista, promueven el debate de ideas como paradigma emancipador de la humanidad. Ocean Sur es un lugar de encuentros.

# palabrasdeeditor

La Revolución Cubana cumple cincuenta años y *Contexto Latinoamericano*, cuyo colectivo se regocija al conmemorarlos, se pregunta cómo hacerlo, debido a que su obra y su trascendencia desbordan cualquier dimensión imaginada en el plano de la emancipación humana. Sería entonces imposible, en una edición especial, transcribir desde diversos espacios, su auténtica esencia antimperialista, tercermundista y latinoamericanista. Ante semejante reto, optamos entonces por enfocar, aunque sea de forma parcial, uno de los temas que consideramos de mayor interés para nuestros lectores: la política internacional de Cuba, con atención especial al diferendo bilateral con los Estados Unidos y a las relaciones solidarias con los pueblos del Sur, en particular los de América Latina y el Caribe.

Este número especial consta de dos partes que dialogan entre sí. La primera contiene cinco textos emblemáticos de la política exterior desarrollada por la Revolución Cubana a lo largo de este medio siglo y la segunda incluye cinco artículos de autores cubanos sobre aspectos esenciales de esa política y los factores que la condicionan.

La «Segunda Declaración de La Habana», aprobada el 4 de febrero de 1962 por cientos de miles de cubanos congregados en la Plaza de la Revolución José Martí, fue la digna respuesta a la expulsión de Cuba de la OEA y a la ruptura de las relaciones diplomáticas, comerciales y consulares con la isla caribeña, acordadas unos días antes en la reunión de cancilleres de Punta del Este, Uruguay. Este visionario documento es uno de los que con mayor precisión y elocuencia denuncian la historia de dominación y explotación a la que ha sido sometida América Latina, llama a los revolucionarios a luchar por su liberación y establece las bases de la política exterior de la Revolución Cubana, a saber, su derecho de respuesta a las agresiones del imperialismo norteamericano y las oligarquías de la región, y el deber de brindar su apoyo solidario a la lucha emancipadora de los pueblos del Sur, en especial a los de América Latina y el Caribe. Aún nos estremecen los ecos del discurso pronunciado

el 12 de diciembre de 1964 por el comandante Ernesto Che Guevara ante la Asamblea General de la ONU, cuando cita las palabras finales de esta Declaración:

Porque esta gran humanidad ha dicho «¡Basta!» y ha echado a andar. Y su marcha de gigantes ya no se detendrá hasta conquistar la verdadera independencia, por la que ya han muerto más de una vez inútilmente. ¡Ahora, en todo caso, los que mueran, morirán como los de Cuba, los de Playa Girón, morirán por su única, verdadera, irrenunciable independencia!

Del propio Che, ese símbolo supremo de solidaridad e internacionalismo, reproducimos «Crear dos, tres... muchos Viet Nam, es la consigna», su mensaje a la Conferencia Tricontinental de Solidaridad con los Pueblos de Asia, África y América Latina, efectuada en La Habana en enero de 1966, redactado mientras se entrenaba en secreto para iniciar su gesta emancipadora en tierras bolivianas. No dejarán de conmovernos las palabras finales de este mensaje, considerado su testamento político:

En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ese, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo, y otra mano se tienda a empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.

El autor del tercer documento incluido en esta revista fue el comandante Manuel Piñeiro Losada, quien desempeñó, sucesivamente, la jefatura del Viceministerio Técnico del Ministerio del Interior, de la Dirección General de Liberación Nacional de dicho Ministerio, del Departamento de América del Partido Comunista de Cuba y, por último, de la actual Área de América del Departamento de Relaciones Internacionales de ese Partido, desde las que en distintos momentos históricos se han canalizado las relaciones y la solidaridad con la izquierda latinoamericana y caribeña.

En su texto «La crisis actual del imperialismo y los procesos revolucionarios en América Latina y el Caribe», de abril de 1982, Piñeiro refleja la visión cubana sobre este tema veinte años después de la «Segunda Declaración de La Habana», tres años después del triunfo de las revoluciones nicaragüense y granadina, y tres años antes del principio del fin de la bipolaridad. Anticipándose a un cambio de etapa histórica que era prematuro desentrañar, afirma que el carácter revolucionario o reformista de una lucha no está determinado por su forma, armada o legal, sino por sus objetivos finales, aunque también advierte que, en los procesos revolucionarios legales, hay que estar preparados para defender su continuidad y realización plena mediante el uso de las armas.

Uno de los principales ámbitos de la relación de Cuba con los otros pueblos de América Latina y el Caribe es la cultura, y un pilar esencial de esa relación es la labor desarrollada por la Casa de las Américas, desde su fundación en abril de 1959 hasta nuestros días. Como homenaje a tan prestigiosa institución, y a su fundadora, incluimos la entrevista realizada por el periodista y escritor Jaime Sarusky a Haydee

Santamaría, que titulara «Casa es nuestra América, nuestra cultura, nuestra Revolución», donde la heroína del asalto al Cuartel Moncada y combatiente del Ejército Rebelde habla sobre los orígenes y objetivos de la Casa, concebida como un espacio de encuentro y diálogo entre los creadores del continente y de todo el mundo, y a cuyos proyectos aportó su clara visión integradora y latinoamericanista.

Como cierre de esta primera parte, el discurso pronunciado el 1.º de mayo de 2003 por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, en la Plaza de la Revolución José Martí, funde memoria histórica con reflexiones raigales sobre los logros y desafíos más inmediatos de la Revolución Cubana, y exalta en particular su contribución internacionalista civil y militar. Con palabras de Fidel:

Ningún otro país en nuestra época cuenta con tan brillante página de solidaridad sincera y desinteresada.

Cuba predicó siempre con su ejemplo. Jamás claudicó. Jamás vendió la causa de otro pueblo. Jamás hizo concesiones. Jamás traicionó principios.

La segunda parte inicia sus páginas con «La proyección continental de la Revolución Cubana», de Roberto Regalado, texto que define y examina los tres ámbitos en que esa proyección se manifiesta: el enfrentamiento al imperialismo norteamericano, el apoyo a las luchas de los pueblos de América Latina y el Caribe, y la relación con los gobiernos del área. Según el autor, los dos primeros elementos de esta trilogía son los que desempeñan el papel determinante, mientras que el tercero varía en la medida en que cada gobierno latinoamericano y caribeño se somete a los dictados imperialistas o responde a los intereses de su pueblo.

En «El remolino interminable: la política de los Estados Unidos hacia América Latina», Jorge Hernández evalúa de manera crítica la metáfora utilizada por el politólogo y ex funcionario gubernamental estadounidense Robert Pastor, al nombrar *remolino* a la tradicional política errática de dicho país en los conflictos latinoamericanos y a su incapacidad para resolverlos adecuadamente. Hernández esboza las coordenadas de continuidad y cambio dentro de las cuales cabe prever el desarrollo de la política hacia América Latina y el Caribe del presidente Barack Obama.

«El conflicto entre los Estados Unidos y Cuba», de Luis René Fernández Tabío, analiza las principales etapas por las que ha atravesado el diferendo entre ambos países, expone las razones del fracaso del bloqueo imperialista que pretende asfixiar la Revolución, hace un balance de la política anticubana de George W. Bush, y plantea algunas ideas preliminares sobre los primeros pasos del gobierno de Obama con respecto a Cuba.

En «Las relaciones internacionales de Cuba», además de explicar las raíces históricas de la política exterior de la Revolución, sus principios y objetivos fundamentales, Isabel Allende destaca la coherencia existente entre la continuidad esencial de esa política y las readecuaciones periódicas realizadas a ella en respuesta a los cambios internacionales y continentales ocurridos durante las últimas cinco décadas.



Entre los éxitos más recientes de Cuba en este campo, la autora resalta su capacidad de sobreponerse a las consecuencias de la desaparición de la URSS, el enfrentamiento exitoso a las recrudecidas agresiones imperialistas, la derrota de todos los intentos de aislarla, la sistematización de la condena casi unánime al bloqueo de los Estados Unidos por parte de la Asamblea General de la ONU, y la creciente presencia cubana en el mundo por medio de sus misiones de cooperación en las esferas de la salud, la educación y muchas otras.

La historia de la colaboración civil y militar es el tema abordado en «Cuba: solidaridad e internacionalismo socialistas», de Felipe de J. Pérez Cruz, quien no solo condensa y examina en este texto los beneficios recibidos por numerosos pueblos gracias a la labor abnegada y desinteresada de cientos de miles de cubanas y cubanos, sino también cómo esta política contribuye al fortalecimiento de la propia Revolución Cubana mediante la sedimentación de valores y la formación de una sólida red de relaciones, no solo políticas y diplomáticas, sino también humanas.

Habitados por la certidumbre de que los lectores de *Contexto Latinoamericano* comparten esta celebración, queremos al unísono extender un entrañable abrazo al pueblo de Cuba a medio siglo del triunfo de su Revolución.

CHROMATIC



5A



6A



59A

40

SENSITIVE

# La REVOLUCIÓN DE LOS CUBANOS CUBANA

PAGINAS MEMORABLES

7A

PERSENSITIVE



11A

11



4A



## Segunda Declaración de La Habana\*

Del pueblo de Cuba a los pueblos de América y del mundo.

Vísperas de su muerte, en carta inconclusa porque una bala española le atravesó el corazón, el 18 de mayo de 1895, José Martí, Apóstol de nuestra independencia, escribió a su amigo Manuel Mercado:

Ya puedo escribir... ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber... de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso... Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos, más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal que los desprecia, les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio que se hace en bien inmediato y de ellos. Viví en el monstruo y le conozco sus entrañas; y mi honda es la de David.

Ya Martí, en 1895, señaló el peligro que se cernía sobre América y llamó al imperialismo por su nombre: imperialismo. A los pueblos de América advirtió que ellos estaban más que nadie interesados en que Cuba no sucumbiera a la codicia yanqui, despreciadora de los pueblos latinoamericanos. Y con su propia sangre, vertida por

---

\* En agosto de 1960, bajo la instigación de Washington, 19 de los 21 miembros de la Organización de Estados Americanos (OEA), que se reunieron en San José, Costa Rica, votan contra Cuba para que rechace la ayuda de la Unión Soviética y China. Como respuesta, en una multitudinaria concentración popular en La Habana, el 2 de septiembre fue proclamada la «Declaración de La Habana». Después de que Cuba finalmente fue expulsada de la OEA en una reunión en enero de 1962, en Punta del Este, Uruguay, y después de que Washington estableció, desde febrero, un bloqueo a la Isla, otra gran reunión de masas ocurrió en La Habana. En ella, Fidel Castro lee esta «Segunda Declaración de La Habana» y afirma el derecho de los pueblos de las Américas a la soberanía y la independencia. [N. del E.]

Cuba y por América, rubricó las póstumas palabras que, en homenaje a su recuerdo, el pueblo de Cuba suscribe hoy a la cabeza de esta Declaración.

Han transcurrido sesenta y siete años. Puerto Rico fue convertida en colonia y es todavía colonia saturada de bases militares. Cuba cayó también en las garras del imperialismo. Sus tropas ocuparon nuestro territorio. La Enmienda Platt fue impuesta a nuestra primera Constitución, como cláusula humillante que consagraba el odioso derecho de intervención extranjera. Nuestras riquezas pasaron a sus manos, nuestra historia falseada, nuestra administración y nuestra política moldeada por entero a los intereses de los interventores; la nación sometida a sesenta años de asfixia política, económica y cultural.

Pero Cuba se levantó, Cuba pudo redimirse a sí misma del bastardo tutelaje. Cuba rompió las cadenas que ataban su suerte al imperio opresor, rescató sus riquezas, reivindicó su cultura, y desplegó su bandera soberana de territorio y pueblo libre de América.

Ya Estados Unidos no podrá caer jamás sobre América con la fuerza de Cuba, pero en cambio, dominando a la mayoría de los Estados de América Latina, Estados Unidos pretende caer sobre Cuba con la fuerza de América.

¿Qué es la historia de Cuba sino la historia de América Latina? ¿Y qué es la historia de América Latina sino la historia de Asia, África y Oceanía? ¿Y qué es la historia de todos estos pueblos sino la historia de la explotación más despiadada y cruel del imperialismo en el mundo entero?

A fines del siglo pasado y comienzos del presente, un puñado de naciones económicamente desarrolladas habían terminado de repartirse el mundo, sometiendo a su dominio económico y político a las dos terceras partes de la humanidad, que, de esta forma, se vio obligada a trabajar para las clases dominantes del grupo de países de economía capitalista desarrollada.

Las circunstancias históricas que permitieron a ciertos países europeos y a Estados Unidos de Norteamérica un alto nivel de desarrollo industrial, los situó en posición de poder someter a su dominio y explotación al resto del mundo.

¿Qué móviles impulsaron esa expansión de las potencias industrializadas? ¿Fueron razones de tipo moral, «civilizadoras», como ellos alegaban? No: fueron razones de tipo económico.

Desde el descubrimiento de América, que lanzó a los conquistadores europeos a través de los mares a ocupar y explotar las tierras y los habitantes de otros continentes, el afán de riqueza fue el móvil fundamental de su conducta. El propio descubrimiento de América se realizó en busca de rutas más cortas hacia el Oriente, cuyas mercaderías eran altamente pagadas en Europa.

Una nueva clase social, los comerciantes y los productores de artículos manufacturados para el comercio, surge del seno de la sociedad feudal de señores y siervos en las postrimerías de la Edad Media.

La sed de oro fue el resorte que movió los esfuerzos de esa nueva clase. El afán de ganancia fue el incentivo de su conducta a través de su historia. Con el desarrollo de la industria manufacturera y el comercio fue creciendo su influencia social. Las nuevas fuerzas productivas que se desarrollaban en el seno de la sociedad feudal chocaban cada vez más con las relaciones de servidumbre propias del feudalismo, sus leyes, sus instituciones, su filosofía, su moral, su arte y su ideología política.

Nuevas ideas filosóficas y políticas, nuevos conceptos del derecho y del Estado fueron proclamados por los representantes intelectuales de la clase burguesa, los que por responder a las nuevas necesidades de la vida social, poco a poco se hicieron conciencia en las masas explotadas. Eran entonces ideas revolucionarias frente a las ideas caducas de la sociedad feudal. Los campesinos, los artesanos y los obreros de las manufacturas, encabezados por la burguesía, echaron por tierra el orden feudal, su filosofía, sus ideas, sus instituciones, sus leyes y los privilegios de la clase dominante, es decir, la nobleza hereditaria.

Entonces la burguesía consideraba justa y necesaria la revolución. No pensaba que el orden feudal podía y debía ser eterno, como piensa ahora de su orden social capitalista. Alentaba a los campesinos a librarse de la servidumbre feudal, alentaba a los artesanos contra las relaciones gremiales, y reclamaba el derecho al poder político. Los monarcas absolutos, la nobleza y el alto clero defendían tenazmente sus privilegios de clase, proclamando el derecho divino de la corona y la intangibilidad del orden social. Ser liberal, proclamar las ideas de Voltaire, Diderot o Juan Jacobo Rousseau, portavoces de la filosofía burguesa, constituía entonces para las clases dominantes un delito tan grave como es hoy para la burguesía ser socialista y proclamar las ideas de Marx, Engels y Lenin.

Cuando la burguesía conquistó el poder político y estableció sobre las ruinas de la sociedad feudal su modo capitalista de producción, sobre ese modo de producción erigió su Estado, sus leyes, sus ideas e instituciones.

Esas instituciones consagraban, en primer término, la esencia de su dominación de clase: la propiedad privada. La nueva sociedad, basada en la propiedad privada sobre los medios de producción y en la libre competencia, quedó así dividida en dos clases fundamentales: una, poseedora de los medios de producción, cada vez más modernos y eficientes; la otra, desprovista de toda riqueza, poseedora solo de su fuerza de trabajo, obligada a venderla en el mercado como una mercancía más para poder subsistir.

Rotas las trabas del feudalismo, las fuerzas productivas se desarrollaron extraordinariamente. Surgieron las grandes fábricas donde se acumulaba un número cada vez mayor de obreros.

Las fábricas más modernas y técnicamente eficientes iban desplazando del mercado a los competidores menos eficaces. El costo de los equipos industriales se hacía cada vez mayor; era necesario acumular cada vez sumas superiores de capital. Una

parte importante de la producción se fue acumulando en un número menor de manos. Surgieron así las grandes empresas capitalistas y, más adelante, las asociaciones de grandes empresas a través de *cartels*, sindicatos, *trusts* y consorcios, según el grado y el carácter de la asociación, controlados por los poseedores de la mayoría de las acciones, es decir, por los más poderosos caballeros de la industria. La libre competencia, característica del capitalismo en su primera fase, dio paso a los monopolios que concertaban acuerdos entre sí y controlaban los mercados.

¿De dónde salieron las colosales sumas de recursos que permitieron a un puñado de monopolistas acumular miles de millones de dólares? Sencillamente, de la explotación del trabajo humano. Millones de hombres, obligados a trabajar por un salario de subsistencia, produjeron con su esfuerzo los gigantescos capitales de los monopolios. Los trabajadores acumularon las fortunas de las clases privilegiadas, cada vez más ricas, cada vez más poderosas. A través de las instituciones bancarias llegaron a disponer estas no solo de su propio dinero, sino también del dinero de toda la sociedad. Así se produjo la fusión de los bancos con la gran industria y nació el capital financiero. ¿Qué hacer entonces con los grandes excedentes de capital que en cantidades mayores se iba acumulando? Invasión con ellos el mundo. Siempre en pos de la ganancia, comenzaron a apoderarse de las riquezas naturales de todos los países económicamente débiles y a explotar el trabajo humano de sus pobladores con salarios mucho más míseros que los que se veían obligados a pagar a los obreros de la propia metrópoli. Se inició así el reparto territorial y económico del mundo. En 1914, ocho o diez países imperialistas habían sometido a su dominio económico y político, fuera de sus fronteras, a territorios cuya extensión ascendía a 83 700 000 kilómetros cuadrados, con una población de 970 millones de habitantes. Sencillamente se habían repartido el mundo.

Pero como el mundo era limitado en extensión, repartido ya hasta el último rincón del globo, vino el choque entre los distintos países monopolistas y surgieron las pugnas por nuevos repartos, originadas en la distribución no proporcional al poder industrial y económico que los distintos países monopolistas, en desarrollo desigual, habían alcanzado. Estallaron las guerras imperialistas, que costarían a la humanidad 50 millones de muertos, decenas de millones de inválidos e incalculables riquezas materiales y culturales destruidas. Aún no había sucedido esto cuando ya Marx escribió que «el capital recién nacido rezumaba sangre y fango por todos los poros, desde los pies a la cabeza».

El sistema capitalista de producción, una vez que hubo dado de sí todo lo que era capaz, se convirtió en un abismal obstáculo al progreso de la humanidad. Pero la burguesía, desde su origen, llevaba en sí misma su contrario. En su seno se desarrollaron gigantescos instrumentos productivos, pero a su vez se desarrolló una nueva y vigorosa fuerza social: el proletariado, llamado a cambiar el sistema social ya viejo y caduco del capitalismo por una forma económico-social superior y acorde con las

posibilidades históricas de la sociedad humana, convirtiendo en propiedad de toda la sociedad esos gigantescos medios de producción que los pueblos, y nada más que los pueblos con su trabajo, habían creado y acumulado. A tal grado de desarrollo de las fuerzas productivas, resultaba absolutamente caduco y anacrónico un régimen que postulaba la posesión privada y, con ello, la subordinación de la economía de millones y millones de seres humanos a los dictados de una exigua minoría social.

Los intereses de la humanidad reclamaban el cese de la anarquía en la producción, el derroche, las crisis económicas y las guerras de rapiña propias del sistema capitalista. Las crecientes necesidades del género humano y la posibilidad de satisfacerlas, exigían el desarrollo planificado de la economía y la utilización racional de sus medios de producción y recursos naturales.

Era inevitable que el imperialismo y el colonialismo entraran en profunda e insalvable crisis. La crisis general se inició a raíz de la Primera Guerra Mundial, con la revolución de los obreros y campesinos que derrocó al imperio zarista de Rusia e implantó, en difícilísimas condiciones de cerco y agresión capitalistas, el primer Estado socialista del mundo, iniciando una nueva era en la historia de la humanidad. Desde entonces hasta nuestros días, la crisis y la descomposición del sistema imperialista se han acentuado incesantemente.

La Segunda Guerra Mundial desatada por las potencias imperialistas, y que arrastró a la Unión Soviética y a otros pueblos de Europa y de Asia, criminalmente invadidos, a una sangrienta lucha de liberación, culminó en la derrota del fascismo, la formación del campo mundial del socialismo, y la lucha de los pueblos coloniales y dependientes por su soberanía. Entre 1945 y 1957, más de mil doscientos millones de seres humanos conquistaron su independencia en Asia y en África. La sangre vertida por los pueblos no fue en vano.

El movimiento de los pueblos dependientes y colonizados es un fenómeno de carácter universal que agita al mundo y marca la crisis final del imperialismo.

Cuba y América Latina forman parte del mundo. Nuestros problemas forman parte de los problemas que se engendran de la crisis general del imperialismo y la lucha de los pueblos subyugados; el choque entre el mundo que nace y el mundo que muere. La odiosa y brutal campaña desatada contra nuestra patria expresa el esfuerzo desesperado como inútil que los imperialistas hacen para evitar la liberación de los pueblos. Cuba duele de manera especial a los imperialistas. ¿Qué es lo que se esconde tras el odio yanqui a la Revolución Cubana? ¿Qué explica racionalmente la conjura que reúne en el mismo propósito agresivo a la potencia imperialista más rica y poderosa del mundo contemporáneo y a las oligarquías de todo un continente, que juntos suponen representar una población de 350 millones de seres humanos, contra un pequeño pueblo de solo siete millones de habitantes, económicamente subdesarrollado, sin recursos financieros ni militares para amenazar ni la seguridad ni la economía de ningún país? Los une y los concita el miedo. Lo explica el miedo.

No el miedo a la Revolución Cubana; el miedo a la revolución latinoamericana. No el miedo a los obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales y sectores progresistas de las capas medias que han tomado revolucionariamente el poder en Cuba, sino el miedo a que los obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales y sectores progresistas de las capas medias tomen revolucionariamente el poder en los pueblos oprimidos, hambrientos y explotados por los monopolios yanquis y la oligarquía reaccionaria de América; el miedo a que los pueblos saqueados del continente arrebaten las armas a sus opresores y se declaren, como Cuba, pueblos libres de América.

Aplastando a la Revolución Cubana, creen disipar el miedo que los atormenta, y el fantasma de la revolución que los amenaza. Liquidando a la Revolución Cubana, creen liquidar el espíritu revolucionario de los pueblos. Pretenden, en su delirio, que Cuba es exportadora de revoluciones. En sus mentes de negociantes y usureros insomnes cabe la idea de que las revoluciones se pueden comprar o vender, alquilar, prestar, exportar o importar como una mercancía más. Ignorantes de las leyes objetivas que rigen el desarrollo de las sociedades humanas, creen que sus regímenes monopolistas, capitalistas y semif feudales son eternos. Educados en su propia ideología reaccionaria, mezcla de superstición, ignorancia, subjetivismo, pragmatismo, y otras aberraciones del pensamiento, tienen una imagen del mundo y de la marcha de la historia acomodada a sus intereses de clases explotadoras. Suponen que las revoluciones nacen o mueren en el cerebro de los individuos o por efecto de las leyes divinas y que, además, los dioses están de su parte. Siempre han creído lo mismo, desde los devotos paganos patricios en la Roma esclavista, que lanzaban a los cristianos primitivos a los leones del circo, y los inquisidores en la Edad Media que, como guardianes del feudalismo y la monarquía absoluta, inmolaban en la hoguera a los primeros representantes del pensamiento liberal de la naciente burguesía, hasta los obispos que hoy, en defensa del régimen burgués y monopolista, anatematizan las revoluciones proletarias. Todas las clases reaccionarias en todas las épocas históricas, cuando el antagonismo entre explotadores y explotados llega a su máxima tensión, presagiando el advenimiento de un nuevo régimen social, han acudido a las peores armas de la represión y la calumnia contra sus adversarios. Acusados de incendiar a Roma y de sacrificar niños en sus altares, los cristianos primitivos fueron llevados al martirio. Acusados de herejes fueron llevados por los inquisidores a la hoguera filósofos como Giordano Bruno, reformadores como Huss y miles de inconformes más con el orden feudal. Sobre los luchadores proletarios se ensaña hoy la persecución y el crimen, precedidos de las peores calumnias en la prensa monopolista y burguesa. Siempre, en cada época histórica, las clases dominantes han asesinado invocando la defensa de la sociedad, del orden, de la patria: «su sociedad» de minorías privilegiadas sobre mayorías explotadas, «su orden clasista» que mantienen a sangre y fuego sobre los desposeídos, «la patria» que disfrutaban ellos solos, privando de ese disfrute



al resto del pueblo, para reprimir a los revolucionarios que aspiran a una sociedad nueva, un orden justo, una patria verdadera para todos.

Pero el desarrollo de la historia, la marcha ascendente de la humanidad, no se detiene ni puede detenerse. Las fuerzas que impulsan a los pueblos —que son los verdaderos constructores de la historia—, determinadas por las condiciones materiales de su existencia y la aspiración a metas superiores de bienestar y libertad, que surgen cuando el progreso del hombre en el campo de la ciencia, de la técnica y de la cultura lo hacen posible, son superiores a la voluntad y al terror que desatan las oligarquías dominantes.

Las condiciones subjetivas de cada país —es decir, el factor conciencia, organización, dirección— pueden acelerar o retrasar la revolución según su mayor o menor grado de desarrollo; pero tarde o temprano, en cada época histórica, cuando las condiciones objetivas maduran, la conciencia se adquiere, la organización se logra, la dirección surge y la revolución se produce.

Que esta tenga lugar por cauces pacíficos o nazca al mundo después de un parto doloroso, no depende de los revolucionarios; depende de las fuerzas reaccionarias de la vieja sociedad, que se resisten a dejar nacer la sociedad nueva que es engendrada por las contradicciones que lleva en su seno la vieja sociedad. La revolución es en la historia como el médico que asiste el nacimiento de una nueva vida. No usa sin necesidad los aparatos de fuerza, pero los usa sin vacilaciones cada vez que sea necesario para ayudar al parto; parto que trae a las masas esclavizadas y explotadas la esperanza de una vida mejor.

En muchos países de América Latina la revolución es hoy inevitable. Ese hecho no lo determina la voluntad de nadie; está determinado por las espantosas condiciones de explotación en que vive el hombre americano, el desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, la crisis mundial del imperialismo y el movimiento universal de lucha de los pueblos subyugados.

La inquietud que hoy se registra es síntoma inequívoco de rebelión. Se agitan las entrañas de un continente que ha sido testigo de cuatro siglos de explotación esclava, semiesclava y feudal del hombre, desde sus moradores aborígenes y los esclavos traídos de África, hasta los núcleos nacionales que surgieron después; blancos, negros, mulatos, mestizos e indios a los que hoy hermanan el desprecio, la humillación y el yugo yanqui, como hermana la esperanza de un mañana mejor.

Los pueblos de América se liberaron del coloniaje español a principios del siglo pasado, pero no se liberaron de la explotación. Los terratenientes feudales asumieron la autoridad de los gobernantes españoles, los indios continuaron en penosa servidumbre, el hombre latinoamericano en una u otra forma siguió esclavo y las mínimas esperanzas de los pueblos sucumbieron bajo el poder de las oligarquías y la coyunda del capital extranjero. Esta ha sido la verdad de América, con uno u otro matiz, con alguna que otra vertiente. Hoy América Latina yace bajo un impe-

rialismo mucho más feroz, más poderoso y más despiadado que el imperio colonial español.

Y ante la realidad objetiva e históricamente inexorable de la revolución latinoamericana, ¿cuál es la actitud del imperialismo yanqui? Disponerse a librar una guerra colonial con los pueblos de América Latina; crear el aparato de fuerza, los pretextos políticos y los instrumentos seudolegales suscritos con los representantes de las oligarquías reaccionarias para reprimir a sangre y fuego la lucha de los pueblos latinoamericanos.

La intervención del gobierno de Estados Unidos en la política interna de los países de América Latina ha ido siendo cada vez más abierta y desenfrenada.

La Junta Interamericana de Defensa, por ejemplo, ha sido y es el nido donde se incuban los oficiales más reaccionarios y proyanquis de los ejércitos latinoamericanos, utilizados después como instrumentos golpistas al servicio de los monopolios.

Las misiones militares norteamericanas en América Latina constituyen un aparato de espionaje permanente en cada nación, vinculado estrechamente a la Agencia Central de Inteligencia, inculcando a los oficiales los sentimientos más reaccionarios y tratando de convertir a los ejércitos en instrumentos de sus intereses políticos y económicos.

Actualmente, en la zona del Canal de Panamá, el alto mando norteamericano ha organizado cursos especiales de entrenamiento para oficiales latinoamericanos, de lucha contra guerrillas revolucionarias, dirigidos a reprimir la acción armada de las masas campesinas contra la explotación feudal a que están sometidas.

En los propios Estados Unidos la Agencia Central de Inteligencia ha organizado escuelas especiales para entrenar agentes latinoamericanos en las más sutiles formas de asesinato, y es política acordada por los servicios militares yanquis la liquidación física de los dirigentes antimperialistas.

Es notorio que las embajadas yanquis en distintos países de América Latina están organizando, instruyendo y equipando bandas fascistas para sembrar el terror y agredir a las organizaciones obreras, estudiantiles e intelectuales. Esas bandas, donde reclutan a los hijos de la oligarquía, al lumpen y a gente de la peor calaña moral, han perpetrado ya una serie de actos agresivos contra los movimientos de las masas.

Nada más evidente e inequívoco de los propósitos del imperialismo que su conducta en los recientes sucesos de Santo Domingo. Sin ningún tipo de justificación, sin mediar siquiera relaciones diplomáticas con esa República, Estados Unidos, después de situar sus barcos de guerra frente a la capital dominicana, declararon, con su habitual insolencia, que si el gobierno de Balaguer solicitaba ayuda militar, desembarcarían sus tropas en Santo Domingo contra la insurgencia del pueblo dominicano. Que el poder de Balaguer fuera absolutamente espurio, que cada pueblo soberano de América deba tener derecho a resolver sus problemas internos sin inter-

vención extranjera, que existan normas internacionales y una opinión mundial, que incluso existiera una OEA, no contaba para nada en las consideraciones de Estados Unidos. Lo que sí contaban eran sus designios de impedir la revolución dominicana, la reimplantación de los odiosos desembarcos de su infantería de marina; sin más base ni requisito para fundamentar ese nuevo concepto filibustero del derecho, que la simple solicitud de un gobernante tiránico, ilegítimo y en crisis. Lo que esto significa no debe escapar a los pueblos. En América Latina hay sobrados gobernantes de ese tipo, dispuestos a utilizar las tropas yanquis contra sus respectivos pueblos cuando se vean en crisis.

Esta política declarada del imperialismo norteamericano, de enviar soldados a combatir al movimiento revolucionario en cualquier país de América Latina, es decir, a matar obreros, estudiantes, campesinos, a hombres y mujeres latinoamericanos, no tiene otro objetivo que el de seguir manteniendo sus intereses monopolistas y los privilegios de la oligarquía traidora que los apoya.

Ahora se puede ver con toda claridad que los pactos militares suscritos por el gobierno de Estados Unidos con gobiernos latinoamericanos —pactos secretos muchas veces y siempre a espaldas de los pueblos— invocando hipotéticos peligros exteriores que nadie vio nunca por ninguna parte, tenían el único y exclusivo objetivo de prevenir la lucha de los pueblos; eran pactos contra los pueblos, contra el único peligro: el peligro interior del movimiento de liberación que pusiera en riesgo los intereses yanquis. No sin razón los pueblos se preguntaban: ¿Por qué tantos convenios militares? ¿Para qué los envíos de armas que, si técnicamente son inadecuadas para una guerra moderna, son en cambio eficaces para aplastar huelgas, reprimir manifestaciones populares y ensangrentar el país? ¿Para qué las misiones militares, el Pacto de Río de Janeiro y las mil y una conferencias internacionales?

Desde que culminó la Segunda Guerra Mundial, las naciones de América Latina se han ido depauperando cada vez más; sus exportaciones tienen cada vez menos valor; sus importaciones precios más altos; el ingreso per cápita disminuye; los pavorosos porcentajes de mortalidad infantil no decrecen; el número de analfabetos es superior; los pueblos carecen de trabajo, de tierras, de viviendas adecuadas, de escuelas, de hospitales, de vías de comunicación y de medios de vida. En cambio, las inversiones norteamericanas sobrepasan los \$10 000 millones de dólares. América Latina es, además, abastecedora de materias primas baratas y compradora de artículos elaborados caros. Como los primeros conquistadores españoles, que cambiaban a los indios espejos y baratijas por oro y plata, así comercia con América Latina Estados Unidos. Conservar ese torrente de riqueza, apoderarse cada vez más de los recursos de América y explotar a sus pueblos sufridos: he ahí lo que se ocultaba tras los pactos militares, las misiones castrenses y los cabildeos diplomáticos de Washington.

Esta política de paulatino estrangulamiento de la soberanía de las naciones latinoamericanas, y de manos libres para intervenir en sus asuntos internos, tuvo su punto culminante en la última reunión de cancilleres. En Punta del Este el imperialismo yanqui reunió a los cancilleres, para arrancarles mediante presión política y chantaje económico sin precedentes, con la complicidad de un grupo de los más desprestigiados gobernantes de este continente, la renuncia a la soberanía nacional de nuestros pueblos y la consagración del odiado derecho de intervención yanqui en los asuntos internos de América; el sometimiento de los pueblos a la voluntad omnímoda de Estados Unidos de Norteamérica, contra la cual lucharon todos los próceres, desde Bolívar hasta Sandino. Y no se ocultaron ni el gobierno de Estados Unidos, ni los representantes de las oligarquías explotadoras, ni la gran prensa reaccionaria vendida a los monopolios y a los señores feudales, para demandar abiertamente acuerdos que equivalen a la supresión formal del derecho de autodeterminación de nuestros pueblos, borrarlo de un plumazo, en la conjura más infame que recuerda la historia de este continente.

A puertas cerradas, entre conciliábulos repugnantes donde el ministro yanqui de colonias dedicó días enteros a vencer la resistencia y los escrúpulos de algunos cancilleres, poniendo en juego los millones de la tesorería yanqui en una indisimulada compraventa de votos, un puñado de representantes de las oligarquías de países que en conjunto apenas suman un tercio de la población del continente, impuso acuerdos que sirven en bandeja de plata al amo yanqui la cabeza de un principio que costó toda la sangre de nuestros pueblos desde las guerras de independencia. El carácter pírrico de tan tristes y fraudulentos logros del imperialismo, de su fracaso moral, la unanimidad rota y el escándalo universal, no disminuyen la gravedad que entraña para los pueblos de América Latina los acuerdos que impusieron a ese precio. En aquel cónclave inmoral, la voz titánica de Cuba se elevó sin debilidad ni miedo para acusar ante todos los pueblos de América y del mundo el monstruoso atentado, y defender virilmente, y con dignidad que constará en los anales de la historia, no solo el derecho de Cuba, sino el derecho desamparado de todas las naciones hermanas del continente americano. La palabra de Cuba no podía tener eco en aquella mayoría amaestrada, pero tampoco podía tener respuesta; solo cabía el silencio impotente ante sus demoleedores argumentos, ante la diafanidad y valentía de sus palabras. Pero Cuba no habló para los cancilleres, Cuba habló para los pueblos y para la historia, donde sus palabras tendrán eco y respuestas.

En Punta del Este se libró una gran batalla ideológica entre la Revolución Cubana y el imperialismo yanqui. ¿Qué representaban allí, por quién habló cada uno de ellos? Cuba representó a los pueblos; Estados Unidos representó a los monopolios. Cuba habló por las masas explotadas de América; Estados Unidos por los intereses oligárquicos explotadores e imperialistas. Cuba por la soberanía; Estados Unidos por la intervención. Cuba por la nacionalización de las empresas extranjeras; Esta-

dos Unidos por nuevas inversiones de capital foráneo. Cuba por la cultura; Estados Unidos por la ignorancia. Cuba por la reforma agraria; Estados Unidos por el latifundio. Cuba por la industrialización de América; Estados Unidos por el subdesarrollo. Cuba por el trabajo creador; Estados Unidos por el sabotaje y el terror contrarrevolucionario que practican sus agentes, la destrucción de cañaverales y fábricas, los bombardeos de sus aviones piratas contra el trabajo de un pueblo pacífico. Cuba por los alfabetizadores asesinados; Estados Unidos por los asesinos. Cuba por el pan; Estados Unidos por el hambre. Cuba por la igualdad; Estados Unidos por el privilegio y la discriminación. Cuba por la verdad; Estados Unidos por la mentira. Cuba por la liberación; Estados Unidos por la opresión. Cuba por el porvenir luminoso de la humanidad; Estados Unidos por el pasado sin esperanza. Cuba por los héroes que cayeron en Girón para salvar la patria del dominio extranjero; Estados Unidos por los mercenarios y traidores que sirven al extranjero contra su patria. Cuba por la paz entre los pueblos; Estados Unidos por la agresión y la guerra. Cuba por el socialismo; Estados Unidos por el capitalismo.

Los acuerdos obtenidos por Estados Unidos con métodos tan bochornosos que el mundo entero critica, no restan sino que acrecientan la moral y la razón de Cuba; demuestran el entreguismo y la traición de las oligarquías a los intereses nacionales y enseñan a los pueblos el camino de la liberación; revelan la podredumbre de las clases explotadoras, en cuyo nombre hablaron sus representantes en Punta del Este. La OEA quedó desenmascarada como lo que es: un ministerio de colonias yanquis, una alianza militar, un aparato de represión contra el movimiento de liberación de los pueblos latinoamericanos.

Cuba ha vivido tres años de Revolución bajo incesante hostigamiento de intervención yanqui en nuestros asuntos internos. Aviones piratas, procedentes de Estados Unidos, lanzando materias inflamables, han quemado millones de arrobas de caña; actos de sabotaje internacional perpetrados por agentes yanquis, como la explosión del vapor *La Coubre*, han costado decenas de vidas cubanas; miles de armas norteamericanas de todo tipo han sido lanzadas en paracaídas por los servicios militares de Estados Unidos sobre nuestro territorio para promover la subversión; cientos de toneladas de materiales explosivos y máquinas infernales han sido desembarcados subrepticamente en nuestras costas por lanchas norteamericanas para promover el sabotaje y el terrorismo; un obrero cubano fue torturado en la Base Naval de Guantánamo y privado de la vida sin proceso previo ni explicación posterior alguna; nuestra cuota azucarera fue suprimida abruptamente, y proclamado el embargo de piezas y materias primas para fábricas y maquinarias de construcción norteamericana para arruinar nuestra economía; barcos artillados y aviones de bombardeo, procedentes de bases preparadas por el gobierno de Estados Unidos, han atacado sorpresivamente puertos e instalaciones cubanas; tropas mercenarias, organizadas y entrenadas en países de América Central por el propio gobierno, han

invadido en son de guerra nuestro territorio, escoltadas por barcos de la flota yanqui y con apoyo aéreo desde bases exteriores, provocando la pérdida de numerosas vidas y la destrucción de bienes materiales; contrarrevolucionarios cubanos son instruidos en el ejército de Estados Unidos y nuevos planes de agresión se realizan contra Cuba. Todo eso ha estado ocurriendo durante tres años incesantemente, a la vista de todo el continente, y la OEA no se entera. Los cancilleres se reúnen en Punta del Este, y no amonestan siquiera al gobierno de Estados Unidos ni a los gobiernos que son cómplices materiales de esas agresiones. Expulsan a Cuba, el país latinoamericano víctima, el país agredido.

Estados Unidos tiene pactos militares con países de todos los continentes; bloques militares con cuanto gobierno fascista, militarista y reaccionario hay en el mundo: la OTAN, la SEATO y la CENTO, a los cuales hay que agregar ahora la OEA; interviene en Lao, en Vietnam, en Corea, en Formosa, en Berlín; envía abiertamente barcos a Santo Domingo para imponer su ley, su voluntad, y anuncia su propósito de usar a sus aliados de la OTAN para bloquear el comercio con Cuba, y la OEA no se entera. Se reúnen los cancilleres y expulsan a Cuba, que no tiene pactos militares con ningún país. Así, el gobierno que organiza la subversión en todo el mundo y forja alianzas militares en cuatro continentes, hace expulsar a Cuba, acusándola nada menos que de subversión y de vinculaciones extracontinentales.

Cuba, el país latinoamericano que ha convertido en dueños de las tierras a más de cien mil pequeños agricultores, asegurado empleo todo el año en granjas y cooperativas a todos los obreros agrícolas, transformado los cuarteles en escuelas, concedido sesenta mil becas a estudiantes universitarios, secundarios y tecnológicos, creado aulas para la totalidad de la población infantil, liquidado totalmente el analfabetismo, cuadruplicado los servicios médicos, nacionalizado las empresas monopolistas, suprimido el abusivo sistema que convertía a la vivienda en un medio de explotación para el pueblo, eliminado virtualmente el desempleo, suprimido la discriminación por motivo de raza o sexo, barrido el juego, el vicio y la corrupción administrativa, armado al pueblo, hecho realidad viva el disfrute de los derechos humanos al librar al hombre y a la mujer de la explotación, la incultura y la desigualdad social; que se ha liberado de todo tutelaje extranjero, adquirido plena soberanía y establecido las bases para el desarrollo de su economía a fin de no ser más país monoprodutor y exportador de materias primas, es expulsada de la Organización de Estados Americanos por gobiernos que no han logrado para sus pueblos ni una sola de estas reivindicaciones. ¿Cómo podrán justificar su conducta ante los pueblos de América y del mundo? ¿Cómo podrán negar que en su concepto la política de tierra, de pan, de trabajo, de salud, de libertad, de igualdad y de cultura, de desarrollo acelerado de la economía, de dignidad nacional, de plena autodeterminación y soberanía, es incompatible con el hemisferio?

Los pueblos piensan muy distinto. Los pueblos piensan que lo único incompatible con el destino de América Latina es la miseria, la explotación feudal, el analfabetismo, los salarios de hambre, el desempleo, la política de represión contra las masas obreras, campesinas y estudiantiles, la discriminación de la mujer, del negro, del indio, del mestizo, la opresión de las oligarquías, el saqueo de sus riquezas por los monopolios yanquis, la asfixia moral de sus intelectuales y artistas, la ruina de sus pequeños productores por la competencia extranjera, el subdesarrollo económico, los pueblos sin caminos, sin hospitales, sin viviendas, sin escuelas, sin industrias, el sometimiento al imperialismo, la renuncia a la soberanía nacional y la traición a la patria.

¿Cómo podrán hacer entender su conducta, la actitud condenatoria para con Cuba, los imperialistas? ¿Con qué palabras les van a hablar y con qué sentimiento, a quienes han ignorado, aunque sí explotado, por tan largo tiempo?

Quienes estudian los problemas de América, suelen preguntar qué país, quiénes han enfocado con corrección la situación de los indigentes, de los pobres, de los indios, de los negros, de la infancia desvalida, esa inmensa infancia de 30 millones en 1950 —que será de 50 millones dentro de ocho años más. Sí, ¿quiénes, qué país?

Treinta y dos millones de indios vertebran —tanto como la misma Cordillera de los Andes— el continente americano entero. Claro que para quienes lo han considerado casi como una cosa, más que como una persona, esa humanidad no cuenta, no contaba y creían que nunca contaría. Como suponía, no obstante, una fuerza ciega de trabajo, debía ser utilizada, como se utiliza una yunta de bueyes o un tractor.

¿Cómo podrá creerse en ningún beneficio, en ninguna alianza para el progreso, con el imperialismo; bajo qué juramento, si bajo su santa protección, sus matanzas, sus persecuciones aun viven los indígenas del sur del continente, como los de la Patagonia, en toldos, como vivían sus antepasados a la venida de los descubridores, casi quinientos años atrás; donde los que fueron grandes razas que poblaron el norte argentino, Paraguay y Bolivia, como los guaraníes, que han sido diezmados ferozmente, como quien caza animales y a quienes se les han enterrado en los interiores de las selvas; donde a esa reserva autóctona, que pudo servir de base a una gran civilización americana —y cuya extinción se la apresura por instantes— y a la que se le ha empujado América adentro a través de los esteros paraguayos y los altiplanos bolivianos, tristes, rudimentarios, razas melancólicas, embrutecidas por el alcohol y los narcóticos, a los que se acogen para por lo menos sobrevivir en las infrahumanas condiciones (no solo de alimentación) en que viven; donde una cadena de manos se estira —casi inútilmente, todavía—, se viene estirando por siglos inútilmente, por sobre los lomos de la cordillera, sus faldas, a lo largo de los grandes ríos y por entre las sombras de los bosques, para unir sus miserias con los demás que perecen lentamente, las tribus brasileñas y las del norte del continente y sus costas, hasta alcanzar a los cien mil motilonos de Venezuela, en el más increíble atraso y salvajemente con-

finados en las selvas amazónicas o las sierras de Perijá, a los solitarios vapichanas que en las tierras calientes de las Guayanas esperan su final, ya casi perdidos definitivamente para la suerte de los humanos? Sí, a todos estos 32 millones de indios que se extienden desde la frontera con Estados Unidos hasta los confines del hemisferio del sur y 45 millones de mestizos, que en gran parte poco difieren de los indios; a todos estos indígenas, a este formidable caudal de trabajo, de derechos pisoteados, sí, ¿qué les puede ofrecer el imperialismo? ¿Cómo podrán creer estos ignorados en ningún beneficio que venga de tan sangrientas manos? Tribus enteras que aún viven desnudas; otras que se las suponen antropófagas; otras que, en el primer contacto con la civilización conquistadora, mueren como insectos; otras que se las destierra, es decir, se las echa de sus tierras, se las empuja hasta volcarlas en los bosques o en las montañas o en las profundidades de los llanos en donde no llega ni el menor átomo de cultura, de luz, de pan, ni de nada.

¿En qué «alianza» —como no sea en una para su más rápida muerte— van a crear estas razas indígenas apaleadas por siglos, muertas a tiros para ocupar sus tierras, muertas a palos por miles, por no trabajar más rápido en sus servicios de explotación, por el imperialismo?

¿Y al negro? ¿Qué «alianza» les puede brindar el sistema de los linchamientos y la preterición brutal del negro de Estados Unidos, a los 15 millones de negros y 14 millones de mulatos latinoamericanos que saben con horror y cólera que sus hermanos del norte no pueden montar en los mismos vehículos que sus compatriotas blancos, ni asistir a las mismas escuelas, ni siquiera morir en los mismos hospitales? ¿Cómo han de creer en este imperialismo, en sus beneficios, en sus «alianzas» (como no sea para lincharlos y explotarlos como esclavos) estos núcleos étnicos preteridos; esas masas, que no han podido gozar ni medianamente de ningún beneficio cultural, social o profesional; que aún en donde son mayorías, o forman millones, son maltratados por los imperialistas disfrazados de Ku-Klux-Klan; son arrojados a las barriadas más insalubres, a las casas colectivas menos confortables, hechas por ellos; empujados a los oficios más innobles, a los trabajos más duros y a las profesiones menos lucrativas, que no supongan contacto con las universidades, las altas academias o escuelas particulares?

¿Qué Alianza para el Progreso puede servir de estímulo a esos ciento siete millones de hombres y mujeres de nuestra América, médula del trabajo en ciudades y campos, cuya piel oscura —negra, mestiza, mulata, india— inspira desprecio a los nuevos colonizadores? ¿Cómo van a confiar en la supuesta alianza los que en Panamá han visto con mal contenida impotencia que hay un salario para el yanqui y otro salario para el panameño, que ellos consideran raza inferior?

¿Qué pueden esperar los obreros con sus jornales de hambre, los trabajos más rudos, las condiciones más miserables, la desnutrición, las enfermedades y todos los males que incuba la miseria?



¿Qué les puede decir, qué palabras, qué beneficios podrán ofrecerles los imperialistas a los mineros del cobre, del estaño, del hierro, del carbón, que dejan sus pulmones a beneficio de dueños lejanos e inclementes; a los padres e hijos de los maderales, de los cauchales, de los hierbales, de las plantaciones fruteras, de los ingenios de café y de azúcar, de los peones en las pampas y en los llanos que amasan con su salud y con sus vidas la fortuna de los explotadores?

¿Qué pueden esperar estas masas inmensas que producen las riquezas, que crean los valores, que ayudan a parir un nuevo mundo en todas partes; qué pueden esperar del imperialismo, esa boca insaciable, esa mano insaciable, sin otro horizonte inmediato que la miseria, el desamparo más absoluto, la muerte fría y sin historia al fin?

¿Qué puede esperar esta clase, que ha cambiado el curso de la historia en otras partes del mundo, que ha revolucionado al mundo, que es vanguardia de todos los humildes y explotados, qué puede esperar del imperialismo, su más irreconciliable enemigo?

¿Qué puede ofrecer el imperialismo, qué clase de beneficio, qué suerte de vida mejor y más justa, qué motivo, qué aliciente, qué interés para superarse, para lograr trascender sus sencillos y primarios escalones, a maestros, a profesores, a profesionales, a intelectuales, a los poetas y a los artistas; a los que cuidan celosamente las generaciones de niños y jóvenes para que el imperialismo se cebe luego en ellos; a quienes viven sueldos humillantes en la mayoría de los países; a los que sufren las limitaciones de su expresión política y social en casi todas partes; que no sobrepasan, en sus posibilidades económicas, más que la simple línea de sus precarios recursos y compensaciones, enterrados en una vida gris y sin horizontes que acaba en una jubilación que entonces ya no cubre ni la mitad de los gastos? ¿Qué «beneficios» o «alianzas» podrá ofrecerles el imperialismo, que no sea las que redunden en su total provecho? Si les crea fuentes de ayuda a sus profesiones, a sus artes, a sus publicaciones, es siempre en el bien entendido de que sus producciones deberán reflejar sus intereses, sus objetivos, sus «nadas». Las novelas que traten de reflejar la realidad del mundo de sus aventuras rapaces; los poemas que quieran traducir protestas por su avasallamiento, por su injerencia en la vida, en la mente, en las vísceras de sus países y pueblos; las artes combativas que pretendan apresar en sus expresiones las formas y el contenido de su agresión y constante presión sobre todo lo que vive y alienta progresivamente; todo lo que es revolucionario, lo que enseña, lo que trata de guiar, lleno de luz y de conciencia, de claridad y de belleza, a los hombres y a los pueblos a mejores destinos, hacia más altas cumbres del pensamiento, de la vida y de la justicia, encuentra la reprobación más encarnizada del imperialismo; encuentra la valla, la condena, la persecución maccarthista. Sus prensas se les cierran; su nombre es borrado de las columnas y se le aplica la losa del silencio más atroz, que es, entonces —una contradicción más del imperialismo—, cuando el escritor, el poeta,

el pintor, el escultor, el creador en cualquier material, el científico, empiezan a vivir de verdad, a vivir en la lengua del pueblo, en el corazón de millones de hombres del mundo. El imperialismo todo lo trastrueca, lo deforma, lo canaliza por sus vertientes, para su provecho, hacia la multiplicación de su dólar, comprando palabras, o cuadros, o mudez, o transformando en silencio la expresión de los revolucionarios, de los hombres progresistas, de los que luchan por el pueblo y sus problemas.

No podíamos olvidar en este triste cuadro la infancia desvalida, desatendida; la infancia sin porvenir de América.

América, que es un continente de natalidad elevada, tiene también una mortalidad elevada. La mortalidad de niños de menos de un año en once países ascendía hace pocos años a 125 por mil, y en otros 17, a 90 niños.

En 102 países del mundo, en cambio, esa tasa alcanza a 51. En América, pues, se mueren tristemente, desatendidamente, 74 niños de cada mil en el primer año de su nacimiento. Hay países latinoamericanos en los que esa tasa alcanza, en algunos lugares, a 300 por mil; miles y miles de niños hasta los siete años mueren en América de enfermedades increíbles: diarreas, pulmonías, desnutrición, hambre; miles y miles de otras enfermedades sin atención en los hospitales, sin medicinas; miles y miles ambulan, heridos de cretinismo endémico, paludismo, tracoma y otros males producidos por las contaminaciones, la falta de agua y otras necesidades.

Males de esta naturaleza son una cadena en los países americanos en donde agonizan millares y millares de niños, hijos de parias, hijos de pobres y de pequeñoburgueses con vida dura y precarios medios. Los datos, que serán redundantes, son de escalofrío. Cualquier publicación oficial de los organismos internacionales los reúne por cientos.

En los aspectos educacionales, indigna pensar el nivel de incultura que padece esta América. Mientras que Estados Unidos logra un nivel de ocho y nueve años de escolaridad en la población de 19 años de edad en adelante, América Latina, saqueada y esquilada por ellos, tiene menos de un año escolar aprobado como nivel, en esas mismas edades. E indigna más aún cuando sabemos que de los niños entre 5 y 14 años solamente están matriculados en algunos países un 20%, y en los de más alto nivel el 60%. Es decir que más de la mitad de la infancia de América Latina no concurre a la escuela. Pero el dolor sigue creciendo cuando comprobamos que la matrícula de los tres primeros grados comprenden más del 80% de los matriculados; y que en el grado sexto, la matrícula fluctúa apenas entre seis y 22 alumnos de cada cien que comenzaron en el primero. Hasta en los países que creen haber atendido a su infancia, ese porcentaje de pérdida escolar entre el primero y el sexto grados es del 73% como promedio. En Cuba, antes de la Revolución, era del 74%. En la Colombia de la «democracia representativa» es del 78%. Y si se fija la vista en el campo solo el 1% de los niños llega, en el mejor de los casos, al quinto grado de enseñanza.

Cuando se investiga este desastre de ausentismo escolar, una causa es la que lo explica: la economía de miseria, falta de escuelas, falta de maestros, falta de recursos familiares, trabajo infantil. En definitiva, el imperialismo y su obra de opresión y retraso.

El resumen de esta pesadilla que ha vivido América, de un extremo a otro, es que en este continente de casi doscientos millones de seres humanos, formado en sus dos terceras partes por los indios, los mestizos y los negros, por los «discriminados», en este continente de semicolonias, mueren de hambre, de enfermedades curables o vejez prematura, alrededor de cuatro personas por minuto, de 5 500 al día, de dos millones por año, de diez millones cada cinco años. Esas muertes podrían ser evitadas fácilmente, pero, sin embargo, se producen. Las dos terceras partes de la población latinoamericana vive poco y vive bajo la permanente amenaza de muerte. Holocausto de vidas que en 15 años ha ocasionado dos veces más muertes que la guerra de 1914, y continúa. Mientras tanto, de América Latina fluye hacia Estados Unidos un torrente continuo de dinero: unos cuatro mil dólares por minuto, cinco millones por día, dos mil millones por año, diez mil millones cada cinco años. Por cada mil dólares que se nos van, nos queda un muerto. ¡Mil dólares por muerto: ese es el precio de lo que se llama imperialismo! ¡Mil dólares por muerto, cuatro veces por minuto!

Mas a pesar de esta realidad americana, ¿para qué se reunieron en Punta del Este? ¿Acaso para llevar una sola gota de alivio a estos males? ¡No!

Los pueblos saben que en Punta del Este, los cancilleres que expulsaron a Cuba se reunieron para renunciar a la soberanía nacional; que allí el gobierno de Estados Unidos fue a sentar las bases no solo para la agresión a Cuba, sino para intervenir en cualquier país de América contra el movimiento liberador de los pueblos; que Estados Unidos prepara a la América Latina un drama sangriento; que las oligarquías explotadoras, lo mismo que ahora renuncian al principio de la soberanía, no vacilarán en solicitar la intervención de las tropas yanquis contra sus propios pueblos, y que con ese fin la delegación norteamericana propuso un comité de vigilancia contra la subversión en la Junta Interamericana de Defensa, con facultades ejecutivas, y la adopción de medidas colectivas. Subversión para los imperialistas yanquis es la lucha de los pueblos hambrientos por el pan, la lucha de los pueblos contra la explotación imperialista. Comité de vigilancia en la Junta Interamericana de Defensa con facultades ejecutivas, significa fuerza de represión continental contra los pueblos a las órdenes del Pentágono. Medidas colectivas significan desembarcos de infantes de marina yanquis en cualquier país de América.

Frente a la acusación de que Cuba quiere exportar su Revolución, respondemos: las revoluciones no se exportan, las hacen los pueblos. Lo que Cuba puede dar a los pueblos, y ha dado ya, es su ejemplo.

¿Y qué enseña la Revolución Cubana? Que la revolución es posible, que los pueblos pueden hacerla, que en el mundo contemporáneo no hay fuerzas capaces de impedir el movimiento de liberación de los pueblos.

Nuestro triunfo no habría sido jamás factible si la revolución misma no hubiese estado inexorablemente destinada a surgir de las condiciones existentes en nuestra realidad económico-social, realidad que existe en grado mayor aún en un buen número de países de América Latina.

Ocurre inevitablemente que en las naciones donde es más fuerte el control de los monopolios yanquis, más despiadada la explotación de la oligarquía y más insoponible la situación de las masas obreras y campesinas, el poder político se muestra más férreo, los estados de sitio se vuelven habituales, se reprime por la fuerza toda manifestación de descontento de las masas, y el cauce democrático se cierra por completo, revelándose con más evidencia que nunca el carácter de brutal dictadura que asume el poder de las clases dominantes. Es entonces cuando se hace inevitable el estallido revolucionario de los pueblos.

Y si bien es cierto que en los países subdesarrollados de América la clase obrera es en general relativamente pequeña, hay una clase social que, por las condiciones subhumanas en que vive, constituye una fuerza potencial que, dirigida por los obreros y los intelectuales revolucionarios, tiene una importancia decisiva en la lucha por la liberación nacional: los campesinos.

En nuestros países se juntan las circunstancias de una industria subdesarrollada con un régimen agrario de carácter feudal. Es por eso que con todo lo dura que son las condiciones de vida de los obreros urbanos, la población rural vive aún en más horribles condiciones de opresión y explotación; pero es también, salvo excepciones, el sector absolutamente mayoritario en proporciones que a veces sobrepasa el 70% de las poblaciones latinoamericanas.

Descontando a los terratenientes, que muchas veces residen en las ciudades, el resto de esa gran masa libra su sustento trabajando como peones en las haciendas por salarios misérrimos, o labran la tierra en condiciones de explotación que nada tienen que envidiar a la Edad Media. Estas circunstancias son las que determinan que en América Latina la población pobre del campo constituya una tremenda fuerza revolucionaria potencial.

Los ejércitos, estructurados y equipados para la guerra convencional, que son la fuerza en que se sustenta el poder de las clases explotadoras, cuando tienen que enfrentarse a la lucha irregular de los campesinos en el escenario natural de estos, resultan absolutamente impotentes; pierden diez hombres por cada combatiente revolucionario que cae, y la desmoralización cunde rápidamente en ellos al tener que enfrentarse a un enemigo visible e invencible que no lo le ofrece ocasión de lucir sus tácticas de academia y sus fanfarrias de guerra, de las que tanto alarde hacen para reprimir a los obreros y a los estudiantes en las ciudades.

La lucha inicial de reducidos núcleos combatientes, se nutre incesantemente de nuevas fuerzas, el movimiento de masas comienza a desatarse, el viejo orden se resquebraja poco a poco en mil pedazos, y es entonces el momento en que la clase obrera y las masas urbanas deciden la batalla.

¿Qué es lo que desde el comienzo mismo de la lucha de esos primeros núcleos los hace invencibles, independientemente del número, el poder y los recursos de sus enemigos? El apoyo del pueblo. Y con ese apoyo de las masas contarán en grado cada vez mayor.

Pero el campesinado es una clase que, por el estado de incultura en que lo mantienen y el aislamiento en que vive, necesita la dirección revolucionaria y política de la clase obrera y los intelectuales revolucionarios, sin la cual no podría por sí sola lanzarse a la lucha y conquistar la victoria.

En las actuales condiciones históricas de América Latina, la burguesía nacional no puede encabezar la lucha antifeudal y antimperalista. La experiencia demuestra que, en nuestras naciones, esa clase, aun cuando sus intereses son contradictorios con los del imperialismo yanqui, ha sido incapaz de enfrentarse a este, paralizada por el miedo a la revolución social y asustada por el clamor de las masas explotadas. Situadas ante el dilema imperialismo o revolución, solo sus capas más progresistas estarán con el pueblo.

La actual correlación mundial de fuerzas, y el movimiento universal de liberación de los pueblos coloniales y dependientes, señalan a la clase obrera y a los intelectuales revolucionarios de América Latina su verdadero papel, que es el de situarse resueltamente a la vanguardia de la lucha contra el imperialismo y el feudalismo.

El imperialismo, utilizando los grandes monopolios cinematográficos, sus agencias cablegráficas, sus revistas, libros y periódicos reaccionarios, acude a las mentiras más sutiles para sembrar el divisionismo, e inculcar entre la gente más ignorante el miedo y la superstición a las ideas revolucionarias, que solo a los intereses de los poderosos explotadores y a sus seculares privilegios pueden y deben asustar.

El divisionismo –producto de toda clase de prejuicios, ideas falsas y mentiras–, el sectarismo, el dogmatismo, la falta de amplitud para analizar el papel que corresponde a cada capa social, a sus partidos, organizaciones y dirigentes, dificultan la unidad de acción imprescindible entre las fuerzas democráticas y progresistas de nuestros pueblos. Son vicios de crecimiento, enfermedades de la infancia del movimiento revolucionario que deben quedar atrás. En la lucha antimperalista y antifeudal es posible vertebrar la inmensa mayoría del pueblo tras metas de liberación que unan el esfuerzo de la clase obrera, los campesinos, los trabajadores intelectuales, la pequeña burguesía y las capas más progresistas de la burguesía nacional. Estos sectores comprenden la inmensa mayoría de la población, y aglutinan grandes fuerzas sociales capaces de barrer el dominio imperialista y la reacción feudal. En ese amplio movimiento pueden y deben luchar juntos, por el bien de sus naciones, por

el bien de sus pueblos y por el bien de América, desde el viejo militante marxista, hasta el católico sincero que no tenga nada que ver con los monopolios yanquis y los señores feudales de la tierra.

Ese movimiento podría arrastrar consigo a los elementos progresistas de las fuerzas armadas, humillados también por las misiones militares yanquis, la traición a los intereses nacionales de las oligarquías feudales y la inmolación de la soberanía nacional a los dictados de Washington.

Allí donde están cerrados los caminos de los pueblos, donde la represión de los obreros y campesinos es feroz, donde es más fuerte el dominio de los monopolios yanquis, lo primero y más importantes es comprender que no es justo ni es correcto entretener a los pueblos con la vana y acomodaticia ilusión de arrancar, por vías legales que no existen ni existirán, a las clases dominantes, atrincheradas en todas las posiciones del Estado, monopolizadoras de la instrucción, dueñas de todos los vehículos de divulgación y poseedoras de infinitos recursos financieros, un poder que los monopolios y las oligarquías defenderán a sangre y fuego con la fuerza de sus policías y de sus ejércitos.

El deber de todo revolucionario es hacer la revolución. Se sabe que en América y en el mundo la revolución vencerá, pero no es de revolucionarios sentarse en la puerta de su casa para ver pasar el cadáver del imperialismo. El papel de Job no cuadra con el de un revolucionario. Cada año que se acelere la liberación de América, significará millones de niños que se salven para la vida, millones de inteligencias que se salven para la cultura, infinitos caudales de dolor que se ahorrarían los pueblos. Aun cuando los imperialistas yanquis preparen para América un drama de sangre, no lograrán aplastar la lucha de los pueblos, concitarán contra ellos el odio universal, y será también el drama que marque el ocaso de su voraz y cavernícola sistema.

Ningún pueblo de América Latina es débil, porque forma parte de una familia de doscientos millones de hermanos que padecen de las mismas miserias, albergan los mismos sentimientos, tienen el mismo enemigo, sueñan todos un mismo mejor destino, y cuentan con la solidaridad de todos los hombres y mujeres honrados del mundo entero.

Con lo grande que fue la epopeya de la independencia de América Latina, con lo heroica que fue aquella lucha, a la generación de latinoamericanos de hoy le ha tocado una epopeya mayor y más decisiva todavía para la humanidad. Porque aquella lucha fue para librarse del poder colonial español, de una España decadente, invadida por los ejércitos de Napoleón. Hoy le toca la lucha de liberación frente a la metrópoli imperial más poderosa del mundo, frente a la fuerza más importante del sistema imperialista mundial, y para prestarle a la humanidad un servicio todavía más grande del que le prestaron nuestros antepasados.

Pero esta lucha, más que aquella, la harán las masas, la harán los pueblos; los pueblos van a jugar un papel mucho más importante que entonces; los hombres, los dirigentes, importan e importarán en esta lucha menos de lo que importaron en aquella.

Esta epopeya que tenemos delante la van a escribir las masas hambrientas de indios, de campesinos sin tierra, de obreros explotados; la van a escribir las masas progresistas, los intelectuales honestos y brillantes que tanto abundan en nuestras sufridas tierras de América Latina. Lucha de masas y de ideas; epopeya que llevarán adelante nuestros pueblos maltratados y despreciados por el imperialismo, nuestros pueblos desconocidos hasta hoy, que ya empiezan a quitarle el sueño. Nos consideraba rebaño impotente y sumiso, y ya se empieza a asustar de ese rebaño; rebaño gigante de 200 millones de latinoamericanos en los que advierte ya a sus sepultureros el capital monopolista yanqui.

Con esta humanidad trabajadora, con estos explotados infrahumanos, paupérrimos, manejados por los métodos de fujete y mayoral, no se ha contado o se ha contado poco. Desde los albores de la independencia sus destinos han sido los mismos: indios, gauchos, mestizos, zambos, cuarterones, blancos sin bienes ni rentas, toda esa masa humana que se formó en las filas de la «patria» que nunca disfrutó, que cayó por millones, que fue despedazada, que ganó la independencia de su metrópoli para la burguesía; esa, que fue desterrada de los repartos, siguió ocupando el último escalafón de los beneficios sociales, siguió muriendo de hambre, de enfermedades curables, de desatención, porque para ella nunca alcanzaron los bienes salvadores: el simple pan, la cama de un hospital, la medicina que salva, la mano que ayuda.

Pero la hora de su reivindicación, la hora que ella misma se ha elegido, la vienen señalando con precisión ahora también de un extremo a otro del continente. Ahora, esta masa anónima, esta América de color, sombría, taciturna, que canta en todo el continente con una misma tristeza y desengaño, ahora esta masa es la que empieza a entrar definitivamente en su propia historia, la empieza a escribir con su sangre, la empieza a sufrir y a morir. Porque ahora, por los campos y las montañas de América, por las faldas de sus sierras, por sus llanuras y sus selvas, entre la soledad, o en el tráfico de las ciudades, o en las costas de los grandes océanos y ríos, se empieza a estremecer este mundo lleno de razones, con los puños calientes de deseos de morir por lo suyo, de conquistar sus derechos casi 500 años burlados por unos y por otros. Ahora sí, la historia tendrá que contar con los pobres de América, con los explotados y vilipendiados de América Latina, que han decidido empezar a escribir ellos mismos, para siempre, su historia. Ya se les ve por los caminos, un día y otro, a pie, en marchas sin término, de cientos de kilómetros, para llegar hasta los «olimpas» gobernantes a recabar sus derechos. Ya se les ve, armados de piedras, de palos, de machetes, de un lado y otro, cada día, ocupando las tierras, fincando sus garfios en la tierra que les pertenece y defendiéndola con su vida; se les ve llevando sus car-

telones, sus banderas, sus consignas, haciéndolas correr en el viento por entre las montañas o a lo largo de los llanos. Y esa ola de estremecido rencor, de justicia reclamada, de derecho pisoteado que se empieza a levantar por entre las tierras de Latinoamérica, esa ola ya no parará más. Esa ola irá creciendo cada día que pase, porque esa ola la forman los más, los mayoritarios en todos los aspectos, los que acumulan con su trabajo las riquezas, crean los valores, hacen andar las ruedas de la historia, y que ahora despiertan del largo sueño embrutecedor a que los sometieron.

Porque esta gran humanidad ha dicho «¡Basta!» y ha echado a andar. Y su marcha de gigantes ya no se detendrá hasta conquistar la verdadera independencia, por la que ya han muerto más de una vez inútilmente. ¡Ahora, en todo caso, los que mueran, morirán como los de Cuba, los de Playa Girón, morirán por su única, verdadera, irrenunciable independencia!

¡Patria o Muerte!

¡Venceremos!

El pueblo de Cuba

La Habana, Cuba, Territorio Libre de América  
4 de febrero de 1962





# colección 50 aniversario **REVOLUCIÓN CUBANA**



## **LAS RELACIONES INTERNACIONALES DE CUBA**

ISABEL ALLENDE

Solo a partir del triunfo de enero, Cuba pudo iniciar una política exterior independiente y ampliar y diversificar sus relaciones internacionales sobre la base de principios muy definidos de apego al derecho internacional: no injerencia en los asuntos internos de los Estados; respeto irrestricto a su soberanía y a la igualdad soberana de estos; apoyo a la lucha de los pueblos por su liberación nacional, solidaridad y cooperación; fomento de la paz, y, en resumen, un antimperialismo consecuente.

20 páginas, ISBN 978-1-921438-09-7



## **LA PROYECCIÓN CONTINENTAL DE LA REVOLUCIÓN CUBANA**

ROBERTO REGALADO

La proyección continental de la Revolución cubana se manifiesta en tres ámbitos superpuestos e interrelacionados de forma indisoluble. Los dos factores determinantes en esa trilogía son: el enfrentamiento al imperialismo norteamericano y el apoyo a las luchas de los pueblos de América Latina y el Caribe. El elemento secundario de esa ecuación es la relación con los gobiernos del área, porque depende de en qué medida esos gobiernos se subordinan al imperialismo o responden a los intereses populares.

20 páginas, ISBN 978-1-921438-10-3



## **LA CULTURA REVOLUCIONARIA**

ELIADES ACOSTA

El desafío de la reversibilidad o irreversibilidad de la Revolución cubana, es, en consecuencia, un desafío que se dirime, en última instancia, en el terreno cultural, en el interior de cada cubano, y a nivel de toda la sociedad. [...] Preguntémosnos, por ejemplo, si alguien que no piense con cabeza propia, que no sea capaz de arribar a sus propias conclusiones, que no ejerza un pensamiento crítico –única manera de ejercer un pensamiento revolucionario- podrá garantizar la irreversibilidad de la Revolución cuando le toque decidir en qué lado de la barricada se ha de situar, y por qué.

16 páginas, ISBN 978-1-921438-11-0



## Crear dos, tres... muchos Viet Nam, es la consigna\*

**ERNESTO CHE GUEVARA**

*Es la hora de los hornos y no se ha de ver más que la luz.*

José Martí

Ya se han cumplido veintiún años desde el fin de la última conflagración mundial y diversas publicaciones, en infinidad de lenguas, celebran el acontecimiento simbolizado en la derrota del Japón. Hay un clima de aparente optimismo en muchos sectores de los dispares campos en que el mundo se divide.

---

\* En enero de 1966, se desarrolla en Cuba la Conferencia Tricontinental de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina, en la que se acuerda, al finalizar el evento, crear su Organización de Solidaridad, con un Secretariado Ejecutivo permanente. Che Guevara, en los días en que se estaba efectuando la Conferencia, se encontraba en Tanzania, después de su salida del Congo, lo que hizo imposible su participación. Según referencias del comandante Manuel Piñero, responsable en aquel entonces de los vínculos con los revolucionarios del Tercer Mundo, en entrevista exclusiva para la revista *Tricontinental*, en 1997, aclara que el Mensaje «lo escribió cuando se encontraba en el campo de entrenamiento en la provincia de Pinar del Río, de Cuba, antes de su salida para Bolivia, en noviembre de 1966». El Mensaje aparece publicado por primera vez, el 16 de abril de 1967, en un suplemento especial, de lo que sería posteriormente la revista *Tricontinental*, la que se comenzó a editar en el mes de junio de ese mismo año. Por la importancia de su contenido y el contexto en que fuera publicado, históricamente se conoce como «Mensaje a la Tricontinental», aunque en la primera edición y en el facsímil se puede constatar que el título es «Crear dos, tres... muchos Viet Nam, es la consigna». [Las notas de este trabajo son del libro tomado como fuente, cuya edición estuvo al cuidado de María de Carmen Ariet García. [N. del E.]

Veintiún años sin guerra mundial, en estos tiempos de confrontaciones máximas, de choques violentos y cambios repentinos, parecen una cifra muy alta. Pero, sin analizar los resultados prácticos de esa paz por la que todos nos manifestamos dispuestos a luchar (la miseria, la degradación, la explotación cada vez mayor de diversos sectores del mundo), cabe preguntarse si ella es real.

No es la intención de estas notas historiar los diversos conflictos de carácter local que se han sucedido desde la rendición de Japón, no es tampoco nuestra tarea hacer el recuento, numeroso y creciente, de luchas civiles ocurridas durante estos años de pretendida paz. Bástenos poner como ejemplos contra el desmedido optimismo las guerras de Corea y Viet Nam.<sup>1</sup>

En la primera, tras años de lucha feroz, la parte norte del país quedó sumida en la más terrible devastación que figure en los anales de la guerra moderna; acribillada a bombas; sin fábricas, escuelas u hospitales; sin ningún tipo de habitación para albergar a diez millones de habitantes.

En esta guerra intervinieron, bajo la fementida bandera de las Naciones Unidas, decenas de países conducidos militarmente por los Estados Unidos, con la participación masiva de soldados de esa nacionalidad y el uso, como de carne de cañón, de la población sudcoreana enrolada.

En el otro bando, el ejército y el pueblo de Corea y los voluntarios de la República Popular China contaron con abastecimiento y asesoría del aparato militar soviético. Por parte de los norteamericanos se hicieron toda clase de pruebas de armas de destrucción, excluyendo las termonucleares, pero incluyendo las bacteriológicas y químicas, en escala limitada. En Viet Nam, se han sucedido acciones bélicas, sostenidas por las fuerzas patrióticas de ese país casi ininterrumpidamente contra tres potencias imperialistas: Japón, cuyo poderío sufriera una caída vertical a partir de las bombas de Hiroshima y Nagasaki; Francia, que recupera de aquel país vencido sus colonias indochinas e ignoraba las promesas hechas en momentos difíciles; y los Estados Unidos, en esta última fase de la contienda.

Hubo confrontaciones limitadas en todos los continentes, aún cuando en el Americano, durante mucho tiempo, solo se produjeron conatos de lucha de liberación y cuartelazos, hasta que la Revolución Cubana diera su clarinada de alerta sobre la

---

<sup>1</sup> Los primeros análisis escritos por Che sobre las guerras de Corea y Viet Nam se remontan a su época de juventud, durante su estancia en Guatemala en 1954, fecha en la que siguió muy de cerca las intervenciones a estos países llevadas a cabo por las fuerzas coloniales e imperialistas. Posterior al triunfo revolucionario, analiza en circunstancias diferentes lo que estaba aconteciendo. Entre esos pronunciamientos resulta imprescindible consultar su discurso «Solidaridad con Viet Nam del Sur» (1963), el prólogo al libro *Guerra del pueblo, Ejército del pueblo* (1964) y su intervención en la XIX Asamblea General de las Naciones Unidas (1964). Los textos se encuentran en Ernesto Che Guevara: *Obras 1957-1962*, 2 tomos, Casa de las Américas, La Habana, 1970.

importancia de esta región y atrajera las iras imperialistas, obligándola a la defensa de sus costas en Playa Girón, primero, y durante la Crisis de Octubre, después.

Este último incidente pudo haber provocado una guerra de incalculables proporciones, al producirse, en torno a Cuba, el choque de norteamericanos y soviéticos.

Pero, evidentemente, el foco de las contradicciones, en este momento, está radicado en los territorios de la península indochina y los países aledaños. Laos y Viet Nam son sacudidos por guerras civiles, que dejan de ser tales al hacerse presente, con todo su poderío, el imperialismo norteamericano, y toda la zona se convierte en una peligrosa espoleta presta a detonar.

En Viet Nam la confrontación ha adquirido características de una agudeza extrema. Tampoco es nuestra intención historiar esta guerra. Simplemente, señalaremos algunos hitos de recuerdo.

En 1954, tras la derrota aniquilante de Dien-Bien-Phu, se firmaron los acuerdos de Ginebra, que dividía al país en dos zonas y estipulaba la realización de elecciones en un plazo de 18 meses para determinar quiénes debían gobernar a Viet Nam y cómo se reunificaría el país. Los norteamericanos no firmaron dicho documento, comenzando las maniobras para sustituir al emperador Bao-Dai, títere francés, por un hombre adecuado a sus intenciones. Este resultó ser Ngo-Din-Diem, cuyo trágico fin —el de la naranja exprimida por el imperialismo— es conocido por todos.

En los meses posteriores a la firma del acuerdo, reinó el optimismo en el campo de las fuerzas populares. Se dismantelaron reductos de lucha antifrancesa en el sur del país y se esperó el cumplimiento de lo pactado. Pero pronto comprendieron los patriotas que no habría elecciones a menos que los Estados Unidos se sintieran capaces de imponer su voluntad en las urnas, cosa que no podía ocurrir, aún utilizando todos los métodos de fraude de ellos conocidos.

Nuevamente se iniciaron las luchas en el sur del país y fueron adquiriendo mayor intensidad hasta llegar al momento actual, en que el ejército norteamericano se compone de casi medio millón de invasores, mientras las fuerzas títeres disminuyen su número, y sobre todo, han perdido totalmente la combatividad.

Hace cerca de dos años que los norteamericanos comenzaron el bombardeo sistemático de la República Democrática de Viet Nam en un intento más de frenar la combatividad del sur y obligar a una conferencia desde posiciones de fuerza. Al principio, los bombardeos fueron más o menos aislados y se revestían de la máscara de represalias por supuestas provocaciones del Norte. Después aumentaron en intensidad y método, hasta convertirse en una gigantesca batida llevada a cabo por las unidades aéreas de los Estados Unidos, día a día, con el propósito de destruir todo vestigio de civilización en la parte norte del país. Es un episodio de la tristemente célebre escalada.

Las aspiraciones materiales del mundo yanqui se han cumplido en buena parte a pesar de la denodada defensa de las unidades antiaéreas vietnamitas, de los más de 1 700 aviones derribados y de la ayuda del campo socialista en material de guerra.

Hay una penosa realidad: Viet Nam, esa nación que representa las aspiraciones, las esperanzas de victoria de todo un mundo preterido, está trágicamente solo. Ese pueblo debe soportar los embates de la técnica norteamericana, casi a mansalva en el sur, con algunas posibilidades de defensa en el norte, pero siempre solo.

La solidaridad del mundo progresista para con el pueblo de Viet Nam semeja a la amarga ironía que significa para los gladiadores del circo romano el estímulo de la plebe. No se trata de desear éxitos al agredido, sino de correr su misma suerte; acompañarlo a la muerte o la victoria.

Cuando analizamos la soledad vietnamita nos asalta la angustia de este momento ilógico de la humanidad.<sup>2</sup>

El imperialismo norteamericano es culpable de agresión; sus crímenes son inmensos y repartidos por todo el orbe. ¡Ya lo sabemos, señores! Pero también son culpables los que en el momento de definición vacilaron en hacer de Viet Nam parte inviolable del territorio socialista, corriendo, sí, los riesgos de una guerra de alcance mundial, pero también obligando a una decisión a los imperialistas norteamericanos. Y son culpables los que mantienen una guerra de denuedos y zancadillas comenzada hace ya buen tiempo por los representantes de las dos más grandes potencias del campo socialista.<sup>3</sup>

Preguntemos, para lograr una respuesta honrada: ¿Está o no aislado el Viet Nam, haciendo equilibrios peligrosos entre las dos potencias en pugna?

Y: ¡qué grandeza la de ese pueblo! ¡Qué estoicismo y valor, el de ese pueblo! Y qué lección para el mundo entraña esa lucha.

Hasta dentro de mucho tiempo no sabremos si el presidente Johnson<sup>4</sup> pensaba en serio iniciar algunas de las reformas necesarias a un pueblo —para limar aristas

<sup>2</sup> Para una comprensión más detallada de esas aseveraciones, el lector debe consultar lo expresado por Che en el citado discurso en Naciones Unidas y en el que pronunciara en Argelia, el 24 de febrero de 1965, con motivo de efectuarse el Seminario Económico Afroasiático, donde expone que: «El ominoso ataque del imperialismo norteamericano contra Viet Nam o el Congo debe responderse suministrando a esos países hermanos todos los instrumentos de defensa que necesiten y dándoles toda nuestra solidaridad sin condición alguna». Véase Ernesto Che Guevara: *Obras 1957-1962*, 2 tomos, Casa de las Américas, La Habana, 1970.

<sup>3</sup> En múltiples ocasiones, Che se refirió a las enormes dificultades que acarrearía para el movimiento revolucionario mundial la ruptura entre China y la URSS y la necesidad imperiosa de que esas diferencias fueran discutidas dentro del seno del movimiento comunista internacional, para tratar de alcanzar un acuerdo común y de principios, que evitara una escisión que produciría daños de insospechable magnitud. En esa línea de pensamiento, las tesis tercermundistas de Che, tratan de superar esa escisión, desde una perspectiva de lucha que barrera con todo esquematismo y dogma.

<sup>4</sup> El presidente Lyndon B. Johnson, ocupaba la vicepresidencia cuando es asesinado el presidente John F. Kennedy, el 22 de noviembre de 1963, en Dallas, Texas. Johnson incrementa la escalada de la guerra de Viet Nam y en el caso de Cuba amplía las agresiones encubiertas y el apoyo incondicional a la contrarrevolución.

de las contradicciones de clase que asoman con fuerza explosiva y cada vez más frecuentemente. Lo cierto es que las mejoras anunciadas bajo el pomposo título de lucha por la gran sociedad han caído en el sumidero de Viet Nam.

El más grande de los poderes imperialistas siente en sus entrañas el desangramiento provocado por un país pobre y atrasado, y su fabulosa economía se resiente del esfuerzo de guerra. Matar deja de ser el más cómodo negocio de los monopolios. Armas de contención, y no en número suficiente, es todo lo que tienen estos soldados maravillosos, además del amor a su patria, a su sociedad y un valor a toda prueba. Pero el imperialismo se empantana en Viet Nam, no halla camino de salida y busca desesperadamente alguno que le permita sortear con dignidad este peligroso trance en que se ve. Mas los «cuatro puntos» del Norte y «los cinco» del Sur lo atenazan, haciendo aún más decidida la confrontación.

Todo parece indicar que la paz, esa paz precaria a la que se ha dado tal nombre, solo porque no se ha producido ninguna conflagración de carácter mundial, está otra vez en peligro de romperse ante cualquier paso irreversible, e inaceptable, dado por los norteamericanos.

Y, a nosotros, explotados del mundo, ¿cuál es el papel que nos corresponde? Los pueblos de tres continentes observan y aprenden su lección en Viet Nam. Ya que, con la amenaza de guerra, los imperialistas ejercen su chantaje sobre la humanidad, no temer la guerra, es la respuesta justa. Atacar dura e ininterrumpidamente en cada punto de confrontación, debe ser la táctica general de los pueblos.<sup>5</sup>

Pero, en los lugares en que esta mísera paz que sufrimos nos ha sido rota, ¿cuál será nuestra tarea? Liberarnos a cualquier precio.

El panorama del mundo muestra una gran complejidad. La tarea de la liberación espera a países de la vieja Europa, suficientemente desarrollados para sentir todas las contradicciones del capitalismo, pero tan débiles que no pueden ya seguir el rumbo del imperialismo o iniciar esa ruta. Allí las contradicciones alcanzarán en los próximos años carácter explosivo, pero sus problemas y, por ende, la solución de los mismos son diferentes a la de nuestros pueblos dependientes y atrasados económicamente.

El campo fundamental de la explotación del imperialismo abarca los tres continentes atrasados, América, Asia y África. Cada país tiene características propias, pero los continentes, en su conjunto, también las presentan.

---

<sup>5</sup> Las concepciones táctico-estratégicas desarrolladas por Che fueron escritas en diferentes momentos y circunstancias, reflejando un ascenso dialéctico en cuanto a contenidos y objetivos, que recorren desde su experiencia en la lucha revolucionaria en Cuba, hasta su incorporación a la lucha internacionalista. De imprescindible consulta son los trabajos, *La guerra de guerrillas*, «Guerra de guerrillas: un método», *Pasajes de la guerra revolucionaria*, «Táctica y estrategia de la Revolución latinoamericana» y *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo*. Los cuatro primeros están incluidos en Ernesto Che Guevara: *Obras 1957-1962*, 2 tomos, Casa de las Américas, La Habana, 1970. El último libro fue publicado en 2006 por Ocean Sur.

América constituye un conjunto más o menos homogéneo y en la casi totalidad de su territorio los capitales monopolistas norteamericanos mantienen una primacía absoluta.<sup>6</sup> Los gobiernos títeres o, en el mejor de los casos, débiles y medrosos, no pueden oponerse a las órdenes del amo yanqui. Los norteamericanos han llegado casi al máximo de su dominación política y económica, poco más podrían avanzar ya; cualquier cambio de la situación podría convertirse en un retroceso en su primacía. Su política es mantener lo conquistado. La línea de acción se reduce en el momento actual, al uso brutal de la fuerza para impedir movimientos de liberación, de cualquier tipo que sean.

Bajo el slogan, «no permitiremos otra Cuba», se encubre la posibilidad de agresiones a mansalva, como la perpetrada contra Santo Domingo, o anteriormente, la masacre de Panamá, y la clara advertencia de que las tropas yanquis están dispuestas a intervenir en cualquier lugar de América donde el orden establecido sea alterado, poniendo en peligro sus intereses. Esa política cuenta con una impunidad casi absoluta; la OEA es una máscara cómoda, por desprestigiada que esté; la ONU es de una ineficiencia rayana en el ridículo o en lo trágico; los ejércitos de todos los países de América están listos a intervenir para aplastar a sus pueblos. Se ha formado, de hecho, la internacional del crimen y la traición.

Por otra parte, las burguesías autóctonas<sup>7</sup> han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo —si alguna vez la tuvieron— y solo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución.

Asia es un continente de características diferentes. Las luchas de liberación contra una serie de poderes coloniales europeos, dieron por resultado el establecimiento de gobiernos más o menos progresistas, cuya evolución posterior ha sido, en algunos casos, de profundización de los objetivos primarios de la liberación nacional y en otros de reversión hacia posiciones pro-imperialistas.

Desde el punto de vista económico, los Estados Unidos tenían poco que perder y mucho que ganar en Asia. Los cambios le favorecen; se lucha por desplazar a otros

---

<sup>6</sup> La penetración de los capitales norteamericanos en América Latina, al igual que las políticas, se consolidaron considerablemente, después de la Segunda Guerra Mundial, mientras que los países latinoamericanos se vieron atados aún más a su poderío hegemónico. El estudio permanente de la realidad latinoamericana, fue un interés constante a lo largo de la vida y la obra de Che y en muchas de sus reflexiones analiza la conexión indisoluble entre economía y política y su comportamiento en cada uno de nuestros países. Un análisis minucioso y global se encuentra en el citado artículo «Táctica y estrategia...».

<sup>7</sup> Como consecuencia de la experiencia alcanzada por su participación en la lucha revolucionaria en el Congo, escribe *Pasajes de la guerra...*, donde recoge los momentos más trascendentes de la contienda. En el epílogo del libro analiza detalles de la realidad económica, política y social de la región y las posibilidades reales de lucha, además de caracterizar a la burguesía nacional y su posición dependiente dentro de la estructura de dominación, tesis que sumada a la propuesta en el Mensaje, explican sus conclusiones al respecto.

poderes neocoloniales, penetrar nuevas esferas de acción en el campo económico, a veces directamente, otras utilizando al Japón.

Pero existen condiciones políticas especiales, sobre todo en la península Indochina, que le dan características de capital importancia al Asia y juegan un papel importante en la estrategia militar global del imperialismo norteamericano. Este ejerce un cerco a China a través de Corea del Sur, Japón, Taiwán, Viet Nam del Sur y Tailandia, por lo menos.<sup>8</sup>

Esa doble situación; un interés estratégico tan importante como el cerco militar a la República Popular China y la ambición de sus capitales por penetrar esos grandes mercados que todavía no dominan, hacen que el Asia sea uno de los lugares más explosivos del mundo actual, a pesar de la aparente tranquilidad fuera del área vietnamita.

Perteneciendo geográficamente a este continente, pero con sus propias contradicciones, el Oriente Medio está en plena ebullición, sin que se pueda prever hasta dónde llegará esa guerra fría entre Israel, respaldada por los imperialistas, y los países progresistas de la zona. Es otro de los volcanes amenazadores del mundo.

El África ofrece las características de ser un campo casi virgen para la invasión neocolonial. Se han producido cambios que, en alguna medida, obligaron a los poderes neocoloniales a ceder sus antiguas prerrogativas de carácter absoluto. Pero, cuando los procesos se llevan a cabo ininterrumpidamente, al colonialismo sucede, sin violencia, un neocolonialismo de iguales efectos en cuanto a la dominación económica se refiere.

Los Estados Unidos no tenían colonias en esta región y ahora lucha por penetrar en los antiguos cotos cerrados de sus socios. Se puede asegurar que África constituye, en los planes estratégicos del imperialismo norteamericano, su reservorio a largo plazo; sus inversiones actuales solo tienen importancia en la Unión Sudafricana y comienza su penetración en el Congo, Nigeria y otros países, donde se inicia una violenta competencia (con carácter pacífico hasta ahora) con otros poderes imperialistas.

No tiene todavía grandes intereses que defender, salvo su pretendido derecho a intervenir en cada lugar del globo en que sus monopolios olfateen buenas ganancias o la existencia de grandes reservas de materias primas.

---

<sup>8</sup> Si se considera lo analizado por Che sobre la realidad del Tercer Mundo como imprescindibles para conocer sus particularidades, sin dudas, se puede comprender el alcance de su plena participación en la lucha de liberación de los pueblos. En el Mensaje, escrito antes de su partida a Bolivia, deja establecido claramente sus criterios y posiciones, al igual que los había enunciado públicamente en el discurso en Naciones Unidas. De su contenido, sorprende la actualidad y vigencia de alguno de sus enunciados, como los que explican la situación del Medio Oriente y en particular sobre Israel, cuestión que lejos de aplacarse se ha agudizado en nuestros días.



Todos estos antecedentes hacen lícito el planteamiento interrogante sobre las posibilidades de liberación de los pueblos a corto o mediano plazo.

Si analizamos el África veremos que se lucha con alguna intensidad en las colonias portuguesas de Guinea, Mozambique y Angola, con particular éxito en la primera y con éxito variable en las dos restantes. Que todavía se asiste a la lucha entre los sucesores de Lumumba y los viejos cómplices de Tshombe en el Congo, lucha que, en el momento actual, parece inclinarse a favor de los últimos, los que han «pacificado» en su propio provecho una gran parte del país, aunque la guerra se mantenga latente.

En Rhodesia el problema es diferente: el imperialismo británico utilizó todos los mecanismos a su alcance para entregar el poder a la minoría blanca que lo detenta actualmente. El conflicto, desde el punto de vista de Inglaterra, es absolutamente antioficial, solo que esta potencia, con su habitual habilidad diplomática —también llamada hipocresía en buen romance— presenta una fachada de disgustos ante las medidas tomadas por el gobierno de Ian Smith, y es apoyada en su taimada actitud por algunos de los países del Commonwealth que la siguen, y atacada por una buena parte de los países del África Negra, sean o no dóciles vasallos económicos del imperialismo inglés.

En Rhodesia la situación puede tornarse sumamente explosiva si cristalizaran los esfuerzos de los patriotas negros para alzarse en armas y este movimiento fuera apoyado efectivamente por las naciones africanas vecinas. Pero por ahora todos los problemas se ventilan en organismos tan inocuos como la ONU, el Commonwealth o la OUA.

Sin embargo, la evolución política y social del África no hace prever una situación revolucionaria continental. Las luchas de liberación contra los portugueses deben terminar victoriosamente, pero Portugal no significa nada en la nómina imperialista. Las confrontaciones de importancia revolucionaria son las que ponen en jaque a todo el aparato imperialista, aunque no por eso dejemos de luchar por la liberación de las tres colonias portuguesas y por la profundización de sus revoluciones.

Cuando las masas negras de Sudáfrica o Rhodesia inicien su auténtica lucha revolucionaria, se habrá iniciado una nueva época en el África. O, cuando las masas empobrecidas de un país se lancen a rescatar su derecho a una vida digna, de las manos de las oligarquías gobernantes.

Hasta ahora se suceden los golpes cuartelarios en que un grupo de oficiales reemplaza a otro o a un gobernante que ya no sirva sus intereses de casta y a los de las potencias que los manejan solapadamente pero no hay convulsiones populares. En el Congo se dieron fugazmente estas características impulsadas por el recuerdo de Lumumba, pero han ido perdiendo fuerzas en los últimos meses.

En Asia, como vimos, la situación es explosiva, y no son solo Viet Nam y Laos, donde se lucha, los puntos de fricción. También lo es Cambodia, donde en cualquier

momento puede iniciarse la agresión directa norteamericana, Tailandia, Malasia y, por supuesto, Indonesia, donde no podemos pensar que se haya dicho la última palabra pese al aniquilamiento del Partido Comunista de ese país, al ocupar el poder los reaccionarios. Y, por supuesto, el Oriente Medio.

En América Latina se lucha con las armas en la mano en Guatemala, Colombia, Venezuela y Bolivia y despuntan ya los primeros brotes en Brasil. Hay otros focos de resistencia que aparecen y se extinguen. Pero casi todos los países de este continente están maduros para una lucha de tipo tal, que para resultar triunfante, no puede conformarse con menos que la instauración de un gobierno de corte socialista.

En este continente se habla prácticamente una lengua, salvo el caso excepcional del Brasil, con cuyo pueblo los de habla hispana pueden entenderse, dada la similitud entre ambos idiomas. Hay una identidad tan grande entre las clases de estos países que logran una identificación de tipo «internacional americano,» mucho más completa que en otros continentes. Lengua, costumbres, religión, amo común, los unen. El grado y las formas de explotación son similares en sus efectos para explotadores y explotados de una buena parte de los países de nuestra América. Y la rebelión está madurando aceleradamente en ella.

Podemos preguntarnos: esta rebelión, ¿cómo fructificará?; ¿de qué tipo será? Hemos sostenido desde hace tiempo que, dadas sus características similares, la lucha en América adquirirá, en su momento, dimensiones continentales. Será escenario de muchas grandes batallas dadas por la humanidad para su liberación.

En el marco de esa lucha de alcance continental, las que actualmente se sostienen en forma activa son solo episodios, pero ya han dado los mártires que figurarán en la historia americana como entregando su cuota de sangre necesaria en esta última etapa de la lucha por la libertad plena del hombre. Allí figurarán los nombres del Comandante Turcios Lima, del cura Camilo Torres, del Comandante Fabricio Ojeda, de los Comandantes Lobatón y Luis de la Puente Uceda, figuras principalísimas en los movimientos revolucionarios de Guatemala, Colombia, Venezuela y Perú.

Pero la movilización activa del pueblo crea sus nuevos dirigentes: César Montes y Yon Sosa levantan la bandera en Guatemala, Fabio Vázquez y Marulanda lo hacen en Colombia, Douglas Bravo en el occidente del país y Américo Martín en El Bacheiller, dirigen sus respectivos frentes en Venezuela.

Nuevos brotes de guerra surgirán en estos y otros países americanos, como ya ha ocurrido en Bolivia, e irán creciendo, con todas las vicisitudes que entraña este peligroso oficio de revolucionario moderno. Muchos morirán víctimas de sus errores, otros caerán en el duro combate que se avecina; nuevos luchadores y nuevos dirigentes surgirán al calor de la lucha revolucionaria. El pueblo irá formando sus combatientes y sus conductores en el marco selectivo de la guerra misma, y los agentes yanquis de represión aumentarán. Hoy hay asesores en todos los países donde la lucha armada se mantiene y el ejército peruano realizó, al parecer, una exitosa ba-

tida contra los revolucionarios de ese país, también asesorado y entrenado por los yanquis. Pero si los focos de guerra se llevan con suficiente destreza política y militar, se harán prácticamente imbatibles y exigirán nuevos envíos de los yanquis. En el propio Perú, con tenacidad y firmeza, nuevas figuras aún no completamente conocidas, reorganizan la lucha guerrillera. Poco a poco, las armas obsoletas que bastan para la represión de las pequeñas bandas armadas, irán convirtiéndose en armas modernas y los grupos de asesores en combatientes norteamericanos, hasta que, en un momento dado, se vean obligados a enviar cantidades crecientes de tropas regulares para asegurar la relativa estabilidad de un poder cuyo ejército nacional títere se desintegra ante los combates de las guerrillas. Es el camino de Viet Nam; es el camino que deben seguir los pueblos; es el camino que seguirá América, con la característica especial de que los grupos en armas pudieran formar algo así como Juntas de Coordinación para hacer más difícil la tarea represiva del imperialismo yanqui y facilitar la propia causa.

América, continente olvidado por la últimas luchas políticas de liberación, que empieza a hacerse sentir a través de la Tricontinental en la voz de la vanguardia de sus pueblos, que es la Revolución Cubana, tendrá una tarea de mucho mayor relieve: la de la creación del Segundo o Tercer Viet Nam o del Segundo o Tercer Viet Nam del mundo.

En definitiva, hay que tener en cuenta que el imperialismo es un sistema mundial, última etapa del capitalismo, y que hay que batirlo en una confrontación mundial. La finalidad estratégica de esa lucha debe ser la destrucción del imperialismo. La participación que nos toca a nosotros, los explotados y atrasados del mundo, es la de eliminar las bases de sustentación del imperialismo: nuestros pueblos oprimidos, de donde extraen capitales, materias primas, técnicos y obreros baratos y adonde exportan nuevos capitales —instrumentos de dominación— armas y toda clase de artículos, sumiéndonos en una dependencia absoluta.

El elemento fundamental de esa finalidad estratégica será, entonces, la liberación real de los pueblos; liberación que se producirá a través de lucha armada, en la mayoría de los casos, y que tendrá, en América, casi indefectiblemente, la propiedad de convertirse en una Revolución Socialista.

Al enfocar la destrucción del imperialismo, hay que identificar a su cabeza, la que no es otra que los Estados Unidos de Norteamérica.

Debemos realizar una tarea de tipo general que tenga como finalidad táctica sacar al enemigo de su ambiente obligándolo a luchar en lugares donde sus hábitos de vida choquen con la realidad imperante. No se debe despreciar al adversario; el soldado norteamericano tiene capacidad técnica y está respaldado por medios de tal magnitud que lo hacen temible. Le falta esencialmente la motivación ideológica que tienen en grado sumo sus más enconados rivales de hoy: los soldados vietnamitas. Solamente podremos triunfar sobre ese ejército en la medida en que logremos

minar su moral. Y esta se mina infligiéndole derrotas y ocasionándole sufrimientos repetidos.

Pero este pequeño esquema de victorias encierra dentro de sí sacrificios inmensos de los pueblos, sacrificios que deben exigirse desde hoy, a la luz del día y que quizás sean menos dolorosos que los que debieran soportar si rehuyéramos constantemente el combate, para tratar de que otros sean los que nos saquen las castañas del fuego.

Claro que, el último país en liberarse, muy probablemente lo hará sin lucha armada, y los sufrimientos de una guerra larga y tan cruel como la que hacen los imperialistas, se le ahorrará a ese pueblo. Pero tal vez sea imposible eludir esa lucha o sus efectos, en una contienda de carácter mundial y se sufra igual o más aún. No podemos predecir el futuro, pero jamás debemos ceder a la tentación claudicante de ser los abanderados de un pueblo que anhela su libertad, pero reniega de la lucha que esta conlleva y la espera como un mendrugo de victoria.

Es absolutamente justo evitar todo sacrificio inútil. Por eso es tan importante el esclarecimiento de las posibilidades efectivas que tiene la América dependiente de liberarse en forma pacífica. Para nosotros está clara la solución de esta interrogante; podrá ser o no el momento actual el indicado para iniciar la lucha, pero no podemos hacernos ninguna ilusión, ni tenemos derecho a ello, de lograr la libertad sin combatir. Y los combates no serán meras luchas callejeras de piedras contra gases lacrimógenos, ni de huelgas generales pacíficas; ni será la lucha de un pueblo enfurecido que destruya en dos o tres días el andamiaje represivo de las oligarquías gobernantes; será una lucha larga, cruenta, donde su frente estará en los refugios guerrilleros, en las ciudades, en las casa de los combatientes —donde la represión irá buscando víctimas fáciles entre sus familiares—, en la población campesina masacrada, en las aldeas o ciudades destruidas por el bombardeo enemigo.

Nos empujan a esa lucha; no hay más remedio que prepararla y decidirse a emprenderla.

Los comienzos no serán fáciles; serán sumamente difíciles. Toda la capacidad de represión, toda la capacidad de brutalidad y demagogia de las oligarquías se pondrá al servicio de su causa. Nuestra misión, en la primera hora, es sobrevivir, después actuará el ejemplo perenne de la guerrilla realizando la propaganda armada en la acepción vietnamita de la frase, vale decir, la propaganda de los tiros, de los combates que se ganan o se pierden, pero se dan, contra los enemigos. La gran enseñanza de la invencibilidad de la guerrilla prendiendo en las masas de los desposeídos. La galvanización del espíritu nacional, la preparación para tareas más duras, para resistir represiones más violentas. El odio como factor de lucha; el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así; un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal.

Hay que llevar la guerra hasta donde el enemigo la lleve: a su casa, a sus lugares de diversión; hacerla total. Hay que impedirle tener un minuto de tranquilidad, un minuto de sosiego fuera de sus cuarteles, y aún dentro de los mismos: atacarlo dondequiera que se encuentre; hacerlo sentir una fiera acosada por cada lugar que transite. Entonces su moral irá decayendo. Se hará más bestial todavía, pero se notarán los signos del decaimiento que asoma.

Y que se desarrolle un verdadero internacionalismo proletario;<sup>9</sup> con ejércitos proletarios internacionales, donde la bandera bajo la que se luche sea la causa sagrada de la redención de la humanidad, de tal modo que morir bajo las enseñas de Viet Nam, de Venezuela, de Guatemala, de Laos, de Guinea, de Colombia, de Bolivia, de Brasil, para citar solo los escenarios actuales de la lucha armada, sea igualmente gloriosa y apetecible para un americano, un asiático, un africano y, aún, un europeo.

Cada gota de sangre derramada en un territorio bajo cuya bandera no se ha nacido, es experiencia que recoge quien sobrevive para aplicarla luego en la lucha por la liberación de su lugar de origen. Y cada pueblo que se libere, es una fase de la batalla por la liberación del propio pueblo que se ha ganado.

Es la hora de atemperar nuestras discrepancias y ponerlo todo al servicio de la lucha.

Que agitan grandes controversias al mundo que lucha por la libertad, lo sabemos todos y no lo podemos esconder. Que han adquirido un carácter y una agudeza tales que luce sumamente difícil, si no imposible, el diálogo y la conciliación, también lo sabemos. Buscar métodos para iniciar un diálogo que los contendientes rehuyen es una tarea inútil. Pero el enemigo está allí, golpea todos los días y amenaza con nuevos golpes y esos golpes nos unirán, hoy, mañana o pasado. Quienes antes lo capten y se preparen a esa unión necesaria tendrán el reconocimiento de los pueblos.

Dadas las virulencias e intransigencias con que se defiende cada causa, nosotros, los desposeídos, no podemos tomar partido por una u otra forma de manifestar las discrepancias, aun cuando coincidamos a veces con algunos planteamientos de una u otra parte, o en mayor medida con los de una parte que con los de la otra. En el momento de la lucha, la forma en que se hacen visibles las actuales diferencias constituyen una debilidad; pero en el estado en que se encuentran, querer arreglarlas mediante palabras es una ilusión. La historia las irá borrando o dándoles su verdadera explicación.

---

<sup>9</sup> La concepción internacionalista a escala global, como la planteada por Che en el Mensaje representa la síntesis de su pensamiento y praxis política, que nos acercan al revolucionario integral, que apuesta a la construcción de un nuevo orden a partir de la conquista armada del poder, como vía principal. Apoya esta posición, teniendo en cuenta la coyuntura en que se encuentra el mundo y la posición de sumisión de las burguesías locales respecto al imperialismo, de ahí que la respuesta, en esas condiciones, debía ser a través de una guerra popular prolongada, como la estrategia real posible, de una voluntad de transformación liberadora.

En nuestro mundo en lucha, todo lo que sea discrepancia en torno a la táctica, método de acción para la consecución de objetivos limitados, debe analizarse con el respeto que merecen las apreciaciones ajenas. En cuanto al gran objetivo estratégico, la destrucción total del imperialismo por medio de la lucha, debemos ser intransigentes.

Sinteticemos así nuestras aspiraciones de victoria: destrucción del imperialismo mediante la eliminación de su baluarte más fuerte: el dominio imperialista de los Estados Unidos de Norteamérica. Tomar como función táctica la liberación gradual de los pueblos, uno a uno o por grupos, llevando al enemigo a una lucha difícil fuera de su terreno; liquidándole sus bases de sustentación, que son sus territorios dependientes.

Eso significa una guerra larga. Y, lo repetimos una vez más, una guerra cruel. Que nadie se engañe cuando la vaya a iniciar y que nadie vacile en iniciarla por temor a los resultados que pueda traer para su pueblo. Es casi la única esperanza de victoria.

No podemos eludir el llamado de la hora. Nos lo enseña Viet Nam con su permanente lección de heroísmo, su trágica y cotidiana lección de lucha y de muerte para lograr la victoria final.

Allí, los soldados del imperialismo encuentran la incomodidad de quien, acostumbrado al nivel de vida que ostenta la nación norteamericana, tiene que enfrentarse con la tierra hostil; la inseguridad de quien no puede moverse sin sentir que pisa territorio enemigo; la muerte a los que avanzan más allá de sus reductos fortificados; la hostilidad permanente de toda la población. Todo eso va provocando la repercusión interior en los Estados Unidos; va haciendo surgir un factor atenuado por el imperialismo en pleno vigor, la lucha de clases aun en su propio territorio.

¡Cómo podríamos mirar el futuro de luminoso y cercano, si dos, tres, muchos Viet Nam florecieran en la superficie del globo, con su cuota de muerte y sus tragedias inmensas, con su heroísmo cotidiano, con sus golpes repetidos al imperialismo, con la obligación que entraña para este de dispersar sus fuerzas, bajo el embate del odio creciente de los pueblos del mundo!

Y si todos fuéramos capaces de unirnos, para que nuestros golpes fueran más sólidos y certeros, para que la ayuda de todo tipo a los pueblos en lucha fuera aun más efectiva, ¡qué grande sería el futuro, y qué cercano!

Si a nosotros, los que en un pequeño punto del mapa del mundo cumplimos el deber que preconizamos y ponemos a disposición de la lucha este poco que nos es permitido dar: nuestras vidas, nuestro sacrificio, nos toca alguno de estos días lanzar el último suspiro sobre cualquier tierra, ya nuestra, regada con nuestra sangre, sépase que hemos medido el alcance de nuestros actos y que no nos consideramos nada más que elementos en el gran ejército del proletariado, pero nos sentimos orgullosos de haber aprendido de la Revolución Cubana y de su gran dirigente máxi-

mo la gran lección que emana de su actitud en esta parte del mundo: «qué importan los peligros o sacrificios de un hombre o de un pueblo, cuando está en juego el destino de la humanidad».

Toda nuestra acción es un grito de guerra contra el imperialismo y un clamor por la unidad de los pueblos contra el gran enemigo del género humano: los Estados Unidos de Norteamérica. En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ese, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo, y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.

Tomado de Ernesto Che Guevara: *Justicia global*, Centro de Estudios Che Guevara, La Habana, Ocean Press, Melbourne, Nuestra América, Argentina, 2003, pp. 55-65.



## La crisis actual del imperialismo y los procesos revolucionarios en América Latina y el Caribe\*

MANUEL PIÑEIRO LOSADA

### Las revoluciones de liberación nacional y social

Toda época imprime sus huellas a las revoluciones sociales que acontecen en tal tiempo histórico. Ello es válido también para los procesos de liberación nacional. Lenin subrayó esta idea al afirmar: «La época de 1789 a 1871 es una época especial en Europa. Esto es indiscutible. No se puede comprender ni una sola guerra de liberación nacional, especialmente típicas de aquellos tiempos, sin comprender las condiciones generales de la época».<sup>1</sup>

Las revoluciones de liberación nacional de la fase premonopolista del capitalismo formaron parte de las grandes transformaciones antifeudales, de contenido democrático-burgués; el carácter social capitalista predominante en ellas y, por consiguiente, las tareas que les correspondió desenvolver, eran inherentes al despliegue mundial de aquel sistema. Ya desde entonces, sin dejar de considerarse dentro del curso de expansión y desarrollo de la formación socioeconómica capitalista, los procesos de libera-

---

\* Tomado de Manuel Piñeiro Losada: «La crisis actual del imperialismo y los procesos revolucionarios en América Latina y el Caribe», *Che Guevara y la Revolución Latinoamericana*, Ocean Sur, México D. F., 2006, pp. 238-277. Ponencia presentada en la Conferencia Teórica Internacional «Características generales y específicas de los procesos revolucionarios en América Latina y el Caribe», La Habana, 26 al 28 de abril de 1982.

<sup>1</sup> Vladimir Ilich Lenin: «Sobre la caricatura del marxismo y el economismo imperialista», *Obras Escogidas* en doce tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1976, t. 6, p. 69.



ción nacional anticolonial encerraban particularidades propias, condicionadas por el carácter de la dominación externa, las circunstancias históricas y la configuración económica y sociológica específica de esos países. De tal suerte, el factor nacional representó el ingrediente peculiar, distintivo de aquellas revoluciones, mientras el sustrato más general fue la inserción de dichos países al sistema capitalista.

A tenor de esa doble función, las múltiples experiencias de las luchas emancipadoras del siglo XIX en nuestras tierras, nos previenen del equívoco de pretender igualarlas a las revoluciones europeas de aquel período histórico.

Ni entonces ni ahora es válido aplicar de forma mecánica, sin distinciones, el concepto general de un tipo de revolución a cada situación específica. Aquí, como quizás en ninguna otra circunstancia, se cumple el tan conocido aserto marxista-leninista: el alma del marxismo es el análisis concreto de la situación concreta.

En nuestra época, las revoluciones de liberación nacional también presentan caracteres peculiares, determinados por la crisis general del capitalismo, la existencia de un poderoso campo socialista en desarrollo y la confrontación histórica entre ambos sistemas. Ello origina grandes diferencias entre las actuales luchas de liberación nacional y las del período premonopolista del capitalismo. Si el imperialismo crea y sustenta la opresión de las naciones con nuevas relaciones de dominación —que tienen su centro en el capital monopolista y el capital monopolista de Estado—, las revoluciones a que da lugar en los países subdesarrollados tienen como aspecto fundamental la destrucción de esas premisas y, por ende, su primer rasgo distintivo es su carácter antimperialista.

Al mismo tiempo, y por su propia naturaleza antimperialista, las revoluciones de liberación nacional contemporáneas son eslabones del proceso de la transición del capitalismo al socialismo. De ahí nacen, precisamente, las más importantes peculiaridades de esas revoluciones, tanto por sus objetivos, composición social y tareas, como por su rumbo histórico estratégico. Son más avanzadas que sus predecesoras y mantienen con ellas una continuidad que culmina en una superación dialéctica.

Las realidades materiales predominantes las mueven, en un plazo u otro y con formas múltiples, a la liquidación de las bases de toda la opresión. Es la solución inevitable de los países dependientes ante la encrucijada en que los coloca el sistema de explotación imperialista.

De tal modo, las revoluciones de liberación nacional de nuestros tiempos tienen un profundo contenido social que las convierte en hechos de alcance mundial. Ellas son parte indivisible de un único proceso revolucionario internacional, en el que la contradicción fundamental —socialismo *vs.* capitalismo— es a la vez agudizada por el avance de aquéllas.

Su curso antimperialista y su tendencia anticapitalista las ubica entre las fuerzas principales de transformación del régimen burgués, junto al sistema socialista mundial y al movimiento obrero internacional.

Las revoluciones de liberación nacional y social de América Latina y el Caribe, son expresión nítida y elementos constituyentes de esas circunstancias generales.

Por otro lado, ellas encierran modalidades significativas en relación con los actuales procesos de liberación de África y Asia. Nuestras revoluciones, como las de África y Asia, avanzan también por el camino histórico mundial que se inició en octubre de 1917 y forman parte de los tres continentes subdesarrollados que se enfrentan al imperialismo. Pero, a causa de las premisas materiales originadas por la dominación capitalista en nuestras tierras —de un nivel de desarrollo medio superior al de África y Asia—, se han creado mejores condiciones para un avance más intenso y radical de las revoluciones. Éstas, en su curso dialéctico, en una primera etapa adoptan tareas de contenido democrático, popular y antimperialista y tienden, en su desarrollo —como parte indisoluble de su propio proceso y acorde con su carácter histórico general—, a realizar tareas netamente socialistas.

En tal sentido, la Plataforma Programática del Partido Comunista de Cuba expresa:

No existe una barrera infranqueable entre la etapa democrático-popular y antimperialista y la etapa socialista. Ambas forman parte, en la época del imperialismo, de un proceso único en el que las medidas de liberación nacional y de carácter democrático —que en ocasiones tienen ya un matiz socialista— preparan el terreno para las netamente socialistas. El elemento decisivo y definitorio de ese proceso es la cuestión de quiénes lo dirigen, en manos de qué clase se encuentra el poder político.<sup>2</sup>

Así pues, los procesos de liberación nacional y social de este continente tienen que enfrentar en forma directa e inmediata al imperialismo, en especial al norteamericano, en tanto sistema de dominación condicionante de la fisonomía del capitalismo en América Latina y el Caribe. Aquí han madurado Estados nacionales burgueses que se constituyeron hace más de ciento cincuenta años, no obstante sus deformaciones, en la mayoría de nuestros países. En estas tierras existe una formidable variedad de experiencias de luchas nacionales y clasistas, las cuales dieron su fruto más completo con la victoria de la primera revolución socialista del hemisferio, muestra inequívoca del grado de madurez alcanzado por estas sociedades. En Nuestra América, el proletariado —agente histórico principal de la nueva sociedad— es la fuerza social más importante, no solo por su valor cualitativo sino por su número en varios países de la región, sin disminuir la extraordinaria significación del campesinado pobre y demás fuerzas populares. Finalmente, y para citar otro factor relevante,

---

<sup>2</sup> Partido Comunista de Cuba: *Plataforma Programática*, Departamento de Orientación Revolucionaria, La Habana, 1976, p. 39.

el dominio externo es ejercido en este continente por la potencia imperialista más poderosa, que además le atribuye un carácter geopolítico estratégico para sus intereses globales, haciendo así más difícil —pero también más radical y apremiante— la liberación de nuestros pueblos.

Esas realidades no han dejado de expresarse contradictoriamente —con avances y retrocesos— durante los últimos veinticinco años, pero al final de la década pasada y en forma creciente en los comienzos de ésta, nuestra región presenta el mayor nivel de aceleración del movimiento revolucionario de las áreas subdesarrolladas e incluso a escala mundial.

De lo anteriormente expresado se desprende una original combinación de tareas democrático-populares y de reivindicaciones económicas, políticas y sociales, todas las cuales favorecen el histórico curso socialista de la revolución; tareas antimperialistas de liberación nacional junto a las de consolidación del poder de los obreros, campesinos y demás capas trabajadoras contra la explotación latifundista y capitalista. Se trata, en resumen, de una imbricación compleja y dinámica, de un entretrejado de lucha de clases y el combate antineocolonial o anticolonial en algunos países. Refiriéndose a la experiencia de Cuba, el comandante en jefe Fidel Castro afirmó en el Informe Central al I Congreso del Partido Comunista de Cuba: «Nuestra liberación nacional y social estaban indisolublemente unidas, avanzar era una necesidad histórica, detenerse, una cobardía y una traición que nos habría llevado de nuevo a ser una colonia yanqui y esclavos de los explotadores».<sup>3</sup>

Vale la pena indagar en las realidades materiales e históricas que explican la intensidad, extensión, profundidad y perspectivas de la actual lucha de clases en nuestras sociedades, para identificar los factores objetivos y subjetivos que motivan la presente crisis estructural del capitalismo en el continente, el auge de varios procesos revolucionarios y el incremento del movimiento combativo de las masas populares.

## **La crisis del capitalismo y los procesos revolucionarios en América Latina y el Caribe**

Existe en América Latina y el Caribe, como reflejo de lo que acontece en la realidad, una crisis de los modelos capitalistas de desarrollo económico. Los proyectos de desarrollo autónomos —intentos de las burguesías nacionales de varios países en las décadas del treinta al cincuenta y las variantes desarrollistas posteriores— devinieron frustraciones sucesivas, a consecuencia de los límites asfixiantes impuestos por el capital monopolista extranjero. Canceladas esas opciones, las variantes de

<sup>3</sup> Partido Comunista de Cuba: *Informe Central al I Congreso*, Editora Política, La Habana, 1982, p. 35.

desarrollo quedaron reducidas a una alternativa: la opción de las empresas transnacionales imperialistas y de las relaciones económicas internacionales que éstas representan, o el proyecto revolucionario de las clases populares, en primer lugar del proletariado: la vía socialista. Una opera dentro de los límites del conjunto de estructuras capitalistas impuestas por el dominio imperialista a escala regional, que implica la reproducción de las condiciones económico-sociales deformantes y deformadas, y da lugar a la acentuación y complicación de las contradicciones del subdesarrollo latinoamericano y caribeño, fundamentalmente a la polarización de la lucha de clases como expresión inevitable de la concentración y la centralización del capital. La otra permite alcanzar el desarrollo autónomo –o verdadero desarrollo– y se desprende de las propias contradicciones generadas por el sistema de opresión y explotación; el socialismo aparece así como la única solución histórica que posibilita vencer los tremendos obstáculos del subdesarrollo, insolubles dentro del sistema capitalista.

Las economías latinoamericanas y caribeñas, como parte del régimen capitalista mundial, están sujetas desde los años setenta al proceso de instauración de una nueva división internacional capitalista del trabajo, promovida por los países rectores de ese sistema. Ello ha determinado, en primer lugar, la consolidación de la hegemonía del gran capital monopolista y financiero, el cual se convirtió, definitivamente, en el eje determinante de la mayoría de las economías de la región. De tal modo, y como nunca antes, la suerte de la evolución económica del área depende de la dinámica global del capitalismo en el ámbito internacional. Por añadidura, la crisis prolongada que afecta a éste en los últimos años tiene una repercusión más directa y brutal en América Latina y el Caribe.

El proceso de transnacionalización de las economías latinoamericanas y caribeñas, no excluye a casi ningún país, y se expresa, por ejemplo, en la integración final –o en su dependencia estructural– de las burguesías del continente al gran capital monopolista y financiero.

De esta manera, el patrón de acumulación de capitales inherentes a la instauración de la nueva división internacional capitalista del trabajo, origina una mayor integración de las economías nacionales. Esta nueva división internacional capitalista del trabajo supone, para los países desarrollados, la especialización en la producción de bienes de tecnología más compleja y el perfeccionamiento de la ciencia y la técnica, con el objetivo de mantener el control de las tecnologías más avanzadas; a la vez, crece el sector de los servicios y, en general, aumentan las actividades de carácter parasitario de la economía monopolista; se confirma así, esta tendencia del imperialismo señalada por Lenin.

Los países subdesarrollados son «elevados» a un escalón más moderno mediante la incorporación de nuevas técnicas de producción, desviadas hacia ellos por los países industrializados a causa de la mayor densidad relativa de fuerza de trabajo que

exigen aquéllas, razón por la cual son más rentables para su explotación en los países dependientes, donde la clase obrera tiene niveles salariales mucho menores. Asimismo, una de las fórmulas que en los últimos años ha recibido más apoyo del capital transnacional es el regreso a las relaciones económicas liberales que, como muestra plenamente el caso chileno, representa una variante extrema de dependencia del capital extranjero, de concentración y centralización de las riquezas nacionales por éste y el gran capital «nacional» asociado, y de aplicación de las más altas tasas de superexplotación de los trabajadores que registra la historia de nuestra región. Algunas variantes de capitalismo de Estado, o incluso de capitalismo monopolista de Estado —también dependiente por la naturaleza de la sociedad en que nace— descansan en el mismo principio de modernización mediante la atracción del capital extranjero, aunque en ocasiones surgen contradicciones con éste como consecuencia de eventuales divergencias de intereses que pueden llegar a ser significativas.

No es nuestro propósito tratar extensamente la complejidad de este proceso, sino señalar su importancia para el examen del tema que nos ocupa, dadas las contradicciones y nuevas circunstancias que suscita, en particular la tendencia a la reducción de la democracia burguesa y a la instauración de regímenes militares represivos. Ello, en nuestro criterio, aumenta las condiciones propicias para el quehacer de las vanguardias revolucionarias y a la vez exige de éstas su más alta capacidad de lucha en todos los frentes y la comprensión científica de los nuevos reacomodos del capitalismo en sus diversas manifestaciones globales y nacionales.

Quisiéramos señalar, en tal sentido, algunas de las contradicciones que se observan en este proceso y que en una forma u otra están presentes en la mayoría de los países de la región.

Hay una contradicción inicial, que surge de la necesidad de las economías del área de incrementar las inversiones para lograr el desarrollo y de los límites que les impone a aquéllas el estrecho mercado interno, precisamente a causa del dominio de éste por los monopolios extranjeros.

Paradójicamente, los efectos de la moderna tecnología utilizada en sus nuevas inversiones por las empresas transnacionales son minimizados en el mercado interno de los países receptores, pues no tienden a elevar el fondo de empleos e incluso, cuando se desplazan tecnologías viejas y actividades artesanales, el impacto sobre el mercado interno es de signo totalmente negativo.

Por otra parte, como consecuencia del control monopólico de los precios, el absoluto dominio de las finanzas y posibilidad de expandirse a causa de la quiebra de los competidores, las empresas transnacionales no se interesan especialmente en la ruptura de las relaciones agrarias tradicionales basadas en el latifundio.

De tal modo, la supervivencia de esas estructuras agrarias arcaicas —no obstante su modernización relativa, como consecuencia de otros factores que analizaremos después— y el aumento sostenido del desempleo y el subempleo —cuya manifesta-

ción más sostenible son los infrahumanos barrios marginales— imponen fronteras muy estrechas a la expansión de las inversiones, traducéndose todo ello en un mayor estancamiento de la economía.

Otra contradicción significativa se manifiesta en el interés primordial de las empresas transnacionales por obtener altas ganancias para cubrir rápidamente el capital invertido y ampliar sus utilidades. Así, los beneficios de su gestión no son reinvertidos en el país que los origina, pues las limitaciones de su mercado interno determinan que las empresas transnacionales desvíen las ganancias hacia nuevos mercados de otros países. Tal circunstancia provoca un antagonismo entre la necesidad de los países subdesarrollados de aumentar las inversiones y los intereses de las empresas transnacionales por elevar su rentabilidad global, y de este modo se acentúa la descapitalización de aquéllos y su dependencia financiera.

Como efecto de la nueva división internacional del trabajo, los desequilibrios endémicos de la balanza comercial y de pagos de los países latinoamericanos son manipulados aún más intensamente por el Fondo Monetario Internacional y la banca privada internacional, con el fin sistemático de imponerles una política acorde a los intereses del gran capital imperialista.

Esta especie de neodesarrollismo modernizante del capitalismo dependiente, eleva a niveles superiores y decisivos la transnacionalización de las economías y abarca a casi todos los países del continente. Junto a la consolidación de la hegemonía del capital monopolista y financiero, como centro rector de las economías de la región, se refuerza la alianza de aquél con los sectores del gran capital local, en un proceso donde la desnacionalización se traduce en niveles superiores de sometimiento al patrón de acumulación imperialista. Tal dinámica, que se corresponde con la etapa actual de crisis y recesión del capitalismo internacional, agota definitivamente las etapas anteriores de relativo desarrollo industrial nacional, sustentado en la sustitución de las importaciones y la ampliación del mercado interno. A la vez, tiende a provocar en el plano político la crisis de las agrupaciones multiclasistas de corte populista y de los ordenamientos estatales democrático-burgueses.

En el plano clasista se presenta una acelerada tendencia a la polarización de la estructura social, y se demarcan fronteras más claras entre las fuerzas en pugna. Se definen así con mayor nitidez en la mayoría de nuestros países, dos grandes bloques clasistas: uno, las clases y sectores vinculados orgánicamente al capital extranjero, y otro, de ancha base, integrado por la clase obrera en primer lugar, el campesinado, los desempleados, subempleados y segmentos crecientes de los llamados sectores medios.

La crisis en la región de los modelos capitalistas de desarrollo ha puesto en un lugar de mayor relieve y vigencia la cuestión del desarrollo socialista como única alternativa al subdesarrollo, generado por el capitalismo.

En las últimas dos décadas, el reformismo económico y político ha puesto en práctica diferentes variantes para disminuir los efectos de la implantación del nuevo patrón de acumulación capitalista. Sin embargo, todas devinieron sucesivos fracasos por su debilidad para enfrentar las estructuras económicas, políticas y sociales que sustentan el sistema de dominación capitalista en la región. Un propósito de los proyectos reformistas ha sido atenuar la lucha de clases, lo que ha sido logrado solo en algunos casos y durante períodos breves, pues las masas tienden a radicalizar aún más su quehacer al no poder resolver los problemas de fondo, lo que las hace aumentar su conciencia acerca de la vía para lograrlo.

Como se ha comprobado en diferentes países y momentos, el reformismo solo aspira a destruir la economía exportadora tradicional y a compartir el poder económico con los monopolios extranjeros, oponiéndole la fuerza del capitalismo de Estado. Ya no se trata de obtener la independencia, que sabe inalcanzable; acepta, como premisa, la dependencia del capital extranjero, e intenta obtener el máximo provecho para los intereses económicos nacionales que dice representar.

Las capas sociales que sustentan esa posición son, regularmente, las burocracias civiles y militares, que se apoyan en forma parcial y eventual en estratos de los sectores medios. Ellas tratan de heredar en las nuevas condiciones la función de la burguesía nacional, que fracasó en sus proyectos en las décadas del treinta al cincuenta. Ahora, la situación material dominante hace más fatal el desenlace negativo de esos proyectos. Por eso, la debilidad de ellos no es solo económica. En el ámbito político, suelen aceptar también como inevitable la imposición de restricciones a la democracia burguesa y el empleo de mecanismos estatales represivos, que garanticen los altos niveles de explotación y miseria a que son sometidas las masas populares.

En estos años, en coincidencia con el agravamiento de la crisis internacional del capitalismo, se han hecho visibles en el área las negativas consecuencias derivadas de la nueva división internacional capitalista del trabajo, el agotamiento de los intentos reformistas, el ocaso de los regímenes democrático-burgueses y la tendencia a la sustitución de éstos por gobiernos militares dictatoriales. Todo ello marca el final de una etapa histórica en el continente, a la vez que promueve las condiciones de un nuevo escenario para la lucha de clases, en el que los pueblos y sus organizaciones revolucionarias encuentran mayores potencialidades para desenvolver sus luchas. Éstas son más radicales por la naturaleza de la base material que las condicionan y, en consecuencia, resultan más complejas y diversas en sus expresiones nacionales. Ellas tienen un objetivo común: la solución definitiva de las contradicciones del sistema de opresión y explotación imperialista por la vía de las transformaciones revolucionarias de sus estructuras económicas y políticas. Ese camino ya lo recorren, con sus especificidades de ritmo y formas propias, Nicaragua y Granada, mientras en El Salvador y Guatemala se observan adelantos muy prometedores. Cuba, en la avanzada histórica, demostró la viabilidad de la alternativa y sigue por ella victoriosamente.

América Latina y el Caribe comienzan así, desde mediados de los años setenta, una etapa de aguda polarización de sus estructuras sociales, de acentuación de los enfrentamientos políticos y de antagonismo cada vez más definido entre revolución y contrarrevolución.

En resumen, las bases materiales de los actuales procesos revolucionarios latinoamericanos y caribeños han sido creadas por los cambios ocurridos en las relaciones económicas y sociales de nuestros países, en especial a partir de los años cincuenta. Esas transformaciones han conformado niveles —incluso medios— de desarrollo del capitalismo, de una complejidad deformada —y deformante— que es necesario tener muy en cuenta para definir el carácter de las revoluciones de liberación nacional y social en esta parte del mundo.

El crecimiento económico del capitalismo en la región provoca un desarrollo del subdesarrollo, a causa de la dominación imperialista y de la no ruptura esencial de las relaciones agrarias arcaicas, basadas en el latifundio. Estas circunstancias, acentúan ininterrumpidamente la contradicción entre el carácter y desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, en ambos casos moldeadas por el capital extranjero, la burguesía local asociada a éste y los terratenientes. Se trata, pues, de una formación socioeconómica capitalista, subordinada al sistema imperialista mundial mediante relaciones neocoloniales.

Precisamente, ahí radica la naturaleza histórica de la crisis actual de las sociedades latinoamericanas y caribeñas; históricas, porque, además de ser económica y social, no existirá un cambio sustancial en el devenir del continente sin transformaciones antimperialistas y anticapitalistas.

Por eso, la crisis actual de la región es a la vez crisis de la dominación imperialista, de las obsoletas relaciones agrarias y del conjunto de las relaciones de producción del capitalismo dependiente. Es una crisis simultánea de todas estas estructuras, que se enlaza con una crisis política, jurídica y ética; es una crisis global de la sociedad, agravada por los efectos negativos crecientes de la crisis general del capitalismo.

La convergencia de estos factores y procesos determina el carácter histórico de las revoluciones contemporáneas de nuestro continente. Ese carácter no excluye, más bien presupone, la posibilidad de variadas formas y ritmos de aproximación al socialismo y de diferentes senderos nacionales que faciliten el acceso a una primera etapa antimperialista, democrática y popular de la revolución.

Es importante resaltar, sin embargo, que las bases materiales creadas por el desarrollo del capitalismo en la mayoría de los países del continente establecen las condiciones necesarias que permiten a las revoluciones triunfantes avanzar de manera ininterrumpida —aunque por etapas—, en un solo proceso histórico, hacia el socialismo.

Un factor que propicia ese desenlace posible son las múltiples experiencias acumuladas por nuestros pueblos en sus intensas y variadas luchas, especialmente des-



pués de 1959. Desde entonces, hemos asistido al decursar de movimientos reformistas democrático-burgueses, de diversos experimentos nacionalistas, tras la búsqueda de opciones para obtener el desarrollo, la independencia y la autodeterminación. El quehacer de la clase obrera ha sido incesante, junto al avance del resto del movimiento popular. Formidables ejemplos se han acumulado en el uso revolucionario de las armas por las vanguardias y los pueblos; vivimos una interesante y útil experiencia —la chilena— para alcanzar el socialismo. Dictaduras militares de viejo y nuevo tipo han proliferado; se suscitaron alzamientos de militares patrióticos y gobiernos nacionalistas dirigidos por ellos. Ha tenido lugar una notable incorporación a la lucha de sectores cristianos, progresistas y revolucionarios. Nicaragua y Granada, con sus revoluciones victoriosas, reafirmaron la validez del camino al poder abierto por Cuba y enriquecieron el acervo de la cultura revolucionaria continental.

Estos casi veinticinco años de peleas y sacrificios, impregnados con la sangre de miles de combatientes, representan la mejor escuela actual para todo el movimiento revolucionario de nuestra América; ahora, además del aval teórico-científico, de las ricas experiencias acumuladas por nuestros pueblos desde las guerras de la independencia, se dispone de un volumen de situaciones vividas por ellos y por las distintas generaciones revolucionarias en lucha, suficientemente vasto y claro en sus lecciones fundamentales. Tenemos diversidad de experiencias y situaciones, avances ciertos, retrocesos temporales, pero una verdad se reafirma, una y otra vez, y se hace incontestable: el curso histórico hacia el socialismo no depende solo de las leyes objetivas del sistema capitalista; en su cristalización, las vanguardias revolucionarias tienen la primera y decisiva responsabilidad de impulsar ese proceso, y ello debe demostrarse ante todo en la capacidad para conducir a los pueblos a la conquista del poder. Problema cardinal de toda revolución, él sintetiza los diversos aspectos que deben tenerse en cuenta y solucionarse correctamente para aumentar las posibilidades de ese momento crucial, fin de un complejo proceso y garantía de su desarrollo.

Entre tantos factores vinculados al problema de la lucha por el poder, consideramos imprescindible examinar primero la estructura de clases y las fuerzas sociales que objetivamente tienden a participar en la revolución.

## **Estructura de clases y fuerzas motrices de la revolución**

No vamos a detenernos extensamente en este tema, pues en la conferencia teórica celebrada en 1980, tuvimos ocasión de hacerlo.<sup>4</sup> Interesa aquí, a propósito del objeto

---

<sup>4</sup> Se refiere a la ponencia presentada a nombre del Departamento de América del CC del PCC, por Germán Sánchez Otero en la Conferencia Teórica Internacional «La estructura de clases en América Latina», efectuada en La Habana entre el 26 y 28 de marzo de 1980. En las memorias de dicho evento, esta ponencia apareció publicada bajo el título «Modernización del capitalismo y clases sociales en América Latina».

central de la conferencia, identificar los principales actores de la actual lucha de clases en nuestro continente.

El análisis de la estructura de clases es inseparable de sus luchas, pues éstas, en su desarrollo, modifican aquéllas, así como las demás estructuras de la sociedad. Por eso, el primer factor por considerar es la dominación imperialista, a la que atribuimos la función condicionante principal de la estructura y de la lucha de clases en nuestro continente. Examinemos entonces al bloque de las clases dominantes.

Los procesos económicos modernizadores descritos, motivan en los últimos años la conformación de una especie de nueva oligarquía que representa a las diferentes fracciones de la gran burguesía industrial, comercial, financiera y agraria. Ella está subordinada y comparte la misma estrategia de desarrollo y dominación del capital imperialista, aunque en ocasiones aparecen ciertas divergencias de intereses que resultan no despreciables para el combate táctico del movimiento revolucionario.

Otro ingrediente del bloque de las clases explotadoras, es la declinante burguesía media o nacional, debilitada sustancialmente por los rigores de la alianza de la gran burguesía y las empresas transnacionales. Por lo general, esa burguesía se ve reducida al sector industrial más tradicional —bienes de consumo no durables— y disminuye progresivamente sus posibilidades de reproducción económica. Dicha circunstancia hace que muchos sectores de la burguesía media puedan convertirse en aliados importantes del proceso revolucionario, aunque esto no siempre depende de una táctica acertada con respecto a ella, sino del entretrejo de sus intereses con diferentes ramas de la economía, de factores ideológicos y de situaciones específicas de lucha.

La tercera de este conjunto de fuerzas son los terratenientes. En algunos países, éstos mantienen su poder basándose, fundamentalmente, en el control de la propiedad de la tierra. En varios, sin embargo, las distintas reformas capitalistas hechas en el campo han incidido sobre esta clase, desintegrándola o modificándola en una medida u otra. En casi todos estos casos, surge un sector de empresarios capitalistas agroexportadores, ganaderos modernos y agroindustriales, mientras subsiste una parte de los terratenientes en su forma tradicional —latifundistas—, muchos de los cuales se convierten en arrendadores de sus tierras. Este proceso de disolución de la clase terrateniente está aún inconcluso en la mayoría de los países, y debe comportar numerosos pasos y ritmos diferentes, acorde con las circunstancias de cada país. Pero en su movimiento general, es conveniente subrayar que la fracción modernizadora —la gran burguesía rural aludida— tiende a estrechar sus nexos con sectores de la burguesía comercial y financiera local, y se subordina también, en última instancia, a los intereses y el patrón de acumulación de la burguesía imperialista, que deviene beneficiaria y centro decisorio principal de las nuevas relaciones de explotación capitalista en la agricultura latinoamericana.

Debe registrarse que ese proceso de transformaciones en el agro genera contradicciones entre los sectores del capital «modernizante» y los terratenientes defensores del latifundio tradicional. Estos últimos reaccionan con fuerza ante ciertos aspectos de las reformas agrarias y ante todas aquellas modificaciones que alteren su estado, acentuándose su desempeño reaccionario en las luchas clasistas y conformando en muchos países una parte significativa de la contrarrevolución.

Para resumir, se observa una tendencia a la homogeneización de las clases dominantes, como nunca antes en la historia continental, determinada por los procesos internacionales del capitalismo antes señalados, sin descontar, por otra parte, que los niveles diferentes de desarrollo económico de las subregiones y países no permitan una generalización absoluta; por ejemplo, al compararse la situación de algunos países de Centroamérica y el Caribe con otras del continente. A la vez, es útil apuntar, por su valor práctico evidente, que las transformaciones que se vienen operando en el sistema capitalista de nuestra región, originan varias contradicciones en el interior del bloque de las clases dominantes; de ellas, se destacan:

- Pugna entre sectores de la gran burguesía local y el capital monopolista extranjero, al buscar los primeros mejores posibilidades económicas en el mercado exterior.
- Diferencia de intereses entre los latifundistas y la gran burguesía agraria.
- Conflicto de la burguesía media con la gran burguesía o nueva oligarquía y el capital transnacional.
- Sectores medios integrados y defensores del sistema, pero que aspiran a su reforma y a la renegociación de la dependencia frente al capital transnacional.

Conviene ahora examinar en su conjunto a los llamados sectores medios. En las sociedades latinoamericanas estas fuerzas resultan sumamente complejas de definir —quizás más que en otros países capitalistas—, en razón de la diversidad de elementos que las integran, la reducida estabilidad económica de una gran parte de ellas y otros factores de la dinámica de la lucha de clases. A causa de esas características, es muy difícil ubicar todos esos sectores en el bloque de las clases dominantes o en el de las clases explotadas. Es válido, sin embargo, identificarlos a partir de una posición clasista. Compartimos el criterio de que ellos, por sí solos, no conforman una clase social orgánica. El componente fundamental de esta fuerza social es la pequeña burguesía urbana, integrada por comerciantes y empresarios pequeños, profesionales con negocios individuales, entre otros. A ella se suman diversas capas de la población —funcionarios, estudiantes, empleados públicos, trabajadores calificados, profesionales, etcétera.

El rasgo distintivo de los sectores medios es su heterogeneidad económico-social, que determina su contenido sumamente contradictorio. Como se desprende de esto,

los sectores medios no pueden elaborar un proyecto histórico independiente, y es común que sus componentes necesiten la alianza con una clase determinada.

Por un lado, tienen un nivel de vida medio superior al de los trabajadores manuales; son, por lo regular, susceptibles de ser influenciados por la ideología burguesa, creándose en ellos valores y expectativas propios de ésta. Algunas de sus capas actúan como administradores del Estado capitalista y están plenamente comprometidas con él.

Por otro lado, muchos de los miembros de estos sectores son asalariados o pequeños empresarios no vinculados al capital monopolista ni a la oligarquía local, por lo que ambos sufren las consecuencias de las crisis del sistema y de la imposición del nuevo patrón de acumulación, que los lleva a la miseria o les hace disminuir sensiblemente sus niveles de vida. Además, la ausencia de garantías individuales y de una institucionalidad democrática, repercute en la posición de dichos sectores frente al sistema. Estos factores, entre otros, hacen factible que numerosos miembros de los sectores medios adopten una línea progresista e incluso de identidad con los intereses de la clase obrera.

Corresponde a las fuerzas políticas de la burguesía, de una parte, y a las clases explotadas, de otra, atraer a los miembros de los sectores medios que se inclinan, por las razones apuntadas, hacia una u otra dirección o posición de clase. En dichos sectores, muy numerosos en la mayoría de nuestros países y con un papel cualitativo siempre importante, se encuentra una fuerza que resulta decisiva para el desarrollo victorioso de las revoluciones latinoamericanas. De ahí la atención priorizada que le conceden los partidos y organizaciones representativas de las clases explotadas, a los efectos de aislar sus capas reaccionarias, neutralizar y atraer al máximo sus elementos ambivalentes y ganar para la revolución a quienes están objetivamente en condiciones de incorporarse a ese proyecto histórico. Muchas veces, componentes numerosos de los sectores medios se convierten en una fuerza de avanzada, catalizadora de las luchas revolucionarias de sus pueblos y con importante presencia en las vanguardias.

A tenor de las transformaciones ocurridas en años recientes en las estructuras capitalistas de América Latina y el Caribe, se han producido algunos cambios en la correlación interna del bloque de las clases explotadas. Así, se han incrementado sensiblemente los niveles de depauperación relativa y absoluta de todas las clases y sectores oprimidos.

A causa de los nuevos procesos de industrialización señalados, la clase obrera tiende a ser más heterogénea en su composición por sectores, lo cual contribuye a hacerla más representativa del conjunto de los intereses del pueblo. Simultáneamente, es menester considerar que la industrialización en curso tiende a concentrar el sector de los trabajadores que le está asociado y a estratificarlo con respecto al resto de la clase. Esto se acentúa allí donde desaparece o disminuye la importancia de

otros sectores económicos, por ejemplo de la industria nacional media y pequeña, y de la minería. Tales diferencias es conveniente tomarlas en consideración, para evitar que se conviertan en obstáculos para la unidad de la clase obrera industrial.

El sector rural del proletariado se ha visto también modificado. La ampliación de las relaciones capitalistas en el campo suscita un incremento relativo de ese vital segmento de la clase obrera y, lo que es aún más importante, genera una mayor concentración en las grandes haciendas. Ello aumenta su capacidad de organización clasista, que en ocasiones también se ve beneficiada por una superior calificación y por los nexos con el proletariado industrial urbano.

Las amplias masas del campesinado –pobre– constituyen la otra clase fundamental dentro del bloque popular. El campesinado de nuestros países sigue integrado por diversos segmentos –medieros, aparceros de varios tipos, pequeños propietarios, usufructuarios de tierras de propiedad no definida, entre otros–, pero el factor común que los caracteriza es su extrema y creciente pobreza; sus formas más infrahumanas siguen concentradas en las masas indígenas, sometidas a los niveles más altos de explotación y marginamiento social.

El campesinado es todavía la clase numéricamente más importante de la población rural en varios países de la región, mientras en otros ya no es así como consecuencia de las transformaciones capitalistas ocurridas en el agro. Por el impacto de éstas, la fracción de los campesinos propietarios sufre la presión de la competencia de las grandes haciendas productivas, que muchas veces ocasiona la ruina o el despojo de su parcela. En general, ese proceso implica una tendencia a la eliminación del campesinado, pues la modernización capitalista del agro tiende a reducir la composición de esa clase; proletarización y semiproletarización, de una parte, y expulsión hacia las ciudades —principalmente a sus anillos marginales—, de otra. A la vez, en varias regiones, al disminuir notablemente la extensión de las tierras a que tienen acceso los campesinos —o mantenerse igual—, el aumento de la población hace que las pequeñas propiedades no puedan funcionar como parcelas de subsistencia familiar. Toda esta compleja situación amplía la conciencia del campesinado acerca de la necesidad de ejecutar profundas reformas agrarias e incrementa el potencial de sus luchas reivindicativas y de carácter revolucionario, lo que objetivamente adiciona mejores posibilidades de desarrollo de su alianza con la clase obrera.

Al lado de estas clases explotadas, a veces formando parte de una u otra o separadas por fronteras muy sutiles, está el subproletariado urbano y rural. Él representa un numeroso sector de la población latinoamericana y caribeña, inestable por su naturaleza y en vías de transición, que puede llegar a constituirse en población marginal, en lumpen proletariado, o incorporarse al sistema productivo. Estas fuerzas sociales presionan por resolver sus problemas —urbanizar sus poblaciones y otros—, escenificando en ocasiones violentas explosiones. Por su composición y estado, suelen ser inconstantes y maleables por los partidos del sistema, aunque

también se ha demostrado que es factible orientarlas hacia objetivos revolucionarios, cuando se realiza un trabajo efectivo con ellas, por ejemplo, con las poblaciones marginales.

Para completar el amplio diapasón que abarca la base social de los procesos revolucionarios actuales del continente, es forzoso incluir a la cuantiosa y ascendente masa de desempleados, víctimas extremas del régimen capitalista al no disponer del mínimo de posibilidades para su subsistencia.

Este conjunto de clases, capas y sectores que comparte similares niveles de vida y situaciones de explotación sin solución posible dentro del sistema dominante —muchas veces, además, sometido a los terribles rigores de gobiernos dictatoriales reaccionarios—, no puede sino entrar en contradicción radical con la formación socioeconómica en que existe. Constituye, pues, el sujeto histórico de las revoluciones actuales en nuestro continente, correspondiendo a la clase obrera el centro fundamental de ese multifacético haz de fuerzas, todas importantes en la lucha por el poder y en el desarrollo ulterior del proyecto socialista. Es imposible definir por igual el papel de cada una de esas fuerzas en todos los países; corresponde a sus vanguardias hacer ese análisis y lograr la correlación acertada de sus tácticas, en función de optimizar la participación efectiva de aquéllas en las diferentes etapas y escenarios de la lucha.

Las especificidades y matices, condicionados por el enfrentamiento histórico general y decisivo de nuestro tiempo, el de la burguesía y el proletariado, incluyen aportes indispensables para el triunfo de las revoluciones en el continente. Vale la pena subrayar, en tal sentido, el papel sobresaliente que han desempeñado los campesinos en las revoluciones victoriosas y en las que actualmente están en desarrollo en El Salvador y Guatemala. En este último país, es decisiva la incorporación indígena a las luchas por el poder.

## **Estrategia y tácticas de la revolución: consideraciones generales**

Partimos de una verdad elemental: la lucha de clases no puede planificarse ni programarse; menos aún el triunfo de las revoluciones. También nos basamos en otra verdad conocida: cuando las revoluciones son auténticas, siempre responden a leyes universales, pero también su misma autenticidad las hace singulares en cuanto a los perfiles nacionales.

No es nuestro propósito examinar los ingredientes excepcionales y los aportes de las revoluciones latinoamericanas victoriosas, pospuestas o en curso; esta tarea es de gran importancia para el acervo de la cultura política colectiva del movimiento revolucionario continental y seguramente conoceremos aquí el análisis de otros delegados acerca del tema.

Queremos exponer solamente nuestras consideraciones de algunos factores y problemas más generales, que están presentes en los procesos actuales de la región;

esos ingredientes comunes, aunque también exhiben sus tintes nacionales, han sido confirmados con el triunfo de Cuba, Nicaragua y Granada, se repiten claramente en El Salvador y Guatemala, y muestran su vigencia en otros procesos en desarrollo.

Para los marxistas-leninistas, el problema central de la revolución es la toma del poder. Ello significa propiciar las condiciones materiales y subjetivas que permitan hacer avanzar ininterrumpidamente el proceso hacia la etapa socialista. La primera y más importante de esas condiciones es la destrucción del aparato estatal burgués y la suplantación de éste por un Estado revolucionario, basado en la hegemonía del proletariado en estrecha alianza con las demás clases y sectores populares. Esa ruptura histórica es insustituible en toda revolución verdadera.

No todos los componentes del Estado burgués pueden ser destruidos al mismo tiempo, ni con iguales métodos. Sin embargo, el núcleo del aparato del Estado, su fuerza represiva, es la clave para lograr el dominio sobre el resto del cuerpo estatal; por consiguiente, la destrucción de aquél es la prioridad indispensable y definitiva del triunfo de cualquier revolución. El aparato represivo es, en última instancia, el que garantiza a la burguesía la conservación del poder, lo que se pone de relieve en las situaciones de crisis. Ciertamente, es posible encontrar diferencias sustanciales al comparar las formas de dominación política e ideológica de los regímenes burgueses; pero las diferencias son mínimas con respecto a las formas de organización y actuación de los aparatos represivos de ese tipo de Estado. Por tanto, el problema del poder descansa ante todo en la validez de la estrategia para alcanzar tal fin. De ahí que la estrategia revolucionaria debe cumplir, cuando menos, los siguientes requisitos: definición del carácter de la revolución; pulsación de la correlación mundial, regional y nacional de fuerzas; identificación del enemigo principal, sus aliados y las contradicciones entre ellos; definición de la clase dirigente de la revolución, sus aliados y los puntos convergentes y divergentes con estas fuerzas; elaboración de los lineamientos principales de la vía fundamental de lucha seleccionada y de las demás formas complementarias, indispensables para hacer avanzar la revolución.

La estrategia del movimiento revolucionario se apoya en criterios científicos que, por consiguiente solo resultan eficaces en la medida en que se adaptan a las realidades específicas de cada país. El desarrollo de la revolución supone la maduración, durante un período más o menos largo, de las fuerzas protagónicas de la doble tarea de destruir el orden caduco y construir el nuevo. El quehacer múltiple de esas fuerzas, desde las luchas reivindicadoras hasta las de objetivos políticos y militares genera, en determinado momento, el inicio de un período prerrevolucionario, caracterizado por un alto grado de enfrentamiento de clases y por la crisis del poder burgués. En ese proceso, la actividad incesante de los partidos y organizaciones de la izquierda resulta decisiva.

A partir de entonces se amplían las posibilidades del triunfo revolucionario y el asalto al poder se convierte en la prueba definitiva de la eficacia de la estrategia

diseñada y de la capacidad táctica de la vanguardia para conducir a las masas hasta la meta decisiva.

En primera instancia, el fundamento de toda estrategia radica en las condiciones objetivas que la determinan y le dan su viabilidad histórica. De tal modo, si las condiciones subjetivas no se corresponden con la estrategia diseñada, ello no supone la sustitución de ésta por otra de menos alcance. En ese caso, y es lo que sucede las más de las veces, se requiere utilizar las tácticas adecuadas que permitan alcanzar la comprensión práctica de la viabilidad y necesidad de la estrategia diseñada. Esa comprensión resulta de una compleja y dinámica participación directa de las masas, que consciente e inconscientemente asimilan y hacen suya la estrategia elaborada y dirigida por la vanguardia.

Las masas no actúan solamente por una convicción que se les inyecta desde fuera sin disminuir el valor de la propaganda revolucionaria. Ellas no se lanzan al combate por simple fe en las promesas de un mundo mejor o de un ideal venidero; es la experiencia que acumulan al confrontar sus propios intereses vitales con las realidades económicas y políticas donde viven, la principal escuela en que aprenden el camino estratégico de su liberación y los medios prácticos para avanzar por él. Así pues, al problema de cómo hacer triunfar la estrategia solo puede dársele solución mediante las diferentes tácticas de lucha.

Por consiguiente, la elaboración y la aplicación victoriosa de las tácticas revolucionarias es la prueba más compleja y definitiva de una vanguardia. En la vida real, no hay tarea más difícil que la adecuación de las tácticas a la línea estratégica adoptada, pues mientras ésta descansa en el análisis científico de la realidad, las primeras deben tomar en cuenta, múltiples factores coyunturales, difícilmente controlables o predecibles científicamente. Por eso, la acción cotidiana requiere, junto a la formación teórica de la vanguardia, una especial capacidad y sensibilidad para captar lo concreto-real. Solo así se podrá manejar la dialéctica de la lucha, con tal flexibilidad que permita implementar rápidas y eficaces decisiones ante el desarrollo de los acontecimientos, en especial en los períodos revolucionarios, que suelen presentar más frecuentemente situaciones inéditas.

En rigor, las vanguardias y los liderazgos individuales nacen precisamente allí donde, además de la estrategia correcta, se define y desarrolla, en cada momento, la táctica acertada de lucha. Éste es, en síntesis, el atributo fundamental de una legítima vanguardia.

De manera que el reto decisivo para toda vanguardia es la elaboración de tácticas ajustadas a las circunstancias concretas y a los objetivos estratégicos de la revolución. Sin que pretendamos uniformar los factores a tener en cuenta en la formulación de las tácticas, la experiencia indica que existen ciertos puntos de referencia, útiles de considerar por su valor general. Ellos son, entre otros, la correlación de fuerzas en cada instante de la lucha; las contradicciones en el seno de las clases dominantes; los



objetivos tácticos y los rejugos políticos del enemigo; la organización, conciencia, tradición de lucha y psicología social de las masas, y la cohesión y fortaleza integral de la vanguardia.

Como se conoce, ninguno de estos factores es estático. Por ejemplo, un enfoque metafísico le atribuye siempre a la clase dominante una fuerza superior a la de las clases oprimidas. Pero la correlación de fuerzas se caracteriza por su dinamismo; la acción atinada y audaz de los destacamentos revolucionarios, con el apoyo de las masas, puede originar cambios bruscos a favor de éstos. Lo mismo ocurre, pero a la inversa, cuando las acciones revolucionarias son inadecuadas o no alcanzan el nivel y la creatividad que exige determinada coyuntura. La historia demuestra el alto precio que pagan los pueblos en esos casos, pues cada uno de los errores, deficiencias y fracasos del movimiento revolucionario es profundamente explotado por el adversario.

Finalmente, es importante considerar que muchas veces no es posible definir los límites entre la estrategia y la táctica, a causa de su interrelación y complementación recíprocas. Al elaborar su estrategia y tácticas de lucha, el movimiento revolucionario latinoamericano y caribeño tiene ante sí condicionamientos fundamentales y permanentes de aquéllas: el carácter de la dominación imperialista en el continente y la política de los gobiernos norteamericanos.

Nuestra región es incluida por Estados Unidos en el núcleo interior y medular de su estrategia mundial. El imperialismo norteamericano sostiene hacia nuestro continente una línea integral, en la que concurren todos los ingredientes necesarios para la conservación de su control hemisférico. Siendo parte de una estrategia global, la política de Estados Unidos con respecto a sus vecinos del sur está sustentada en principios a la vez internacionales y continentales; también, en algunos casos, existen enfoques particulares de las relaciones con determinados países y subregiones.

Junto a la importancia económica, militar y política que Estados Unidos atribuye a nuestras tierras, desempeña un papel significativo su arrogancia de no admitir el triunfo de revoluciones liberadoras dentro de las que considera sus fronteras de seguridad nacional.

Estas circunstancias determinan el cada vez más agudo enfrentamiento entre los procesos democráticos, populares y revolucionarios del área y el imperialismo norteamericano.

Es por ello que en el orden de sus estrategias, las vanguardias populares brindan una atención especial a los objetivos antimperialistas, que se convierten en la línea principal del combate revolucionario, tanto estratégico como táctico.

A la vez, los revolucionarios sabemos que la crisis del imperialismo norteamericano engendra corrientes y fuerzas políticas internas, con enfoques diferenciados acerca de las formas más adecuadas de resolver la crisis y mantener su dominio mundial. Así, pueden advertirse diversidades reales en los matices de uno u otro

gobierno norteamericano —e incluso en el interior de cada uno de ellos—, lo cual se expresa lógicamente en su política hacia nuestra región.

La experiencia enseña que en los manejos tácticos, los revolucionarios debemos conceder la más esmerada atención a la política que desarrollan las administraciones norteamericanas, con el fin de identificar sus aspectos más débiles y de conseguir de éstos los mayores frutos. Cuba y Nicaragua nos entregan valiosas experiencias en la comprensión acertada y en el uso táctico conveniente de las brechas abiertas por diferentes gobiernos estadounidenses.

De todo lo anterior se deduce que la concepción estratégica y las tácticas de los procesos revolucionarios latinoamericanos y caribeños, adoptan como línea principal la unión de los esfuerzos para la derrota del enemigo global. Este criterio es compartido por todos los partidos y organizaciones revolucionarias de la región.

Los cambios socioeconómicos y políticos que demandan estas sociedades, tienen como prerrequisito la liquidación del dominio del imperialismo norteamericano sobre cada uno de los países, lo que implica desalojar del poder a sus representantes.

Por eso, la solidaridad entre todas las fuerzas antimperialistas es una necesidad histórica y una condición ineludible para alcanzar la liberación nacional y social de nuestros pueblos.

## **La unidad, las masas y las armas en la lucha por el poder**

Las experiencias de las revoluciones victoriosas y de los múltiples procesos que se desarrollan en este continente, ratifican el criterio general formulado por el compañero Fidel Castro acerca de los tres ingredientes decisivos para alcanzar el triunfo revolucionario: la unidad, las masas y las armas.

Es conveniente examinar separadamente el valor específico de cada uno de estos factores.

La vida demuestra que no es suficiente proclamar la necesidad de la unidad para avanzar en su realización. Es precisamente de esta manera que se prueba la madurez real de una vanguardia y la entrega plena a la causa de su pueblo. Las pasiones individuales, las desviaciones sectarias y demás limitaciones, deben ceder el paso a los intereses colectivos de las masas.

El proceso unitario abarca todas las fuerzas motrices de la revolución y los sectores democráticos aliados. Pero su nervio vital es la unión sólida de la vanguardia. Lo cierto es que cuando los diferentes destacamentos de izquierda logran cimentar su unidad de acción, tienen una estrategia coherente y sostienen tácticas de lucha comunes, las masas populares —solidarias entre sí por instinto— multiplican esa unidad, hasta hacerla virtualmente irreversible. Y cuanto más amplio es el haz de fuerzas —nacionales e internacionales— concurrentes en la lucha contra el enemigo inmediato, tanto mayor es el imperativo de la unidad de la vanguardia.

A esta altura de la historia revolucionaria latinoamericana y caribeña, ello significa el reconocimiento objetivo de que en la mayoría de nuestros países, junto a los experimentados partidos comunistas, se han desarrollado otros partidos y organizaciones de izquierda que se han ganado en la lucha el respeto de sus pueblos y muchas veces representan ejemplares destacamentos de la conducción de éstos por el camino de su liberación definitiva. Por eso, la unidad de dichos partidos y organizaciones, y de ellos con los partidos comunistas, es premisa indispensable para hacer avanzar las revoluciones democráticas, populares y antimperialistas de nuestro continente. Es imprescindible comprender los procesos unitarios y evitar dar pasos superficiales que más tarde resulten contraproducentes. Es necesario, asimismo, lograr que el espíritu no sectario, de colaboración efectiva, se abra paso en los diferentes niveles de los partidos y organizaciones, porque muchas veces, en la vida real, éstos desenvuelven sus actividades en espacios geográficos y sectores sociales que a la larga resultan complementarios en el desarrollo de la revolución.

En aquellos países donde imperan dictaduras militares, el campo de la unidad se ensancha al abarcar, incluso, a sectores interesados solamente en la destrucción de las estructuras represivas de corte fascista y en el regreso a las normas constitucionales democrático-burguesas. Allí, es aún más fértil el terreno para crear un frente democrático antidictatorial, pero con la condición de que los partidos y organizaciones revolucionarias logren consolidar previamente el núcleo dirigente de aquél.

Debemos subrayar el carácter eminentemente popular de las revoluciones proletarias en América Latina y el Caribe. Para tomar el poder y mantenerlo, la clase obrera necesita establecer aceros lazos políticos, ideológicos y militares con el resto de la masa. La unidad de la clase obrera y de sus aliados, debe plantearse en el sentido de una fuerte política de masas, pues ella no surgirá espontáneamente de los intereses económicos comunes, ni tampoco de la invocación propagandística de dichos intereses.

Las premisas para la unidad de acción de las masas populares existen objetivamente en las bases económicas del sistema. Pero el proceso que conduce a esa unidad en el terreno político e ideológico depende de la acción de las vanguardias; ésta, y no una predeterminación económica, responsable práctica del logro de la unidad democrática y revolucionaria.

En varios países del área, el problema de la unidad es hoy el obstáculo principal para el avance de la revolución. Al ser ésta una verdad descarnada, hay evidencias de que representa también un acicate para resolver la dañina tendencia a la división de la izquierda en algunos de nuestros países. Todo paso adelante en la unidad, es un paso adelante en el camino de la revolución.

La inercia, el atraso o el desvío del camino unitario es un regalo gratuito que el movimiento revolucionario hace al enemigo.

Es común el criterio de que la mejor forma para avanzar en la unidad es mediante la colaboración en las luchas concretas. Esa relación directa entre el desarrollo de

los procesos revolucionarios y los niveles unitarios de las vanguardias, se comprueba en El Salvador, Guatemala y en otros países de Centroamérica, como Honduras. El triunfo sandinista reafirmó, entre algunas importantes cuestiones, el valor crucial de la unidad de la vanguardia, como núcleo cohesionador y orientador del conjunto de las fuerzas antidictatoriales, democráticas, antimperialistas y revolucionarias. Vemos también en Chile avances unitarios prometedores para el futuro de las luchas de ese pueblo.

La unidad del movimiento revolucionario dentro de las fronteras de un país es una contribución a la unidad más amplia, de alcance continental y mundial. En lo que se refiere a la dimensión regional, los factores históricos y económicos, el enfrentamiento a un mismo enemigo y la interrelación política de nuestras sociedades, favorecen la identidad de propósitos y la solidaridad recíproca de la izquierda. Pero aquí también, esos condicionamientos están en potencia y no pueden hacer avanzar por sí solos, en el terreno práctico, la colaboración efectiva de las fuerzas revolucionarias.

Se impone tener una voluntad individual y colectiva, que demuestre prácticamente el latinoamericanismo y el internacionalismo que se proclama. Ejemplos de solidaridad hay muchos y son conocidos. Los revolucionarios latinoamericanos y caribeños hemos ofrecido demostraciones convincentes de nuestra comprensión del internacionalismo. Sin embargo, es tal su importancia para el triunfo de las revoluciones nacionales en uno u otro momento histórico, es tan complejo y dinámico el papel de la solidaridad concreta hacia uno u otro proceso de lucha, que todavía resulta necesario preguntarnos cuánto nos falta por avanzar y perfeccionar la colaboración de todos los partidos y organizaciones revolucionarias del área.

Aunque en América Latina no ocurre en igual grado que en otras regiones, a veces se presentan confusiones o desviaciones de la imprescindible y sana independencia que tienen el derecho y el deber de preservar los partidos y movimientos de la izquierda. Sin embargo, la verdadera soberanía de estos presupone, lejos de excluir, la necesidad de sumar esfuerzos colectivos para encarar los problemas internacionales comunes y apoyar a los procesos revolucionarios más urgidos de solidaridad en un momento dado.

Finalmente, junto al trabajo unitario, es indispensable priorizar la actividad que aproveche las contradicciones que surgen en el interior de las clases dominantes en cada país y aquellas que se originan a escala interimperialista o entre los países de la región. La experiencia latinoamericana en este sentido confirma las ideas de Lenin:

Solo se puede vencer a un enemigo más poderoso poniendo en tensión todas las fuerzas y aprovechando obligatoriamente con el mayor celo, minuciosidad, prudencia y habilidad la menor fisura entre los enemigos, toda contradicción de intereses entre la burguesía de los distintos países, entre los diferentes grupos o categorías de la burguesía en el interior de cada país; hay que aprovechar asimis-

mo las menores posibilidades de lograr un aliado de masas, aunque sea temporal, vacilante, inestable, poco seguro, condicional. El que no comprende esto, no comprende ni una palabra de marxismo ni de socialismo científico, contemporáneo, en general. El que no ha demostrado en la práctica, durante un lapso bastante considerable y en situaciones políticas bastante variadas, su habilidad para aplicar esta verdad en la vida, no ha aprendido todavía a ayudar a la clase revolucionaria en su lucha por liberar de los explotadores a toda la humanidad trabajadora.<sup>5</sup>

Aunque se presentan múltiples diferencias en los distintos países y subregiones, es posible ofrecer una caracterización general de cuatro fuerzas fundamentales, con respecto a las cuales el movimiento revolucionario latinoamericano y caribeño desenvuelve alianzas tácticas o estratégicas. Nos referimos a la socialdemocracia, la democracia cristiana, los movimientos cristianos y los sectores militares progresistas.

Nuestra posición con relación a la actividad y el contenido ideológico-político de la socialdemocracia, fue expuesta claramente en el Informe Central al II Congreso del Partido Comunista de Cuba por el compañero Fidel Castro.

Tomemos en cuenta que la socialdemocracia no es una corriente política homogénea, sino reflejo inevitable de las diferentes fuerzas sociales que la integran en los ámbitos mundial y regional y de las contradicciones interimperialistas. Ello explica que, no obstante los lineamientos políticos e ideológicos comunes, sus partidos adopten posturas no siempre coincidentes ante los procesos de la lucha revolucionaria, e incluso en ocasiones notoriamente divergentes. Por esto la alianza con las fuerzas de la socialdemocracia tiene que basarse en principios claros y honestos de colaboración, sin detrimento de los objetivos finales por los que combaten los revolucionarios. Así pues, debemos acentuar dicha colaboración en los aspectos políticos que nos unen y no en las diferencias ideológicas que nos separan, porque aunque éstas no pueden soslayarse, tampoco deben convertirse en un obstáculo insalvable para la acción unida en pos de objetivos coincidentes.

Como contraste, la tendencia más general de la democracia cristiana se inclina a la colaboración activa con la política y los intereses del imperialismo norteamericano. Pero de tal extremo no es correcto deducir una posición excluyente de todas las fuerzas democristianas. En su interior también existen importantes sectores verdaderamente democráticos y cristianos, que en ocasiones se han visto forzados a romper abiertamente con las direcciones oficiales y entreguistas de sus partidos. En esos casos, y dadas las situaciones nacionales específicas, nos corresponde tenderles la mano franca y limpia de prejuicios, para trabajar de común acuerdo en todas las ta-

---

<sup>5</sup> Vladimir Ilich Lenin: «La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo», *Obras Completas*, Editora Política, La Habana, 1963, t. 31, p. 66.

reas que sea posible compartir y con la disposición firme de ampliarlas, incluso en la línea estratégica por la conquista del poder y la construcción de la nueva sociedad.

Es conocido nuestro amplio enfoque en relación con los movimientos cristianos, que incluyen sacerdotes y miembros de la jerarquía católica, identificados con los anhelos humanos, políticos y económicos de sus pueblos. En diferentes ocasiones el compañero Fidel ha destacado el carácter decisivo de la unión de las fuerzas marxista-leninistas y los cristianos que actúan junto a sus pueblos por iguales objetivos esenciales. A ellos los consideramos hermanos en la lucha por los grandes cambios históricos del continente. No habrá revoluciones victoriosas sin la participación de las inmensas masas cristianas que pueblan nuestras tierras. Por consiguiente, es un acto natural de las vanguardias abrir sus puertas a los cristianos de base, sacerdotes y miembros de las jerarquías eclesiásticas comprometidos, muchas veces al precio de sus vidas, con el combate emancipador latinoamericano y caribeño. Pensamos que, en varios países, el movimiento revolucionario no ha logrado todavía el avance necesario y posible de alcanzar en cuanto a su colaboración e integración con dichas fuerzas; en algunos casos, éstas demuestran una mayor vocación unitaria y una autocomprensión práctica más certera de su papel revolucionario.

Otro problema que es importante abordar, es el de las relaciones con los militares progresistas. En nuestra opinión, la conducta de las fuerzas armadas no puede ser analizada al margen del contexto histórico de cada país y de los enfrentamientos de clases.

No obstante la función general que le corresponde cumplir a los aparatos militares dentro del Estado burgués, sería erróneo considerar a todo hombre uniformado como su servidor incondicional. También en este aspecto las experiencias acumuladas indican la conveniencia de distinguir los elementos progresistas de las fuerzas armadas, importantes en algunos países, con el fin de conocer las posibilidades prácticas de colaboración para el desarrollo de las luchas antimperialistas, democráticas y revolucionarias.

Una política correcta hacia los militares no puede basarse en esquemas rígidos y excluyentes; ella debe surgir de cada realidad específica y tener en cuenta todos los factores integrantes de dicha institución. Pero tampoco sería válido olvidar los principios fundamentales del marxismo-leninismo, que enseñan la imperiosa necesidad de destruir la maquinaria represiva del Estado, para lograr su pleno control y sustituirla por un Estado de nuevo tipo.

Detengámonos ahora en el análisis del papel que deben desempeñar las masas. Su incorporación a la revolución para alcanzar el poder y preservarlo, representa el único motor capaz de garantizar ambas cosas. Pero como sabemos, no basta con llamar a la clase obrera y al resto del pueblo a derrocar a la burguesía para que las masas acudan a dicha convocatoria. Lenin nos enseñó, y la vida así lo confirma, que la propaganda y la agitación, por sí solas, son insuficientes para hacer comprender

e incorporar al pueblo al quehacer revolucionario; para ello se precisa la propia experiencia política de las masas, y sentenció: tal es la ley fundamental de las grandes revoluciones.

Entonces, el problema consiste en contribuir a la experiencia de las masas, en ayudarlas a desenvolver sus energías revolucionarias por los canales más idóneos, en cada etapa del desarrollo de la lucha de clases. Ello no podrá derivarse de los deseos y aspiraciones finales de la vanguardia

Es factible que el subjetivismo conduzca a la sustitución por la vanguardia del papel de las masas, a la precipitación de las acciones decisivas de éstas —que deben reservarse para los momentos oportunos— o a algo tan negativo como lo anterior, al criterio metafísico de postergar una y otra vez las acciones con el subterfugio de que las masas no tienen la preparación adecuada para marchar hacia la conquista del poder.

Ni recetas ni fórmulas generales resuelven este crucial problema de la incorporación de las masas a las tareas de su revolución. Sin embargo, existen experiencias útiles de considerar. Por ejemplo, las revoluciones de Cuba, Nicaragua y Granada, muestran que el programa de la lucha contra la dictadura y por la democracia es el que más posibilidades tiene de movilizar las amplias masas populares y otras fuerzas políticas aliadas.

De tal modo, en las condiciones actuales de la mayoría de nuestros países lo decisivo no radica en acentuar los objetivos finales o posteriores de la lucha, sino las consignas aglutinadoras directamente vinculadas con las circunstancias que más asfixian la vida de los pueblos en el orden económico, social y político.

Al volcarse la actividad central de las masas al logro de sus aspiraciones antidictatoriales y democráticas y a la solución de sus más apremiantes problemas humanos —empleo, salud, educación, entre otros—, crecen las posibilidades de su acción y con ellas aumenta el potencial del movimiento revolucionario en la lucha por alcanzar el poder e iniciar la etapa democrática y antimperialista de la revolución.

El tercer y último factor —junto a la unidad y las masas— que garantiza el triunfo de las revoluciones genuinas, es el empleo consecuente y oportuno de las armas. Ello no representa un dogma, sino una resultante del sistema de dominación imperante en la mayoría de los países latinoamericanos y caribeños. Significaría una grave actitud voluntarista el bosquejo de una única estrategia continental para una geografía tan extensa y abarcadora de sociedades nacionales, enriquecidas por sus luchas históricas y peculiaridades sociológicas. Pero, a la vez, no pueden ser olvidados ciertos principios de toda revolución.

Las armas son indispensables para hacer triunfar cualquier revolución liberadora en el continente y aún para algo más importante: preservar su continuidad y realización plena.

Esta afirmación no prescinde de la realidad objetiva de los diferentes países. En aquéllos donde imperan regímenes de extrema derecha —casi siempre dictaduras

militares de corte fascista—, el empleo de las formas de lucha armada, o la preparación consecuente de la vanguardia en esta dirección, es un imperativo virtualmente ineludible. En otros, donde prevalecen normas democráticas de vida y las vanguardias disponen de canales constitucionales para el adecuado ejercicio de su actividad, la vigencia de las armas no estará dada por su utilización inoportuna, sino por la preparación psicológica y la creación de la conciencia en todos los militantes de que la confrontación militar será indispensable en un momento u otro, en una forma u otra, aunque en las circunstancias existentes ello no sea válido. Se trata, pues, de una actitud a crear en todos los revolucionarios, y de avanzar todo cuanto sea factible en la preparación militar revolucionaria de los cuadros y militantes.

Se trata, además, de no subordinar la selección de la vía armada al instante en que las condiciones políticas lo exijan, a la sobrevivencia de algunas formas democráticas comprometedoras de las acciones estratégicas del movimiento revolucionario y popular.

Nos referimos, por último, a la necesidad de forjar tesoneramente, en el diario acontecer de la lucha de clases, las condiciones que propiciarán avanzar por el camino de la conquista del poder, que en una variante u otra y con sus modalidades nacionales, tiene siempre como razón de su triunfo la creación y desarrollo de una fuerza militar propia.

En ocasiones, se han planteado falsas disyuntivas al oponerse las formas de lucha armadas y no armadas. Una lucha no es reformista porque sea legal o pretenda abrir espacios democráticos; ni el título de revolucionaria le viene dado por su carácter armado. En nuestra opinión, el contenido revolucionario de cualquier forma de lucha se mide por sus resultados, o sea, por el avance o el retroceso que implique para los objetivos finales de las masas populares.

La capacidad de dirección de las vanguardias reside en su preparación integral para utilizar todas las formas de lucha que le permitan articular respuestas enérgicas y oportunas ante los diversos virajes que impone el enfrentamiento clasista. En tal sentido, las experiencias de varios procesos revolucionarios en el área demuestran que la división de las funciones políticas y militares —en particular cuando se impone el uso resuelto y popular de las armas— da lugar a una mutilación de ambas. Por ello, solo una concepción estratégica político-militar y la correspondiente formación y preparación, proporciona a las vanguardias la destreza para acometer una nueva forma de lucha principal, de acuerdo con la etapa y coyuntura de cada proceso nacional.

A veces, se identifica incorrectamente el necesario uso de las armas con la aplicación mecánica de una determinada experiencia de lucha armada. Las revoluciones de Cuba, Nicaragua y Granada presentan diferencias conocidas; entre otros ingredientes similares, tienen el sello distintivo del uso de las armas. En tal sentido, junto a ciertas bases comunes —sobre todo en las revoluciones de Cuba y Nicaragua—,



hay diferencias en las tácticas militares empleadas y en las formas insurreccionales, entre otras. Por ejemplo, en El Salvador se están aplicando creadoras fórmulas revolucionarias en la utilización de las armas, sustentadas en la más estrecha vinculación con las masas y en condiciones geográficas adversas (su pequeña dimensión territorial y otros factores).

Todas las revoluciones de nuestro continente tendrán sus propias características y brindarán, sin dudas, nuevos aportes al acervo revolucionario mundial. No habrá esquemas capaces de guiar a los procesos de liberación nacional y a la construcción de la sociedad socialista en tierras americanas. Cada pueblo hará su revolución y llegará al socialismo nutriéndose de las raíces de su propia historia nacional, latinoamericana y caribeña. Y no será esto una contradicción, pues toda revolución social verdadera es, al mismo tiempo, hija de las leyes universales descubiertas por Marx, Engels y Lenin.

En tal sentido, nuestro comandante en jefe Fidel Castro ha afirmado:

A los teóricos del socialismo científico: Marx, Engels y Lenin deben los revolucionarios modernos el inmenso tesoro de sus ideas. Nosotros podemos asegurar con absoluta convicción que sin ellos nuestro pueblo no habría podido realizar tan colosal salto en la historia de su desarrollo social y político. Pero aun con ellos no habríamos sido capaces de realizarlo sin la semilla fructífera y el heroísmo sin límites que sembraron en nuestro pueblo y en nuestros espíritus Martí, Maceo, Gómez, Agramonte, Céspedes y tantos gigantes de nuestra historia patria.<sup>6</sup>

Es así como se hizo la revolución verdadera en Cuba, partiendo de sus caracteres peculiares, sus propias tradiciones de lucha y la aplicación consecuente de principios que son universales.

#### MANUEL PIÑEIRO LOSADA

Desempeñó, sucesivamente, la jefatura del Viceministerio Técnico del Ministerio del Interior, de la Dirección General de Liberación Nacional de dicho ministerio, del Departamento América del Partido Comunista de Cuba y, de la actual Área de América del Departamento de Relaciones Internacionales de ese Partido.

---

<sup>6</sup> Fidel Castro: Discurso pronunciado en el Acto Central por el XXV Aniversario del 26 de Julio, Santiago de Cuba, 26 de julio de 1978, *Discursos*, Editora Política, La Habana, 1978, pp. 59-60.

# NUEVOS LIBROS

## colección **contexto latinoamericano**



### **BOLIVIA EN LOS TIEMPOS DE EVO** **Claves para entender el proceso boliviano**

HUGO MOLDIZ

Este libro nos conduce a través del complejo proceso político boliviano: la crisis del Estado, el despertar protagonista e irreversible de los excluidos, la construcción de su propio «instrumento político» en respuesta a la caducidad del sistema de partidos, y la lucha entre un bloque nacional-indígena-popular y un bloque imperial-burgués-colonial. Su lectura permite comprender la complejidad de la Revolución Democrática y Cultural encabezada por Evo Morales, el primer presidente indígena de la historia de América Latina.

52 páginas, ISBN 978-1-921438-45-5



### **LAS VÍAS DE LA EMANCIPACIÓN** **Conversaciones con Álvaro García Linera**

PABLO STEFANONI, FRANKLIN RAMÍREZ Y MARISTELLA SVAMPA

«Ni en pesadilla imaginé ser vicepresidente, lo asumí como una especie de fatalidad histórica. Mi posición ante Evo fue: "tú necesitas una persona de clase media que te vincule al mundo urbano, agota todas las opciones y como última yo voy a estar". Lo viví más como una misión que como una opción. Una misión que no busqué. Estoy muy contento por el momento, por el proceso, pero no tengo absolutamente ninguna predilección por la función de mandar».

98 páginas, ISBN 978-1-921438-44-8



### **RETAZOS DE MI VIDA** **Testimonio de una revolucionaria salvadoreña**

LORENA PEÑA

Este libro no sólo describe la vida de Lorena; también sintetiza el testimonio de las mujeres revolucionarias salvadoreñas: su heroísmo, su valentía, su entrega, su disposición al sacrificio y su indignación ante cualquier manifestación de injusticia. Sus páginas que se leen desde la razón y desde el corazón, provocan una oleada de sentimientos que generan empatía con su autora y protagonista, para vivir con ella gozos y tristezas, sobresaltos y épicas.

258 páginas + 16 páginas con fotos, ISBN 978-1-921438-42-4

## nuevos títulos de **ocean sur**



### **ENCUENTROS Y DESENCUENTROS DE LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA** **Una mirada desde el Foro de São Paulo**

ROBERTO REGALADO

Examina el impacto del fin de la era bipolar en la izquierda latinoamericana, el cierre de la etapa de la historia de América Latina caracterizada por el choque entre las fuerzas de la revolución y la contrarrevolución, y el inicio de otra etapa en la cual predominan la movilización social y la competencia electoral.

El autor, fundador y participante activo del Foro, hilvana su historia y la de los partidos y movimientos políticos que lo integran, desde su nacimiento en 1990 hasta finales de 2007.

301 páginas, ISBN 978-1-921438-07-3



### **¿POR QUÉ LAS ARMAS?** **Desde los mayas hasta la insurgencia en Guatemala**

MARÍA DEL ROSARIO VALENZUELA SOTOMAYOR

Un recorrido por la historia del pueblo maya en Guatemala, desde sus orígenes hasta la actualidad. Demuestra cómo la conquista, el saqueo, el racismo, la exclusión, la sobreexplotación y los grandes conflictos por la tenencia de la tierra provocaron el subdesarrollo, la dependencia y la discriminación de quienes constituyen la inmensa mayoría de esta nación centroamericana. Esas son las causas fundamentales de la guerra de 30 años que libró el pueblo guatemalteco, con el mayor saldo de muertos, desaparecidos y expatriados registrado en la historia de América Latina.

363 páginas, ISBN 978-1-921235-99-3



### **MST** **Simiente de la vida y la esperanza**

ALEIDA GUEVARA MARCH

Entrevista de Aleida Guevara March —médico pediatra, activista e hija del Che Guevara— a João Pedro Stedile, secretario general del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) de Brasil.

El diálogo entre ellos permite hilvanar de forma amena, una historia abarcadora del MST: sus orígenes y objetivos, la presencia de las transnacionales en la agricultura de Brasil, la ocupación de las tierras y la formación de los campamentos, las perspectivas y el futuro de esta organización campesina.

186 páginas + 8 páginas de fotos, ISBN 978-1-921438-09-7



## Casa es nuestra América, nuestra cultura, nuestra Revolución\*

**HAYDEE SANTAMARÍA**

### **Haydee Santamaría habla con Jaime Sarusky**

*A las once y ocho minutos de una mañana desacostumbradamente habanera por lo aplomada, fría y gris, encontramos a Haydee Santamaría en el primer piso de Casa de las Américas. Para quien no conociera su singular personalidad podía parecer extraño y hasta sorprendente que fuera ella la que preguntara dónde estaríamos más cómodos para realizar la entrevista e incluso que cooperara en la instalación de un cable adaptado a la grabadora. Se sentó en un sillón –un sillón que apenas mecería en el curso de la entrevista– del despacho que comparte con el pintor Mariano Rodríguez, subdirector de Casa de las Américas. Sobre la mesa donde estaba situada la grabadora colocó una sencilla carterita de donde sobresalía su inseparable aparato inhalador para el asma. Todavía después de formularle la primera pregunta sobre las circunstancias en que fue creada Casa de las Américas, Haydee conversaría sin formulismos, con la espontaneidad y la pasión que la caracterizan, de distintos temas. Luego, retomando el hilo de la pregunta, dijo:*

Aquí había una institución que llamaban Sociedad Colombista Panamericana la cual se suponía que tenía que ver con los escritores. Cuando vinimos en 1959 aquí nos dimos cuenta de que se trataba de un fraude. Pedía presupuesto para esto y lo otro. Cogían dinero aquí y allá. El Ministerio de Educación se hizo cargo de la institución. Yo trabajaba con Armando (Hart) en el Ministerio y me encomienda que venga para

---

\* La entrevista realizada por el reconocido periodista y escritor cubano Jaime Sarusky, fue publicada en la revista *Casa de las Américas* no. 171, nov-dic 1988. [N. del E.]

acá. Designé entonces a unas personas para que se informasen de todo lo que había aquí y para que sugirieran lo que podría hacerse. Pensamos que podría crearse una institución que sería cubana y a la vez latinoamericana. Permanecí tres meses aquí y me propusieron dirigir ese nuevo organismo.

Así surge Casa de las Américas: como una necesidad cultural, un organismo, si se quiere, de intercambio con los gobiernos de América Latina. Pero cuando vi que casi todos los gobiernos del continente, con excepción de México, rompían sus relaciones diplomáticas con Cuba, empezamos a crear los mecanismos para que Casa de las Américas pudiera seguir existiendo a pesar del aislamiento que nos imponían. Incluso me entusiasmé más. Una mezcla un poco rara. No es que yo quisiera que rompieran relaciones con Cuba, pero veía en el hecho un desafío que nos obligaba a luchar, a trabajar duramente. Además, me preocupaba sobre todo que el rompimiento aislara a Cuba de su cultura, de la cultura de toda Nuestra América, no solo de la América Latina, porque también somos muy caribeños. Todos los pueblos de esta América somos una misma cosa. Y me indigna: rompen con nosotros, ¿hasta cuándo?, y así por muchos años, no sabremos nada de Guatemala, ni de Chile, ni de Bolivia o de Perú, países con una gran tradición, con similares raíces.

Me di cuenta del papel tan importante que podía desempeñar Casa de las Américas. Pertenecemos a este país. Somos hijos de esta Revolución, y Casa de las Américas nace con la Revolución. Iniciamos contactos e intercambios con organismos culturales latinoamericanos que no estaban oficializados. Establecimos relaciones con ellos. Son cientos de organismos de todo tipo: bibliotecas, galerías, orquestas sinfónicas, grupos de teatro, editoriales. Así logramos, aunque parezca mentira, que no se rompiera totalmente el lazo cultural con nuestro continente.

Se nos ocurre entonces crear el Premio. Lo convocamos en 1959, vinieron los jurados, y a principios de 1960 se otorgó por primera vez. Luego, en el momento más feo del bloqueo, Casa de las Américas siempre recibió intérpretes que representaban la auténtica música de sus pueblos, como los Parra de Chile, Viglietti de Uruguay o Mercedes Sosa de Argentina. Vinieron escritores y artistas plásticos. Y cuando solo teníamos relaciones con México, a Casa de las Américas no dejó de llegar la literatura, el teatro, la plástica o la música de todas partes del continente. Recibimos a los creadores o sus obras y en el caso del teatro venía un director o un dramaturgo. Y nace la revista *Conjunto* para difundir las obras y las actividades teatrales de los grupos en América Latina y servir de vínculo entre ellos. Si en aquel momento Casa de las Américas no desempeña su papel, los creadores se hubieran visto totalmente aislados del continente, sin saber qué estaba sucediendo en América Latina.

*Cuando Haydee Santamaría habla de la Casa de las Américas suprime el artículo la: «venir a Casa», «invitado por Casa», como si por un sutil mecanismo la Casa fuera para ella mucho más que la institución: como si Casa fuera decir Revolución, Cuba, América Latina, nuestra cultura común, su hogar, la propia Casa.*

*Pero, Haydee, ¿cuándo y cómo empezaron a atraerle los problemas de América Latina?*

Te decía que yo soy de un centralito donde el tiempo parecía detenido y uno se podía permitir el lujo de pensar mucho en aquellos tediosos días. Por eso primero creí que mi patria era ese centralito (el antiguo Constancia, hoy Abel Santamaría); después me pareció que mi patria era Encrucijada, el pueblo más grande; luego, mientras estudiaba un grado superior en la primaria, creí que mi patria era Las Villas; vi posteriormente que mi patria era Cuba: pero más tarde, muy jovencita, sentí que mi patria era este continente, porque así me lo hicieron sentir Martí y Bolívar. Como pudiera decir hoy que mi patria se ha ensanchado un poco más y ya no es esta América solamente, sino la humanidad. Estaba clarísimo Martí, como siempre, cuando dijo que patria es humanidad. De todos modos somos internacionalistas sin límites. No importa si se lucha en Angola, en África, hay siempre algo que nos acerca...

*Usted se refería a ese tema hace un momento cuando explicaba la lucha que libraba desde Casa de las Américas por acercar entre sí las culturas del continente...*

Precisamente, vimos que era necesario crear un vehículo para lograr esa comunicación; crear una revista que debía ser latinoamericana. No era tan fácil esa tarea. Salieron los primeros números hasta 1964. Pensábamos en una revista seria, que podría politizarse sin dejar de ser cultural. No teníamos a quién designar para dirigirla y entonces viene Retamar para acá. Recuerdo que yo no sabía cómo proponerle que viniera a dirigir la revista y así se lo decía a Marcia (Leiseca), entonces secretaria ejecutiva de la Casa. Cuando se lo digo a Retamar este da un brinco y dice: «¡Lo que he soñado toda la vida, hacer una revista literaria!». Y, claro, no nos fuimos quedando atrás porque nada se debe quedar como nace, todo tiene que crecer y desarrollarse. Y la revista *Casa* crece también como lo exige cada momento. A través de ella se expresan los escritores del continente y nos llega lo que está aconteciendo. Es una revista difícil de hacer porque es literaria y no deja de ser política. Muchas veces la elogian y otras veces le ponen reparos. Pero creo que una de sus características es que no le tememos a la polémica. Después de todo, la polémica nos sirve para medir nuestras fuerzas. La Revolución es muy fuerte, pero tiene que enfrentarse a un enemigo poderoso: el imperialismo. Y un artículo polémico no le arranca un pelo a un cubano. En muchos casos ese artículo es de un escritor con una magnífica posición política; quizás no coincida con mis puntos de vista, pero si es interesante lo publicamos y ese debate es saludable.

Así, pues, se va haciendo la revista; después vamos trabajando en otros aspectos. Ya Mariano estaba en Casa a cargo de la Plástica; Galich del Teatro; empieza la Biblioteca. Pero pienso que debe ser una Biblioteca especializada en los problemas de nuestro continente, capaz de servirle a los estudiosos de adentro y de afuera. Hoy la Biblioteca cuenta con más de setenta y siete mil volúmenes, casi todos dedicados a

América Latina. En las cuestiones de música tenemos aquí a Argeliers León, un especialista. Pero en un departamento de esa naturaleza se nos plantea un problema: hay que preguntarse, ¿qué música? ¿Cuál es la verdadera música mexicana? ¿Cuál la peruana? ¿Cuál es la auténtica música chilena o venezolana? Los problemas de la música son muy amplios. Están muy ligados al ser humano, porque el que no canta se mueve que es un fenómeno, sobre todo en Cuba, ¿no? Ahora estamos publicando el *Boletín de Música* y algún día tendremos una revista, un día no muy lejano. Aquí hemos celebrado Encuentros de músicos (como también de artistas plásticos, teatristas y escritores). Hay un proyecto de editar discos con música latinoamericana. Ahora, te repito, ¿cuál es la verdadera música latinoamericana? Ni los mismos musicólogos se han puesto de acuerdo. Está la llamada folclórica que debemos recoger, y la llamada de contenido que, aunque no es folclórica, parte de raíces muy propias. Con los discos que hemos editado siempre ha habido controversias: que si es o no verdadera música latinoamericana... pero sin esas controversias no se aclararían las cosas.

*Si hay una afición profundamente arraigada en Haydee Santamaría —quizás más que afición, hábito cotidiano, constante—, es la lectura. Todavía recuerda las largas jornadas de lectura, a veces hasta la madrugada, de su niñez y su adolescencia, y las reprimendas familiares para que se acostara a dormir. Leía ávidamente Los miserables, El conde de Montecristo o Los tres mosqueteros. Nos dice que leía como lee hoy, incansablemente. Comenta o intercambia opiniones sobre los libros con sus allegados o colaboradores cercanos.*

*Pero de todas sus lecturas, ¿recuerda el libro que le haya impresionado más?*

Eso depende de las épocas. La isla de los pingüinos, de Anatóle France, me impresionó mucho cuando lo leí en la cárcel; al cabo de los años lo volví a leer y ya no me impresionó tanto. Creo que los libros impresionan, más o menos, según las circunstancias y el momento. Por ejemplo, cada vez que uno lee a Martí descubre algo nuevo. Yo tenía sus *Obras Completas* en la cárcel. Incluso no las terminé de leer. Las dejé en el segundo tomo y las marqué. Recuerdo haber leído que Martí fue una vez a una galería y le impresionó mucho un cuadro. Al margen de ese párrafo escribí: «Alguna vez estaré no en una galera sino en una galería y tendré que ver ese cuadro».

*Ya que hablamos de libros, ¿recuerda cómo fueron creciendo la Biblioteca de la Casa y el Departamento de Canje?*

Creamos la Biblioteca, actualizada constantemente, que se especializa sobre todo en arte y literatura del continente. Quiere decir que los estudiantes de Letras, de Humanidades, los escritores e investigadores, pueden trabajar allí con los materiales y la información actualizada de América Latina; pueden encontrar las mejores revistas y las que no son tan buenas. A pesar del bloqueo nos llegan obras de Uruguay o de Bolivia, de Ecuador o Nicaragua. Porque la labor de canje no se ve. Pero sin el trabajo de canje no tendríamos la biblioteca que tenemos. Y por tanto, ni la revista

*Conjunto* ni el *Boletín de Música* podrían disponer de materiales, ni la Biblioteca estaría tan actualizada. Además, se daba a conocer en el continente lo que se producía en Cuba. Queríamos que Cuba no se aislara de las formas artísticas y culturales del continente y conseguimos que el continente tampoco se aislara de Cuba. Así es como las novelas, los libros de cuento o de poesía de los escritores nuestros llegaban a América Latina; obras y revistas que reflejaban nuestra realidad. El mecanismo que creamos dio resultado: en el terreno de la cultura, ni el continente se aisló de nosotros ni nosotros del continente. También les llegaba nuestra música. A muchos lugares llegaba nuestra plástica —aunque solo fuera a través de los carteles que hacíamos en Cuba. A Cuba llegaron, invitados por Casa de las Américas, artistas, escritores, incluso un dirigente campesino quechua: Saturnino Huilca. Un peruano obtiene el Premio de Testimonio relatando la vida de este dirigente. En Cuba no se sabía qué era un quechua. Huilca vino a Cuba, después regresó a Perú y le habló a todos de esta tierra. Ahora publicamos una obra en quechua y en español. De esta forma, el quechua, un idioma de este continente, cuya escritura no habíamos visto siquiera, se da a conocer también. Del Caribe hemos publicado valiosas traducciones, en un número especial de la revista *Casa*; e incluso el Premio de la categoría angloantillana en su idioma original.

Así que ya no es solamente América Latina; se amplían y desarrollan los vínculos culturales con toda nuestra América.

*La tarde gris y fría ha avanzado. Reclaman a Haydee, y sale del despacho. Desde una ventana entreabierta vemos las crestas blancas de las olas alzándose varios metros para luego caer despedazadas más allá y más acá del muro del Malecón. Sobre la mesa, intactos, permanecen unos bocaditos y todavía ella, lejos de mostrar signos de cansancio, parece aun más animada. A pesar del brusco cambio de temperatura no ha tocado el inhalador. Haydee regresa. Nos trae dos casetes, pues sabe que tal vez no sea suficiente la reserva de que disponemos. Y de repente, por una inevitable asociación de ideas, pienso en la combatiente; en su firme voluntad y espíritu disciplinado, que se mezclan con la forma espontánea y acogedora tan característica en ella.*

*Haydee, ¿cómo conjuga sus tareas de dirigente, miembro del Comité Central, del Consejo de Estado y directora de la Casa de las Américas con su vida hogareña?*

Como lo conjugan las mujeres trabajadoras de este país: mis hijos, mi hogar, el trabajo, lo que es hoy la vida de una trabajadora, casada, en Cuba. Lo que no entiendo es la vida de una mujer que no trabaje, porque me pongo a pensar cómo sería mi vida si yo no trabajara. Tengo dos hijos y he criado cuatro más, por lo tanto son seis. Y ya hoy no tengo problemas, son todos hombres y mujeres. Pero en la época en que fueron pequeñitos... yo no te diría que ha sido Casa de las Américas la que me ha dado problemas para atenderlos, han sido tareas de otro tipo: congresos, conferencias, viajes que he tenido que hacer. Aunque para mí ha sido menos difícil que para cualquier mujer. Lo veo entre las mismas compañeras de Casa, que a las cinco de la



tarde ya están locas por ir a buscar a los muchachos al círculo. Y yo recuerdo que iba, dejaba a los seis muchachos en casa con Libia, y podía regresar a trabajar. Pero no todo el mundo tenía esas facilidades.

*Se equivoca quien piense que la entrevista con Haydee Santamaría puede seguir el tradicional y socorrido cauce de preguntas y respuestas. Su palabra viva entra en el tema tratado y lo agota; pero, a veces, repentinamente, lo enriquece con una digresión matizada por el relato de una anécdota, un juicio personal o la descripción de un episodio humorístico. Si la interrumpe, sin duda se privará de una vívida narración de nuestra historia revolucionaria o, tal vez, del lúcido análisis de una personalidad artística o literaria de nuestro mundo y nuestro tiempo. En la agenda, todavía se nos quedaban rezagadas dos preguntas.*

*¿Por qué no nos habla de sus relaciones con el presidente Allende tanto en el orden personal como en Casa de las Américas?*

Nuestras relaciones fueron muy estrechas. Coincidimos en algunos eventos y conferencias internacionales y siempre nos buscábamos para almorzar o comer juntos. Recuerdo que la última vez que nos encontramos en una conferencia internacional, personas que lo querían y estimaban mucho usaron una jarana con él llamándolo «el eterno candidato». No quise callar y le dije: «Bueno, él será el eterno candidato, pero cuando sea presidente tiene que ser el eterno presidente». Y de esa jarana resultó una gran verdad, porque Allende siempre será el eterno presidente. Días después le dije: «Cuando usted sea presidente nos tiene que enviar una colección de arte popular chileno, y esa exposición la vamos a inaugurar el mismo día de su toma de posesión». Y así fue. Nuestras relaciones fueron muy estrechas. A cualquier chileno que viniera a Cuba, él siempre le decía: «No deje de pasar por Casa de las Américas». Y todos venían.

*A juicio suyo, ¿cuál ha sido la contribución de Casa de las Américas a la cultura latinoamericana?*

Creo que en varias oportunidades ha desempeñado un papel importante con los escritores y artistas latinoamericanos. Ha dado a conocer a muchos escritores que hoy tienen nombre en el continente. Claro, mediante la Revolución Cubana se dan a conocer, excepto los ya maduros, los consagrados. En Europa se desconocía la literatura latinoamericana. No solo la de los jóvenes, hasta la literatura clásica del continente. La Revolución logra que allá se interesen en la América Latina y también en su literatura y sus escritores. Así, en un momento dado, la Editorial Casa de las Américas es un vehículo muy importante porque no solo publica a los escritores ya conocidos, sino que da a conocer a los jóvenes inéditos que antes tenían que separar una cantidad de su salario para costearse la edición, digamos, de un libro de trescientos ejemplares. Pero a ese mismo escritor, Casa lo publica en la colección La Honda, de autores contemporáneos, y lo da a conocer en América Latina, incluso

lo buscan en su propio país, donde es apenas conocido. Además, en la revista *Casa* se publica la crítica a un libro de ese autor, o una colaboración suya. Sabemos de la lucha de esos escritores, los sacrificios que hacen. Ha sido una contribución a la cultura que los propios escritores reconocen. Para nosotros, ha sido grata esa contribución.

Al Premio Casa se envían anualmente seiscientas o setecientas obras. Los Premios ahora son doce. Si se trata de una obra de teatro no premiada, pero que el Jurado estima que tiene valor para ser puesta en escena, la enviamos a un grupo o grupos de teatro de Cuba y América Latina para que la conozcan y la monten si así lo desean. Otras obras de cualquier género, con calidad para ser publicadas, las enviamos a editoriales con las cuales sostenemos relaciones, y recomendamos que se las atiendan. Hemos cooperado y queremos seguir cooperando porque no olvidamos lo que era nuestro país antes del triunfo de la Revolución.

Hay escritores de una gran honestidad, que no se entregan a la presionante comercialización que existe y no son capaces de escribir un capítulo pornográfico para que su novela tenga más venta. Dicen lo que tienen que decir, con la crudeza o violencia necesarias, pero no hacen concesiones a ese tipo de comercialización. La vida del escritor en nuestro continente es muy dura. Escritores de una gran calidad, como Mario Benedetti, han logrado imponerse: pocos escritores tienen su obra y, sin embargo, todavía Benedetti no puede vivir de sus derechos de autor.

Nuestros vínculos con los escritores latinoamericanos han sido muy estrechos y muy positivos, porque no cabe la menor duda de que en América Latina la gran mayoría son cuando menos antimperialistas. Los escritores que vienen invitados por Casa de las Américas lo hacen por la Revolución, por venir a Cuba. Claro, cuando vienen la primera vez, ya quedan amigos de la Casa, y luego, además de amigos, son colaboradores nuestros. Aquí han visto y oído todo lo que han querido ver y lo que han encontrado mal y estaba mal se lo hemos aceptado, porque nunca les hemos ocultado nada. Siempre les decimos la verdad: «Mire, esto anda mal, esto otro está feo, aquello está bueno, ¿quiere ir?». Los invitados de Casa andan solos por ahí. Buscan, quieren ver por sí mismos y luego hacerse un juicio. Y han hablado la verdad de lo que han visto aquí: la educación, la salud pública, los grandes logros de la Revolución. Pero también han hablado del racionamiento. Han tratado de comprar algo y se les ha dicho que ese artículo está por la libreta. Les hemos explicado qué es la libreta y han comprendido perfectamente, porque también saben que en sus países el pueblo no tiene el poder adquisitivo de este país ni existe la misma equidad de distribución.

La Revolución Cubana es determinante para la literatura latinoamericana, por lo menos para su difusión. Es la Revolución la que despierta ese interés, tanto en América Latina como en Europa. Después de la Revolución aparece ese afán por conocer la literatura de nuestro continente. Y es cuando Europa nos reconoce. Y subrayo ese reconoce.

*La entrevista se interrumpe unos instantes. Recordamos la antigua admiración de Haydee por Bolívar, su devoción por Martí desde lo más profundo de su niñez rebelde y fantasiosa, cuando se inventaba un abuelo mambí y le llevaba flores a su tumba imaginaria; o aquellas ardientes y candorosas composiciones patrióticas al Apóstol que ella decía los viernes en el acto cívico de la escuelita de Encrucijada.*

*Haydee, ¿recuerda el momento de mayor alegría para usted después de 1959? ¿Y el más triste?*

La respuesta es un poco difícil porque yo no sé hasta dónde llega el dolor y hasta dónde llega la alegría. Creo que se entremezclan. La alegría fue saber al Che luchando en Bolivia, una alegría sin límites, infinita. También fue un dolor muy grande no saberlo en Cuba con nosotros. ¿Dónde está el dolor y dónde está la alegría? Tal vez yo no recordaba dolor más profundo que cuando supe que ya el Che no estaba en Cuba; que ya el Che no andaba, no miraba. El Che no se podía acabar así, de pronto. ¡No se podía acabar con el Che! ¡Sus ideas, lo que hizo y lo que dijo, quedaban! ¿Cómo pensar que el Che no caminaría más? ¿Cómo pensar que el gran caminador ya no caminaba? No sé si habrá un dolor más grande que ese, pero los años pasan... Si el dolor persistiera con la misma intensidad año tras año, yo creo que nos mataría o nos haría anormales. El dolor sigue, o está escondido, o la naturaleza es tan grande que nos hace olvidar para que podamos seguir siendo normales.

Ahora, no cabe la menor duda de que cada vez que hablamos del Che no se si la espinita o la punzadita que está escondida, sale. Pero, bueno, pensamos: «Él llegó», y eso quiere decir que también otros puedan llegar. Entonces, recordaba también lo del avión:<sup>1</sup> no recuerdo haber sentido indignación tan grande, ni tanta impotencia, por qué nos hacen eso del avión con los niños que venían, con nuestros hijos. ¿Qué culpa tenían esos niños? Estaba sintiendo lo que sentía cada madre, cada hermana, cada mujer, porque era como un dolor repartido. Se lo que es perder un hijo, lo que es perder un padre, lo que es perder un hermano. Abel<sup>2</sup> unas veces era mi hijo y otras era mi padre; pero ¡perderlos así, de esa forma... a niños, porque le da la gana a alguien! Como no podía hacer nada, el dolor era desgarrante. Y si ahora tú me preguntaras si soy más triste que alegre: pues soy mucho más alegre que triste, siempre.

<sup>1</sup> Se refiere al acto terrorista perpetrado el 6 de septiembre de 1976, contra un avión cubano a su salida del Aeropuerto de Barbados, donde viajaban 73 personas, entre ellas el Equipo Nacional de Esgrima de Cuba, hecho conocido como Crimen de Barbados.

<sup>2</sup> Se refiere a su hermano Abel Santamaría, segundo jefe del Movimiento 26 de Julio. Hecho prisionero tras el ataque al Cuartel Moncada, salvajemente torturado y luego asesinado. [N. del E.]

*¿Aun estando oprimida por el dolor?*

Aun oprimida por el dolor. Yo siempre he sido más alegre que triste. No quiere decir que por un minuto, o por un segundo, o por unas horas no pueda estar triste. Pero si las midiera, sumarían muchas más la horas de alegría que de tristeza.

*Hace unos momentos usted nos hablaba de la colección de arte popular chileno que le pidió al Presidente y que posteriormente él le envió a Casa de las Américas. Pero sabemos que esa colección es mucho más amplia, valiosa e importante y que abarca, además de las piezas de arte popular, pinturas, esculturas y grabados de todo el continente. ¿Podría decirnos qué proyecta Casa de las Américas con esa colección?*

Hace muchos años que tenemos esa colección. Siempre parto del concepto de que este continente es una y la misma cosa. En Casa de las Américas hemos pensado que, por ser Cuba el país que es, somos los que tenemos más condiciones para reunir aquí el arte verdadero de los pueblos. Me apasionan esas formas de expresión ingenuas, menos elaboradas. Son familias de ceramistas con una tradición de cientos y cientos de años. No son improvisados. Basta con ver dos veces el arte popular de una de esas familias de Puebla, en México, y ya se reconoce su estilo. Tiene un oficio. Hasta los más jóvenes hacen el tinte, buscan la tierra, incluso la mezclan. Pero darle forma y meter la pieza en los hornos, eso lo decide el que ya sabe de la familia. Y el resultado son piezas de formas maravillosas. Es un arte eminentemente popular que hay que distinguir de lo que es «populero». Y utilizando el término populero en el sentido más peyorativo. Lo popular lo hace gente del pueblo –que no son improvisados y por eso los respeto– y lo asimilan con autenticidad personas del pueblo. Los «populeros» son los que quieren comercializar este arte y, además, si es el caso, se van por la «onda»: si la moda es lo africano o lo japonés, hacen cosas africanas o japonesas, y es un fraude; porque ni de lo uno ni de lo otro tienen nada.

Me temo que ese arte popular latinoamericano se puede ir extinguiendo por las más diversas razones. Incluso se puede producir una ruptura en la tradición de familias que durante cientos de años, de generación en generación, se han ido transmitiendo los conocimientos. Y eso hay que conservarlo porque es una de las formas de expresión de la cultura de los pueblos de este continente. Entonces, Cuba tiene esa colección que es muy importante.

También México, Bolivia, Perú, Guatemala, tienen muy buenas colecciones. Pero aquí tenemos las de todos esos lugares y, además, del resto del continente, incluso del Amazonas. No se qué nombre tendrá el lugar donde se exponga esa colección. Habrá que encontrar un nombre apropiado. Esa colección de más de mil quinientas piezas la tendremos aquí, no para Cuba sino para los pueblos de nuestro continente. Si Casa de las Américas es capaz de acometer esa tarea, esa colección estará algún día donde decida esta América, porque ya seríamos un solo pueblo unido. A Cuba le

ha tocado el papel de guardar y cuidar desde ahora esa colección y será Casa de las Américas la que desempeñe ese papel. ¿Seremos capaces de hacerlo? No sé.

*¿Dónde quedaría expuesta la colección?*

Tenemos una dificultad con todas esas piezas. Se nos plantea el problema de espacio. Se requieren ciertas condiciones climáticas para que no se deterioren. Esperemos que ahora que hay un Ministerio de Cultura también se vea esa necesidad. No tiene que ser tanto espacio. Con un arreglo adecuado bastaría. Hay que pensar también que no se nos pueden echar a perder esas piezas ni las de artes plásticas que forman una gran colección, la mejor de América Latina, a juicio de conocedores como Mariano, Soto —el pintor venezolano— y Matta, el chileno. Ellos consideran que es un conjunto de obras de gran calidad. Muchos cuadros de valor de pintores latinoamericanos están dispersos en distintos países. En cambio, el que quiera ver reunida una colección de todos juntos, solo la va a encontrar en este país. Bastaría que el Museo Nacional, donde hay preocupación por recoger las obras de los cubanos, nos entregue una pequeña muestra de nuestros pintores para que Cuba esté representada. Cuba sería depositaria de todos esos valores, pero partiendo de un criterio continental. Y dentro de cincuenta o cien años esta colección estará en el país que convenga. Será responsabilidad de las nuevas generaciones y las próximas, cuidar celosamente esa colección, conservarla por encima de todo hasta que esta América sea la América de verdad: la que quiso Martí.

*Se suscita el tema de la penetración imperialista en el campo de la cultura en América Latina.*

El imperialismo lo que hace es saquear toda la riqueza posible de América Latina. A los hombres ya hechos los llevan a trabajar mediante una beca. Lo han hecho y lo hacen porque tienen dinero. Muchos escritores han resistido años y años. A veces la vida les es terrible y no pueden resistirse a una de esas becas, que por ahí pintan de distintas formas. El imperialismo ya no se conforma con explotar a los pueblos. Ahora explota también nuestras culturas. La política del imperialismo es contra los pueblos latinoamericanos, porque lo mismo pretende arrasar con sus economías que con sus inteligencias.

*A propósito de ese tema, Haydee, ¿cómo se han desarrollado sus relaciones con los escritores y artistas?*

Siento que me comunico con los artistas, tanto con quienes trabajo y veo a diario como con los demás, con los que de una u otra manera he tenido relaciones de trabajo. Para mí ha sido fácil. Cuando comencé a dirigir Casa de las Américas tal vez no tenía muy claro el concepto de lo que era un escritor o un artista. Suponía que debía ser algo *snob*, extravagante. Y es aquí, en Casa de las Américas, donde aprendo

a respetar a los creadores en el arte y la literatura, y donde, además, no permito que no se les respete, porque se que son luchadores inquietos. De los compañeros que trabajan en Casa de las Américas desde hace muchos años, como Mariano, Galich, Retamar, Lesbia, Peña, Benedetti, Benítez, Argeliers, todos figuras conocidas del arte y la literatura, aprendo mucho. Son mis verdaderos asesores en los problemas estéticos. A la vez, yo he podido brindarles una dirección; creo que de mí recogen orientaciones positivas en el orden político, en los problemas políticos que surgen, quizás por tener más información y estar más actualizada en ese sentido y por moverme en campos que no son específicamente los suyos.

De ese modo, he podido ser un punto de equilibrio, diría yo, entre las distintas manifestaciones artísticas: ni preponderancia de las artes plásticas sobre la poesía, ni desventaja del teatro con respecto a la música.

*Frente a Haydee Santamaría uno no puede dejar de pensar en la historia de la Revolución cubana desde sus albores; uno tiene presente el importante papel revolucionario desempeñado por la mujer cubana a lo largo de nuestra historia y de la historia misma de la América Latina. Y me pregunto y le pregunto: Haydee, ¿quién es la mujer que usted admira más en la historia del continente?*

Micaela Bastida, la mujer de Túpac Amaru. Me siento muy cerca de Micaela. A Juana de Azurduy, también admirable, los años le van dando experiencia, y muere anciana. Tantos hechos, todo lo que le ocurre, la van engrandeciendo, porque los años empujeñecen o engrandecen y a ella los años le dieron la oportunidad de crecer; oportunidad a la que ella supo ser fiel. Pero a Micaela no le dieron oportunidad, y sin embargo permanece grande. No siempre se es justo en la historia. Generalmente no se mide a aquella persona que no tuvo la oportunidad de vivir, y fue grande. A lo mejor muere en su primera acción, o muy joven todavía ¡y ya es tremendo! Eso quiere decir que si hubiera vivido veinte años más... Sin que la vida le de la oportunidad de hacerse grande, ella se engrandece en segundos. Cuando la vida da oportunidades, siempre hay más posibilidades. Pero aprovechar el minuto, saber medir ese instante, ¡qué difícil es! Agarrar el segundo que te da la historia, la hora que te da la historia, y engrandecerte en ese segundo, en esa hora, ¡es tremendo! ¿Qué tiempo, qué oportunidad le dan a Micaela para hacerse grande? ¿A qué edad muere Micaela? Era joven. ¿Qué edad tenía entonces Túpac Amaru? Él era muy joven, y ella era más joven aún, y era simplemente su mujer, su compañera. Y hay que ver cómo Micaela, sin ser dirigente, en las pocas, poquísimas oportunidades que le da la historia y la vida, se mete en la historia de nuestro continente, y cómo permanece. Mi admiración por Micaela es la misma que siento hacia alguien que en un instante de la vida se hace grande, sabe hacerse grande.

*¿Y el hombre que admira más en la historia de América Latina?*

Creo que sin Martí ninguno de nosotros —y cuando digo nosotros, digo Fidel, Mella— hubiera sido quien ha sido. También tenemos a Zapata entre las grandes figuras del continente. Con Martí me pasa un poco lo que con Micaela Bastida. Parece imposible que un hombre con 42 años haya sido capaz de hacer tanto. A esa edad es cuando un hombre empieza a vivir, a madurar. Y Martí hizo cosas extraordinarias, como crear un partido para dirigir la guerra y para gobernar después. Algo increíble para su época. ¿Cuántas cosas nos deja? ¿Cuántas cosas nos aporta? Martí previó el imperialismo. ¿Cómo pudo hacer tantas cosas sin dejar de escribir incansablemente? Todavía están apareciendo escritos suyos inéditos o no conocidos. Creo que es la figura que deja más cosas en concreto a pesar de los pocos años que vivió. Y todavía continúa con una vigencia incalculable. ¿Cómo se puede hacer tanto en 42 años? Le ocurre un poco como a Micaela ¿A qué edad muere Bolívar? Y era una figura extraordinaria, era el guerrero con una gran visión. ¡Martí fue excepcional por la visión que tuvo de su tiempo y del futuro!

*Ahora, de nuevo se hace presente la contradicción entre el cuestionario previo y las respuestas espontáneas: una entrevista a Haydee es varias entrevistas posibles, pero el oficio obliga.*

*Volviendo al tema de la Casa, Haydee. No nos ha hablado aún de la importancia de las ediciones, de los diseños de esas publicaciones, que por cierto, algunos son de excelente calidad, ni de la labor del CIL o Centro de Investigaciones Literarias, ni del Departamento de Teatro.*

Bien. Creo que con respecto a América Latina las ediciones *Casa* tienen una importancia incalculable. De las universidades, tanto de Cuba como de otros países del continente, recibimos constantes peticiones. Las necesitan los estudiantes, sobre todo los de Humanidades. Así que se trata de dar a conocer nuestra literatura. La literatura siempre refleja la vida de los pueblos, y era necesario divulgarla en América Latina y otros países. En general, la literatura latinoamericana era desconocida del gran público. En los países socialistas era poco conocida —con la excepción de Vallejo, Neruda, Guillén y otros. Pero ellos rebasan la literatura latinoamericana, ya son universales. Cuba, por medio de Casa de las Américas —las ediciones, los Premios— ha dado a conocer a los escritores y a la literatura de nuestro continente. Por ejemplo, aquí estuvo recientemente Víctor Volski, director del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética. Con personas como él, hemos podido difundir muchas de esas obras. La novela de Soler Puig, *Bertillón 166*, que obtuvo el Premio en 1960, fue traducida a varios idiomas en los países socialistas. Y también se han traducido y publicado muchas otras que no fueron premiadas. Aquí hemos conversado con los agregados culturales de los países socialistas acerca de los escritores latinoamericanos. No sería exagerado decir que Casa de las Américas ha desempeñado un papel importante en la difusión de la literatura del continente. Y así debe ser.

Contamos con un Departamento de Diseño que desde hace quince años lo dirige Umberto Peña, y efectivamente, como tú has dicho, algunos de sus trabajos están muy bien logrados. Considero que la mayor creación de ese departamento ha sido que en los años más difíciles de nuestro país, cuando algunas veces por necesidad y otras por despreocupación no se le daba importancia al diseño gráfico, para los diseñadores de nuestro departamento lograr una obra con la máxima calidad fue tarea fundamental. Con los pocos materiales que tenían sacaban lo mejor. Si para la editora era importante el contenido del libro, para el Departamento de Diseño lo más importante era el diseño. Con esto quiero decirte que siempre se trató de coordinar las dos cosas, porque no había contradicción en escoger entre contenido y diseño. Igual logramos hacer afiches de verdadera calidad para nuestras exposiciones.

Por otro lado diría que nuestro Centro de Investigaciones Literarias (CIL) ha hecho un gran trabajo. Benedetti ha desempeñado sus funciones con mucha eficiencia. Cuando él tuvo necesidad de irse de Cuba lo sustituyó Trini (Trinidad Pérez), una compañera muy joven. El personal con que cuenta el CIL es escaso. Pero los compañeros allí trabajan con rigor. Hay que ver la cantidad de Valoraciones Múltiples que han hecho. Porque nadie calcula cuántas cosas hay que hacer o a cuántas personas hay que consultar o entrevistar para confeccionar una Valoración. Durante dos o tres años se han insertado en el CIL algunos estudiantes universitarios. Después los reclaman, porque los necesitan como profesores. Y yo he dicho que se les debe permitir que vayan, porque el profesor es muy importante. Además, yo no soy directora de Casa de las Américas solamente. Me siento parte de todo el proceso revolucionario, y tengo que tomar en consideración dónde será más útil o necesaria la persona.

Por otra parte, tenemos relaciones con el movimiento teatral latinoamericano. Muchas veces se considera que traer un grupo de teatro es lo más importante y no siempre es así. La revista *Conjunto* publica las obras y comenta la labor de los grupos latinoamericanos. De ese modo se valoran los grupos, sus formas y estilos, y se conocen las obras que se están representando. Sería más fácil traer un grupo de teatro y que presente tres o cuatro obras en Cuba. Y, sin embargo, deseáramos traer grupos. Por ejemplo, hay uno mexicano, creo que se llama Teatro-Café o Café-Teatro. El grupo está compuesto por cuatro o cinco actores y un cantante de un alto nivel, y creo que sería positivo presentarlo en nuestro país.

*Usted se ha referido al interés mostrado por Casa de las Américas en la difusión de la literatura latinoamericana en los países socialistas, ¿entiende usted que Casa de las Américas podría ser el puente idóneo entre las culturas latinoamericana y socialista?*

No se trata de si podría o puede: Casa de las Américas debe ser ese puente, de todas formas. Quizás cumpla esa función o no, pero si no es capaz de cumplirla, no es Casa de las Américas. Se están estableciendo vínculos cada vez más estrechos. La última vez que viajé a un país socialista, se entrevistaron conmigo todos aquellos que



tenían responsabilidades en las revistas dedicadas a la América Latina, y mostraron un gran interés. Ya hemos estrechado lazos con la Unión Soviética, y debemos estrecharlos con instituciones similares de otros países socialistas. No hay tantos centros especializados en la América Latina, pero donde existen, como en la URSS, la República Democrática Alemana y Checoslovaquia, sostenemos relaciones. En general, hemos colaborado y seguiremos colaborando mutuamente.

*¿Podría ampliarnos esa respuesta? ¿Cómo ve usted las perspectivas de Casa de las Américas en el marco de la institucionalización del país y de la creación del Ministerio de Cultura?*

Puedo decir que estamos bastante estabilizados en nuestro trabajo, en lo que hemos hecho y podemos hacer y creo que debemos hacer mucho más. Creo que el Ministerio de Cultura pudiera darnos una ayudita. Todo el mundo tiene puesta una esperanza en el Ministerio de Cultura, que no debe fallar a esa esperanza. Pero tampoco debemos esperar milagros, y esto no lo digo porque el Ministro sea mi marido. Y les aseguro que de milagroso no tiene nada.

*La entrevista toca a su fin. Para mí han pasado las horas sin advertirlas. Mientras Haydee hablaba, he seguido sus palabras apasionadas o serenas donde siempre está presente la unidad de los pueblos de Nuestra América fundidos en una sola y múltiple cultura socialista. Bien le escribía el Che en cierta ocasión: «Veo que te has convertido en una literata con dominio de la síntesis...» Y ahora, mientras toma la carterita con el inhalador para el asma que no tuvo necesidad de utilizar, creíamos percibir, aun en su singular y atrayente personalidad, en muchas de sus ideas, en su particular modo de abordar los problemas de nuestro mundo de hoy, en su inextinguible rebeldía, el sello que distingue a más de una generación de cubanos: el sello de Fidel.*

#### **HAYDEE SANTAMARÍA**

Una de las dos mujeres participantes en el asalto al Cuartel Moncada. Combatiente del Movimiento 26 de Julio y del Ejército Rebelde. Con el triunfo de la Revolución Cubana, en 1959, fundó la Casa de las Américas, prestigiosa institución cultural, concebida como un espacio de encuentro y diálogo entre los creadores del continente y de todo el mundo, y a cuyos proyectos aportó su clara visión integradora y latinoamericanista.

# nuevos títulos del **CHE GUEVARA**

publicados en conjunto con el Centro de Estudios Che Guevara



## **OTRA VEZ**

**Diario del segundo viaje por Latinoamérica**

PRÓLOGO DE ALBERTO GRANADO

Graduado ya de medicina, Ernesto Guevara emprende un segundo viaje por Latinoamérica, que cambió su vida para siempre. Texto sugerente y lleno de claves que nos permiten entender la vida y obra del Che, en su búsqueda del camino hacia la revolución, la consolidación de su gran amor por la humanidad y su inmensa estatura moral.

200 páginas + 32 páginas de fotos, ISBN 978-1-920888-78-7



## **PASAJES DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA: CONGO**

PRÓLOGO DE ALEIDA GUEVARA MARCH

La participación del Che en la guerrilla congoleña en 1965, resulta expresión de una práctica internacionalista consecuente con sus tesis tercermundistas. En el texto se entrelaza la descripción de esta experiencia local con el análisis de la coyuntura internacional.

304 páginas + 42 páginas de fotos, ISBN 978-1-921235-01-6



## **MARX Y ENGELS**

**Una síntesis biográfica**

Texto hasta ahora inédito, escrito por Che Guevara después de su contribución internacionalista en la contienda del Congo. Es una biografía en la que se refleja la esencia humanista de los fundadores del marxismo, el contexto en que desarrollaron sus obras y las reflexiones que sobre estas hiciera Che. Este libro incluye una lista de lecturas sugeridas por Che, imágenes y facsímiles de sus manuscritos.

74 páginas, ISBN 978-1-921235-25-2

[www.oceansur.com](http://www.oceansur.com) • [info@oceansur.com](mailto:info@oceansur.com)

# colección **FIDEL CASTRO**



## **EL DIÁLOGO DE CIVILIZACIONES**

Esta compilación reúne dos trascendentales intervenciones de Fidel Castro: el discurso pronunciado en la Conferencia de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo efectuada en Río de Janeiro, en junio de 1992, y sus palabras de clausura en la «Conferencia Mundial Diálogo de Civilizaciones. América Latina en el Siglo XXI: Universalidad y Originalidad», que tuvo lugar en La Habana, en marzo de 2005.

96 páginas, ISBN 978-1-921438-14-1



## **VENEZUELA Y CHÁVEZ**

Este volumen compila las palabras pronunciadas por Fidel en diversos discursos, cartas y actos públicos dedicados al pueblo venezolano durante más de 40 años. En ellos sobresalen los lazos históricos y de solidaridad existentes entre Cuba y Venezuela. La unidad soñada por Bolívar y Martí resulta epicentro de las reflexiones, advertencias y premoniciones del líder cubano presentes en estas páginas.

318 páginas, ISBN 978-1-921235-04-7



## **FIDEL EN LA MEMORIA DEL JOVEN QUE ES**

Este libro recoge, por primera vez en un solo volumen, los excepcionales testimonios donde el propio Fidel se ha referido a su niñez y juventud. Incluye entrevistas sobre momentos claves de su infancia, su vida universitaria y sus primeros contactos con la realidad latinoamericana, así como fotografías poco conocidas.

183 páginas, ISBN 978-1-920888-19-0



## Discurso en la Plaza de la Revolución, 1ro. de mayo de 2003

**FIDEL CASTRO RUZ**

Ilustres invitados;

Queridos compatriotas:

Nuestro pueblo heroico ha luchado 44 años desde una pequeña isla del Caribe a pocas millas de la más poderosa potencia imperial que ha conocido la humanidad. Con ello ha escrito una página sin precedentes en la historia. Nunca el mundo vio tan desigual lucha.

Los que creían que el ascenso del imperio a la condición de única superpotencia, cuyo poder militar y tecnológico no tiene contrapeso alguno en el mundo, produciría miedo o desaliento en el pueblo cubano, no tienen otra alternativa que asombrarse ante el valor multiplicado de este valeroso pueblo. Un día como hoy, fecha gloriosa de los trabajadores, que conmemora la muerte de los cinco mártires de Chicago, declaro, en nombre del millón de cubanos aquí reunidos, que haremos frente a todas las amenazas, no cederemos ante presión alguna, y estamos dispuestos a defender la Patria y la Revolución, con las ideas y con las armas, hasta la última gota de sangre.

¿Cuál es la culpa de Cuba? ¿Qué hombre honesto tiene razón para atacarla?

Con su propia sangre y con las armas arrancadas al enemigo, su pueblo derrocó una cruel tiranía impuesta por el gobierno de Estados Unidos, que poseía 80 000 hombres sobre las armas.

Fue el primer territorio libre del dominio imperialista en América Latina y el Caribe, y el único país del hemisferio donde, a lo largo de la historia poscolonial, torturadores, asesinos y criminales de guerra, que arrancaron la vida a decenas de miles de personas, fueron ejemplarmente sancionados.

Recuperó y entregó totalmente la tierra a los campesinos y trabajadores agrícolas. Los recursos naturales y las industrias y servicios fundamentales fueron puestos en manos del único dueño verdadero: la nación cubana.

En menos de setenta y dos horas, luchando incesantemente día y noche, Cuba destrozó la invasión mercenaria de Girón organizada por un gobierno de Estados Unidos, lo que evitó una intervención militar directa de ese país y una guerra de incalculables consecuencias. La Revolución contaba ya con el Ejército Rebelde, más de cuatrocientas mil armas y cientos de miles de milicianos.

Se enfrentó con honor, sin concesión alguna, al riesgo de ser atacada con decenas de armas nucleares en 1962.

Derrotó la guerra sucia extendida a todo el país, a un costo de vidas superior al que pagó por la guerra de liberación.

Soportó inmovible miles de actos de sabotaje y ataques terroristas organizados por el gobierno de Estados Unidos.

Frustró cientos de planes de asesinato contra los líderes de la Revolución.

En medio de un riguroso bloqueo y guerra económica que han durado casi medio siglo, Cuba fue capaz de erradicar en un año el analfabetismo que no han podido vencer en más de cuatro décadas el resto de los países de América Latina, ni tampoco Estados Unidos.

Llevó la educación gratuita al 100% de los niños.

Posee el más alto índice de retención escolar —más del 99% entre el preescolar y noveno grado— de todas las naciones del hemisferio.

Sus alumnos de primaria ocupan el primer lugar del mundo en conocimientos de lenguaje y matemáticas.

Ocupa igualmente el primer lugar mundial en maestros per cápita y alumnos por aula.

La totalidad de los niños con dificultades físicas o mentales estudian en escuelas especiales.

La enseñanza de computación y el empleo de medios audiovisuales de forma intensiva se aplica hoy a la totalidad de los niños, adolescentes y jóvenes, en campos y ciudades.

El estudio con una remuneración económica del Estado se ha convertido, por primera vez en el mundo, en una oportunidad para todos los jóvenes de 17 a 30 años de edad que no estudiaban ni poseían empleo.

Cualquier ciudadano tiene la posibilidad de realizar estudios que lo conduzcan desde el preescolar hasta la obtención del título de Doctor en Ciencias sin gastar un solo centavo.

La nación cuenta hoy con más de 30 graduados universitarios, intelectuales y artistas profesionales, por cada uno de los que existían antes de la Revolución.

El nivel promedio de conocimientos de un ciudadano cubano alcanza ya no menos de nueve grados.

No existe en Cuba ni siquiera el analfabetismo funcional.

Escuelas de formación de artistas y de instructores de arte se han extendido a todas las provincias del país, donde cursan estudios y desarrollan su talento y vocación más de 20 000 jóvenes. Decenas de miles adicionales lo hacen en escuelas vocacionales, que son canteras de las escuelas profesionales.

Las sedes universitarias se extienden ya progresivamente a todos los municipios del país. Jamás se produjo en ninguna otra parte tan colosal revolución educativa y cultural, que convertirá a Cuba, por amplio margen, en el país con más conocimientos y más cultura del mundo, aferrada a la profunda convicción martiana de que «sin cultura no hay libertad posible».

La mortalidad infantil se ha reducido de 60 por mil nacidos vivos a una cifra que fluctúa entre 6 y 6,5. Es la más baja del hemisferio, desde Estados Unidos a la Patagonia.

Las perspectivas de vida se han elevado en 15 años.

Enfermedades infecciosas y transmisibles como la poliomielitis, el paludismo, el tétanos neonatal, la difteria, el sarampión, la rubéola, la parotiditis, la tos ferina y el dengue han sido eliminadas; otras como el tétanos, la meningitis meningocócica, la hepatitis B, la lepra, la meningitis por hemófilos y la tuberculosis, están totalmente controladas.

Hoy en nuestro país mueren las personas de iguales enfermedades que en los países más altamente desarrollados: cardiovasculares, tumorales, accidentes y otras, pero de mucho menor peso.

Una profunda revolución se lleva a cabo para acercar los servicios médicos a la población, a fin de facilitar su acceso a los centros de asistencia, preservar vidas y aliviar dolores.

Profundos estudios se realizan para romper la cadena, mitigar o reducir al mínimo los problemas de origen genético, prenatales o asociados al parto.

Cuba es hoy el país con el más alto índice de médicos per cápita; casi duplica el número de los que la siguen detrás.

Los centros científicos laboran sin cesar para buscar soluciones preventivas o terapéuticas contra las enfermedades más graves.

Los cubanos dispondrán del mejor sistema médico del mundo, cuyos servicios continuarán recibiendo de forma absolutamente gratuita.

La seguridad social abarca al 100% de los ciudadanos del país.

El 85% de la población es propietaria de la vivienda. Esta está libre de todo impuesto. El 15% restante paga un alquiler absolutamente simbólico, que apenas se eleva al 10% del salario.

El uso de drogas alcanza a un ínfimo número de personas, y se lucha resueltamente contra él.

La lotería y otras formas de juego lucrativo fueron prohibidas desde los primeros años de la Revolución para que nadie cifrara su esperanza de progreso en el azar.

Nuestra televisión, radio y prensa no practican la publicidad comercial. Cualquier promoción está dirigida a cuestiones de salud, educación, cultura, educación física, deporte, recreación sana, defensa del medio ambiente; a la lucha contra las drogas, contra los accidentes u otros problemas de carácter social. Nuestros medios de difusión masiva educan, no envenenan ni enajenan. No se rinde culto ni se exaltan los valores de las podridas sociedades de consumo.

Fue barrida la discriminación de la mujer, que hoy constituye el 64% de la fuerza técnica y científica del país.

Desde los primeros meses de la Revolución no quedó en pie una sola de las formas de expresión racistas copiadas del sur de Estados Unidos. En los últimos años, la Revolución se esmera especialmente en el esfuerzo por desaparecer las huellas que la pobreza y la falta de acceso a los conocimientos dejaron en los descendientes de los que fueron esclavizados durante siglos, y que crearon diferencias objetivas que tienden a reproducirse. Pronto no quedará ni sombra de las consecuencias de aquella terrible injusticia.

No existe culto a ninguna personalidad revolucionaria viva, como estatuas, fotos oficiales, nombres de calles o instituciones. Los que dirigen son hombres y no dioses.

En nuestro país no existen fuerzas paramilitares, ni escuadrones de la muerte, ni se ha usado nunca la violencia contra el pueblo, ni se realizan ejecuciones extrajudiciales, ni se aplica la tortura. El pueblo ha apoyado en masa siempre las actividades de la Revolución. Este acto lo demuestra.

Años luz separan a nuestra sociedad de lo que ha prevalecido hasta hoy en el mundo. Se cultiva la fraternidad y la solidaridad entre los hombres y los pueblos dentro y fuera del país.

Se educa a las nuevas generaciones y a todo el pueblo en la protección del medio ambiente. Los medios masivos de difusión se emplean en la formación de una conciencia ecológica.

Nuestro país defiende con firmeza su identidad cultural, asimila lo mejor de las demás culturas y combate resueltamente contra todo lo que deforma, enajena y envilece.

El desarrollo del deporte sano y no profesional ha conducido a nuestro pueblo a los más altos índices de medallas y honores a nivel mundial.

Las investigaciones científicas, al servicio de nuestro pueblo y de la humanidad, se multiplicaron centenares de veces. Producto de este esfuerzo, importantes medicamentos salvan vidas en Cuba y en otros países.

Jamás se investigó ni elaboró arma biológica alguna, lo cual estaría en absoluta contradicción con la formación y la conciencia en que ha sido educado y se educa nuestro personal científico.

En ningún otro pueblo se enraizó tanto el espíritu de solidaridad internacional.

Nuestro país apoyó a los patriotas argelinos en su lucha contra el colonialismo francés, a costa de afectar las relaciones políticas y económicas con un país europeo tan importante como Francia.

Enviamos armas y combatientes para defender a Argelia contra el expansionismo marroquí cuando el rey de ese país quiso apoderarse de las minas de hierro de Gara Yebilet, en las proximidades de la ciudad de Tinduf, al sudoeste de Argelia.

El personal completo de una brigada de tanques montó guardia a solicitud de la nación árabe de Siria entre 1973 y 1975 frente a las Alturas del Golán, cuando esa parte del territorio fue injustamente arrebatada a aquel país.

El líder de la República del Congo recién alcanzada su independencia, Patricio Lumumba, acosado desde el exterior, recibió nuestro apoyo político. Asesinado éste por las potencias coloniales en enero de 1961, prestamos ayuda a sus seguidores.

Cuatro años después, en 1965, sangre cubana se derramó en la zona occidental del lago Tanganyika, donde el Che, con más de cien instructores cubanos, apoyaron a los rebeldes congolese que luchaban contra mercenarios blancos al servicio de Mobutu, el hombre de Occidente, cuyos \$40 000 millones de dólares robados no se sabe en qué bancos europeos están guardados, ni en poder de quién.

Sangre de instructores cubanos se derramó entrenando y apoyando a los combatientes del Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde que, bajo el mando de Amílcar Cabral, luchaban por la independencia de estas antiguas colonias portuguesas.

Otro tanto ocurrió durante diez años ayudando al MPLA de Agostinho Neto en la lucha por la independencia de Angola. Alcanzada esta, y a lo largo de 15 años, cientos de miles de voluntarios cubanos participaron en la defensa de Angola frente al ataque de las tropas racistas sudafricanas que, en complicidad con Estados Unidos y utilizando la guerra sucia, sembraron millones de minas, arrasaron aldeas completas y asesinaron a más de medio millón de hombres, mujeres y niños angolanos.

En Cuito Cuanavale y en la frontera de Namibia, al sudoeste de Angola, fuerzas angolanas y namibias y 40 000 soldados cubanos asestaron un golpe definitivo a las tropas sudafricanas, que contaban entonces con siete bombas nucleares suministradas o ayudadas a producir por Israel con pleno conocimiento y complicidad del gobierno de Estados Unidos. Esto significó la inmediata liberación de Namibia, y aceleró tal vez en 20 ó 25 años el fin del *apartheid*.

A lo largo de casi 15 años, Cuba ocupó un lugar de honor en la solidaridad con el heroico pueblo de Vietnam, en una guerra bárbara y brutal de Estados Unidos, que mató a cuatro millones de vietnamitas, aparte de la cifra de heridos y mutilados de guerra; que inundó su suelo de productos químicos que han causado incalculables daños aún presentes. Pretexto: Vietnam, un país pobre y subdesarrollado, situado a 20 000 kilómetros de Estados Unidos, constituía un peligro para la seguridad nacional de ese país.



Sangre cubana se derramó junto a la sangre de ciudadanos de varios países latinoamericanos, y junto a la sangre cubana y latinoamericana del Che, asesinado por instrucciones de los agentes de Estados Unidos en Bolivia, cuando se encontraba herido y prisionero y su arma había sido inutilizada por un balazo en el combate.

Sangre cubana de obreros de la construcción que estaban ya a punto de concluir un aeropuerto internacional que era vital para la economía de una pequeñísima isla que vivía del turismo, se derramó combatiendo en defensa de Granada, invadida por Estados Unidos con cínicos pretextos.

Sangre cubana se derramó en Nicaragua cuando instructores de nuestras Fuerzas Armadas entrenaban a los bravos soldados nicaragüenses que enfrentaban la guerra sucia organizada y armada por Estados Unidos contra la Revolución Sandinista.

Y no he citado todos los ejemplos.

Pasan de dos mil los heroicos combatientes internacionalistas cubanos que dieron su vida cumpliendo el sagrado deber de apoyar la lucha de liberación por la independencia de otros pueblos hermanos. En ninguno de esos países existe una propiedad cubana.

Ningún otro país en nuestra época cuenta con tan brillante página de solidaridad sincera y desinteresada.

Cuba predicó siempre con su ejemplo. Jamás claudicó. Jamás vendió la causa de otro pueblo. Jamás hizo concesiones. Jamás traicionó principios. Por algo hace solo 48 horas fue reelecta por aclamación, en el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, como miembro por tres años más de la Comisión de Derechos Humanos, integrando ese órgano de manera ininterrumpida durante 15 años.

Más de medio millón de cubanos cumplieron misiones internacionalistas como combatientes, como maestros, como técnicos o como médicos y trabajadores de la salud. Decenas de miles de estos últimos han prestado servicios y salvado millones de vidas a lo largo de más de 40 años. En la actualidad, 3 000 especialistas en Medicina General Integral y otros trabajadores de la salud laboran en los lugares más recónditos de 18 países del Tercer Mundo, donde mediante métodos preventivos y terapéuticos salvan cada año cientos de miles de vidas, y preservan o devuelven la salud a millones de personas sin cobrar un solo centavo por sus servicios.

Sin los médicos cubanos ofrecidos a la Organización de Naciones Unidas en caso de obtener esta los fondos necesarios –sin los cuales naciones enteras y hasta regiones completas del África Subsahariana corren el riesgo de perecer–, los imprescindibles y urgentes programas de lucha contra el SIDA no podrían realizarse.

El mundo capitalista desarrollado creó abundante capital financiero, pero no ha creado el más mínimo capital humano que el Tercer Mundo desesperadamente necesita.

Cuba ha desarrollado técnicas para enseñar a leer y escribir por radio con textos hoy elaborados en cinco idiomas: creole, portugués, francés, inglés y español, que

ya están siendo puestos en práctica en algunos países. Está a punto de concluir un programa similar en español, de excepcional calidad, para alfabetizar por televisión. Son programas ideados por Cuba y genuinamente cubanos. No nos interesa la exclusividad de la patente. Estamos en disposición de ofrecerlos a todos los países del Tercer Mundo, donde se concentra el mayor número de analfabetos, sin cobrar un solo centavo. En cinco años los 800 millones de analfabetos, a un costo mínimo, podrían reducirse en un 80%.

Cuando la URSS y el campo socialista desaparecieron, nadie apostaba un solo centavo por la supervivencia de la Revolución Cubana. Estados Unidos arreció el bloqueo. Surgieron las leyes Torricelli y Helms-Burton, ambas de carácter extraterritorial. Nuestros mercados y fuentes de suministros fundamentales desaparecieron abruptamente. El consumo de calorías y proteínas se redujo casi a la mitad. El país resistió y avanzó considerablemente en el campo social. Hoy ha recuperado gran parte de sus requerimientos nutritivos y avanza aceleradamente en otros campos. Aun en esas condiciones, la obra realizada y la conciencia creada durante años obraron el milagro. ¿Por qué resistimos? Porque la Revolución contó siempre, cuenta y contará cada vez más con el apoyo del pueblo, un pueblo inteligente, cada vez más unido, más culto y más combativo.

Cuba, que fue el primer país en solidarizarse con el pueblo norteamericano el 11 de septiembre del 2001, fue también el primero en advertir el carácter neofascista que la política de la extrema derecha de Estados Unidos, que asumió fraudulentamente el poder en noviembre del año 2000, se proponía imponer al mundo. No surge esta política movida por el atroz ataque terrorista contra el pueblo de Estados Unidos, cometido por miembros de una organización fanática, que en tiempos pasados sirvió a otras administraciones norteamericanas. Era un pensamiento fríamente concebido y elaborado, que explica el rearme y los colosales gastos en armamento cuando ya la guerra fría no existía y lo que ocurrió en septiembre estaba lejos de producirse. Los hechos del día 11 de ese fatídico mes del año 2001 sirvieron de pretexto ideal para ponerlo en marcha.

El 20 de septiembre de ese año, el presidente Bush lo expresó abiertamente ante un Congreso conmocionado por los trágicos sucesos ocurridos nueve días antes. Utilizando extraños términos habló de «justicia infinita» como objetivo de una guerra al parecer también infinita:

El país no debe esperar una sola batalla, sino una campaña prolongada, una campaña sin paralelo en nuestra historia.

Vamos a utilizar cualquier arma de guerra que sea necesaria.

Cualquier nación, en cualquier lugar, tiene ahora que tomar una decisión: o están con nosotros o están con el terrorismo.

Les he pedido a las Fuerzas Armadas que estén en alerta, y hay una razón para ello: se acerca la hora de que entremos en acción.

Esta es una lucha de la civilización.

Los logros de nuestros tiempos y las esperanzas de todos los tiempos dependen de nosotros.

No sabemos cuál va a ser el derrotero de este conflicto, pero sí cuál va a ser el desenlace [...] Y sabemos que Dios no es neutral.

¿Hablaban un estadista o un fanático incontenible?

Dos días después, el 22 de septiembre, Cuba denunció este discurso como el diseño de la idea de una dictadura militar mundial bajo la égida de la fuerza bruta, sin leyes ni instituciones internacionales de ninguna índole.

«...La Organización de Naciones Unidas, absolutamente desconocida en la actual crisis, no tendría autoridad ni prerrogativa alguna; habría un solo jefe, un solo juez, una sola ley».

Meses más tarde, al cumplirse el aniversario 200 de la Academia de West Point, en el acto de graduación de 958 cadetes celebrado el 3 de junio del 2002, el presidente Bush profundizó en su pensamiento a través de una encendida arenga a los jóvenes militares que se graduaban ese día, en la que están contenidas sus ideas fijas esenciales:

Nuestra seguridad requerirá que transformemos a la fuerza militar que ustedes dirigirán, en una fuerza que debe estar lista para atacar inmediatamente en cualquier oscuro rincón del mundo. Y nuestra seguridad requerirá que estemos listos para el ataque preventivo cuando sea necesario defender nuestra libertad y defender nuestras vidas.

Debemos descubrir células terroristas en 60 países o más...

Los enviaremos a ustedes, a nuestros soldados, a donde ustedes sean necesarios.

No dejaremos la seguridad de América y la paz del planeta a merced de un puñado de terroristas y tiranos locos. Eliminaremos esta sombría amenaza de nuestro país y del mundo.

A algunos les preocupa que sea poco diplomático o descortés hablar en términos del bien y el mal: no estoy de acuerdo. [...] Estamos ante un conflicto entre el bien y el mal, y América siempre llamará al mal por su nombre. Al enfrentarnos al mal y a regímenes anárquicos, no creamos un problema, sino que revelamos un problema. Y dirigiremos al mundo en la lucha contra el problema.

En el discurso que pronuncié en la Tribuna Abierta que tuvo lugar en la Plaza de la Revolución Antonio Maceo de Santiago de Cuba el 8 de junio del 2002, ante medio millón de santiagueros, expresé:

Como puede apreciarse, en el discurso (de West Point) no aparece una sola mención a la Organización de las Naciones, ni una frase referida al derecho de los pueblos a la seguridad y a la paz, a la necesidad de un mundo regido por normas y principios.

La humanidad conoció, hace apenas dos tercios de siglo, la amarga experiencia del nazismo. Hitler tuvo como aliado inseparable el miedo que fue capaz de imponer a sus adversarios. [...] Ya poseedor de una temible fuerza militar, estalló una guerra que incendió el mundo. La falta de visión y la cobardía de los estadistas de las más fuertes potencias europeas de aquella época dieron lugar a una gran tragedia.

No creo que en Estados Unidos pueda instaurarse un régimen fascista. Dentro de su sistema político se han cometido graves errores e injusticias —muchas de las cuales perduran—, pero el pueblo norteamericano cuenta con determinadas instituciones, tradiciones, valores educativos, culturales y éticos que lo harían casi imposible. El riesgo está en la esfera internacional. Son tales las facultades y prerrogativas de un presidente y tan inmensa la red de poder militar, económico y tecnológico de ese Estado que, de hecho, en virtud de circunstancias ajenas por completo a la voluntad del pueblo norteamericano, el mundo está comenzando a ser regido por métodos y concepciones nazis.

Los miserables insectos que habitan en sesenta o más naciones del mundo, seleccionadas por él, sus íntimos colaboradores, y en el caso de Cuba por sus amigos de Miami, no importan para nada. Constituyen los «oscuros rincones del mundo» que pueden ser objeto de sus «sorpresivos y preventivos» ataques. Entre ellos se encuentra Cuba que, además, ha sido incluida entre los que propician el terrorismo.

Mencioné por primera vez la idea de una tiranía mundial un año, tres meses y 19 días antes del ataque a Irak.

En los días previos al inicio de la guerra, el presidente Bush volvió a repetir que utilizaría, si fuese necesario, cualquier medio del arsenal norteamericano, es decir, armas nucleares, armas químicas y armas biológicas.

Antes se había producido ya el ataque y ocupación de Afganistán.

Hoy los llamados «disidentes», mercenarios a sueldo pagados por el gobierno hitleriano de Bush, traicionan no solo a su patria sino también a la humanidad.

Ante los planes siniestros contra nuestra patria por parte de esa extrema derecha neofascista y sus aliados de la mafia terrorista de Miami que le dieron la victoria con el fraude electoral, nos gustaría saber cuántos de los que desde supuestas posiciones de izquierda y humanistas han atacado a nuestro pueblo por las medidas legales que en acto de legítima defensa nos vimos obligados a adoptar frente a los planes agresivos de la superpotencia, a pocas millas de nuestras costas y con una base militar en nuestro propio territorio, han podido leer esas palabras, tomar conciencia, denunciar y condenar la política anunciada en los discursos pronunciados por el señor Bush a los que hice referencia en los que se proclama una siniestra política internacional nazi-fascista por parte del jefe del país que posee la más poderosa fuerza militar que fue concebida jamás, cuyas armas pueden destruir diez veces a la humanidad indefensa.

El mundo entero se ha movilizado frente a las espantosas imágenes de ciudades destruidas e incendiadas por atroces bombardeos, niños mutilados y cadáveres destrozados de personas inocentes.

Dejando a un lado a los grupos políticos oportunistas, demagogos y politiqueros de sobra conocidos, me refiero ahora fundamentalmente a los que fueron amistosos con Cuba y luchadores apreciados. No deseamos que los que la atacaron, de forma a nuestro juicio injusta, por desinformación o falta de análisis meditado y profundo, tengan que pasar por un dolor infinito si un día nuestras ciudades están siendo destruidas y nuestros niños y sus madres, mujeres y hombres, jóvenes y ancianos destrozados por las bombas del nazi-fascismo, y conocen que sus declaraciones fueron cínicamente manipuladas por los agresores para justificar un ataque militar contra Cuba.

El daño humano no puede medirse solo por las cifras de niños muertos y mutilados, sino también por los millones de niños y madres, mujeres y hombres, jóvenes y ancianos que quedarán traumatizados por el resto de la vida.

Respetamos totalmente las opiniones de los que por razones religiosas, filosóficas o humanitarias se oponen a la pena capital, que los revolucionarios cubanos también aborrecemos por razones más profundas que las que han sido abordadas por las ciencias sociales sobre el delito, hoy en proceso de estudio en nuestro país. Llegará el día, en que podamos acceder a los deseos tan noblemente expresados aquí en su brillante discurso por el pastor y hermano entrañable Lucius Walker, de abolir esta pena. Se comprende la especial preocupación sobre el tema, cuando se sabe que la mayoría de las personas ejecutadas en Estados Unidos son afronorteamericanas y latinas, no pocas veces inocentes, especialmente en Texas, campeona de la pena capital, donde fuera gobernador el presidente Bush y donde nunca se ha perdonado una sola vida.

La Revolución Cubana fue puesta en el dilema de proteger la vida de millones de compatriotas sancionando con la pena capital legalmente establecida a los tres principales secuestradores de una embarcación de pasajeros —estimulados por el gobierno de Estados Unidos, que trata de alentar el potencial delictivo de carácter común para asaltar barcos o aeronaves con pasajeros a bordo, poniendo en grave peligro la vida de estos, creando condiciones propicias para una agresión a Cuba, desatando una ola de secuestros ya en pleno desarrollo que había que parar en seco—, o cruzarnos de brazos. No podemos vacilar jamás, cuando se trata de proteger la vida de los hijos de un pueblo decidido a luchar hasta el final, en arrestar mercenarios que sirven a los agresores y aplicar los castigos más severos, aunque nos desagraden, a terroristas que secuestren naves o embarcaciones de pasajeros, o que cometan hechos de similar gravedad, que sean sancionados por los tribunales de acuerdo con leyes previas.

Ni siquiera Cristo, que expulsó a latigazos a los mercaderes del templo, dejaría de optar por la defensa del pueblo.

Hacia su santidad, el Papa Juan Pablo II, siento un sincero y profundo respeto. Comprendo y admiro su noble lucha por la vida y por la paz. Nadie se opuso tanto y tan tenazmente como él a la guerra contra Irak. Estoy absolutamente seguro de que nunca habría aconsejado a los chiítas y sunnitas dejarse matar sin defenderse; tampoco aconsejaría algo parecido a los cubanos. Él sabe perfectamente bien que este no es un problema entre cubanos; es un problema entre el pueblo de Cuba y el gobierno de Estados Unidos.

Es tan provocadora y desvergonzada la política del gobierno de Estados Unidos, que el pasado día 25 de abril el señor Kevin Whitaker, jefe del Buró Cuba del Departamento de Estado, le dijo al Jefe de nuestra Sección de Intereses en Washington, que la Oficina de Seguridad Doméstica, adscrita al Consejo de Seguridad Nacional, consideraba que los continuados secuestros desde Cuba constituían una seria amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos, y solicitaba al gobierno cubano tomar todas las medidas necesarias para evitar hechos de esta naturaleza, cual si no fueran ellos quienes provocaron y estimularon esos secuestros y no fuéramos nosotros los que, para proteger la vida y la seguridad de los pasajeros y conociendo desde hace rato los criminales planes de la extrema derecha fascista contra Cuba, tomamos medidas drásticas para impedirlo. Filtrado por ellos ese contacto del día 25, ha creado gran alboroto en la mafia terrorista de Miami. Todavía no comprenden que sus amenazas directas o indirectas contra Cuba no le quitan el sueño a nadie en nuestro país.

La hipocresía de la política occidental y de un numeroso grupo de líderes mediocres es tan grande, que no cabría en el lecho del Océano Atlántico. Cualquier medida que Cuba adopte en aras de su legítima defensa, es publicada entre las primeras noticias de casi todos los medios de difusión masiva. Sin embargo, cuando denunciábamos que bajo el mandato de un jefe de gobierno español decenas de etarras fueron ejecutados extrajudicialmente sin que nadie protestara ni lo denunciara ante la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas, y otro jefe de gobierno, en un momento difícil de la guerra de Kosovo, aconsejó al presidente de Estados Unidos arreciar la guerra, multiplicar los bombardeos y atacar los objetivos civiles, que causarían la muerte de centenares de inocentes e inmenso sacrificio a millones de personas, la prensa solo dice: «Castro arremetió contra Felipe y Aznar». Del contenido real, ni una palabra.

En Miami y en Washington se discute hoy dónde, cómo y cuándo se atacará a Cuba o se resolverá el problema de la Revolución.

En lo inmediato se habla de medidas económicas que endurezcan el brutal bloqueo, pero no saben todavía cuál escoger, con quiénes se resignan a pelearse y qué efectividad puedan tener. Les quedan muy pocas. Las han gastado casi todas.

Un cínico rufián mal llamado Lincoln, y Díaz-Balart como apellido, íntimo amigo y consejero del presidente Bush, declaró a una cadena televisiva de Miami las enig-

máticas palabras siguientes: «No puedo entrar en detalles, pero estamos tratando de romper este círculo vicioso».

¿A cuál de los métodos para manejar el círculo vicioso se refiere? ¿Eliminarme físicamente a partir de los sofisticados medios modernos que han desarrollado, tal como el señor Bush les prometió en Texas antes de las elecciones? ¿O atacar a Cuba al estilo de Irak?

Si fuese el primero, no me preocupa en absoluto. Las ideas por las cuales he luchado toda la vida no podrán morir y vivirán durante mucho tiempo.

Si la fórmula fuese atacar a Cuba como a Irak, me dolería mucho por el costo en vidas y la enorme destrucción que para Cuba significaría. Pero tal vez sea ese el último de los ataques fascistas de esta administración, porque la lucha duraría mucho tiempo, enfrentándose los agresores no solo a un ejército sino a miles de ejércitos que constantemente se reproducirían y harían pagar al adversario un costo en bajas tan alto, que estaría muy por encima del presupuesto de vidas de sus hijos que el pueblo norteamericano estaría dispuesto a pagar por las aventuras y las ideas del presidente Bush, hoy con apoyo mayoritario pero decreciente, mañana reducido a cero.

El propio pueblo norteamericano, los millones de personas con elevada cultura que allí razonan y piensan, sus principios éticos básicos, decenas de millones de computadoras para comunicarse, cientos de veces más que al final de la guerra de Vietnam, demostrarán que no se puede engañar a todo el pueblo, y quizás ni siquiera a una parte del pueblo, todo el tiempo. Un día pondrá camisa de fuerza a quienes sea necesario antes de que puedan poner fin a la vida en el planeta.

En nombre del millón de personas aquí reunidas este 1ro. de mayo, deseo enviar un mensaje al mundo y al pueblo norteamericano:

No deseamos que la sangre de cubanos y norteamericanos sea derramada en una guerra; no deseamos que un incalculable número de vidas de personas que pueden ser amistosas se pierdan en una contienda. Pero jamás un pueblo tuvo cosas tan sagradas que defender, ni convicciones tan profundas por las cuales luchar, de tal modo que prefiere desaparecer de la faz de la Tierra antes que renunciar a la obra noble y generosa por la cual muchas generaciones de cubanos han pagado el elevado costo de muchas vidas de sus mejores hijos.

Nos acompaña la convicción más profunda de que las ideas pueden más que las armas por sofisticadas y poderosas que estas sean.

Digamos como el Che cuando se despidió de nosotros:

¡Hasta la victoria siempre!

CHROMATIC



5A

b

6A



# La REVOLUCIÓN CUBANA

MIRADAS CONTEMPORÁNEAS

59A

40

7A

SENSITIVE

PERSENSITIVE



11A

11

4A





## La proyección continental de la Revolución Cubana

**ROBERTO REGALADO**

En su alegato de autodefensa en el juicio por el Asalto al Cuartel Moncada, pronunciado en octubre de 1953 e inmortalizado con el nombre *La historia me absolverá*, Fidel Castro sienta las bases de lo que años más tarde sería la proyección continental de la Revolución Cubana, al afirmar que,

la política cubana en América sería de estrecha solidaridad con los pueblos democráticos del continente y que los perseguidos políticos de las sangrientas tiranías que oprimen a naciones hermanas, encontrarían en la patria de Martí, no como hoy, persecución, hambre y traición, sino asilo generoso, hermandad y pan. *Cuba debía ser baluarte de libertad y no eslabón vergonzoso de despotismo.*<sup>1</sup>

La colosal transformación de una república neocolonial, ubicada a solo 90 millas de la principal potencia imperialista del mundo, en el primer país socialista del continente americano, tenía que reflejarse en una también colosal transformación de su política exterior. Con palabras del jurista Miguel D'Estéfano:

La Revolución, y con ella nuestra política exterior, ha roto totalmente las contradicciones que matizaron la Cuba colonial primero y la república dependiente después: 1) las relaciones excluyentes con otros países, y 2) las relaciones contradictorias en sí mismas, primero con España y luego con los Estados Unidos.

Durante cuatro siglos las relaciones de Cuba con España se desarrollaron sobre la base de la exclusión con otros países y, durante sesenta años, nuestra depen-

---

<sup>1</sup> Fidel Castro: *La Historia me absolverá* (edición anotada), Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1973, pp. 55-57.

denia de los Estados Unidos se estableció sobre la base de que ese país asumiera la casi totalidad del comercio de exportación e importación cubano, eliminando prácticamente la relación comercial con los demás países.<sup>2</sup>

La proyección continental de la Revolución Cubana se manifiesta en tres ámbitos superpuestos e interrelacionados de forma indisoluble. Los dos factores determinantes en esa trilogía son el enfrentamiento al imperialismo norteamericano y el apoyo a las luchas de los pueblos de América Latina y el Caribe. El elemento más fluctuante de esa ecuación es la relación con los gobiernos del área, porque depende de en qué medida esos gobiernos se subordinan al imperialismo o responden a los intereses populares.

### El enfrentamiento al imperialismo norteamericano

Para el imperialismo norteamericano, la Revolución Cubana constituye, al mismo tiempo, un obstáculo a su ambición anexionista histórica, un desafío geopolítico en la región que considera su «traspatio natural» y un tema de política interna, manipulado por organizaciones contrarrevolucionarias de origen cubano creadas y aupadas por el propio gobierno estadounidense.

El triunfo de la Revolución Cubana, el 1ro. de enero de 1959, se convierte en un obstáculo al afianzamiento de la dominación continental del imperialismo norteamericano, en momentos en que éste creía contar con las condiciones ideales para ello. El desenlace de la Segunda Guerra Mundial —en virtud del cual deviene la principal potencia imperialista del planeta— y el inicio de la guerra fría —utilizada como pretexto para establecer dictaduras militares y gobiernos autoritarios civiles dóciles a sus dictados—, le permiten a los Estados Unidos imponer su hegemonía en el continente. Símbolo de esa hegemonía es la creación del Sistema Interamericano, integrado por la Junta Interamericana de Defensa (JID, 1942), el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR, 1947) y la Organización de Estados Americanos (OEA, 1948), cuya función es servir de contraparte a las acciones imperialistas unilaterales de fuerza.<sup>3</sup> Una de esas acciones, el derrocamiento del presidente Jacobo Arbenz (1954), que liquidó la Revolución Guatemalteca de 1944, fue utilizada por los Estados Unidos para establecer en la OEA el *derecho de injerencia* y suprimir el *principio de no intervención*, que había sido plasmado en su Carta en virtud de la influencia de la entonces reciente creación de la Organización de Naciones Unidas (ONU). Era la

<sup>2</sup> Miguel A. D'Estéfano Pisani: *Política Exterior de la Revolución Cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002, p. 253.

<sup>3</sup> A raíz del triunfo de la Revolución Cubana, en el contexto de la Alianza para el Progreso lanzada por el presidente John F. Kennedy, en 1962 al Sistema Interamericano se le adiciona el Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

culminación de un largo proceso de imposición de un sistema de dominación continental, iniciado en la Primera Conferencia Internacional de las Repúblicas Americanas (1889-1890).

A finales de la década de 1950 dos factores favorecen un proceso análogo en el terreno económico. El primero es el restablecimiento de la capacidad productiva de Europa Occidental, que lo obliga a reorientar los flujos de capitales y mercancías focalizados en la reconstrucción posbélica del Viejo Continente. El segundo es el cese de la demanda de productos primarios registrada durante la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la posguerra, que asesta el golpe definitivo a los proyectos desarrollistas mediante los cuales los países latinoamericanos de mayor peso sortearon la desconexión de las potencias europeas sufrida desde la Primera Guerra Mundial. Esto implica que los Estados Unidos ya están en condiciones de asumir la función de metrópoli neocolonial de América Latina, dejada vacante por Gran Bretaña en 1929, y que las frustradas y desconcertadas élites criollas son más proclives a aceptar la penetración foránea.

De manera que, cuando el imperialismo norteamericano, finalmente, cree haber vencido todos los obstáculos interpuestos a la realización del sueño de los llamados padres fundadores, de extender la dominación de los Estados Unidos a todo el continente americano, la Revolución Cubana se erige en un escollo a sus ambiciones. La demostración fehaciente de que un pueblo latinoamericano y caribeño podía escribir su propia historia fue el catalizador de un renovado auge las luchas populares en la región. A partir de ese momento, las prioridades de la política imperialista hacia América Latina y el Caribe serían destruir a la Revolución Cubana, y aniquilar a las fuerzas políticas y sociales que en otros países inician una nueva etapa de lucha contra su dominación.

La hostilidad del imperialismo norteamericano hacia la Revolución Cubana se manifiesta desde antes de su triunfo, primero mediante el apoyo al régimen dictatorial de Fulgencio Batista, y después en las maniobras que hasta último minuto realizó para frustrar la victoria política y militar del Ejército Rebelde y el traspaso del poder al Gobierno Revolucionario Provisional. Las medidas de beneficio popular adoptadas por este gobierno, en especial, la Ley de Reforma Agraria, aprobada el 19 de mayo de 1959, fueron el factor desencadenante de la política anticubana de agresiones de diverso tipo, que con readecuaciones periódicas se mantiene hasta hoy.

Durante sus primeros años, la política anticubana del imperialismo incluye la reafirmación del apoyo «colectivo» a la democracia representativa en la Sexta Reunión de Consulta de Ministros de la OEA celebrada en Santiago de Chile (1959), la organización de acciones contrarrevolucionarias violentas —para lo cual en enero de 1960 crea una fuerza de tarea especial de la Agencia Central de Inteligencia (CIA)—, la aprobación por parte de la OEA de la Declaración de San José (1960); la invasión de Playa Girón (1961), las sanciones decretadas por la OEA en Punta del

Este (1962), la colocación del mundo al borde de la guerra nuclear durante la Crisis de Octubre (1962), y el fomento de las bandas contrarrevolucionarias, hasta que su derrota definitiva, a finales de los años sesenta, lo indujo a mantener a largo plazo la política de bloqueo y aislamiento, constantemente endurecida.

Hubo una moderación de la política anticubana a finales del gobierno de Gerald Ford (1974-1977) e inicios del de James Carter (1977-1981), cuando se produjo un efímero proceso de normalización de relaciones entre ambos países. Ese proceso se debe a un fugaz predominio en los círculos de gobierno de los Estados Unidos de corrientes que consideraban necesario reconocer la erosión de su poderío —evidente en la década de 1970—, las cuales abogaban por la distensión con la URSS, un reajuste de la carga de «derechos» y «deberes» dentro de la alianza atlántica, y una política menos intervencionista en el Sur.

Un conjunto de retrocesos y fracasos, entre los que resaltan la paridad nuclear adquirida por la URSS en la década de 1960, los avances del proceso de descolonización en el Sur en los años sesenta y setenta, la rebelión de esos nuevos Estados simbolizada por la creación de la OPEP y la lucha por un Nuevo Orden Económico Internacional, su derrota en la Guerra de Viet Nam, el escándalo de Watergate,<sup>4</sup> la revelación de los Papeles del Pentágono<sup>5</sup> y el descubrimiento del papel desempeñado por la administración Nixon en el golpe de Estado contra el gobierno de la Unidad Popular en Chile,<sup>6</sup> desatan en los Estados Unidos la llamada oleada moralista en la cual se inscribe el Informe de la Comisión Linowtiz,<sup>7</sup> que sirve de base a la política de la administración Carter hacia América Latina en los primeros meses de su mandato. Ese informe recomienda negociar la entrega del Canal Interoceánico

<sup>4</sup> El Escándalo de Watergate (1972), ocasionado por la captura de un *team* de espionaje enviado por el Comité de Campaña del presidente Richard Nixon, que penetró en las oficinas del Comité Nacional del Partido Demócrata para buscar información que dañase la campaña electoral del candidato de ese partido, reveló la podredumbre del sistema político y electoral estadounidense.

<sup>5</sup> La publicación de *Los Papeles del Pentágono* (1971) revela que los «incidentes del Golfo de Tonkin» (2 al 4 de agosto de 1964), utilizados por el presidente Johnson para justificar la escalada de la participación de los Estados Unidos en la guerra del sudeste asiático (Viet Nam, Laos y Camboya) habían sido autoprovocaciones fraguadas por los servicios especiales de los propios Estados Unidos. Los «incidentes del Golfo de Tonkin» fueron supuestos ataques de fuerzas navales de la República Democrática de Viet Nam contra unidades navales de los Estados Unidos, utilizados como pretexto para escalar la intervención estadounidense en la guerra del sudeste asiático.

<sup>6</sup> Para mayor información consultar Peter Kornbluh: *The Pinochet File, a National Security Archive Book*, The New Press, New York, 2003-2004.

<sup>7</sup> Comisión sobre las Relaciones Estados Unidos – América Latina (Comisión Linowitz): «Las Américas en un mundo en cambio» (*Informe de la Comisión sobre las Relaciones de los Estados Unidos con América Latina o Informe Linowitz I*), Washington D. C., octubre de 1974, en *Documentos No. 2*, Centro de Estudios sobre América, La Habana, 1980.

a Panamá, normalizar las relaciones con Cuba y abstenerse de desarrollar acciones unilaterales en América Latina y el Caribe. Sin embargo, esa política fue liquidada por la «revolución conservadora» liderada por Ronald Reagan. En particular, en el caso de Cuba, Carter se sintió compulsado a revertir el proceso de normalización de relaciones, luego siguió el reforzamiento del bloqueo y el aislamiento en los ocho años de gobierno de Reagan, y después los intentos de aprovechar la desaparición de la URSS para asestarle el golpe de gracia, durante las administraciones de George H. Bush, William Clinton y George W. Bush.

Cabe finalizar este acápite con la afirmación de que el proceso de normalización de relaciones entre los Estados Unidos y Cuba se produjo en un momento en que los gobernantes de ese país se convencieron de que la Revolución Cubana era irreversible, y que al intentar aislarla, eran ellos quienes se aislaban. Solo en condiciones análogas podrá abrirse en el futuro un proceso similar. Corresponde a Cuba crear y mantener esas condiciones.

## La Revolución Cubana y las luchas populares en América Latina y el Caribe

La Revolución Cubana abrió una etapa de la historia de América Latina y el Caribe que abarcó hasta finales de la década de 1980. Esa etapa estuvo caracterizada por el enfrentamiento entre las fuerzas de la revolución y la contrarrevolución, cuyas máximas expresiones fueron el flujo y reflujo de la lucha armada emprendida, en diferentes países y momentos, por diversos movimientos revolucionarios, y la represión desatada por las dictaduras militares de «seguridad nacional»,<sup>8</sup> que actuaron como punta de lanza del imperialismo y las élites criollas.

Consecuente con la convicción de que solo la revolución socialista es capaz de liberar a los pueblos, que ella presupone el empleo de la violencia revolucionaria para enfrentar la violencia contrarrevolucionaria, y que en América Latina existía enton-

<sup>8</sup> «En respuesta al incremento de la lucha popular, a raíz del golpe de Estado que derrocó al gobierno de João Goulart en Brasil, en abril de 1964, el presidente Lyndon Johnson desechó la tradicional monserga democrática empleada por los gobernantes estadounidenses para justificar su injerencia e intervención en América Latina, y enunció la Doctrina Johnson, la cual proclama abiertamente que los Estados Unidos prefieren contar con aliados seguros a tener vecinos democráticos. La Doctrina Johnson fue la plataforma de lanzamiento de las dictaduras militares de “seguridad nacional”, que ejercieron, con brutalidad sin precedentes, la capacidad represiva de las fuerzas armadas —multiplicada por el asesoramiento, entrenamiento y equipamiento de los Estados Unidos—, con el propósito de destruir a los partidos, organizaciones y movimientos populares y de izquierda; desarticular las alianzas sociales y políticas construidas durante el período desarrollista; y sentar las bases para la reforma neoliberal, iniciada en la segunda mitad de los años setenta.» Roberto Regalado: *Encuentros y desencuentros de la izquierda latinoamericana: una mirada desde el Foro de São Paulo*, Ocean Sur, México D. F., 2008, p. 17.

ces una situación revolucionaria, en esa etapa Cuba defendió y apoyó la lucha armada donde y cuando creyó que había las condiciones para desarrollarla. El respaldo brindado al gobierno de la Unidad Popular en Chile, electo en 1970 acorde con las reglas y ataduras de la democracia burguesa, no fue inconsistente con esa política, sino la aplicación de una variable concebida dentro de ella: la posibilidad de que la izquierda llegase al gobierno por la vía pacífica, y una vez en esa posición se viese obligada a repeler la violencia contrarrevolucionaria, como en efecto ocurrió, aunque de manera infructuosa. Tampoco fue inconsecuente con esa política su actitud hacia los procesos de defensa de la soberanía nacional y reforma social liderados por militares como Juan Velasco Alvarado en Perú, Omar Torrijos en Panamá y Juan José Torres en Bolivia, sino el resultado de la comprensión de que en las fuerzas armadas hay sectores capaces de liderar proyectos de orientación popular, como hace en Venezuela, desde 1992, el presidente Hugo Chávez

Hitos en esa etapa son el proyecto de extender la lucha armada por varios países de América del Sur protagonizado por el comandante Ernesto Che Guevara en Bolivia (1967), los triunfos de la Revolución Granadina y la Revolución Nicaragüense, en marzo y julio de 1979, respectivamente, y el auge alcanzado a partir de ese año por la lucha armada en El Salvador. Sin embargo, como resultado de la violencia contrarrevolucionaria ejercida por el imperialismo norteamericano y sus aliados criollos, las debilidades y errores de las fuerzas populares, y el cambio en la correlación mundial de fuerzas provocado por el desmoronamiento de la URSS, en América Latina y el Caribe fueron destruidos todos los proyectos populares, tanto de naturaleza revolucionaria como reformista, emprendidos con posterioridad al triunfo de la Revolución Cubana.

Aunque hay procesos que lo prenuncian —entre ellos las transiciones que pusieron fin a las dictaduras militares de «seguridad nacional» y el auge de la lucha popular en países como Brasil, Uruguay y México— y hay procesos que marchan a la zaga —como la firma en 1996 de los Acuerdos de Nueva York que dieron por terminada la insurgencia en Guatemala y la persistencia del conflicto armado en Colombia, cuya solución negociada es cada día más imperiosa—, entre 1989 y 1992 se cierra la etapa histórica abierta por la Revolución Cubana, y se inicia la etapa actual, en la que predominan la combatividad de los movimientos sociales en lucha contra el neoliberalismo y los avances electorales obtenidos por fuerzas de izquierda y progresistas.

Los acontecimientos internacionales que inciden en lo que podemos definir como una transformación radical de las condiciones en las que se desarrollan las luchas populares en América Latina y el Caribe, son la caída del Muro de Berlín (1989), símbolo de la restauración capitalista en Europa Oriental, y el desmoronamiento de la URSS (1991), que marca el fin de la bipolaridad. En nuestra región, el inicio de la unipolaridad se manifiesta en la intervención militar de los Estados Unidos en Pana-

má (1989), la derrota «electoral» de la Revolución Popular Sandinista en Nicaragua (1990), la desmovilización de una parte de los movimientos guerrilleros en Colombia (1990-1991)<sup>9</sup> y, como colofón, en la firma de los Acuerdos de Chapultepec (1992), que concluyen doce años de insurgencia en El Salvador, el país latinoamericano donde esa forma de lucha alcanzaba por entonces el mayor desarrollo e intensidad.

En las nuevas condiciones, por primera vez en América Latina y el Caribe, partidos, movimientos, frentes y coaliciones de izquierda, en los que convergen muy diversas corrientes políticas e ideológicas, ocupan, de manera estable, espacios institucionales dentro de la democracia burguesa, cuyo funcionamiento se extiende, también por primera vez, en una región donde, salvo excepciones, desde la independencia de España y Portugal, predominaron la dictadura y el autoritarismo.

La metamorfosis que sufrió la izquierda latinoamericana y caribeña entre finales de la década de 1980 e inicios de la de 1990 fue traumática: desconcierto, frustración, extinción y división de partidos y movimientos; reestructuración organizativa; redefinición programática, y nuevas políticas de alianzas. En ese contexto, no fue homogénea la actitud de todos los sectores de esa izquierda con relación a Cuba. La expectativa, por entonces muy extendida, de que la Revolución Cubana tenía los días contados, puso en boga el apoyo al derecho de Cuba a construir el proyecto de sociedad que considerase conveniente, pero tomando distancia del proyecto en sí. Esa era una forma de cumplir con el entonces usual exorcismo del llamado paradigma soviético, con el cual se identificaba a Cuba, y de hacer constar la renuncia de esos sectores a la transformación social revolucionaria. Sin embargo, en la medida en que la Revolución Cubana demostró su capacidad de resistir y vencer, y en que se hizo evidente que América Latina y el Caribe entraba en una nueva etapa, en la cual una experiencia similar a la cubana sería irrealizable, por lo que desaparecía el temor de ser asociados con ella, esa solidaridad «a medias» cayó en desuso.

Lejos de quedar anclada en el pasado, en esta nueva etapa histórica la Revolución Cubana participa de manera muy activa en la ampliación del horizonte de lucha de los pueblos latinoamericanos y caribeños. Por ejemplo, por iniciativa conjunta de Fidel y Lula, en julio de 1990 se efectuó el Encuentro de Partidos y Organizaciones Políticas de América Latina y el Caribe, luego rebautizado con el nombre Foro de São Paulo, espacio que ha jugado un papel crucial en el proceso de reestructuraciones y redefiniciones programáticas de la izquierda. Una labor constructiva similar realiza en la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe (COPPPAL), mientras que las organizaciones cubanas de masas y sociales hacen lo propio con sus homólogos del continente. Por solo citar un caso, si en la

<sup>9</sup> Se refiere a la desmovilización del Movimiento 19 de Abril (M-19), en marzo de 1990, y del Movimiento Guerrillero Quintín Lame, del Partido Revolucionario de los Trabajadores y de parte del Ejército Popular de Liberación, estos tres últimos en febrero de 1991.

etapa anterior Cuba desempeñó un papel protagónico en la campaña por el no pago de la deuda externa, en la actual lo hizo en la campaña de lucha contra el ALCA.

Aunque hipotéticamente las ideas de la Revolución Cubana fuesen hoy irrealizables en América Latina y el Caribe, solo por haber resistido el embate del imperialismo durante 50 años bastaría para afirmar, que en esta nueva etapa, Cuba sigue haciendo un aporte fundamental a la lucha de los pueblos: mostrar que se puede mantener la soberanía, la independencia y la autodeterminación nacional, requisito indispensable para cualquier tipo de proyecto de transformación social, sea ésta revolucionario o reformista. Sin embargo, el aporte de Cuba es mucho mayor: mientras más gobiernos de izquierda y progresistas son electos en la región, más se constata la vigencia de sus ideas sobre la diferencia entre *gobierno y poder*.

El cambio de etapa histórica trae aparejado su propio debate sobre qué es *ser de izquierda*, pero cualquiera que sea el criterio para definir qué es hoy un gobierno de izquierda o progresista, sea el más estrecho o el más amplio, el resultado no tiene precedente en la historia de América Latina y el Caribe. Por solo hablar de un indicador, digamos que, además del Partido Comunista de Cuba, partidos y movimientos políticos miembros del Foro de São Paulo ocupan una posición, principal o secundaria, según el caso, en los gobiernos de 13 naciones de la región: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, República Dominicana, Dominica, Ecuador, Guyana, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Uruguay, y San Vicente y las Granadinas.

Rosa Luxemburgo sentenció que: «La reforma legal y la revolución no son [...] diversos métodos del progreso histórico que a placer podemos elegir en la despena de la Historia, sino *momentos* distintos del desenvolvimiento de la sociedad de clases...».<sup>10</sup> Resulta obvio que América Latina y el Caribe no se encuentran en un *momento* de revolución, pero una parte de los gobiernos de izquierda y progresistas de la región ni siquiera hace reformas, sino solo administra el Estado neoliberal heredado, mientras la otra parte emprende reformas que no frenan el proceso de concentración de la riqueza. Incluso en Venezuela, el país que más insiste en su vocación de transformación social revolucionaria, y que más tiempo lleva inmerso en ese proceso, la renta petrolera permite cubrir el aumento del gasto social sin afectar al sector privado, cuyas ganancias crecen mucho más que antes de la Revolución Bolivariana. En realidad, la Revolución fortalece al capital nacional y extranjero porque buena parte de ese gasto social va a parar a sus arcas. Algo análogo, aunque en menor escala, sucede en Bolivia con el aumento de los ingresos derivado de la renegociación de los contratos para la explotación del gas natural.

Parecería injusto mencionar aquí las limitaciones estructurales de las reformas emprendidas por Hugo Chávez y Evo Morales, pero el *shock* que provoca escuchar

<sup>10</sup> Rosa Luxemburgo: *Reforma o Revolución y otros escritos contra los revisionistas*. Editorial Fontamara, México D. F., 1989, pp. 118-119.



eso ayuda a comprender las consecuencias del anclaje de los gobiernos de izquierda dentro del capitalismo, que en el resto de los casos es peor. No se trata de exigir a esos gobiernos que hagan lo que sus críticos de ultra izquierda tampoco podrían hacer si ocupasen su posición. Que nadie dude de nuestro respaldo a los procesos de reforma liderados por Chávez, Lula, Evo, Tabaré, Daniel, Correa y Lugo. Lo que decimos es que el barco de las luchas populares latinoamericanas y caribeñas no arribó a otro puerto seguro y definitivo, que no era el previsto por Fidel y el Che. El único puerto seguro y definitivo es la revolución socialista, y si no llega a él, ese barco seguirá navegando hasta hundirse en el océano de la barbarie capitalista.

Si asumimos que el neoliberalismo es el *capitalismo real* de nuestros días, que dispone de *mecanismos transnacionales* de dominación para impedir la ejecución de *reformas nacionales de izquierda o progresistas*, y que ninguno de esos gobiernos ha roto con este sistema social —al margen de si existen o no condiciones para ello, y de si esa es o no su meta—, concluiremos que los problemas estructurales como la concentración de la riqueza no tienen solución en la sociedad capitalista, y que el anclaje de estos gobiernos dentro del capitalismo, con independencia de que obedezca o no a su voluntad, implica el pago de un creciente costo político con los sectores populares. De manera que lo que cambia en esta nueva etapa histórica no es el objetivo, sino las formas de lucha. Lo nuevo es que la izquierda ya no solo lucha por el poder desde la oposición, sino que también puede hacerlo desde el gobierno. Es actual reto es transitar del ejercicio del *gobierno* al ejercicio del *poder*, y ello presupone, que en algún momento deberán encarar la disyuntiva de romper con el *capitalismo real* y construir sociedades socialistas, o resignarse a que su papel sea contribuir a un mero reciclaje del sistema de dominación.

Hoy adquieren renovada vigencia las palabras del Che cuando afirma que el poder es «el instrumento indispensable para aplicar y desarrollar el programa revolucionario, pues si no se alcanza el poder, todas las demás conquistas son inestables, insuficientes, incapaces de dar las soluciones que se necesitan, por más avanzadas que puedan parecer»<sup>11</sup> y que «tránsito pacífico no es el logro de un poder formal en elecciones o mediante movimientos de opinión pública sin combate directo, sino la instauración del poder socialista, con todos sus atributos, sin el uso de la lucha armada».<sup>12</sup>

No es la intención de estas líneas sugerir que los actuales gobiernos de izquierda y progresistas son intrascendentes o contraproducentes —como algunos afirman. El

<sup>11</sup> Ernesto Che Guevara: «Cuba: ¿Excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?», *Che Guevara presente*, Centro de Estudios Che Guevara, La Habana, Ocean Press, Melbourne, 2004, p. 145.

<sup>12</sup> Ernesto Che Guevara: «Táctica y estrategia de la Revolución Latinoamericana», *Che Guevara presente*, Centro de Estudios Che Guevara, La Habana, Ocean Press, Melbourne, 2004, p. 310.

Che reiteraba que los pueblos acuden a la revolución cuando se convencen de que las vías legales para cambiar su intolerable situación están cerradas, y obviamente los pueblos de América Latina y el Caribe no han llegado aún a ese convencimiento en esta etapa. Conscientes o no, esos gobiernos llenan un expediente histórico: le están mostrando a los pueblos a qué pueden y a qué no pueden aspirar por la vía legal, dentro del capitalismo, y si se puede o no se puede transitar al socialismo por una vía pacífica. Eso tiene gran valor porque, más temprano que tarde, sin dudas dentro del siglo xxi, los pueblos tienen que resolver la disyuntiva histórica entre el socialismo o la barbarie. Aunque solo fuese por llenar ese expediente, el papel de esos gobiernos es positivo; pero, en realidad, hacen mucho más que eso porque dentro y fuera de ellos se libran importantes batallas políticas e ideológicas y se forman cuadros capaces de actuar cuando en América Latina se presente una nueva situación revolucionaria.

La revolución socialista latinoamericana del siglo xxi tendrá su «sello de época», igual que lo tuvieron, en su momento, las revoluciones rusa, china, coreana, vietnamita y cubana. El sujeto de la revolución no será solo la clase obrera, o estará formado solo por la alianza obrero campesina; ese sujeto será integrado por todos los sectores oprimidos del pueblo, tal como lo pronunció Fidel en *La historia me absolverá*. No habrá un partido de vanguardia porque la complejidad de ese sujeto social admite alianzas, pero no homogenizaciones, y porque la reiterada usurpación del término hecha por vanguardias autoproclamadas, vulgarizó un concepto que tanto brilló en boca de Lenin. La relación entre las fuerzas políticas plurales que actúen como *vanguardia colectiva* y las fuerzas sociales también plurales que esa vanguardia se comprometa a representar será de igual a igual, respetuosa y complementaria, y no una relación entre motor y polea de transmisión que históricamente cumplió su función en la Revolución de Octubre de 1917, pero que en nuestra región demasiadas veces sirvió como pretexto para manipular a los movimientos populares.

Como uno de los legados de esa rica etapa histórica que abrió la Revolución Cubana, el socialismo latinoamericano no hará distinción entre creyentes y no creyentes, ni entre religiones cristianas y no cristianas, como las de los pueblos originarios, los afrodescendientes y otras. El sentido común indica que en los últimos cincuenta años, un número muy superior de creyentes que de no creyentes enarbolaron las banderas de la revolución y el socialismo en América Latina, y dieron sus vidas por ellas. Género, etnia, cultura franja de edad, preferencia sexual y otros criterios forman parte del paradigma de igualdad y respeto a la diversidad del sujeto social que emprenderá la construcción del socialismo latinoamericano y caribeño, sin olvidar que la esencia sigue siendo el tránsito a la socialización plena de los medios de producción, y el contenido y la forma que la propiedad de estos últimos adoptará.

Nada de esto es nuevo. De todo ello habla desde hace años y, quizás, hasta de manera sobredimensionada, porque a esos elementos se atribuye el papel determi-

nante en la formación de la identidad del futuro socialismo latinoamericano. Sin dudas, su papel será fundamental pero lo determinante es cómo, cuándo, dónde y en qué condiciones tendrá lugar la conquista del poder político. Sin estas respuestas, que aún nos faltan, no puede hablarse de socialismo del siglo XXI, socialismo en el siglo XXI o cualquier noción similar, más que como una utopía realizable de contornos aún muy difusos.

## Las relaciones con los gobiernos de América Latina y el Caribe

Antes de entrar en los aspectos políticos de este tema, es preciso señalar que hay un elemento de la proyección de la Revolución Cubana hacia los pueblos de América Latina y el Caribe, que es invariable, sin distinción por la afinidad o el enfrentamiento que pueda existir entre esos gobiernos y el nuestro. Se trata de la ayuda destinada a restañar los daños ocasionados por desastres naturales.

Las relaciones entre el Gobierno Revolucionario de Cuba y los del resto de América Latina y el Caribe, han transitado por cinco momentos, que, a *grosso modo*, se corresponden con sus cinco décadas de existencia: el aislamiento total a Cuba en la década de 1960; el restablecimiento de las relaciones en la década de 1970; el enfrentamiento común a la política de fuerza de Ronald Reagan en la década de 1980, las presiones contra Cuba a raíz de la desaparición de la Unión Soviética en la década de 1990, y el estrechamiento de relaciones con los gobiernos de izquierda y progresistas en la década de 2000.

Fracasado el intento de obtener el respaldo de la Organización de Estados Americanos (OEA) para intervenir militarmente en Cuba (Caracas, 1959), derrotada la invasión a Playa Girón (1961) y demostrada, durante la Crisis de Octubre (1962), la voluntad del pueblo cubano de vencer o morir, las sanciones aprobadas por la OEA contienen los elementos a los que el imperialismo puede aspirar como «plan máximo» contra Cuba, desde el punto de vista del aislamiento regional: la formación de *un consenso multilateral excluyente*, a partir del cual, promover *la ruptura de las relaciones diplomáticas consulares y comerciales*. México fue el único gobierno de la OEA que, en virtud de la Doctrina Estrada, no rompió relaciones con Cuba.

El aislamiento de Cuba se quiebra en la década de 1970, gracias a una nueva configuración del mapa político regional que incluye a los gobiernos del general Juan Velasco Alvarado en Perú (1968-1975), el coronel Omar Torrijos en Panamá (1968-1981), el general Juan José Torres en Bolivia (1970-1971), el presidente Salvador Allende en Chile (1970-1973), el general Guillermo Rodríguez Lara en Ecuador (1972-1976) el presidente Héctor Cámpora en Argentina (1973),<sup>13</sup> y a los gobiernos

<sup>13</sup> Héctor Cámpora era el representante del ex general Juan Domingo Perón, líder del Partido Justicialista, exiliado entonces en España, razón por la cual renunció a la presidencia para facilitar que Perón fuese electo a ese cargo en septiembre del propio año 1973.

de los recién independizados países del Caribe: Jamaica, Guyana y Trinidad y Tobago. Estos países no solo restablecen sus relaciones bilaterales con Cuba, sino también fuerzan a la OEA a levantar la prohibición de mantenerlas, ejercen presión para que Cuba sea readmitida a esa organización y demandan una democratización del sistema interamericano. El desplome del aislamiento contra Cuba desata un efecto de acción y reacción con el proceso de normalización de relaciones entre Cuba y los Estados Unidos mencionado en el acápite anterior: el masivo restablecimiento de relaciones con Cuba mueve a los gobernantes estadounidenses a evitar su propio aislamiento; y el proceso de normalización emprendido por los Estados Unidos despeja el camino para el acercamiento a Cuba de los gobernantes latinoamericanos y caribeños más timoratos.

Aunque durante los dos mandatos de Ronald Reagan (1981-1989), el imperialismo norteamericano recrudece la política de agresiones, bloqueo y aislamiento contra Cuba, ello no provoca distanciamiento entre esta última y los demás gobiernos de América Latina y el Caribe, porque su renovado apoyo a las dictaduras militares de «seguridad nacional», sus amenazas de intervención directa en el llamado conflicto centroamericano, el apoyo que le brindó a Gran Bretaña en la Guerra de las Malvinas (1982), la política draconiana asumida por Reagan ante la crisis de la Deuda Externa (1982) y la invasión a Granada (1984), generaron una intensificación sin precedentes de las contradicciones entre el gobierno de los Estados Unidos y sus pares latinoamericanos y caribeños. En este contexto, se revitalizan los llamados al reingreso de Cuba a la OEA y a favor de la creación de una organización regional que incluyese a Cuba y excluyese a los Estados Unidos.

El cambio en la configuración estratégica del mundo provocado por el derrumbe de la Unión Soviética, la imagen omnipotente que proyectaba de sí el imperialismo norteamericano y la percepción de que la Revolución Cubana tenía sus días contados, provocaron un brusco cambio de actitud de los gobiernos latinoamericanos con respecto a Cuba, no así de los caribeños que en mantuvieron su oposición a la política de bloqueo y aislamiento. Hasta ese momento, los principales miembros del Grupo de Río abogaban por el levantamiento de las sanciones contra Cuba en la OEA y su reingreso a esa organización. Sin embargo, como expresión de la nueva situación, en la Cumbre de Cartagena (1991), ese mismo grupo emitió, por primera vez, una declaración crítica sobre la «democracia» y los «derechos humanos» en Cuba. Esta crítica fue reiterada en varias ocasiones y hecha extensiva a las reuniones entre la Unión Europea y América Latina. Aunque no se produjo el aislamiento diplomático o comercial que promovían los Estados Unidos, sí se generaron tensiones y fricciones por la sumisión de varios gobiernos a la renovada campaña anticubana.

Con la elección de líderes de izquierda o progresistas a la presidencia de varios países, entre los que se destacan Venezuela (1998), Brasil (2002), Uruguay (2004), Bolivia (2005), Nicaragua (2006), Ecuador (2006) y Paraguay (2008), que se unen a

los de Guyana, Haití, Dominica, y San Vicente y las Granadinas en el Caribe, las relaciones de Cuba vuelven a ampliarse y consolidarse, al tiempo que se abren espacios de colaboración bilateral y multilateral en diversas esferas. Entre esos espacios resaltan la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Libre Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP), formado por Bolivia, Cuba, Dominica, Nicaragua y Venezuela —que tras haber construido su andamiaje estructural y legal, debe comenzar a funcionar de forma efectiva— y el Mercado Común del Sur (MERCOSUR), cuya composición actual, más aún si se destraba el ingreso de Venezuela, debería permitirle transitar del concepto neoliberal con que fue creado, al concepto popular de integración, pero esto también depende de la ruptura con el *capitalismo real*.

Baste mencionar el ingreso de Cuba al Grupo de Río, en noviembre de 2008, por iniciativa expresa y reiterada de varios de sus más influyentes miembros, y sin que mediara la más mínima concesión de la parte cubana, para demostrar el cambio en el mapa político ocurrido en América Latina durante los últimos años de este medio siglo. Jamás se imaginaron aquellos presidentes, entonces miembros de este mecanismo regional, quienes desde 1991 en adelante actuaron de manera servil para apoyar al «omnipotente» imperialismo norteamericano en su empeño de asfixiar al pueblo cubano, que ese mismo Grupo de Río que ellos usaron para excluir y estigmatizar a Cuba, un día no tan lejano, le abriría la puerta grande ante la mirada atónita de un imperialismo decadente.

#### ROBERTO REGALADO

Politólogo y diplomático, es jefe de la sección de análisis del área de América, en el Departamento de Relaciones Internacionales del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Es autor de *América Latina entre siglos: dominación, crisis, lucha social y alternativas políticas de la izquierda* (edición actualizada), Ocean Sur, México D.F., 2006 y *Encuentros y desencuentros de la izquierda latinoamericana: una mirada desde el Foro de São Paulo*, Ocean Sur, México D.F., 2008.



## El remolino interminable: los Estados Unidos-América Latina

JORGE HERNÁNDEZ

Con el asalto al Cuartel Moncada, cuyo significativo cuadragésimo quinto aniversario se conmemoró el 26 de julio de 2008, y con la ulterior victoria del Ejército Rebelde el 1ro. de enero de 1959 —que arriba a medio siglo de celebración—, tendría lugar el comienzo de una nueva etapa en un proceso histórico cuya génesis se remonta a la centuria decimonónica: la apertura decisiva de la revolución latinoamericana en el siglo xx.<sup>1</sup> Aunque en términos de las ciencias sociales el tiempo transcurrido desde entonces es relativamente corto —si se le compara con las prolongadas épocas históricas de transiciones y cambios internacionales, junto a amplias periodizacio-

---

<sup>1</sup> En el conocido discurso pronunciado el 10 de octubre de 1968, en «La Demajagua», Fidel Castro subrayó la continuidad del proceso revolucionario cubano desde el ángulo de los cien años de lucha, que enlazaban la Guerra de los Diez Años del siglo xix con la gesta de la década de los cincuenta en el siglo xx, que encuentra puntos culminantes el 26 de julio de 1953 y el 1ro. de enero de 1959. El significado y conexión entre ambos hechos lo analiza el ensayista cubano Germán Sánchez, quien destaca la relevancia de la Revolución Cubana para el ámbito latinoamericano de entonces, lo cual mantiene su vigencia: «El triunfo de la primera revolución socialista en América Latina y su desarrollo exitoso mostró el único camino histórico posible de solución a los problemas estructurales de las sociedades subdesarrolladas latinoamericanas, y sustentó aún más, los límites reformistas del nacionalismo burgués populista que, desde entonces, ya no pudo resolver las aspiraciones de las masas populares». Germán Sánchez: «El Moncada: crisis del sistema neocolonial, inicio de la Revolución Latinoamericana», *Casa de las Américas* no. 79, La Habana, julio-agosto de 1973, p. 47.

nes de alcance universal que se despliegan a través de siglos—, a la luz de hoy, cinco decenios configuran un ciclo temporal considerable. Es que en la medida en que ha ido avanzando la humanidad, se aceleran la velocidad y el ritmo de los acontecimientos mundiales, y todo se torna más vertiginoso. De ahí que una categoría como la de tiempo histórico, lejos de ser inmutable, incorpore, necesariamente, esa naturaleza cambiante que lleva consigo el progreso social. Así, los últimos cincuenta años encierran transformaciones profundas, cuya maduración dentro de anteriores escenarios hubiese reclamado mayores coordenadas temporales. Si se pasa revista al profuso y trascendente mosaico de hechos descollantes, se constata cuán notoria es la etapa. Desde la conquista del cosmos a la era de la informatización o la robótica; de la quiebra de la hegemonía de los Estados Unidos, en apariencia invulnerable, al desplome del socialismo como sistema, del asesinato de un presidente blanco —si bien no protestante ni de origen británico, sino católico y de procedencia irlandesa— a la victoria presidencial, con un abrumador respaldo electoral, de un candidato negro —por demás, de ascendencia extranjera y musulmana— en ese país.

Entre continuidades y cambios, si bien el poder revolucionario se mantiene en Cuba por media centuria, también permanecen predicciones formuladas desde la sociología, historiografía, ciencia política y teoría de las relaciones internacionales, que de vieja data auguran la reversión, inviabilidad y fracaso de la Revolución, con resonancia especial dentro de la latinoamericanística y de ese cuerpo de los llamados *area studies* que se ha conocido como cubanología. Desde los territorios más diversos del pensamiento social han adquirido cierta popularidad y hasta vigencia interpretaciones como las tesis deterministas que decretaban el «fin de la historia», en medio de tropiezos con la convulsa escena latinoamericana, negada a admitir ese vaticinio. Como alertaba el intelectual argentino Luis Fernando Ayerbe, desafortunadamente, y a pesar de sus notorias incongruencias, dichas ideas no han sido letra muerta, sino que han renacido en determinadas circunstancias, y alimentan de manera orgánica las visiones imperiales.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> En su trabajo «América Latina/Estados Unidos: Neoconservadurismo y Guerra Cultural», *Nueva Sociedad* no. 147, Enero-Febrero, Caracas, 1997, Ayerbe analiza el resurgimiento de la lógica de la guerra fría, esta vez bajo el formato de guerra cultural, inspirada en las percepciones estadounidenses contemporáneas sobre América Latina, basadas en tesis conservadoras que incluyen, desde los argumentos de Francis Fukuyama sobre el «fin de la historia», hasta las concepciones de Samuel P. Huntington acerca del «choque de civilizaciones». Estas ideas las retoma en su libro *Los Estados Unidos y la América Latina. La Construcción de la Hegemonía* (Premio Casa de las Américas), Editado por Casa de las Américas, La Habana, y el Ministerio de Cultura de Colombia, Bogotá, 2001.

## Los Estados Unidos y América Latina a fines del siglo xx: ¿un remolino sin fin?

La lectura que algunos hicieron del complejo, cambiante y contradictorio universo interamericano de la última década del siglo xx —contrastada con la realidad ulterior—, fue apresurada y lineal. Jorge Castañeda escribió a mediados de 1993: «La guerra fría ha terminado y el bloque socialista se derrumbó. Los Estados Unidos y el capitalismo triunfaron. Y quizás en ninguna parte ese triunfo se antoja tan claro y contundente como en América Latina».<sup>3</sup> Aunque nadie cuestionaría el derrumbe citado, la conclusión a que arribaba ese autor, relativa a la inviabilidad de los procesos revolucionarios y de izquierda en el subcontinente, quedaría anulada casi de inmediato, ante el levantamiento en armas del Ejército Zapatista en Chiapas, en enero de 1994. A la vez, ¿tiene sentido hablar de que la guerra fría finalizó cuando, a pesar de la desaparición del socialismo como sistema mundial y de la Unión Soviética siguen prevaleciendo los instrumentos y los códigos que la identificaban? Para situaciones específicas dentro del ámbito interamericano, como la de Cuba ante la política estadounidense, más bien lo que ha ocurrido, como lo expresa Jorge I. Domínguez, es que de la guerra fría se pasó a otra, aún más fría.<sup>4</sup>

Y es que, a pesar de las ópticas que veían la escena latinoamericana como un ámbito tranquilo, pacificado, que desde el decenio de 1990 no planteaba desafíos relevantes en el orden de la gobernabilidad, el control y la seguridad, a la hegemonía estadounidense, algunos desarrollos posteriores al 11 de septiembre de 2001 inquietaron a los formuladores de la política latinoamericana. Si bien desde entonces se consideraba que «América Latina no forma parte de la disputa entre ideólogos y pragmáticos, como sí fue el caso durante la Guerra Fría»,<sup>5</sup> hechos como la persistencia del conflicto insurgente y la problemática del narcotráfico en Colombia, la Revolución Bolivariana en Venezuela, los acontecimientos posteriores en Bolivia y Ecuador, entre otros, obligarían a revalorizar la situación del subcontinente. Desde luego, la sobrevivencia y dinamismo de la Revolución Cubana se suma, con no poca fuerza, a las condicionantes de las readecuaciones del proyecto hegemónico estadounidense en las postrimerías del siglo xx.

<sup>3</sup> Jorge G. Castañeda: *La Utopía Desarmada*, Joaquín Mortiz, México D. F., 1993, p. 3.

<sup>4</sup> Véase Jorge Domínguez: «U.S.-Cuba Relations: From the Cold War to the Colder War», *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, North-South Center, Miami, Vol. 39, No. 3, 1997.

<sup>5</sup> Rafael Fernández de Castro: «Entre la excepción y el compromiso: Bush ante América Latina», *Foreign Affairs en Español*, ITAM, México D. F., Vol. I, no. 3, otoño-invierno 2001, p. 57.



Parece válida la caracterización propuesta por Robert Pastor, cuando examina la conflictividad que define la continuidad del enfoque con que los Estados Unidos se colocan ante América Latina. Dicho autor ha denominado *remolino* al tradicional involucramiento errático de dicho país en los conflictos latinoamericanos, y a su incapacidad para resolverlos adecuadamente. La invasión de Panamá es el último ejemplo que sitúa en su análisis, con el argumento de que, tras el final de la guerra fría, existen posibilidades de transformación en ese patrón, de modo que los Estados Unidos hallarán perspectivas halagüeñas, a fin de promover —acorde con sus conceptos e intereses— la ampliación de las formas democráticas y las relaciones económicas con los países del subcontinente.<sup>6</sup> Pareciera que la historia reciente se resiste, empero, a confirmar esta conclusión de Pastor, y que en lugar de ello, persiste el remolino, con el efecto visual que, como una suerte de espiral, dibuja el torrente de líquido que se dirige hacia el fondo de algún receptáculo, a través de un tragante, o como cuando una gran embarcación marina se va a pique. La política estadounidense hacia una nación, región o problemática, termina por arrastrar a otras tantas cuestiones, en un proceso muchas veces incontrolable.

Con posterioridad al triunfo de la Revolución Cubana, el enfoque que se ampara en las concepciones de la guerra fría, apuntaladas en el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) y en la Organización de Estados Americanos (OEA), encuentran su prolongación casi inmediata en la Alianza para el Progreso, complementada con la contrainsurgencia en los años de la administración Kennedy. Bajo los gobiernos de Nixon y Ford, las propuestas emanadas de grupos especiales de trabajo, desde el Informe Rockefeller (1969) hasta los de la Comisión Linowitz (1974 y 1976), ofrecieron propuestas y recomendaciones acerca del rumbo que la política estadounidense hacia América Latina debía seguir. Durante la doble administración Reagan, se apeló a las evaluaciones contenidas en los Informes del Comité de Santa Fe (1980 y 1988), así como a la denominada Iniciativa para la Cuenca del Caribe. Entre las presidencias de Bush padre, Clinton y Bush hijo, se formulan una serie de pasos e intenciones que ganan visibilidad y cuerpo desde la Iniciativa de las Américas (1990), pasando por la Cumbre de las Américas en Miami (1994), y llegando hasta la Cumbre de Quebec (2001), que conforman un nuevo y superior escalón en la política de los Estados Unidos hacia América Latina, como la que se plasma en el Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA). Sus antecedentes, claro está, se ubican en el patrón de asimetría y dependencia articulado desde las tempranas prácticas que marcan los hitos de las relaciones históricas entre las dos Américas: la Doctrina Monroe, el Destino Manifiesto, el Panamericanismo, la Buena Vecindad, que junto al

<sup>6</sup> Véase Robert Pastor: *Whirlpool. U.S. Foreign Policy Toward Latin America and the Caribbean*, Princeton University Press, Princeton, 1992; o la edición en español: *El remolino. Política exterior de Estados Unidos hacia Latinoamérica y el Caribe*, Editorial Siglo XXI, México D. F., 1995.

Gran Garrote definen paulatinamente la hegemonía estadounidense en el ámbito de América Latina y el Caribe desde el siglo xix hasta el xx.

Con razón, el historiador y politólogo estadounidense Lars Shoultz identifica la asimetría como un factor intrínseco a las relaciones interamericanas y asocia a ella el hegemonismo como el soporte que permite a los Estados Unidos defender sus propios intereses y controlar la conducta de sus débiles vecinos. Según este autor, por cerca de dos siglos, tres intereses han determinado el contenido de la política estadounidense hacia América Latina: la necesidad de proteger la seguridad del mencionado país, el deseo de acomodar las demandas de su política interna y el manejo de la promoción de su desarrollo económico. A menudo, agrega, estos intereses confluyen, prevalecen unos sobre otros en determinadas épocas, pero siempre permanecen. Un proyecto de dominación posterior y reciente, como por ejemplo, el contenido en el ALCA, es también reflejo de la asimetría, el hegemonismo y la conjugación de los imperativos de seguridad nacional, política doméstica e intereses económicos.<sup>7</sup>

Si se examina ese ejemplo, salta a la vista que, como proyecto portador de una dimensión explícita y centralmente económica, el ALCA no resulta novedoso. Ese proyecto requiere ser comprendido, en sus antecedentes más inmediatos y directos, a la luz de la explosividad de la crisis de la deuda, de las tensiones y búsquedas desarrolladas a partir de mediados de los años ochenta, y dentro del conjunto de desafíos y oportunidades planteados por el entrelazamiento de la llamada década perdida en América Latina y los efectos de los cambios en el sistema internacional sobre nuestros países, luego del derrumbe socialista en Europa del Este y ante la recomposición de la crisis hegemónica estadounidense, desde el decenio de 1990. El ulterior intento de implementarlo, como es conocido, se tradujo en un abanico de contradicciones y límites, que muestran tanta inviabilidad como otras opciones ensayadas con anterioridad por el imperialismo, como las ya mencionadas.

## **La relación Estados Unidos-América Latina y el triunfo de la Revolución Cubana en el contexto de la guerra fría**

Probablemente, el más elocuente y dramático inventario analítico de los males acumulados que, en su entrelazamiento y dinámica, establecen y reproducen a lo largo de la historia las paradojas, asimetrías y estructuras permanentes del subdesarrollo y la dependencia latinoamericana, sea el que presenta el escritor Eduardo Galeano en su antológica obra, *Las Venas Abiertas de América Latina*. Con ese hilo conductor, no es posible perderse en la trayectoria de efectos concatenados que llevan a fijar, desde el colonialismo hasta el capitalismo y el imperialismo, luego de la Segunda

<sup>7</sup> Véase Lars Schoultz: *Beneath the United States*, Harvard University Press, Cambridge, 1999.

Guerra Mundial, un tejido económico, sociopolítico y cultural que, además de reflejar el entorno inmediato del subcontinente, responde a las relaciones de dominación que en los ámbitos ideológico, diplomático, comercial, financiero y militar, instaura progresivamente la política exterior estadounidense, fraguada en un clima interno de marcada intolerancia y conservadurismo. A la par, se profundiza, por un lado, la penetración del capital transnacional estadounidense en América Latina y su consiguiente inserción integral en la órbita imperial nortea; y por otro, se afianza en los Estados Unidos el proceso de consolidación hegemónica, al tiempo que se irradia hacia fuera, tempranamente, el contaminante enfoque de la guerra fría.<sup>8</sup>

A riesgo de esquematizar, la esencia de ese período está dada por fenómenos que expresan el decisivo cambio que experimenta la economía estadounidense, al convertirse en la más poderosa del orbe y actuar como eje de transformaciones no menos trascendentes, tanto de la fisonomía de la sociedad y la política de los Estados Unidos, como del sistema de relaciones internacionales. Bajo la sombrilla general del discurso mesiánico exagerado y apocalíptico que definía a la doctrina Truman y del florecimiento de la estrategia de contención al comunismo, que alimentaban a la embrionaria guerra fría, se adecuaba una política exterior belicista y regionalista, favorecedora de alianzas militares. Para el caso de América Latina, se insistía en la necesidad de mantener fuera del hemisferio occidental cualquier posible influencia de potencias extracontinentales y se añadían medidas que fortalecían la institucionalidad del sistema interamericano (como el surgimiento de la OEA y el TIAR). Estos instrumentos complementaban los mecanismos económicos que abrían paso a niveles de dependencia mucho más profundos, con lo cual se propiciaba el ejercicio de la hegemonía estadounidense. Con todo, en comparación con la atención central que recibían, por ejemplo, la reconstrucción europea mediante el Plan Marshall, o el empeño en neutralizar el llamado expansionismo soviético, «América Latina pasa a convertirse en un área de baja prioridad desde la perspectiva estadounidense. La atención de los Estados Unidos hacia el subcontinente estaría determinada por la

<sup>8</sup> Pablo González Casanova sintetiza de manera muy gráfica ese proceso dialéctico: «De 1948 a 1959 América Latina no sólo vivió los efectos de la guerra fría, sino la consolidación del imperialismo norteamericano y su asociación creciente con las burguesías y oligarquías latinoamericanas. Durante ese tiempo aumentó la hegemonía imperial y de clase en empresas, gobiernos, ejércitos, policías, universidades, periódicos, sindicatos y en la propia sociedad civil [...] El imperialismo recreó la heterogeneidad tradicional de la clase obrera latinoamericana. Unas veces lo hizo en forma natural, por un desarrollo desigual necesario; otras en forma deliberada, intencionada. Las masas pelearon a la defensiva, y sólo en algunos puntos y países de América Latina sus líderes más lúcidos empezaron a recuperar la conciencia del problema nacional como ligado al problema de clase y de la destrucción del imperialismo como algo más que un mero movimiento nacional». Pablo González Casanova: *Imperialismo y liberación. Una introducción a la historia contemporánea de América Latina*, Editorial Siglo XXI, México D. F., 1979.

emergencia de la amenaza comunista y del mayor o menor involucramiento de ese país en otras partes del mundo».<sup>9</sup> Paralelamente, las burguesías latinoamericanas, interesadas en promover la industrialización como pivote de desarrollo económico, apelarían a políticas demagógicas, experiencias reformistas, proyectos populistas, que hicieron suyo el modelo desarrollista, cuyo agotamiento y fracaso se registra, justamente, en medio de antagonismos y reacomodos clasistas, en los que se conjugan expresiones diversas y hasta contrapuestas — movimientos nacionalistas, revoluciones democrático-populares y gobiernos autoritarios — durante los años cincuenta.

Entretanto, en los Estados Unidos la atmósfera impuesta por el macarthismo, extendía la intolerancia mediante todas sus variantes: racismo, segregación étnica, discriminación religiosa, persecución política, antisindicalismo, xenofobia y otras, de manera particularmente agresiva contra cualquier manifestación que se asumiera como comunista. En ese cuadro, la política doméstica, la sociedad y la cultura estadounidenses quedaban saturadas de un fanatismo que, si bien no resultaba novedoso en la historia del país, presentaba en cambio una articulación institucional y consensual con una integralidad sin precedentes, que sellaba con una represión ilimitada toda conducta que, supuestamente, atentara contra los valores de la nación. El enfoque hacia América Latina, una zona considerada tradicionalmente como «traspatio», también se planteaba suprimir cuanto proceso significara un presunto peligro para sus intereses nacionales, sobre todo si amenazaba el sistema de dominación — o con más exactitud, la hegemonía.

La indagación historiográfica ha constatado la profunda inquietud que provocó a la administración Eisenhower el proceso revolucionario cubano que se desata desde el asalto al cuartel Moncada en 1953, y el dilema que representaría el mantenimiento de su apoyo a la tiranía de Batista. Su desenlace mediante las acciones urbanas y de coordinación general del Movimiento 26 de Julio, junto a la insurrección del Ejército Rebelde en las montañas y la victoria del primero de enero de 1959, simbolizaron un viraje inédito en momentos de auge de la guerra fría, y en pleno corazón de la geopolítica estadounidense.<sup>10</sup> El significado de ese hecho permanece cincuenta años después.

<sup>9</sup> Marcelo García: «La política exterior en los años de la hegemonía (1945-1961)», *EUA. Síntesis de su Historia III*, compilación a cargo de Ángela Moyano y Jesús Velasco Márquez, Instituto Mora, México D. F., 1991, t. 10, p. 353.

<sup>10</sup> Al referirse al temprano rumbo radical y profundo de la Revolución Cubana, señala Tulio Halperin que «la iniciativa fue recibida con comprensible frialdad en los Estados Unidos, y no hizo nada por disminuir el recelo con que el gobierno de Eisenhower asistía al desplegarse de un proceso revolucionario que ya estaba llegando más lejos de lo que nadie había creído posible, y no parecía dispuesto a detener sus avances. La cada vez más decidida hostilidad de Washington tuvo ocasión de manifestarse en sus reacciones frente a los perjuicios, todavía poco cuantiosos, que las reformas económicas estaban infligiendo a intereses privados norteamericanos». Tulio Halperin Donghi: *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, Madrid, 2000, p. 517.

Como proceso de hondas implicaciones globales, la toma del poder significó, ante todo, la quiebra del sistema de dominación impuesto por los Estados Unidos en la América Latina y la articulación de una alternativa novedosa —no sólo por su carácter transformador, sino por su amplia base popular, su antimperialismo y radicalismo—. Casi de inmediato, los visos de permanencia de la Revolución Cubana, más allá de cualquier expectativa fatalista fraguada en el contexto de guerra fría descrito, de finales de la década de 1950 con base en las experiencias en marcha (afincadas en esquemas militares, experimentos reformistas, ideologías populistas, fórmulas económicas desarrollistas), alimentaron la certeza de que esa alternativa, además, parecía viable y duradera. El simbolismo que esto conllevaba desde esa temprana época para las aspiraciones de independencia nacional y soberanía, el accionar de la izquierda latinoamericana, y la fractura de la hegemonía de posguerra de los Estados Unidos, lo resumía muy bien el escritor Lisandro Otero: «La Revolución Cubana encabezada por Fidel Castro, marcó en 1959 una nueva cumbre del distanciamiento entre las dos Américas. Una vez más —señalaba— se puso en evidencia que el gran motor de la historia latinoamericana ha sido el enfrentamiento al poderío de Norteamérica. La instalación de un régimen de justicia social en Cuba dio inicio a nuevos movimientos de liberación nacional».<sup>11</sup>

Desde el punto de vista de la práctica política, el proceso cubano estimuló variadas experiencias revolucionarias, con compromisos y resultados disímiles. En ocasiones, se le consideraba mecánicamente como una suerte de modelo, y se descuidaba la ponderación específica de la estructura de clases del país de que se trataba y el papel de las peculiaridades nacionales y de las coyunturas internacionales, entre otros factores. De ello no escaparon ni las acciones de liberación nacional en el ámbito latinoamericano, que enfrentaban regímenes demagógicos y dictaduras fascistas, ni las luchas de los movimientos sociales al interior de los Estados Unidos, que reclamaban la defensa de sus derechos civiles. Por citar solamente un par de ejemplos, recuérdense las prácticas del decenio de 1960, basadas, en el caso de América Latina, en el *foquismo guerrillero*, como interpretación que impulsó a nivel teórico el periodista y activista francés Régis Debray; en la sociedad estadounidense, cabe recordar las proyecciones de *radicalismo de los movimientos negro y chicano*.

En cuanto al campo de la teoría, «el impacto múltiple de la Revolución Cubana produjo algunos cambios significativos. Uno de ellos es la importante función crítica, tanto contra las concepciones desarrollistas y científicas de la sociología funcionalista, como contra la estereotipación del marxismo, cumplida por la llamada *teoría de la dependencia*, que puesta en auge a mediados de los sesenta, tuvo la virtud de cuestionar la tradición de idealización teórica de las *sociedades avanzadas* como modelo de

<sup>11</sup> Lisandro Otero: *Nuestra América en vísperas de un Nuevo Siglo*, Siglo XX, México D. F., 1993, p. 4.

desarrollo capitalista». <sup>12</sup> Esta repercusión que, a la sazón y también con alguna posterioridad, persistiría en las ciencias sociales en América Latina, favoreció el fecundo debate que marca en gran medida, durante las décadas siguientes, el contenido de las teorías que absolutizaban o subestimaban, en términos de confrontación, la especificidad histórica de la región. También en los Estados Unidos esas disciplinas serían receptáculo de influencias y búsquedas. <sup>13</sup> El impacto ha sido tan aplastante que la relevancia cubana no ha podido ser ocultada, silenciada, olvidada. <sup>14</sup>

Convendría colocar el análisis del entramado interamericano bajo una perspectiva que lo enlace con sus orígenes y con aquellas expresiones que lo prefiguran, como tendencia histórica. Como se ha planteado con razón,

...a diferencia de otras regiones, América Latina ha formado parte de los esquemas de la política exterior de Estados Unidos casi desde el surgimiento mismo de esa nación [...] el objetivo inicial de Estados Unidos de convertirse en una potencia internacional sobre la base de influencias regionales [...] determinará la selección de regiones como [...] América Latina, como uno de los lugares privilegiados para tal expansión. <sup>15</sup>

De ahí que sea la hegemonía (entendida como la capacidad imperial de controlar y subordinar el comportamiento de otros Estados, con el concurso de la reproducción ideológica del consenso impuesto por las clases dominantes) el factor definitorio en la historia de las relaciones Estados Unidos-América Latina, aun y cuando durante el siglo XIX y casi hasta mediados del XX ese factor se manifieste más como meta y

<sup>12</sup> Juan Enrique Vega: «América Latina: la conquista del reino de este mundo», *América Latina 80: Democracia y Movimiento Popular*, Ediciones DESCO, Lima, 1981, p. 287.

<sup>13</sup> La experiencia socialista cubana avivó con gran fuerza las discusiones de la izquierda latinoamericana en torno al problema de la viabilidad y garantía de la democracia desde el ángulo de la profundización y replanteamiento de nuevas lecciones y alternativas, que llevaron, pongamos por caso, a la antinomia esquemática entre fascismo o socialismo, en lo cual terciaron intelectuales como Theotonio Dos Santos y Nicos Poulantzas. En los Estados Unidos, sobresalía la obra crítica de Charles Wright Mills, luego de su visita a Cuba, y el movimiento académico nucleado alrededor de la revista *Monthly Review*, muy influenciada por el significado de la Revolución, que incluía a teóricos como Paul Sweezy, Leo Huberman, Paul Baran, Harry Magdoff, entre otros.

<sup>14</sup> Por encima de la supremacía editorial e informática de las transnacionales estadounidenses, asoman otras visiones, que contribuyen, como dice el teólogo Giulio Girardi, a «romper el bloqueo cultural del cual es víctima la Revolución Cubana y que no es menos mortífero que el bloqueo económico y político». Giulio Girardi: *Cuba después del derrumbe del comunismo: ¿Reducto del pasado o germen de un futuro nuevo?*, Ediciones del Centro de Información y Estudio «Augusto Cotto», Matanzas, 1996, t.1, p. 3.

<sup>15</sup> Luis Maira: «Una mirada histórica a los márgenes de hegemonía internacional de Estados Unidos», *¿Una nueva era de hegemonía norteamericana?* Edición preparada por Luis Maira, Grupo Editor Latinoamericano, RIAL, Buenos Aires, 1985, p. 16.

búsqueda que como realidad, a partir de la pretensión por contener las influencias de las potencias coloniales europeas en el ámbito latinoamericano.<sup>16</sup> En rigor, el despliegue de la hegemonía estadounidense sobre los países de Nuestra América es consustancial a la segunda mitad del siglo xx, como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, a lo largo de la llamada guerra fría, y se reacomoda después del desplome del socialismo europeo. En ese proceso, la definición de la hegemonía de los Estados Unidos en el ámbito latinoamericano se legitima ante todo mediante la mimética ideología de la «seguridad nacional» y la retórica en torno a la democracia y el libre comercio.

Con la invasión a Panamá en 1989, y su superioridad tecnológica en la guerra del Golfo, en 1990-1991, por citar sólo los acontecimientos más sobresalientes, los Estados Unidos mostraban, en el plano militar, que habían avanzado en la reparación de su crisis de hegemonía. Con el impulso a la Iniciativa de las Américas, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y el remozamiento de la OEA a partir de la primera Cumbre de las Américas, celebrada en Miami, en 1994, marchaba por un camino de fortalecimiento del sistema interamericano, no exento de contradicciones, y a pesar de los brotes de inestabilidad procedentes de determinadas situaciones nacionales. Desde la óptica estratégica del imperio, se opera una transfiguración de códigos. La pretendida amenaza a la «seguridad nacional» de los Estados Unidos —la Unión Soviética y el sistema socialista— ha desaparecido. El bipolarismo geopolítico es obsoleto. Las percepciones sobre el enemigo, por tanto, se han transformado. El comunismo internacional, como peligro externo o «extra continental» en los países subdesarrollados, es sustituido, en el viejo esquema, por «enemigos internos»: el narcotráfico, las migraciones, el terrorismo, la subversión doméstica, la ingobernabilidad.<sup>17</sup>

## Los Estados Unidos y América Latina en el Siglo xxi

Los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 suministran, como se conoce, nuevos y funcionales nutrientes, que guardan armonía o consonancia con las concepciones que se habían venido fraguando desde años antes. Se añaden así ingredientes al enfoque con que los Estados Unidos concebían a las «nuevas amenazas»,

<sup>16</sup> Nos adscribimos a la definición gramsciana de la hegemonía. Véase Marco A. Gandasegui hijo (coordinador): *Crisis de hegemonía en Estados Unidos, Siglo XXI Editores-CLACSO*, México D. F., 2007.

<sup>17</sup> Para una visión de las relaciones interamericanas en las décadas de 1980 y 1990, véanse los distintos trabajos contenidos en el libro editado por Kevin Middlebrook y Carlos Rico: *The United States and Latin America in the 1980s. Contending Perspectives on a Decade of Crisis*, Pittsburgh University Press, 1986; véase también a Peter H. Smith: *Talons of the Eagle. Dynamics of U.S.-Latin American Relations*, Oxford University Press, 1996.

y se profundiza la redefinición doctrinal y práctica, en lo que a la «seguridad nacional» concierne. La lucha contra el terrorismo, la guerra preventiva, la ley patriótica, el surgimiento de nuevas estructuras, como el Departamento de Seguridad Interna, el Comando Norte, son algunos ejemplos de las consignas y de los ajustes institucionales que se despliegan. La invasión a Afganistán, primero, y después a Irak, documentan la ejecutoria estadounidense en el siglo *xxi*.

Con respecto a América Latina, en específico, se aprecian proyecciones que focalizan primero el impulso al citado ALCA, el enfrentamiento al conflicto colombiano y el control fronterizo y migratorio con México como temas, si bien en corto tiempo se plantean otras prioridades, como la estructuración de los Tratados de Libre Comercio para determinadas regiones y el tratamiento de «retos regionales» particulares: Colombia, Venezuela y Cuba. En cierto modo, los conceptos de hoy evocan los que auspició la administración Reagan en la década de 1980, cuando hablaba de la «frontera sur» y la «tercera frontera». El discurso de Reagan del 27 de abril de 1983, respecto de la crisis centroamericana, tiene puntos de contacto claros con el discurso de Bush del 23 de enero de 2007, donde analiza la guerra de Irak, en lo que se refiere al enfoque de la «seguridad nacional».

Para Abraham Lowenthal, esta temática pierde protagonismo en el enfoque estadounidense. Según este criterio, se pierde de vista el necesario contraste entre el discurso (la retórica política) y el decurso (la política real), lo cual requiere de una decodificación analítica, de una lectura problematizadora, de un esclarecimiento crítico.

En comparación con lo que ocurría hace treinta años, o durante la mayor parte del siglo pasado —señala Lowenthal—, la relación entre los Estados Unidos y Latinoamérica está bastante menos basada en la geopolítica y la seguridad nacional, y también mucho menos en la ideología. La competencia bipolar que involucró a los Estados Unidos en las décadas de 1960 y 1970 proveyó una amplia base regional para elaborar políticas. Hoy, en cambio, las agendas son mucho más específicas y locales. Las preocupaciones contemporáneas de los Estados Unidos en relación con América Latina se refieren básicamente a cuestiones prácticas de comercio, finanzas, energía y otros recursos, así como al manejo de problemas compartidos que no pueden ser resueltos individualmente por cada país: el combate contra el terrorismo, la lucha contra el tráfico de drogas y armas, la protección de la salud pública y el ambiente, la estabilidad energética y el control migratorio. Habitualmente estas cuestiones se plantean y se enfrentan en contextos bilaterales específicos». <sup>18</sup>

Reconociendo la objetividad contenida en una parte de tales aseveraciones, sin embargo, se evidencia absolutización e insuficiente matización. La geopolítica está im-

<sup>18</sup> Abraham F. Lowenthal: «De la hegemonía regional a las relaciones bilaterales complejas», *Nueva Sociedad* no. 206, Caracas, 2006, p. 74.



plantada en la trayectoria histórica del pensamiento político estadounidense y en la legitimación doctrinal de la política exterior, lo cual es muy visible en la proyección hacia América Latina. En ese enfoque, más allá de las redefiniciones o reajustes, la «seguridad nacional» sigue siendo una constante, y el factor ideológico se mantiene como decisivo.

El análisis debe encuadrarse bajo una mirada más abarcadora y realista, que reconozca la influencia mutua entre los Estados Unidos y la región en su totalidad, pero hay que recordar sobre todo que los intereses y la presencia tradicional estadounidenses en la región constituyen elementos condicionantes e incluso modificantes de ese entorno. Y es que,

...los retos que en términos políticos y militares se ha planteado la administración del presidente Bush después del 11 de septiembre de 2001, en el sentido de extender la guerra contra el terrorismo contra cualquier oscuro rincón del mundo y a partir de una estrategia de ataques preventivos ha tenido un impacto directo en la concepción tradicional de la presencia militar en el extranjero. Se trata de la necesidad de encontrar los mecanismos necesarios para poder actuar de manera adelantada en lugar de desarrollar una estrategia reactiva [...] La administración Bush se concentra en crear una red a distancia, con bases operacionales avanzadas, de bajo costo, que normalmente tengan pequeñas unidades de apoyo y aseguramiento, de manera que aseguren los despliegues de las unidades de combate cuando se requiera [...] Esta tendencia contribuye a que el concepto tradicional de base militar se vaya transformando y, a la vez que las grandes bases desaparecen o se transforman, la presencia militar norteamericana en el exterior se incrementa. No es ocioso resaltar que las funciones tradicionales que han cumplido las fuerzas armadas norteamericanas se han expandido, en la misma medida en que lo han hecho los intereses de dominación imperial.<sup>19</sup>

En efecto. El hecho de que se hayan modificado conceptos y prácticas tradicionales en lo que compete a los factores militares, dentro del nuevo contexto y de los condicionamientos de la coyuntura regional, hemisférica e internacional, no puede asumirse de modo mecánico en términos de descenso de su papel en la estrategia estadounidense.

Claudio Fuentes y David Álvarez, han resumido la prioridad que le otorga el enfoque estadounidense al aspecto militar en América Latina:

Con posterioridad a los atentados del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos, el terrorismo se transformó en una de las principales preocupaciones del gobierno norteamericano y, por extensión, en una fuente de vulnerabilidad para

<sup>19</sup> Luis M. García Cuñarro: «El militarismo contemporáneo de los Estados Unidos. Influencia en América Latina y el Caribe», *Seguridad y Defensa*, CEID, no. 3, La Habana, dic. 2006, pp. 29-30.

la región. Aunque América Latina, en comparación con otras regiones, presenta una baja incidencia de actividad terrorista, los Estados Unidos ha puesto especial énfasis en la prevención de este tipo de actividades a través de la ayuda militar. Como reflejo de una preocupación de nuestros países por controlar las actividades terroristas, los Estados han suscrito una serie de medidas destinadas principalmente a fortalecer la cooperación y a evitar que la región se convierta en un refugio para la actividad subversiva.<sup>20</sup>

Estas puntualizaciones se integran en la mirada global que los Estados Unidos dirigen hacia adentro y hacia fuera del país a partir de los acontecimientos del 11 de septiembre, y como uno de sus rasgos principales se destaca lo que significan para la continuidad y perfeccionamiento de las concepciones que, sin la organicidad requerida, venían ganando presencia desde el anterior decenio, como parte de un esfuerzo por rearticular la racionalidad y los pretextos que sostenían la política exterior y, sobre todo, las consideraciones acerca de la «seguridad nacional». Como se sabe, los atentados terroristas de aquél día le proporcionaron al Presidente, a su imagen, y plataforma ideológica el respaldo y justificación que buscaban. El 20 de septiembre de 2002 George W. Bush presenta la misión, la visión, los objetivos y la estrategia que servirían de guía a la política estadounidense (exterior, militar, de seguridad) en lo que se alcanzaba a visualizar del siglo XXI. El elemento que le aportaba o imprimía organicidad, unidad, coherencia, era lo que se llamó guerra preventiva —en rigor, prolongada o indefinida— contra el terrorismo, de alcance global.

La manera en que esas proyecciones generales tomaban cuerpo para el caso de América Latina las expone así Roberto Russell:

...uno de los ejes de la estrategia de los Estados Unidos hacia América Latina es la seguridad. Ya durante el gobierno de Bill Clinton, Washington estableció bases denominadas *localizaciones de seguridad cooperativa* en Comalapa (El Salvador), Manta (Ecuador), Reina Beatriz (Aruba) y Hato Rey (Curacao). Estas bases se agregaron a las de Guantánamo (Cuba), Fort Buchanan y Roosevelt Roads (Puerto Rico) y Soto Cano (Honduras). Por otra parte, el Comando Sur maneja una red de 17 guarniciones terrestres de radares: tres fijos en Perú, cuatro fijos en Colombia, y el resto móviles y secretos en países andinos y del Caribe. Asimismo, la situación de Colombia y los atentados del 11 de septiembre han influido para que la asistencia económica y militar de los Estados Unidos a la región se distribuya hoy en partes iguales, cuando a fines de los 90 la primera era más del doble que la segunda. América Latina es —excluyendo a Irak— la principal receptora de capacitación militar estadounidense en el mundo. El Plan Colombia seguirá recibiendo

<sup>20</sup> Claudio Fuentes y David Álvarez: «¿América Latina en la encrucijada? Factores de riesgo e inseguridad», *Nueva Sociedad* no. 198, Caracas, 2005, p. 85.

importantes fondos del Tesoro de los Estados Unidos, ya que se ha previsto asignarle 724 millones de dólares en 2007, una cifra similar a la de 2006.<sup>21</sup>

Los datos son elocuentes. La política de los Estados Unidos hacia América Latina contiene en este período mucho más de continuidad que de cambio. Por supuesto, no es idéntica a la de etapas precedentes. Pero por mediante un escrutinio que se apoye en la interpretación histórica es posible discernir algunas claves analíticas y ciertas pautas, que revelan la permanencia, el reacomodo, la reedición, de viejos enfoques, conceptos, instrumentos, en una nueva combinación que lejos de disminuir la atención por la «seguridad nacional», redefine la «necesidad de su protección» bajo las nuevas coordenadas del siglo XXI, en la pretendida (y fracasada) era del ALCA —en la que, eso sí, la resistencia se acrecienta—, a la luz de una geopolítica renovada, que la hace, posiblemente, tan preocupante como la que dio lugar al monroísmo, al panamericanismo, la Alianza para el Progreso, los planes de Santa Fe.

En opinión de Jorge I. Domínguez, las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina se han caracterizado por una combinación de rasgos ideológicos y pragmáticos. Los casos de las relaciones contemporáneas entre dicho país y Venezuela —señala— y del gobierno de Bush y el de Cuba, sirven para ilustrar que hasta las diferencias ideológicas más profundas pueden obviarse con estrategias pragmáticas de beneficio mutuo.

Las relaciones contemporáneas entre los Estados Unidos y América Latina reflejan la presencia simultánea de rasgos pragmáticos, ideológicos y dogmáticos en ambas partes. Los compromisos ideológicos compartidos en pro de la defensa y la promoción de la democracia —inventos loables que nacen a comienzos de los noventa— merecen que se les siga apoyando. Los dogmatismos persistentes o recurrentes siguen impidiendo la resolución de conflictos. El pragmatismo ayuda como instrumento útil, no como fin en sí mismo sino como un medio para lograr los fines que compartimos. Los grandes fines —añade— deben ser la libertad, la democracia, la justicia y la prosperidad.<sup>22</sup>

Cabría agregar que estos valores no son, como supone Domínguez, universales. Lo que para los intereses reales de los Estados Unidos puede traducirse en esos eufemismos (sin mencionarse, en cambio, las apetencias expansionistas, neocolonialistas y hegemónicas), no es sinónimo en América Latina de desarrollo, paz, integridad territorial y autodeterminación.

<sup>21</sup> Roberto Russell: «América Latina para Estados Unidos: ¿especial, desdeñada, codiciada o perdida?», *Nueva Sociedad* no. 206, Caracas, 2006, pp. 53-54.

<sup>22</sup> Jorge I. Domínguez: «Las relaciones contemporáneas Estados Unidos-América Latina. Entre la ideología y el pragmatismo», *Foreign Affairs en Español*, México D. F., octubre-diciembre 2007, p. 112.

Por su parte, para Peter Hakim, en la perspectiva de la política de los Estados Unidos que seguirá luego de las elecciones de 2008,

América Latina no será una prioridad de política exterior para el próximo presidente de los Estados Unidos. No será un frente central en la guerra contra el terrorismo. Más allá del añejo conflicto en Colombia, Latinoamérica es una región en paz, en su mayor parte libre de combates armados dentro o entre sus países. Tampoco se espera que América Latina ofrezca las grandes oportunidades económicas de países con rápido crecimiento, como China e India. El tráfico de drogas y la migración indocumentada son temas importantes, pero son problemas viejos y contenciosos que, en gran medida, han alejado a los Estados Unidos de la región. El reto para el nuevo gobierno será encontrar la manera de conducir una política constructiva y de cooperación hacia Latinoamérica, aunque la región siga siendo una prioridad relativamente menor, y la influencia de los Estados Unidos en la región sea débil [...] No se puede esperar que el próximo presidente avance en todos estos frentes políticos de manera simultánea, pero debe sentar el tono y la dirección correctos, y avanzar en temas centrales de estilo y sustancia. Unas cuantas líneas sobre América Latina en su discurso de toma de posesión serían un buen inicio. El presidente puede sugerir que los Estados Unidos están listos para unirse a los países latinoamericanos en un esfuerzo común para afrontar sus problemas, y que Washington necesita su opinión y su ayuda para encarar los retos hemisféricos e internacionales. Puede, incluso, resaltar la importancia de restaurar la confianza y el respeto mutuos en las relaciones interamericanas y recalcar la importancia que tiene el éxito económico y político de América Latina para los intereses estadounidenses serán el momento adecuado para comenzar a revigorar la cooperación regional y restaurar la confianza en las instituciones multilaterales del hemisferio [...] Si no se pueden llevar a cabo cambios en las políticas, Washington tendrá que reducir sus expectativas en Latinoamérica y conformarse con una agenda más limitada y menos ambiciosa para el hemisferio. La influencia estadounidense sobre los acontecimientos políticos y económicos en la región seguirá erosionándose —junto con la voluntad de los gobiernos latinoamericanos para aceptar el liderazgo de Washington o apoyar sus políticas—. La propia agenda latinoamericana diferirá más y más de la de Washington y se desvanecerán las oportunidades para construir un hemisferio integrado económicamente o para fomentar la cooperación política.»<sup>23</sup>

En resumen, se reiteran las fórmulas que, no por primera vez, definen la política latinoamericana de los Estados Unidos en términos de un «nuevo diálogo» o una «relación especial», como se propuso en el Informe Rockefeller, o a favor de un «cambio de enfoque», como recomendaban los Informes Linowitz. La cita anterior se ha re-

<sup>23</sup> Peter Hakim: «La agenda latinoamericana del próximo presidente de Estados Unidos», *Foreign Affairs en Español*, México, Abril-Junio 2008, p. 179.

producido en extenso toda vez que ilustra la visión que, posiblemente, sostenga algunos de los criterios que guíen el rumbo (nuevo o viejo) de esa política durante la segunda década del siglo xxi. Las perspectivas que enfrentará América Latina bajo la nueva administración demócrata de Barack Obama se definirán dentro de un marco de continuidad o cambio, bajo condiciones que no excluyen ni el conflicto ni las tensiones al sur del río Bravo, como tampoco la permanencia de los propósitos históricos de los Estados Unidos con respecto al subcontinente. Ello estará influenciado además, en no poca medida, por los límites que encuentre la tradicional hegemonía estadounidense, tanto a escala global como hemisférica. En ese proceso intervendrán, como ha ocurrido a lo largo de los últimos cincuenta años, factores de diversa naturaleza, entre los que desempeñan un importante papel los que se muevan al interior de la sociedad estadounidense, de la política doméstica, de la situación económica de la nación y de las estructuras de poder, en medio de un clima ideológico y cultural que pareciera reclamar un cambio en casi todos los órdenes. Una vez más, América Latina se debatirá entre mayores niveles de atención o de negligencia externas, de conflictividad y resistencia internas. Queda por verse si en ese escenario el antagonismo de los Estados Unidos con Cuba seguirá definido por el simbolismo que su hegemonía (real o virtual, efectiva o pretendida) le atribuye a una Revolución que permanece vigorosa y digna, con aspiraciones de independencia, soberanía y socialismo, bajo codificaciones martianas y marxistas, en medio de un subcontinente convulso, donde el remolino que produce el vecino del Norte —usando las palabras de Pastor—, girando alrededor de ejes de seguridad y libre comercio, siga tratando de arrastrar en su movimiento en espiral, cual gigantesco embudo, el destino de nuestros países.

#### **JORGE HERNÁNDEZ**

Profesor e investigador titular, y director del Centro de Estudios sobre Estados Unidos (CESEU), de la Universidad de La Habana.

# colección contexto latinoamericano



## **LOS GOBIERNOS DE IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA**

ROBERTO REGALADO

¿En qué contexto se produce la elección de los nuevos presidentes de izquierda y progresistas? ¿Qué relación tienen sus gobiernos con las dos vertientes históricas del movimiento obrero y socialista: la que optó por la reforma y la que optó por la revolución? ¿Significan estas victorias que en América Latina impera un sistema democrático que la izquierda puede aprovechar en beneficio de los sectores populares?

52 páginas, ISBN 978-1-921235-72-6



## **QUINCE CUALIDADES DE FIDEL**

FELIPE PÉREZ ROQUE

[...] más que intentar un discurso hecho y rehecho, y tratar de revisarlo buscando la perfección, o arreglarle los mínimos detalles, decidí que mejor era abrir en torrente los sentimientos y decir lo que cualquier cubano, en cualquier esquina de Cuba, podría decirles a ustedes sobre lo que para nosotros es Fidel, la Revolución y nuestra independencia, que, a fin de cuentas, todo eso es lo mismo y está profundamente mezclado hoy y para siempre.

23 páginas, ISBN 978-1-921438-20-2



## **CHE GUEVARA: FASES INTEGRADORAS DE SU PROYECTO DE CAMBIO SOCIAL**

MARÍA DEL CARMEN ARIET GARCÍA

La importancia histórica del proyecto transformador de Ernesto Che Guevara, sustentado en su pensamiento y praxis revolucionaria, motiva interminables acercamientos y reflexiones por parte de los estudiosos de su vida y obra, así como de los movimientos revolucionarios encauzados hacia la consecución de un ser humano plenamente liberado de la opresión enajenante y de toda dominación.

34 páginas, ISBN 978-1-921438-19-6



# FIDEL CASTRO

antología mínima

«Fidel y la masa comienzan a vibrar en un diálogo de intensidad creciente hasta alcanzar el clímax en un final abrupto, coronado por nuestro grito de lucha y de victoria».  
—Che Guevara

La voz de uno de los más grandes políticos y oradores de nuestros tiempos, Fidel Castro, vibra en esta antología de sus discursos más representativos, que abarca desde los años cincuenta hasta la actualidad.

Con la ola de transformaciones políticas y sociales que ocurren hoy en América Latina, el ideario de Fidel adquiere mayor vigencia.

Este libro incluye su alegato *La historia me absolverá*, sus discursos ante la Asamblea General de la ONU, las palabras pronunciadas con motivo del asesinato del Che Guevara, textos sobre la «Batalla de ideas», el mensaje al pueblo de Cuba, de febrero de 2008, en el que hace pública su decisión de no ser reelecto como presidente del Consejo de Estado y una selección de sus más recientes reflexiones sobre la Revolución cubana y diversos temas internacionales.

ISBN 978-921438-01-1, 584 páginas + 26 páginas de fotos

[www.oceansur.com](http://www.oceansur.com) • [info@oceansur.com](mailto:info@oceansur.com)



## El conflicto Estados Unidos-Cuba

**LUIS RENÉ FERNÁNDEZ TABÍO**

Después de haber prometido a la derecha cubano-estadounidense, su aliada en el fraude electoral de 2000, «acelerar la transición en Cuba», el presidente de los Estados Unidos, George W. Bush, salió de la Casa Blanca sin haber logrado ese propósito.

En el plano más general de sus «resultados», a ese fracaso tendría que sumarse un inventario de problemas y dificultades que lo colocan en posición de ser recordado como uno de los peores presidentes de los Estados Unidos. Entre los aspectos más sensibles y de mayor repercusión política cabe mencionar el haber empantanado a sus tropas en guerras de dudosa argumentación en Afganistán y sobre todo en Irak, y la agudización de la crisis financiera y su transformación en recesión y crisis global. Asimismo, el ascenso de los enfoques ideológicos y unilaterales de su política, dada la notable influencia neoconservadora, ha dañado la imagen y respetabilidad de los Estados Unidos como líder mundial. Los propios miembros de las élites políticas de ese país reconocen el bajo y lamentable lugar en que puso la imagen y capacidad de influencia de los Estados Unidos, incluso entre sus principales aliados, que en parte hace más rápida y notable las expresiones del declive de su hegemonía, sin apenas haber concluido la primera década del siglo xxi.

El quincuagésimo aniversario del triunfo de la Revolución Cubana encuentra a las relaciones de Cuba con los Estados Unidos en uno de sus momentos de mayor hostilidad por parte del gobierno que creó una comisión del Poder Ejecutivo para, supuestamente, acelerar lo que denominan la *transición hacia la democracia y la economía de mercado*, eufemismo para designar el sistema económico y político dirigido a reinsertar a Cuba en la esfera de poder estadounidense, y a garantizar su subordinación política y económica más completa.



Las siguientes páginas no pretenden hacer un recuento o balance del conflicto hasta la fecha, sino analizar uno de los ejes principales de la política de los Estados Unidos hacia Cuba: el bloqueo económico, comercial y financiero, desde la óptica de la situación presente y sus resultados. A partir de ahí, proyectar lo que podría ser su perspectiva en los próximos años, dado el contexto internacional y las dinámicas propias de los Estados Unidos y Cuba.

La exposición se estructura en tres partes. En la primera se señalan las principales etapas por las que, a juicio del autor, ha transcurrido el conflicto bilateral y su esencia. La segunda identifica las limitaciones del bloqueo como instrumento para agotar el proceso revolucionario y propiciar un colapso, y constata el fracaso de esa política; en la tercera se realiza una reflexión sobre la política de George W. Bush, sus motivaciones y el balance de ocho años en el gobierno estadounidense, y se contrastan con algunas ideas preliminares de lo que podría ser la política de los Estados Unidos en el período que se abre con la llegada a la presidencia de Barack Obama, y los elementos de continuidad y cambio que pueden esperarse.

## Una ojeada al desarrollo y esencia del conflicto

El análisis de la política de los Estados Unidos hacia Cuba debe tener en cuenta las bases esenciales del conflicto bilateral. Históricamente no puede dejarse de mencionar la primera intervención militar de los Estados Unidos en Cuba a finales del siglo XIX, pues sirve para entender el origen del objetivo estratégico permanente con respecto a Cuba de la entonces emergente potencia imperialista: garantizar su dominación sobre su más cercano entorno geográfico y en particular sobre el archipiélago cubano.

El triunfo de la Revolución en 1959 significó la ruptura de esa dominación y la victoria del proyecto independentista cubano, que había sido abortado por la propia intervención estadounidense, en 1898 en su guerra de independencia contra España, seguida de la ocupación militar hasta 1902, de la imposición de la llamada Enmienda Platt como apéndice a la Constitución de la naciente república, y de las distintas etapas de subordinación y sometimiento de aquella seudorepública a los gobiernos de los Estados Unidos.

Desde 1959, año que marca la ruptura de Cuba con ese sistema con dominación, el objetivo medular de la política estadounidense hacia esa nación ha sido retrotraer la historia a aquel momento y hacer colapsar su gobierno, y debilitar y quebrar su sistema económico y político. Para ello han sido empleados todos los medios y procedimientos a su alcance, desde la subversión interna en distintas variantes, la agresión económica y el bloqueo, el terrorismo, los intentos de asesinato político y las agresiones militares, como la invasión de Playa Girón, organizadas y financiadas por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en abril de 1961.

La década de 1990, debido a la desaparición de la Unión Soviética y el bloque socialista europeo, marcó el fin de la existencia del bipolarismo en las relaciones internacionales, pero nunca estos cambios se expresaron en una modificación de la política estadounidense o el fin de la guerra fría en lo que a Cuba respecta. A partir de esta etapa, el bloqueo —aunque siempre estuvo presente— se convirtió en un instrumento principal de la política exterior estadounidense hacia Cuba.

La nueva correlación de fuerzas en la esfera internacional se reflejó dos planos simultáneos, presentados muy claramente en la conocida como Ley Torricelli de 1992, como expresión de dos tendencias de la política estadounidense para conseguir su propósito: aumentar el bloqueo económico y el aislamiento político y diplomático del gobierno cubano y, al mismo tiempo, alentar la formación de una sociedad civil alternativa, mediante la comunicación y ciertos intercambios, como base para acelerar el desarrollo de la oposición interna destinada a conseguir la llamada transición a la democracia, el cambio de régimen a un sistema social, económica y políticamente dócil ante la gran superpotencia norteamericana. En 1996, la Ley Helms Burton continúa esa tendencia de recrudecer el bloqueo, crea mecanismos para transformar la sociedad cubana mediante la concesión de financiamiento para la llamada transición pacífica y establece condiciones muy estrictas que limitan las posibilidades del Poder Ejecutivo de modificar su política hacia Cuba, en tanto codifica, convierte en ley, todas las sanciones que hasta ese momento fueron introducidas mediante órdenes ejecutivas.

Los estrategas del gobierno estadounidense pensaron que era el momento oportuno para hacer quebrar el sistema social y político cubano. La fragilidad y vulnerabilidad del país se encontraba en sus niveles más altos. Se enfrentaba una aguda crisis económica ocasionada principalmente por el impacto económico derivado de la pérdida de sus principales mercados, ubicados hasta 1990 en el llamado campo socialista este-europeo. Paulatinamente, la crisis se fue superando a pesar del recrudecimiento del «embargo», debido a los graduales avances de la economía cubana impulsados por reformas y ajustes que permitieron adaptar su sistema socialista a las nuevas circunstancias internacionales, lo que evidenció el fracaso del bloqueo económico. Una década de recuperación socioeconómica, no exenta de contradicciones y sobresaltos, fue uno de los factores que estimuló dentro del Congreso estadounidense fuerzas favorables a la eliminación de las sanciones económicas contra Cuba.

El ascenso al gobierno de los Estados Unidos de los sectores más reaccionarios del Partido Republicano, liderados por George W. Bush a partir del año 2001, alentaron compromisos y coincidencias con los sectores «históricos» de la comunidad cubana de la Florida en lo que respecta a la política hacia Cuba. Los acontecimientos terroristas del 11 de septiembre de ese año contribuyeron indirectamente a imprimir mayor hostilidad a esa política debido a la influencia alcanzada por la corriente neoconservadora. Las nuevas definiciones de seguridad nacional en el contexto de

la «guerra contra el terrorismo» y la presencia directa en el gobierno de un número sin precedentes de cubano-estadounidenses<sup>1</sup> auspiciaron el reforzamiento del apoyo a esfuerzos de subversión y el incremento a una escala sin precedentes del bloqueo, la esencia del fracaso de su política. Estos sectores han estado siempre muy interesados en manipular todo lo posible el «caso cubano» para presentarlo como gobierno desafiante, «terrorista», «no democrático», «amenaza a la seguridad nacional de los Estados Unidos» y así impulsar el intervencionismo, con el propósito de cambiar el sistema político cubano, pues en el fondo apreciaron que el gobierno de W. Bush podría ser su última oportunidad de retornar a la función de intermediarios y representantes del poder estadounidense en una futura Cuba dependiente y neocolonizada.

Todas estas condiciones determinaron la elaboración de un programa apoyado en los mismos instrumentos anteriormente fracasados: el bloqueo, la propaganda y el apoyo moral y financiero a la subversión, el cambio de régimen, denominado eufemísticamente transición hacia la democracia y la economía de mercado, que en esas condiciones querían acelerar. La expresión más burda del intervencionismo estadounidense en Cuba, contentiva de las expresiones más claras y extremas de los enfoques ideológico, doctrinales y reaccionarios que se han presentado en toda la historia del conflicto bilateral después del triunfo revolucionario, fueron destilados por la Comisión Ejecutiva creada por mandato del Presidente Bush, denominada Comisión para la Asistencia a una Cuba Libre, que en mayo del 2004 ofrecería sus recomendaciones.<sup>2</sup> Un análisis sintético de los antecedentes de estas políticas de bloqueo económico, permitiría comprender el fracaso registrado por dicha política en los ocho años de la administración de W. Bush.

## **Fracaso del bloqueo económico a Cuba como instrumento de su política**

El bloqueo económico aplicado por el gobierno de los Estados Unidos a Cuba se implantó oficialmente mediante la Proclama Presidencial No. 3447, decretada el 7 de febrero de 1962, si bien este acontecimiento fue precedido por importantes agresiones, sanciones económicas y planes subversivos que se remontan a los primeros años de la Revolución del 1.º de enero de 1959, e incluso antes de la llegada al poder de los rebeldes en ese año. La política de bloqueo a Cuba ha transcurrido por distintas etapas, definidas por el contexto de la correlación internacional de fuerzas y las per-

<sup>1</sup> Los más notables sin duda fueron el que fue subsecretario de Estado para el Hemisferio Occidental, Otto Reich, y el ex secretario de Planeación Urbana y Viviendas, Mel Martínez, actualmente senador por la Florida.

<sup>2</sup> Commission for Assistance to a Free Cuba: *Report to the President*, Washington D. C., May, 2004.

cepciones de debilidad o fortaleza de la Revolución ante los ojos de los gobernantes estadounidenses.

La evolución del sistema socioeconómico cubano de orientación socialista y su capacidad de estabilización y ajuste ante el impacto de fuertes choques externos y el recrudecimiento del bloqueo, constituye una prueba del fracaso de la política estadounidense, no solamente porque no se consigue el objetivo propuesto, sino porque tiene consecuencias negativas para el ritmo de transformación y perfeccionamiento del sistema cubano, y perjudica tanto los intereses económicos como los derechos políticos de los propios ciudadanos de los Estados Unidos y de los residentes extranjeros en ese país, e incluso podría ser adversa a los intereses de seguridad nacional estadounidense. La política de bloqueo<sup>3</sup> en su expresión extrema reduce las posibilidades de diálogo, negociación y colaboración con el gobierno cubano en temas de interés común de ambos países y pueblos.<sup>4</sup> Sin duda, una relación realista y no ideológica con el gobierno cubano podría beneficiar considerablemente a los Estados Unidos en temas tan trascendentales y sensibles en la actualidad como el migratorio, el narcotráfico, la problemática del medio ambiente, el manejo de catástrofes naturales, e incluso el energético, como ha planteado el gobierno cubano oficialmente en reiteradas ocasiones sin aceptar condicionamientos de ninguna índole.

Las sanciones económicas reducen sustancialmente la participación de los agentes económicos estadounidenses en relaciones con Cuba y buscan preservar el clima de desconfianza, resentimiento y confrontación, que indirectamente obstaculizan otros ámbitos de las relaciones, como son el académico,<sup>5</sup> el deportivo, el cultural, e incluso el familiar y personal. Estos componentes de la relación con frecuencia se colocan como rehenes de la confrontación intergubernamental.<sup>6</sup> Al reducir al mínimo la comunicación y el conocimiento directo de la realidad cubana, se favorece la manipulación del tema cubano por el pueblo estadounidense y se retarda el desplie-

<sup>3</sup> La literatura sobre relaciones internacionales clasifica los conflictos de acuerdo a los métodos empleados para expresar el grado de hostilidad entre las partes. Estos son: 1. Diplomacia y negociación; 2. Sanciones económicas y embargos; 3. Acciones militares. Véase: M.S. Daoudi y M.S. Dajani: *Economic Sanctions. Ideals and Experience*. International Library of Economics, Routhedge & Kegan Paul, London, Boston, Melbourne and Henley, 1983, p. 11.

<sup>4</sup> Wayne Smith: «Cuba After the Cold War. What Should U.S. Policy Be?», *International Report* Center for International Policy, March, 1993.

<sup>5</sup> La no concesión masiva de las visas a los cubanos constituye una de las expresiones más claras de esa política: véase carta «LASA to President Bush: Stop the Violation of Our academic Freedom!», approved by the LASA Executive Council, 3/14/06, *Forum*, Spring 2006, Volume XXXVIII, Issue 2, p. 3.

<sup>6</sup> Robert Bach: «Migration as an Issue in U.S. Cuban relations», *Occasional Paper* no. 20, SAIS Central American and Caribbean Program, The John Hopkins University, Washington D. C., March, 1988, 43 pp.

gue de fuerzas políticas en contra del bloqueo, lo que disminuye la capacidad de entendimiento recíproco entre los países, y estrecha y retarda el espacio de un marco propicio para la negociación futura.

Existen argumentos desarrollados en los estudios sobre sanciones económicas en las relaciones internacionales,<sup>7</sup> que encuentran confirmación en el caso del bloqueo económico de los Estados Unidos contra Cuba. La falta de efectividad de las sanciones económicas se refuerza al no conseguirse un respaldo político internacional, ni siquiera por sus más cercanos aliados. Las votaciones contra el bloqueo por la mayoría abrumadora de la comunidad internacional en la Asamblea General de las Naciones Unidas, durante 17 años consecutivos, dan muy clara cuenta del total aislamiento en el que se encuentra esta brutal política de guerra económica contra Cuba. Además de evidenciar el deterioro de la hegemonía estadounidense, el mantenimiento de la política de bloqueo entra en contradicción con importantes principios y valores de su propia sociedad, como es el liberalismo, tanto en el plano económico, como político; sin olvidar los rasgos imperialistas, hegemónicos extra-territoriales que violan el Derecho Internacional, y la soberanía de Cuba y de otros países y ciudadanos del resto del mundo.

No debe olvidarse en este análisis que entre los principios fijados por los padres de la independencia de Cuba, muy claramente establecidos por José Martí, está lograr su independencia de España y de los Estados Unidos.<sup>8</sup> Por esta razón, los diseños propuestos por la administración Bush, de acelerar la llamada transición hacia la economía de mercado y la democracia representativa solamente encontraron respaldo y antecedente histórico en las corrientes anexionistas cubanas. Las sanciones económicas, el bloqueo económico, y las políticas e instrumentos complementarios encaminados a lograr el aislamiento y asfixia de Cuba, contrario a sus propósitos, han conseguido:

- Fortalecer la unidad nacional de la sociedad cubana, en lugar de fragmentarla y quebrar su sistema político y social.
- Estimular un desarrollo económico más diversificado e independiente, que promueve un mayor autosostenimiento y autosuficiencia. Sin desconocer sus costos económicos, que suman decenas de miles de millones de dólares y cada año incrementan su monto acumulado —93 mil millones de dólares, casi dos veces nuestro Producto Interno Bruto al valor actual del dólar, ese monto equivaldría a no menos de 224 mil 600 millones de dólares—,<sup>9</sup> el bloqueo económico ha

<sup>7</sup> M.S. Daoudi y M.S. Dajani: *Economic Sanctions. Ideals and Experience*, International Library of Economics, Routledge & Kegan Paul, London, Boston, Melbourne and Henley, 1983, p. 50.

<sup>8</sup> José Martí: «Carta a Manuel Mercado», 8 de mayo de 1895, *Nuestra América*, Colección Nuestra América, Casa de las Américas, La Habana, 1974, pp. 473-476.

<sup>9</sup> Felipe Pérez Roque: Asamblea General de Naciones Unidas, New York, 29 de octubre, 2008.

creado la urgencia de producir los bienes necesarios y diversificar las relaciones económicas y políticas internacionales al máximo, buscando substitutos y fuentes alternativas de recursos.

- Diversificar las relaciones económicas internacionales de Cuba, para reducir los costos ocasionados por los elementos extraterritoriales del bloqueo económico. Las limitaciones impuestas colateralmente por el bloqueo a las relaciones de Cuba con otros importantes socios de los Estados Unidos, perjudican intereses de corporaciones y empresas estadounidenses y de otros países, que ven lesionados sus intereses en una lógica contraria al paradigma neoliberal, de mercado libre, auspiciado por el propio imperialismo norteamericano.
- En el terreno de las relaciones políticas internacionales, Cuba ha desplegado una efectiva política humanista que, aunque no se diseña con ese objetivo, sin duda tiene notables implicaciones para desarrollar extensas relaciones con todo el mundo, que de manera efectiva las pretensiones de aislarla.<sup>10</sup>

Un estudio más detallado de las sanciones económicas a Cuba por parte de los Estados Unidos permitiría distinguir con mayor precisión los objetivos formales de los reales, así como los de carácter principal, secundario y terciario.<sup>11</sup> Los argumentos presentados como fundamento de la política de bloqueo y el debate sobre ésta dentro de los Estados Unidos pueden ofrecer otro ángulo para entender el funcionamiento de este instrumento y su posible dinámica perspectiva. En ocasiones se interpreta que la política de los Estados Unidos hacia Cuba está determinada a cumplir objetivos de política interna, o se encuentra orientada por motivaciones y propósitos de la política exterior, o de las relaciones internacionales, cuando en realidad estos aspectos se entrelazan.

Un analista reconoce cinco factores para explicar la política de los Estados Unidos respecto a Cuba: «la inercia, las demandas por la propiedad confiscada, los rencores

<sup>10</sup> Sobre una visión de la política cubana como «poder blando», véase Jorge I. Domínguez: «Cuba an the Pax Americana», *Reinventing the Revolution. A Contemporary Cuba Reader*, Edited by Philip Brenner, Margarite Rose Jimenez, John Kirk and Willian Leo Grande, Rowman & Littlefield Publishers, Inc., Maryland, 2008, pp. 209-210.

<sup>11</sup> Con frecuencia se emplean los objetivos formales de las presiones económicas (también se les puede llamar explícitos), para la evaluación de su éxito o fracaso. Como parte de la literatura sobre este problema, James Barber ha distinguido que una política de presión económica tiene una variedad de objetivos, nacionales e internacionales que tienden a empañarse y cambiar en el tiempo. Se pueden distinguir tres categorías de objetivos: primarios, que buscan alterar el comportamiento de la nación objetivo; secundario, que se dirigen al comportamiento y *status* del país fuente de la política; y terciarios, que se orientan a amplios temas y consideraciones internacionales. Véase Sidney Weintraub: *Economic Coercion and U.S. Foreign Policy*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1982, p. 8.

históricos, los valores fundamentales y las políticas internas»,<sup>12</sup> que con independencia de coincidir o no con la denominación y el contenido de cada uno de ellos, evidencia la complejidad y profundidad que hacen sumamente difícil explicar el problema a partir de un factor, y mucho menos, sacarlo de su dinámica de confrontación, sobre todo si la parte estadounidense no reconoce al gobierno cubano, ni su derecho a la soberanía e independencia.

Las propuestas de levantamiento del bloqueo económico en ocasiones aparecen motivadas por intereses económicos, pero también se apoyan, según las circunstancias específicas, en argumentos de política interna y de política exterior, así como en fundamentos ideológicos, basados en valores de la sociedad estadounidense y en conceptos de seguridad nacional, o una combinación de todos los anteriores en que alguno de ellos prevalece en determinadas circunstancias. De manera resumida puede afirmarse que las percepciones sobre el curso de la sociedad cubana impulsan o frenan la ascendencia de los argumentos detrás de las fuerzas promotoras que lideran la política hacia Cuba y que le dan mayor o menor entidad a uno u otro tema.<sup>13</sup> Importantes analistas<sup>14</sup> expresan sus dudas y críticas sobre la política hacia Cuba y sobre los beneficios y la efectividad del empleo indiscriminado de las sanciones económicas como parte de esa política. Instituciones como *The Atlantic Council of the United States* han presentado propuestas para establecer un mapa, o itinerario, para redefinir la política de los Estados Unidos hacia Cuba de manera que, desde su perspectiva, sea efectiva y se corresponda con el contexto socioeconómico y político actual de Cuba.<sup>15</sup> Es evidente que la guerra fría que perdura en las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba tiene determinados efectos colaterales en el ámbito de las relaciones interamericanas, en la misma medida que los cambios políticos a favor de gobiernos progresistas y la propia política de colaboración social de Cuba, especialmente en el terreno de la salud, reduce la capacidad de los Estados Unidos de aislar a la Isla.

Asimismo, a partir de 1990 se desplegaron instituciones con un enfoque más liberal, más pragmático, realistas y críticos en distinto grado y amplitud de la política del bloqueo. Estos grupos son promotores de políticas de cambio en la proyección hacia Cuba, si bien durante la administración de W. Bush se vieron silenciados y neutralizados, cabe esperar su mayor proyección e influencia en la administración

<sup>12</sup> Mark Falcoff: «Presente y futuro en las relaciones Estados Unidos-Cuba: un ejercicio de análisis y especulación», *FI XLIII-3*, julio – septiembre 2003, pp. 693-703.

<sup>13</sup> Philip Peters: «A Policy toward Cuba that Serves U.S. Interests», *Policy Analysis* no. 384, Published by CATO Institute, November 2, 2000, Washington, D. C. ([www.cato.org](http://www.cato.org)).

<sup>14</sup> Philip Brenner y Marguerite Jimenez: «U.S. Policy on Cuba. Beyond the Last GASP», *NACLA Report on the Americas*, vol. 39, No. 4, January/February 2006.

<sup>15</sup> The Atlantic Council of the United States: Program on International Security. Issue Brief, *A Road Map for Restructuring U.S. Relations with Cuba*, June 2007, Washington, D. C. 12 pp.

de Obama. Entre estos cabe mencionar: Center for International Policy (CIP), The Washington Office of Latin America (WOLA) y Lexington Institute.<sup>16</sup>

Desde ciertos enfoques, la política de aislamiento político y bloqueo económico es contraproducente, en tanto limita la capacidad de influencia mediante los denominados instrumentos blandos. Una interpretación de este tipo afirmaba:

Los activos más poderosos de los Estados Unidos para influir en el resto del mundo son su filosofía y las instituciones libres, las ideas del gobierno limitado y la libre empresa [...] Estos factores aseguran la influencia de la Nación, con independencia del número y lugar de despliegue de sus soldados. Los Estados Unidos pueden mejor influir en otros mediante medios privados —el comercio, la cultura, la literatura, los viajes y cosas como esas.<sup>17</sup>

La anterior variante sugiere ejercer la influencia por «medios blandos» de política exterior, que son encaminados por instituciones privadas, cuya interpretación más amplia puede incluir hasta las relaciones familiares y personales. Es concretamente lo que en la jerga de la política hacia Cuba se ha conocido como el carril dos. El énfasis en el unilateralismo, en las políticas de fuerza, e incluso el empleo de la fuerza militar como instrumento central de la política de los Estados Unidos impulsado por el gobierno de George W. Bush, ha contribuido al fracaso de su política exterior en general y ha afectado grandemente la visión del mundo sobre ese país, elemento principal del llamado poder blando, basado esencialmente en el encanto cultural e ideológico que puede tener el sistema estadounidense.<sup>18</sup>

En tal interpretación, la empresa privada, otras entidades y organizaciones no gubernamentales, familias e individuos, se transforman en vehículos introductores de sus valores, como parte de un intercambio que podría considerarse normal, en tanto no sean designados y financiados por un gobierno para actuar deliberadamente sobre el otro país con el propósito de modificar sus sistema económico y político acorde a sus intereses. Sin duda el llamado Plan Bush para Cuba en sus dos versiones (2004 y 2006), con todo su andamiaje de bloqueo y financiamiento para la propaganda, la subversión y la política de cambio de régimen, constituyen un obstáculo principal para las relaciones de Cuba con los Estados Unidos y el avance hacia un entorno que facilite el diálogo, la negociación del conflicto para beneficio razonable y en función de los intereses de las partes. En cambio, la política estadounidense en términos prácticos no solo es inefectiva, sino que también crea un clima totalmente contrario a sus fines, pues plantea un juego extremo de «ganarlo todo» o nada, y en

<sup>16</sup> Indira Rampersad: «Human Rights Groups and U.S. Cuba Policy», *A Journal of Social Justice* no. 18, pp. 17-23.

<sup>17</sup> Doug Baudow: «Keeping the Troops and the Money at Home», *Current History*, January 1994, p. 13.

<sup>18</sup> Joseph S. Nye, Jr: «The Decline of America's Soft Power», *Foreign Affairs*, May/June, 2004.



realidad, aunque supuestamente incluye elementos que podrían ser considerados como parte de los instrumentos blandos de la política, los mismos se cancelan en el marco de una política dirigida a la asfixia económica, el aislamiento político y a la ausencia de diálogo con el gobierno y la sociedad cubana.

Existen interpretaciones que consideran como variante alternativa al bloqueo el llamado «*engagement*», o compromiso constructivo. Otros consideran que el «*engagement*» también ha fracasado en el caso de Cuba, porque ha sido sometido a prueba por la política de países como Canadá y la Unión Europea y no se han apreciado resultados.<sup>19</sup> Sin embargo, el carácter extraterritorial de la política estadounidense de bloqueo y el todavía preeminente lugar ocupado por ese país en la economía mundial y en relación con sus principales socios, transforma estos enfoques en variantes del intervencionismo imperialista, lo que reduce su legitimidad en la medida que pretenden condicionar las relaciones a determinados cambios y modificaciones del sistema cubano, que nada tienen que ver con las relaciones bilaterales de los países involucrados.

El fracaso del bloqueo se debe a la capacidad de la sociedad cubana de restablecerse y regenerarse, de adaptarse a los cambios en el entorno internacional y a las agresiones e intervenciones de que ha sido objeto para imponer la reversión de la Revolución y el cambio de régimen. Esos cambios y transformaciones de la sociedad cubana, en realidad, la transición ya iniciada de un tipo de socialismo a otro autóctono, progresivo, profundamente democrático y eficiente económicamente, se explican y se sostienen en correspondencia con la dinámica de sus factores internos, entre los cuales resguardar la independencia política y económica frente a intenciones de dominación imperialista de los Estados Unidos, constituye una premisa compartida por la abrumadora mayoría del pueblo cubano y por ello una variable indeclinable de la nación cubana. Por ello, la política del llamado compromiso constructivo, aunque se presente como alternativa y quiera ser un enfoque más racional y progresivo respecto al bloqueo y las acciones de guerra económica y de aislamiento más brutal, también están destinadas al fracaso porque desconocen el carácter determinante de los factores internos para fijar el curso de la sociedad cubana.

El llamado «*engagement*» no podría legítimamente incluir compromisos sobre temas internos del país en cuestión sin afectar su soberanía, su derecho a la autodeterminación, a la hora de decidir el contenido, dirección y la velocidad de los cambios de su sistema. Además, el enfoque del «*engagement*» auspiciado por terceros países es, cuando menos parcial o ingenuo, porque ignora la repercusión de la política de bloqueo de los Estados Unidos hacia Cuba y sobre otros agentes, tanto gobiernos, como instituciones privadas (corporaciones, bancos) y organismos multilaterales,

<sup>19</sup> Un ejemplo de esta apreciación es Marifeli Pérez-Stable: «A tiny step in U.S.-Cuba relations», *The Miami Herald*, 22 de octubre de 2000, p. L05.

de forma directa por los rasgos extraterritoriales de las leyes del bloqueo y por sus efectos indirectos sobre el mercado de capital y los precios de los productos. Por lo tanto, la eliminación del bloqueo y las sanciones económicas, solo puede ser incondicional en tanto se respeten los intereses propios de Cuba y los cubanos expresados en su sistema y su Constitución. La influencia de otros países y del entorno global solamente puede darse de manera natural, sin condición, ni compromisos, con estricto apego y respeto a la igualdad, como ocurre con el resto de los países y no como parte de un diseño para cambiar al otro.

### **La fracasada política de W. Bush y la necesidad de cambio en el gobierno demócrata de Barack Obama**

La política de los Estados Unidos hacia Cuba de la administración de W. Bush desde su primer período presidencial manifestó una renovada hostilidad. A principios del año 2002 se daban a conocer sus intenciones de someter a una completa revisión la política de bloqueo económico, comercial y financiero contra Cuba con el propósito de recrudescerla y tratar de acelerar el cambio de régimen cubano.<sup>20</sup> A partir de 2003 se conocería uno de los rasgos de la nueva política encaminada a disminuir notablemente el llamado carril dos de su política y la diplomacia pueblo a pueblo, asociada a las administraciones de Clinton. Asimismo, se apreciaba durante sus primeros cuatro años de gobierno en la Casa Blanca un renovado esfuerzo por entorpecer y reducir todas las relaciones bilaterales existentes, y ayudar de manera más abierta y directa a los grupos internos dispuestos a servir de instrumento de su política subversiva. Esta inclinación de la política estuvo dominada por la influencia política interna ejercida por los grupos más conservadores de la comunidad cubanoestadounidense y se enmarcaba en el proceso electoral, pero realmente lo rebasa, en tanto existía mucha mayor coincidencia con los propios enfoques del Presidente y el ascenso de figuras de tendencia neoconservadora en su gabinete con las cuales esta política encontraba mayor resonancia.

Durante la última etapa del segundo período presidencial de Bush, su administración casi no tenía en su arsenal nuevas medidas de hostilidad hacia Cuba que a su vez no crearan una crisis de seguridad de incalculables consecuencias en las ya tensas relaciones, aunque no se podían descartar tampoco una intervención militar directa, dada la irracionalidad característica de ese gobierno y su Presidente, pero tampoco se expresaron indicios de relajamiento a las restricciones del bloqueo.

Ya casi al final de su gobierno, W. Bush perdió una oportunidad de haber iniciado un giro en su política hacia Cuba en el marco de la catástrofe ocasionada por el paso de varios huracanes (Gustav, Ike y Paloma) que trajeron grandes pérdidas al

<sup>20</sup> Andres Oppenheimer y Tim Johnson: «U.S. policy on Cuba to receive full review», *The Miami Herald*, 8 de marzo de 2002, p. A01.

país, superiores a los 10 mil millones de dólares, pero se concentró en ofrecer una ayuda financiera que resultaba ridícula (por demás, condicionada a una irritante misión de observación previa en el terreno), si se compara con el costo anual del llamado embargo, calculado conservadoramente en 2 mil millones de dólares anuales y además totalmente contradictoria con su propia política. La parte cubana rechazó esta maniobra y declaró que la única acción aceptable era suspender las medidas del bloqueo, aunque solo fuese de manera temporal, para facilitar la adquisición de los recursos necesarios para la recuperación, fundamentalmente alimentos y materiales de la construcción.

La victoria electoral demócrata del 4 de noviembre de 2008, sin duda un acontecimiento histórico, tanto por el origen del nuevo Presidente, como por la agenda de cambio que proyecta, sugiere la posibilidad de apertura de un nuevo momento más optimista en relación con Cuba. La forma decisiva en que ocurrió establece un contexto político favorable al ajuste de la política hacia Cuba, no solamente por la holgura con la que Obama llegó a la presidencia, sino por ampliar los márgenes de la presencia de los demócratas en el Congreso. El mito de justificar la política hacia Cuba en «factores de política interna» y, en particular, atribuirlo al papel determinante de los cubanoestadounidenses en la Florida también quedó finalmente al descubierto con la adjudicación de ese Estado a favor del candidato demócrata, aunque al propio tiempo se reeligieron los tres representantes de la política más recalcitrante y reaccionaria hacia Cuba en el Congreso de ese país.<sup>21</sup>

Si el nuevo Presidente incorpora algunas de sus promesas de campaña, como abrir los viajes de los cubanos y quitar las restricciones a las remesas, ello desmontaría la anterior dinámica política y debe reabrir procesos políticos que se venían expresando antes de la llegada de Bush hijo a la presidencia de los Estados Unidos. Sin embargo, sea más o menos importante la disposición y posibilidad real de Obama y del Congreso de modificar la política hacia Cuba, es justo reconocer que la prioridad de Cuba en este contexto es sumamente baja, dados los retos de la economía y otros temas de política internacional de mayor relevancia como el regreso de las tropas empantanadas en Irak. En tal sentido, su política debe aliviar las consecuencias internas de la actual crisis financiera y económica, sobre todo para los sectores de las capas medias que le dieron su apoyo en las elecciones. El año 2009 será muy difícil para el Presidente estadounidense, pues el país será testigo de un déficit fiscal record, dados todos los paquetes de asistencia para salir de la situación (los aprobados y los por introducir) y se espera una recesión para por lo menos la primera mitad del año.

---

<sup>21</sup> William M. LeoGrande: «Cuba's Future Relations with the United States». *Looking Forward. Comparative Perspective on Cuba's Transition*, Edited by Marifeli Pérez-Stable, University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana, pp. 304-306.

El complejo escenario internacional para los Estados Unidos pone de relieve las limitaciones de su hegemonía, pero también demuestra la necesidad de ensayar nuevas políticas para enfrentar la situación. Los Estados Unidos aún siendo la mayor potencia del orbe, evidencian límites objetivos para encarar los retos económicos, políticos y los militares agudizados por las políticas conservadoras, intervencionistas y militaristas que le precedieron. Dadas las anteriores condiciones, cabe identificar dos variables principales para dilucidar el futuro de la política hacia Cuba: una es la evolución de la agenda global de los Estados Unidos y sus percepciones sobre el impacto del renovado bloqueo; la otra es aplicar nuevas medidas agresivas para acelerar la llamada transición en Cuba. Como sustrato de estas variables principales está la declinante correlación de fuerzas para los Estados Unidos con expresiones mundiales y hemisféricas, y la propia evolución de la sociedad cubana y sus relaciones internacionales con el resto del mundo, que han modificado la correlación de fuerzas a su favor.

Así, ciertos resultados económicos y políticos favorables a la administración de Barack Obama en los próximos años podrían elevar la prioridad de Cuba en la agenda estadounidense. Entre ellos cabría señalar el logro de una estabilidad en la situación económica; un avance del proceso de «pacificación» en Afganistán y sobre todo la retirada de las tropas de Irak. Por otra parte, una percepción de retroceso y debilitamiento de la sociedad cubana, por agudización de una crisis económica y resquebrajamiento de su cohesión sociopolítica, incapacidad del gobierno de recuperarse y avanzar después de los desastres naturales, constituyen condiciones que reducen el espacio a las opciones de negociación y medidas de relajamiento del bloqueo. Por la misma razón, la evolución de estas mismas variables en sentido contrario, al demostrar el fracaso de las políticas en curso después de 50 años, deben promover y estimular la necesidad de reanalizarla y ajustarla acorde a las nuevas realidades, tanto de los Estados Unidos, como de Cuba y del entorno internacional.

La última etapa del segundo período de W. Bush en la presidencia de los Estados Unidos significó un reforzamiento de las posiciones conservadoras a nivel ideológico y de la práctica política, pero también permitió esclarecer los límites prácticos de esa orientación política, reflejados en la falta de resultados concretos y el incremento del rechazo a su política dentro y fuera de ese país. Con relación a Cuba, las medidas impulsadas por el llamado Plan Bush no dieron los resultados esperados. En la práctica los costos acrecentados por el bloqueo han sido más que compensados por los incrementos de ingresos debido al aporte de sectores claves de la propia economía cubana y la profundización de las relaciones económicas con Venezuela, China, Brasil y otros países. Esta tendencia favorable se registra en un apreciable crecimiento económico y en el gradual mejoramiento de la situación socioeconómica cubana, que lejos de debilitarse, se fortalece y perfecciona.

Un acontecimiento inesperado como el relevo de poderes en la máxima dirección del gobierno cubano, dada la enfermedad y convalecencia del expresidente cubano

Fidel Castro a mediados del 2006, resultó en una demostración práctica de la debilidad de los supuestos que había promovido la política estadounidense hacia Cuba y, en particular, el tema de «evitar la sucesión».<sup>22</sup> La normalidad en el proceso de transición de poderes y la continuidad del funcionamiento de los órganos del gobierno, el Estado y el Partido, ha permitido esclarecer los mitos sobre este particular, que postulaban la caída del gobierno revolucionario con la desaparición de su máximo líder histórico.

El sistema socioeconómico y político cubano, a pesar de las difíciles condiciones existentes, ha demostrado capacidad de ajuste, renovación, perfeccionamiento, e incluso avance. Tales resultados, en la perspectiva de unos cinco años, deben consolidar la situación y progresivamente estimular el avance de nuevas orientaciones en la política estadounidense hacia Cuba.

No es posible predecir cómo actuará la administración de Obama y el Congreso renovado en los próximos cuatro años, pero las condiciones esbozadas, el curso de los acontecimientos y la orientación en que parece estar encaminada la nueva administración, presagian el inicio de cambios que podrían comenzar con las medidas más simples, y ya anunciadas durante la campaña, de relajamiento de las restricciones a los viajes, a las remesas y de ahí se iría paulatinamente profundizando el clima negociador, en la medida en que la propia dinámica de los acontecimientos lo favorezca.

Es posible esperar en las nuevas condiciones la aprobación de medidas de relajamiento del bloqueo y en ello desempeña un papel importante no contar de antemano con un veto presidencial como ocurría con la administración republicana. La agenda es amplia y sumamente compleja, pero si ciertamente se expresa la opción negociadora, sin duda constituye en sí mismo un cambio que abriría el camino para ir escalando de los temas más simples a los más complejos. Entre los pasos de menor complejidad estaría restablecer las conversaciones migratorias, a las que se podrían incorporar temas como la colaboración en el control del narcotráfico, la preservación del medio ambiente, el manejo de las reservas naturales en las áreas económicas adyacentes y el enfrentamiento de catástrofes naturales. De manera unilateral, el nuevo Presidente podría reducir las restricciones a los intercambios culturales, académicos, deportivos y científico técnicos, que han sido fuertemente limitados en estos últimos años y ello sin duda crearía, más allá de la propia importancia de estas decisiones, un momento favorable para la negociación.

De registrarse avances en el proceso mismo de aperturas parciales y negociaciones, dado un contexto favorable como el que se prevé por la mayoría de los analistas, cabría esperar quizás en un período que trasciende los próximos cuatro años, la

---

<sup>22</sup> Véase al respecto el análisis de Julia Sweig: «Fidel's Final Victory», *Foreign Affairs*, January/February, 2007.

incorporación de los temas más complejos como son el bloqueo y las pérdidas asociadas, las compensaciones y la devolución del territorio ocupado por la base militar norteamericana en Guantánamo.

Casi cincuenta años de bloqueo no han conseguido quebrar a la Revolución Cubana, o cambiar el curso de su proceso y revertirlo. Ello deja como única alternativa posible a cualquier presidente estadounidense que quiera superar la política fallida de todas las administraciones precedentes, reconocer la realidad de una Cuba socialista en su más próximo entorno geográfico y negociar con ella en plano de respeto e igualdad. En esencia se trata de encauzar el conflicto con Cuba por la vía diplomática y de la negociación —el único modo de maximizar los beneficios de ambas partes—, en lugar de mantenerlo en el marco de aislamiento y bloqueo.

Generalmente del lado estadounidense se ha desestimado esta realidad porque se apela a las diferencias en los valores y los conceptos que rigen a los dos países y porque se ha considerado que los intereses con Cuba no son tan significativos, dado que los beneficios potenciales son pequeños. En el actual contexto, los Estados Unidos tendrían incentivos para respetar la soberanía de Cuba y podrían recibir, de un mejoramiento del clima de sus relaciones con Cuba, no solamente dividendos para su economía, su política, e incluso su seguridad nacional, sino que además tendrían el nada despreciable beneficio simbólico y colateral para sus relaciones con América Latina y el Caribe y otras partes del mundo, derivado de recuperar su imagen de potencia responsable al encauzar la política hacia Cuba de un modo más realista, racional y sobre todo menos ideológico.

#### **LUIS RENÉ FERNÁNDEZ TABÍO**

Doctor en Ciencias Económicas, profesor e investigador auxiliar y Subdirector del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU) de la Universidad de La Habana.



# ernesto che guevara

RETOS DE LA TRANSICIÓN  
SOCIALISTA EN CUBA  
(1961-1965)

Publicado en asociación con  
el Centro de Estudios Che Guevara

Antología que reúne los conceptos esenciales del pensamiento del Che Guevara sobre la construcción del socialismo en el proceso revolucionario cubano. Ordenados de manera cronológica, los discursos y ensayos incluidos en esta compilación, revelan las concepciones teóricas y las aplicaciones impulsadas por Che con vistas a la transición socialista en Cuba. Expone los retos, las posibilidades reales y las confrontaciones objetivas de la realidad cubana en relación con las políticas y modelos promovidos dentro del sistema socialista imperante en la época.

Ante la creciente asunción del socialismo como el camino certero del siglo XXI, emerge la necesidad del rescate de la memoria histórica. Estas reflexiones, nacidas del debate, la polémica y las proyecciones más allá de su época, resultan fundamentales para emprender y articular nuevos movimientos sociales que, sustentados en un auténtico pensamiento socialista y marxista, no evadan las particularidades de cada proceso.

363 páginas, ISBN 978-1-921438-21-9

[www.oceansur.com](http://www.oceansur.com) • [info@oceansur.com](mailto:info@oceansur.com)



## Las relaciones internacionales de Cuba

**ISABEL ALLENDE**

*A la memoria del Dr. Miguel A. D'Estéfano, profesor emérito,  
titular de la Cátedra de Política Exterior del Instituto  
Superior de Relaciones Internacionales (ISRI) de Cuba,  
cuya erudición académica y fidelidad a la Revolución y a Fidel,  
están todavía presentes en nuestras aulas.*

El desarrollo de las relaciones internacionales de Cuba en la aplicación de los principios de su política exterior no puede verse fuera de su contexto histórico, político, social e ideológico en el plano interno ni tampoco ajeno a los factores externos, que desde el triunfo mismo de la Revolución Cubana han incidido de diversas maneras.

El triunfo de una Revolución como la cubana, realizada sin apoyo exterior, y sin más influencia externa que la de las ideas de progreso y libertad legadas por los próceres de nuestra patria y de «Nuestra América»,<sup>1</sup> en perfecta simbiosis con las teorías de Marx y Lenin, fue, sin duda alguna, hecho trascendental del siglo xx. Comparar la Revolución Cubana con otras que fueron hitos del mismo siglo no es posible ni necesario. Cada una de ellas obedeció a las condiciones del país en que se desarrollaba y respondió a su momento histórico.

La nuestra se realizó con absoluta independencia y derrotó al ejército de un gobierno pertrechado y apoyado por la principal potencia mundial, a solo noventa millas de su territorio. Tenía y tiene la particularidad de constituir la continuidad de un

---

<sup>1</sup> Se utiliza la denominación del Héroe Nacional de Cuba, José Martí en su obra del mismo nombre.



proceso histórico de lucha por la independencia, iniciado en siglo xix y mantenido en el xx durante la República plattista y neocolonial.<sup>2</sup>

Como señalara el Comandante en Jefe, Fidel Castro, las banderas que ondearon en Yara, La Demajagua, Baire, Baraguá y Guáimaro jamás serían arriadas. No lo serían en el plano de las transformaciones internas y, en consecuencia, tampoco en el de la creación de una política exterior nueva, en plena correspondencia con las necesidades apremiantes de la Revolución en lo interno y con el verdadero y legítimo interés nacional de nuestro país.

Me extendiendo en estas, al parecer simples reflexiones, porque no se puede valorar en su plena dimensión el alcance de la obra revolucionaria en el plano externo, sin tener en cuenta los antecedentes de la tradición de lucha del pueblo cubano por la independencia nacional, pilar fundamental de la política exterior cubana.

La lucha por la plena independencia fue el objetivo esencial de los revolucionarios de 1868 y de 1895 y constituyó la base de una política exterior basada en tradiciones y principios de defensa de la independencia, la nación, la soberanía, la solidaridad con los pueblos hermanos y el antimperialismo que han sido fuente fundamental de la política exterior de la Revolución Cubana. Con ello quiero subrayar que en el ideario revolucionario cubano de la primera mitad del siglo xx, que precedió y unió a los dirigentes y principales actores de la gesta revolucionaria de los años cincuenta, hubo siempre correspondencia entre los objetivos que se perseguían para la transformación interna y los que necesariamente habría que lograr en el plano externo.

Pudiera parecer verdad de Perogrullo subrayarlo, porque se reconoce que los objetivos fundamentales de la política exterior de cualquier Estado soberano deben ser la defensa del interés nacional en su sentido más amplio incluido todos los aspectos que inciden en la seguridad nacional.

Pero ¿podía realmente plantearse antes de 1959 la defensa de ese interés nacional? Si tomamos como referencia una de las definiciones teóricas del concepto política exterior como la actividad de un Estado en sus relaciones con otros Estados en el plano internacional para realizar los objetivos exteriores que determinan los intereses de la clase dominante en un momento o período determinado, tendríamos que partir de definir cuál era la concepción del interés nacional de Cuba para la clase dominante en las repúblicas plattista y neocolonial. ¿Coincidió su concepción de interés nacional con las del ideario revolucionario?

Por supuesto que no. Al no coincidir en los objetivos internos, tampoco podían hacerlo en el plano externo. Para la clase dominante de entonces el interés nacional de Cuba pasaba por los Estados Unidos.

---

<sup>2</sup> Definiciones de D'Estéfano para distinguir dos períodos: de 1902 a 1934 y de esta fecha a 1959.

Como planteó el Dr. Miguel D'Estéfano: «la república plattista no podía tener una política exterior activa y consecuente en virtud de que su poder de decisión, en cuanto a llevar a cabo una política dada con otros Estados, estaba en relación directa con sus menguadas independencia y soberanía, y su ideología, mecanismos e intereses supeditados a los de los Estados Unidos».<sup>3</sup>

Con más sutileza se repetiría esta situación durante la república neocolonial, aunque esta se desarrolla bajo otra etapa del imperialismo estadounidense. Sobre esto dice también D'Estéfano: «la neocolonia surgía cuando el imperialismo había aprendido a establecer otros mecanismos de dominio y de paso, había rectificado sus maneras de imponerse».<sup>4</sup>

Por tanto, solo con el cambio revolucionario podría realizarse una política exterior genuinamente cubana, que respondiera a la defensa del interés nacional a partir de las tradiciones de la lucha revolucionaria y de los principios del ideario revolucionario de las clases obrera y campesina y de otros sectores del pueblo cubano, los cuales, con el triunfo de enero, devendrían clase dominante.

Antes de pasar a analizar los principios y objetivos de la Cuba revolucionaria, me gustaría referirme nuevamente a algunos aspectos planteados por el profesor D'Estéfano, como antecedentes de suma importancia para comprender la realidad de hoy. Permítanme citarlo textualmente: «La Revolución, y con ella nuestra política exterior, ha roto totalmente las dos contradicciones que matizaron la Cuba colonial primero y la república dependiente después: 1) las relaciones excluyentes con otros países, y 2) las relaciones contradictorias en sí mismas, primero con España y luego con los Estados Unidos».<sup>5</sup>

Esta clara afirmación del profesor emérito es medular para el análisis. Una política exterior independiente no puede hacerse si no hay pleno ejercicio de la soberanía. En el caso cubano, nos ayuda a romper las maniobras de algunos que con afirmaciones simplistas y ejemplos fuera de contexto pretenden invalidar los logros de la Revolución también en el campo exterior y añadir al mito de la prosperidad económica en la neocolonia el de una falsa apertura y participación activa en la arena internacional.

Fue activa esa participación para los hombres de Guáimaro y para el Partido Revolucionario Cubano de Martí, pero no lo fue en la neocolonia, porque la política exterior de la clase dominante respondía a sus intereses y a su concepción de un interés nacional vinculado exclusivamente a la subordinación a los Estados Unidos. Si en La Habana se celebró una importante conferencia panamericana con logros en algunas esferas, específicamente para el ejercicio de la diplomacia, esa misma

---

<sup>3</sup> Miguel D'Estéfano Pisani: *Política exterior de la Revolución cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002, p. 253.

<sup>4</sup> *Ibidem*.

<sup>5</sup> *Ídem*.

conferencia solo sirvió para reiterar la dependencia de la actuación cubana a los intereses de los Estados Unidos. Hechos aislados como la inicial oposición cubana a la adopción del veto en Naciones Unidas o la negativa a aceptar la partición del territorio palestino, fueron gestos importantes de un gobierno que pretendía representar a una burguesía nacional en ciernes, pero no llegaron a cambiar la esencia de la subordinación a los Estados Unidos, cuyo poder hegemónico aumentaba por día y a la larga imponía sus dictados en todos los planos, en especial en lo tocante a la condena y persecución a todo aquello que pudiera estar vinculado al «comunismo internacional» y al totalitarismo.

Solo a partir del triunfo de enero, Cuba pudo iniciar una política exterior independiente y ampliar y diversificar sus relaciones internacionales sobre la base de principios muy definidos de apego al derecho internacional; no injerencia en los asuntos internos de los Estados; respeto irrestricto a su soberanía y a la igualdad soberana de estos; apoyo a la lucha de los pueblos por su liberación nacional, solidaridad y cooperación; fomento de la paz, y en resumen un antimperialismo consecuente. Todos ellos estaban ya enunciados en el histórico alegato de Fidel Castro, conocido como *La historia me absolverá* y fueron recogidos en la *Plataforma Programática del Partido Comunista de Cuba*, aprobada en el I Congreso en 1975.

De esos principios, entre otros refrendados por nuestra Constitución, emanaron los objetivos esenciales de la política exterior cubana en estos cincuenta años, y se pusieron en práctica en estrecha correspondencia con las transformaciones que se llevaban a cabo.

Entre algunos de los elementos endógenos que pueden considerarse como constantes y permanentes podemos señalar:

- 1) la aplicación consecuente de una política de principios antimperialista e internacionalista;
- 2) la resistencia del pueblo cubano y de su liderazgo histórico ante la permanente agresión de los Estados Unidos y la constante escalada del conflicto, independientemente de los momentos de distensión que se produjeran a escala global;
- 3) la capacidad para luchar contra los intentos de aislamiento de Cuba, logrados en determinado período respecto a nuestro continente;
- 4) el apoyo irrestricto a los movimientos de liberación nacional y otras fuerzas progresistas en el mundo;
- 5) la subordinación de los intereses particulares de nuestro país a la causa del socialismo.

En consonancia con estos puntos de continuidad, podríamos identificar también los objetivos esenciales o líneas estratégicas de la política exterior de la Revolución en la expansión de sus relaciones internacionales, algunos de los cuales han variado o se han ajustado de acuerdo con la coyuntura internacional o interna específica.

Vale subrayar que aunque los objetivos pueden ser en algún momento coyunturales, en nuestro caso, un factor de carácter exógeno como es la política de agresión de los Estados Unidos hacia Cuba<sup>6</sup> ha determinado la continuidad histórica de algunos de esos objetivos devenidos, por tanto, líneas estratégicas, como son:

- la consolidación y defensa de la Revolución Cubana y la defensa de la patria;
- el enfrentamiento sin tregua a la política de agresión de los Estados Unidos en todos los campos de la acción exterior;
- la ampliación y diversificación de las relaciones exteriores de Cuba;
- el desarrollo de los nexos de todo tipo, incluida la integración con América Latina y el Caribe;<sup>7</sup>
- el desarrollo y fortalecimiento de las relaciones de amistad y colaboración con los países del Tercer Mundo;<sup>8</sup>
- la promoción del multilateralismo en las relaciones internacionales y la defensa de la aplicación de los principios del Derecho Internacional en las organizaciones internacionales, incluida la democratización de los órganos de Naciones Unidas;
- una participación activa en los diversos foros internacionales que agrupan a los países del Tercer Mundo;
- el mantenimiento de relaciones de cooperación y ayuda mutua con los países que mantienen la decisión de continuar la vía socialista;
- el desarrollo de relaciones con los países capitalistas sobre la base de la equidad y el beneficio mutuo, con la comprensión de «que la equidad, el beneficio mutuo no serán completos mientras persista en las relaciones internacionales el predominio imperialista».<sup>9</sup>

Una mirada a lo acontecido en estos años nos permite constatar la continuidad de estos condicionamientos y de estas líneas de carácter estratégico establecidas en el proceso de interacción en las relaciones internacionales y comprobar, a la vez, que

---

<sup>6</sup> Cuando hablamos de política de agresión, nos referimos de manera global a todo tipo de agresión: política, económica, militar, comercial, mediática. Incluye desde el bloqueo hasta la agresión en el plano de las telecomunicaciones.

<sup>7</sup> La consideramos como una línea estratégica, pues es, además, uno de los principios constitucionales de la política exterior cubana: Artículo 12, inciso G de la Constitución aprobada en 1992.

<sup>8</sup> También elevado a la categoría de principio: Artículo 12, inciso H de la Constitución aprobada en 1992.

<sup>9</sup> Carlos Rafael Rodríguez: «Fundamentos estratégicos de la política exterior de la Revolución cubana», *Cuba Socialista*, 1981; publicado también en *Letra con filo*, tomo I, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983.

la actuación de Cuba en el ámbito internacional fue de absoluta congruencia con sus principios y con la definición de que «la política exterior es una función de la interior, pero actúa en un medio distinto».<sup>10</sup>

Las cinco décadas transcurridas están colmadas de hechos que lo demuestran, pero que es imposible relatar en el tiempo y espacio de que disponemos. El Dr. Luis Suárez Salazar ha trabajado en el estudio de las continuidades y cambios, sobre todo en las relaciones interamericanas, y también ha avanzado en una periodización de la acción de Cuba en el plano internacional en cinco etapas, que he tenido la tentación de utilizar, pero finalmente lo he evitado pues haría demasiado extenso este trabajo.

Esas etapas o cualesquiera otras que definamos, están estrechamente vinculadas al desarrollo político interno de nuestras transformaciones revolucionarias, de nuestros experimentos, de nuestras concepciones.

Por ello, nos referiremos a los desafíos, amenazas, debilidades y logros que se han enfrentado en el contexto histórico de estos años, que comprende etapas tales como la guerra fría y la llamada bipolaridad, primero, lo que se ha dado en conocer como la unipolaridad después; el proceso de descolonización y el auge de los movimientos políticos y sociales de los países subdesarrollados, incluido el Movimiento de Países no Alineados (MNOAL), y su posterior declive; los intentos de distensión y el logro de la paridad militar por parte de la URSS y la desaparición después del equilibrio que significó esta y la existencia del Pacto de Varsovia, un mundo con socialismo europeo y sin él; el predominio de las dictaduras militares y el terror en nuestro continente; el auge del movimiento revolucionario, su declive y la actualidad compleja y difícil, pero con una luz de esperanza. Un mundo con *apartheid* y sin él, gracias, precisamente, a la acción cubana. Cuba vivió en este período por dos veces, lo que no había ocurrido nunca en la historia, la desaparición de sus principales mercados de importación y exportación, y la reducción de sus posibilidades de cooperación, con un bloqueo recrudescido y ampliado.

En enero de 1959 Cuba tenía relaciones con cincuenta y un países, fundamentalmente de América y Europa. Desde el punto de vista cuantitativo no resultaba, para un país pequeño como el nuestro, una cifra despreciable, pero sí lo era la calidad de esos vínculos frente a la realidad de nuestra dependencia política, económica y comercial de los Estados Unidos. Por tanto la inserción de Cuba en el mundo, su apertura y la diversificación de las relaciones exteriores eran objetivo esencial, sobre todo en relación con América Latina, pues por vez primera en su historia Cuba estaba en condiciones de desplegar una política en verdad latinoamericanista y no panamericanista. En este terreno, precisamente, se produjeron las primeras acciones de los Estados Unidos en la OEA, que culminaron con nuestra suspensión de dicho

---

<sup>10</sup> Tomás Almodóvar Salas: *Derecho diplomático y consular*, vol. I, ISRI, p. 19.

órgano y con la imposición de la ruptura paulatina de relaciones por parte de América Latina.

Pero a la vez hubo otros hechos destacados, en las condiciones de ese mundo conocido como bipolar y a pesar de la política de los Estados Unidos: se infligió la primera derrota al imperialismo en América Latina con el triunfo de Girón; se desplegó una acción de apoyo a los movimientos de liberación nacional especialmente en África; se envió la primera brigada médica cubana al extranjero (Argelia); se establecieron o restablecieron las relaciones con los países socialistas de Europa y Asia; Cuba participó en la fundación del Movimiento de Países No Alineados. Se vivieron los «días tristes y luminosos»<sup>11</sup> de la Crisis de Octubre y se desplegó con toda fuerza la bandera de los principios en aquel documento conocido como los Cinco Puntos.

No había relaciones con América Latina en 1964, pero se habían reanudado otros vínculos. Nos aislaron de los gobiernos y mecanismos de concertación latinoamericanos, pero no nos aislaron de los pueblos. No teníamos comercio con nuestro entorno, pero se inició el comercio y la cooperación con el entonces campo socialista

Cuba fue la sede de la Tricontinental, de OLAS, ya sin hablar de la participación cubana en diversos frentes de la lucha de los pueblos del Tercer Mundo, cuyo punto culminante fue la gesta del Che en Bolivia. El apoyo de Cuba a la causa del pueblo vietnamita movió a la solidaridad mundial.

La Revolución Cubana fue capaz de adoptar una posición principista ante los sucesos de Checoslovaquia en 1968, pero, a la vez, de enjuiciar críticamente las causas de lo ocurrido y alertar sobre los peligros a los que se enfrentaba el socialismo mundial.

La política exterior de la Revolución Cubana que en un momento determinado favoreció la vía armada para el logro de la liberación nacional, no subestimó nunca a los revolucionarios del Tercer Mundo que propugnaban otras formas de lucha. Los apoyó y alentó. Dio nueva muestra del más amplio internacionalismo al producirse el golpe de Pinochet.

Cuba ingresó al CAME y defendió en él los intereses de los países socialistas subdesarrollados, para los cuales reclamó también una política de eliminación del intercambio desigual.

El pueblo cubano protagonizó la gesta heroica que garantizó la independencia de Angola y de Namibia y la derrota del *apartheid*.

Fue capaz de activar las relaciones con los países capitalistas desarrollados y de aprovechar en todo momento las contradicciones interimperialistas.

Cuba desarrolló su comercio con el mundo, aunque las condiciones objetivas determinaron en una relación económica priorizada con los países miembros del

<sup>11</sup> Adjetivos dados por Ernesto Che Guevara en su carta al Comandante en Jefe Fidel Castro, dada a conocer en la constitución del Partido Comunista de Cuba en octubre de 1965.

CAME, en particular con la URSS, pero mantuvo relaciones comerciales importantes con países capitalistas como Japón y España, algunos latinoamericanos como Argentina.

Paulatinamente, Cuba recompuso sus relaciones con América Latina y estableció nexos de particular importancia con el Caribe.

Presidió entre 1979 y 1981 el Movimiento de Países No Alineados; amplió su acción en los órganos de las Naciones Unidas; e intervino para solucionar el conflicto creado con la guerra entre Irán e Irak. Tuvo una activa participación en los órganos de las Naciones Unidas y su voz se escuchó en la defensa de todas las causas justas.

En esta relación de hechos importantes de la acción exterior de Cuba anteriores a la desaparición del socialismo europeo, podríamos afirmar la vigencia de los principios antimperialistas e internacionalistas de la Revolución Cubana y a la vez la aplicación de sus líneas estratégicas en la consecución de su interés nacional.

A finales de la década del ochenta, Cuba había roto el aislamiento de América Latina y restablecido las relaciones a nivel de embajadas con casi todos los países con excepción de algunos centroamericanos y caribeños; había expandido sus relaciones con África, Asia y Medio Oriente, regiones donde la posición de principios de la Revolución Cubana le valió respeto y reconocimiento generalizados. Tenía relaciones con más de ciento treinta países. Desempeñaba un activo papel como miembro del CAME para hacer valer los principios internacionalistas no solo para sí, sino también para Vietnam y Mongolia.

Incluso con los Estados Unidos había dado algunos pasos de avance en el período de Carter con el establecimiento de las Secciones de Intereses y la firma del primer acuerdo migratorio con el reaccionario gobierno de Reagan, que será objeto de otro análisis.

Pudiéramos entonces definir que en el contexto internacional en que existieron dos polos de poder, y a pesar de la continua hostilidad traducida en una política de agresión de todo tipo, incluido el ejercicio del terrorismo de Estado por parte de los Estados Unidos, Cuba logró preservar su interés nacional —entendido este como la salvaguardia de la Revolución Cubana, de la capacidad del pueblo cubano para dirigir sus destinos—, organizar una sociedad de justicia social e igualdad y garantizar el desarrollo de la sociedad con altos niveles de educación, sanidad y un nivel de vida modesto, que garantizaba la satisfacción razonable de las necesidades básicas de la población.

La existencia de la Unión Soviética y de los países socialistas de Europa fueron, sin dudas, un factor fundamental, independientemente de que las relaciones con estos países siempre estuvieron matizadas e influidas por diferencias sustanciales de criterios sobre las concepciones de la construcción del socialismo, y la aplicación de los principios del internacionalismo. Vale mencionar, a modo de ilustración, la oposición soviética a la acción internacionalista en Bolivia; o las serias diferencias con China a causa de algunas de sus acciones o no acciones durante la guerra de

Vietnam; los sucesos relacionados con la microfracción que involucraron a las embajadas de la URSS y Checoslovaquia; las grandes diferencias públicas con Yugoslavia; la crítica cubana a una política de coqueteo con los Estados Unidos en busca de beneficios económicos, como en los casos de Rumanía y Polonia. Solo con la consecuente política cubana, de principios, la práctica de la discusión de las diferencias con plena transparencia y la seguridad de que Cuba nunca traicionaría los intereses globales del socialismo, a los cuales estaba dispuesta a subordinar los suyos propios, se logró una relación ascendente.

En este período Cuba no logró derrotar o cambiar la política de agresión de los Estados Unidos —que lejos de menguar se acentuaba considerablemente en la medida en que la soberbia imperial se resistía a aceptar la existencia misma de la Revolución, sus logros internos y externos, y su participación activa a escala global—, pero la contrarrestó, neutralizó y evitó que sus designios se llevaran a vías de hecho. Al sobrevenir la desaparición del mal llamado socialismo real en Europa, y con ello la pérdida de su principal socio comercial, muchos vaticinaron la subsiguiente y relativamente rápida desaparición de la Revolución Cubana. Los análisis se basaban en cifras muy claras. Cuba había perdido el 85% de su comercio, su principal mercado, su abastecedor de tecnologías. El impacto sobre Cuba fue brutal.

Lo fue también sobre la situación internacional. Sobrevino la unipolaridad y el predominio hegemónico de los Estados Unidos. La desaparición de la URSS tuvo un impacto muy negativo sobre todo el movimiento comunista y obrero internacional, debilitó considerablemente sus fuerzas, su capacidad de reacción, impactó también al Movimiento de Países No Alineados, que se debilitó considerablemente. Dio más posibilidades al imperio de imponer sus criterios a escala global: limitación de la soberanía, introducción de la selectividad en el tema de los derechos humanos; preeminencia de los criterios de protección de los derechos humanos sobre los de no injerencia en los asuntos internos y respeto irrestricto a la soberanía, la justificación de la llamada injerencia humanitaria, y otros muchos conceptos contrarios al derecho internacional.

Por ende, también en el caso de Cuba hubo más posibilidad de diversificar y fortalecer la agresión. En el plano económico, al bloqueo se sumaron la Ley Torricelli en 1992 y la Helms Burton en 1996; en el plano político, se elevó a categoría de resolución condenatoria en la Comisión de Derechos Humanos el tema de Cuba y se logró en momentos determinados sumar apoyos de países con los que Cuba mantenía relaciones de respeto y cordialidad, especialmente latinoamericanos; se produjo la agresión en el campo de las telecomunicaciones con Radio y TV Martí; en el plano mediático se logró establecer en los grandes medios de difusión mundiales una matriz muy negativa de la imagen de nuestro país.

Todo ello condujo a politólogos, sociólogos, filósofos, analistas internacionales y periodistas a vaticinar la desaparición de la Revolución Cubana más temprano que tarde. Sin embargo, esos análisis no tuvieron en cuenta varios factores, algunos de



los cuales han sido mencionados ya como antecedentes inmediatos de la política exterior e interior de la Revolución Cubana. En primer lugar, la disposición del pueblo cubano a defender su independencia y sus conquistas sociales; en segundo lugar, la voluntad inquebrantable de la dirección de la Revolución de resistir, de no rendirse. Si uno de los grandes méritos de Fidel Castro fue lograr la unidad de todas las fuerzas revolucionarias en los años iniciales, habría que decir que, en igual magnitud, lo fue su capacidad de resistir y no capitular en las terribles condiciones a que nos condujo el derrumbe del socialismo europeo.

Defender la independencia y proteger al máximo las conquistas del socialismo fueron la divisa esencial. Para ello fue preciso unir a los esfuerzos internos, nuevas tácticas en las relaciones internacionales. Para los Estados Unidos era el momento de cerrar el cerco y apretar más la cuerda en el momento más difícil de la historia revolucionaria. Anteriormente nos referimos a algunas de sus acciones en este campo.

Para Cuba era más importante que nunca antes la consolidación de su papel de vanguardia en la arena internacional, la diversificación de sus relaciones diplomáticas, su presencia en el mundo en las condiciones de un auge sin precedentes del pensamiento neoliberal, con la imposición de modelos de gobierno totalmente diferentes al nuestro, con cambios profundos en las relaciones internacionales, y lejos de los países asiáticos que, con sus propias particularidades, se mantuvieron en el frente socialista.

En estos años, Cuba desplegó una amplia actividad multilateral y bilateral. Trabajó intensamente para evitar la desaparición del Movimiento de Países No Alineados; presentó la batalla contra el bloqueo en las Naciones Unidas; luchó enérgicamente para contrarrestar las acciones en su contra en la Comisión de Derechos Humanos; diversificó sus vínculos con América Latina y el Caribe; inició conversaciones con la Unión Europea; se involucró en la creación de la Asociación de Estados del Caribe y fue uno de sus fundadores; participó activamente en todos los mecanismos de concertación a los que tuvo acceso como las Cumbres Iberoamericanas; se integró al Grupo ACP y se implicó a fondo en la batalla por lograr un acuerdo justo para sus miembros; desarrolló sus relaciones con China y Vietnam; se valió de toda oportunidad en el ámbito europeo y latinoamericano; aprovechó las nuevas condiciones que se han gestado en América Latina para enfrentar la dominación hegemónica de los Estados Unidos; desplegó la batalla de ideas en el plano internacional; amplió su cooperación con los países del Tercer Mundo y desarrolló una acción de profundo contenido internacionalista con el despliegue del llamado Plan Integral de Salud, denominado «diplomacia médica» por analistas internacionales.

En síntesis, desarrolló una política exterior destinada, en primer término, a la defensa de la seguridad nacional del país y a crear las condiciones para sobrevivir (y sobrevivimos) en medio de un mundo particularmente complejo con condiciones en su mayoría adversas, a partir de lo que pudiera denominarse persecución impla-

cable de los Estados Unidos hacia la Revolución Cubana en todos los ámbitos, imposible de subestimar y que en algunos momentos tuvo resultados efectivos como la condena a nuestro país en la Comisión de Derechos Humanos y el impedimento, mediante la posición común o incluso el entendimiento sobre la Helms Burton, del establecimiento de relaciones adecuadas y normales con la Unión Europea.

También en América Latina la política de los Estados Unidos tuvo momentos de triunfo al usar en su favor la debilidad y la coincidencia ideológica de algunos gobiernos en el poder, como se evidenció con la ruptura de relaciones por el gobierno de Uruguay y el apoyo de algunos otros a la falacia orquestada en Ginebra o en otros foros.

Habría muchas cosas que mencionar en este período: la posición cubana en la guerra de Yugoslavia, en la del Golfo y ante la agresión a Irak; el combate cubano por fortalecer el multilateralismo en las relaciones internacionales y por la democratización en Naciones Unidas; la decisiva acción cubana en la lucha contra el ALCA, en la defensa de los nuevos procesos en el continente, en la alianza estratégica con Venezuela y en la promoción del ALBA como el único modelo de integración posible para nuestros países en el plano social, son algunos ejemplos. No es posible mencionar todos los momentos trascendentes.

Los casi veinte años transcurridos desde la desaparición del socialismo europeo han sido decisivos para Cuba. Sin restar ni un ápice de importancia a los problemas que debimos enfrentar como consecuencia de la profunda crisis económica en que nos sumió y de la crisis de valores e ideas que produjo a escala mundial (de la cual tampoco hemos estado exentos), podemos señalar que, sin duda alguna, superamos la crisis en el plano externo y obtuvimos logros de consideración.

La constante fue, al igual que antes, la aplicación de líneas estratégicas y objetivos bien definidos en el plano externo, flexibles, adaptables a determinadas coyunturas, pero sin que ello implicara concesiones o desviaciones de principios, jurídica y políticamente, de la actuación cubana en el sistema internacional.

Un balance de lo alcanzado es alentador:

- nos sobrepusimos a las consecuencias de la desaparición de la URSS y con ella del socialismo europeo;
- enfrentamos el endurecimiento de las agresiones de todo tipo de los Estados Unidos: con su voto, 184 países expresaron el rechazo al bloqueo en la Asamblea General de Naciones Unidas;
- superamos la política de aislamiento; Cuba tiene hoy relaciones con 186 Estados (incluidos Sahara, Palestina y Vaticano); tenemos 123 Embajadas (cuatro de ellas ante organismos internacionales) y más de treinta oficinas consulares y de otro tipo en el mundo; en La Habana se han acreditado 108 Embajadas;
- relaciones diplomáticas plenas con treinta de los treinta y dos países de América Latina y el Caribe; hay relaciones consulares con Costa Rica;

- la presencia de Cuba en el mundo es creciente, con más de 46 000 colaboradores cubanos, en treinta y un países, la mayor parte de ellos personal de la salud; más de un millón de personas se han beneficiado con la Operación Milagro; se han alfabetizado tres millones de personas; 30 000 becarios de 120 países estudian en Cuba, de ellos 23 000, medicina;
- derrotamos el ejercicio anticubano en materia de derechos humanos, auspiciado y propugnado por los Estados Unidos;
- la Unión Europea levantó las ignominiosas sanciones de 2003; han mejorado las relaciones con algunos países europeos en el ámbito bilateral.

En la segunda mitad del primer decenio del siglo XXI celebramos el cincuenta aniversario del triunfo. Continuamos, garantizando la aplicación de nuestro máximo interés nacional: la salvaguarda de la Revolución; y enfrentamos las consecuencias de una crisis económica internacional: precios nunca antes imaginables de los hidrocarburos; un planeta amenazado por el cambio climático, pandemias; desigualdades crecientes en medio de un agotado neoliberalismo que pugna por recomponerse; con la esperanza de que en nuestro continente predomine la razón y, por ende, la oposición al dominio hegemónico de los Estados, que el latinoamericanismo se imponga al panamericanismo.

Los retos son muchos. Pudiéramos intentar esbozar algún que otro escenario en que sopesemos debilidades y fortalezas, amenazas y oportunidades, pero no es el objetivo de este trabajo. No obstante, sí puede asegurarse que la línea de continuidad, entendida como la aplicación de los principios en la política exterior cubana se mantendrá, porque es consustancial a la Revolución y ésta no desaparecerá.

#### ISABEL ALLENDE

Embajadora cubana, es rectora del Instituto Superior de Relaciones Internacionales Raúl Roa García, de Cuba.



## Cuba: solidaridad e internacionalismo socialistas

FELIPE DE J. PÉREZ CRUZ

Cuba es una nación cuya historia y actuación en el campo internacional durante el pasado siglo y en lo transcurrido del presente, le conceden un lugar destacado en los acontecimientos mundiales. Característica esencial de la Revolución Cubana es su ideal solidario y su praxis internacionalista, porque su causa es la misma de todos los países coloniales y neocoloniales que luchan contra el imperialismo, por la emancipación nacional y el progreso social, y esta consideración está sólidamente articulada a la propia historia del país.

### La historia

Cuba se constituyó en nación como resultado de un proceso de transculturación y luchas en el que cristalizó una nacionalidad mestiza, nacida de inmigrantes económicos y esclavos. Su suerte estuvo siempre vinculada a los acontecimientos internacionales, y la insularidad de su geografía, le hizo ver y comprender a sus habitantes la vecindad y cercanía del mundo.

Los pobladores de la Isla Grande, cuando aún pugnaban por constituirse en nación, pelearon por la independencia de los Estados Unidos, se estremecieron y beneficiaron con la Revolución Haitiana y sus primeros revolucionarios, conspiraron con Simón Bolívar y los padres de la primera independencia americana, y ya en tan temprana época encontraron la hostilidad y los apetitos anexionistas de los primeros gobernantes de la república que al Norte habían ayudado a independizar.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Véase Felipe de J. Pérez Cruz: «¿De qué Bicentenario hablamos?», *Docencia*, Lima, Año VIII, No. 24, mayo 2008, p. 6.

Treinta años de luchas por una independencia que logró mediatizar el ya indeseable gobierno estadounidense, consolidó sin embargo la tradición de solidaridad de los pueblos de América y del mundo, con la lucha emancipadora cubana, y la actuación internacionalista de los patriotas cubanos con las causas más justas de su época.

«Patria es humanidad»<sup>2</sup> definiría el Héroe Nacional, José Martí, creador en 1892 del primer partido antimperialista en la historia mundial, el Partido Revolucionario Cubano (PRC) constituido para conquistar la libertad de Cuba y Puerto Rico y, con la independencia de nuestros dos territorios antillanos, evitar a tiempo la expansión de los Estados Unidos por América Latina.

El legado martiano sería retomado por los revolucionarios cubanos en el Siglo xx. Se trata de la aparición de un nuevo conjunto de circunstancias y sujetos revolucionarios, que desde las demandas de rescate de la patria neocolonizada, la irrupción combativa del movimiento obrero y la lucha social de las masas, el antinjerencismo y antimperialismo, van a retomar y enriquecer la tradición solidaria e internacionalista. Los cubanos no son ajenos a la Revolución Mexicana. Desde 1910 ella tiene una presencia nítida en el curso de las ideas políticas, la Reforma Universitaria y el desarrollo de la cultura nacional. Tampoco el país se mantiene fuera del impacto trascendental de la Revolución de Octubre de 1917. Después del Partido Revolucionario Cubano, el Partido marxista y leninista, fundado en agosto de 1925, sería el primer partido internacionalista de la época republicana.

Julio Antonio Mella, uno de los fundadores del primer Partido Comunista de Cuba y el más esclarecido dirigente marxista cubano de su época, sería el impulsor del nuevo momento de solidaridad e internacionalismo. Así, Mella funda La Liga Antimperialista de las Américas, y apoya decididamente la resistencia antiyanqui de Augusto C. Sandino.<sup>3</sup>

Para Mella, Martí «tuvo sin duda alguna, el concepto del internacionalismo»: «Internacionalismo significa, en primer término —definirá el joven líder comunista— liberación nacional del yugo extranjero imperialista y, conjuntamente, solidaridad, unión estrecha con los oprimidos de las demás naciones».<sup>4</sup> Más de mil combatientes parten de nuestro país para incorporarse a las brigadas internacionales que defen-

<sup>2</sup> José Martí: *Obras Completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1966, t. 5, p. 468.

<sup>3</sup> Véase Felipe de J. Pérez Cruz: «Julio Antonio Mella y los fundamentos del marxismo en Cuba», *Contracorriente* año 3, número 7, La Habana, pp. 27-55; véase también Daniel Kersfeld: *La recepción del marxismo en América. El caso de la Liga Antimperialista de las Américas. Tesis para obtener el Grado de Doctor en Estudios Latinoamericanos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México D. F., 2007.

<sup>4</sup> Julio Antonio Mella: «Glosas al pensamiento de José Martí», *Instituto de Historia del Movimiento Obrero y la Revolución Socialista de Cuba: Documentos y Artículos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 272-273.

dían a la República Española frente a la agresión fascista.<sup>5</sup> En el Ejército Rojo y en las fuerzas navales y expedicionarias estadounidenses, los cubanos participan en la lucha antifascista durante la Segunda Guerra Mundial.<sup>6</sup>

La tradición internacionalista es una de las fuentes nutricias de la generación que lleva adelante la última etapa de la liberación cubana. El joven Fidel Castro ratifica su latinoamericanismo antimperialista en la solidaridad con los patriotas que lideraba Pedro Albizu Campos y la fundación del Comité de Solidaridad con la Independencia de Puerto Rico. Luego lo encontraremos en la fracasada expedición de Cayo Confites, dispuesto a ir a pelear contra el dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo. De estos anhelos libertarios nace su primera gira latinoamericana, para la organización del Congreso Latinoamericano de Estudiantes en la Bogotá de 1948, donde lo sorprende el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán y el estallido de ira del Bogotazo. Entonces no dudará de ponerse al lado de sus compañeros estudiantes y trabajadores, y participar en la resistencia armada.<sup>7</sup>

Fiel a sus ideas martianas, en el programa nacional liberador de *La Historia me absolverá* Fidel Castro proclama que: «Cuba debía ser baluarte de libertad», tierra de solidaridad con todos los perseguidos por las tiranías que oprimían a las naciones hermanas.<sup>8</sup> Mientras guardan prisión Fidel y la mayoría de los sobrevivientes de la masacre que ejecuta la dictadura contra los asaltantes al Cuartel Moncada en la mañana y días posteriores al 26 de julio de 1953, Antonio (Ñico) López y un grupo de combatientes que lograron evadir la represión, van a dar su solidaridad a la Guatemala de Jacobo Arbenz. En enero de 1954, Ñico López conoce en Guatemala a Ernesto Guevara de la Serna, a quien el joven cubano rebautizaría para la historia americana como *Che*. Apenas un año después —julio de 1955—, Che conoce a Fidel en México, y se integra a la expedición del Granma.

## El triunfo de la Revolución

El triunfo de la Revolución Cubana abrió una nueva época en la historia de América Latina. A partir de la Revolución en la mayor de las Antillas, el socialismo se convirtió en una alternativa real para América, y los pueblos de la región arreciaron su lucha nacional liberadoras. La inconclusa tarea antimperialista martiana, sería asumida por la triunfante Revolución.

<sup>5</sup> S/a: *Instituto de Historia del Movimiento Obrero y la Revolución Socialista Cuba: Cuba en la defensa de la República Española (1936-1939)*, Editora Política, La Habana, 1981.

<sup>6</sup> Véase Blas Roca: *Todo para la derrota a Hitler*, La Habana, 1942.

<sup>7</sup> Véase Marta Rojas y otros: *Antes del Moncada*, Ediciones Unión, La Habana, 1979.

<sup>8</sup> Fidel Castro Ruz: *La Historia me absolverá*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981, p. 40.

La Declaración de La Habana, el 2 de septiembre de 1960, y la Segunda Declaración de La Habana, el 4 de febrero de 1962, aprobadas ambas en multitudinarias asambleas de más de un millón de cubanos en la Plaza de la Revolución, se inscriben en la historia como eslabones superiores del proceso que devolvió a Cuba su plena soberanía e independencia y la convirtieron en factor decisivo para la lucha por la segunda y definitiva independencia de Nuestra América.<sup>9</sup>

La solidaridad en Cuba alcanzaría un máximo protagonismo humanista en la amplia participación junto al movimiento de liberación nacional, en la ayuda ante desastres y situaciones humanitarias y en los programas de cooperación internacional. Más de 350 mil cubanos cumplieron misiones como combatientes internacionales y hasta agosto del 2008, otros 270 743 lo han hecho en calidad de especialistas en servicio de cooperación y asistencia, en 160 naciones, en los sectores de la salud, construcción, educación, deporte, agricultura, industria azucarera, pesca y en otras múltiples esferas de las economías y sociedades de los países del Sur, y en menor medida en países desarrollados.<sup>10</sup>

Cuba es el país del Sur que más ha aportado a la descolonización y liberación nacional y a la colaboración Sur-Sur. Hoy tiene relaciones de cooperación con 154 Estados en 15 sectores. En 99 de estas naciones cumplen sus misiones de paz y desarrollo 51 316 profesionales y técnicos cubanos. Tan masiva e histórica acción internacionalista no tiene equivalentes en cantidad y calidad en el mundo.

## En los combates por la liberación nacional

La Revolución apoyó, canalizó y se comprometió con un torrente de movimientos revolucionarios que tenían sus raíces y razón de existencia, en las luchas de sus pueblos, en la internalidad de la explotación y la opresión oligárquica imperialista. En 1959, el Año de la Liberación, la Revolución Cubana inició su colaboración con los patriotas latinoamericanos y apoyó a los revolucionarios del Movimiento de Liberación Dominicana que se enfrentaban al tirano Rafael Leónidas Trujillo en la preparación y ejecución de la expedición insurreccional que arribó a su país en junio de ese año.<sup>11</sup> Así mismo en esos días se prestó colaboración a los nicaragüenses que organizaban la columna guerrillera «Rigoberto López Pérez».<sup>12</sup>

<sup>9</sup> Véase Declaración de La Habana, Segunda Declaración de La Habana y Declaración de Santiago, Editora Política, La Habana, 1965.

<sup>10</sup> Los datos de la colaboración cubana han sido tomados de: Dirección de Colaboración Internacional: «Antecedentes de la cooperación cubana en el mundo», Doc. MINREX, Cuba, 2008.

<sup>11</sup> Véase Delio Gómez Ochoa: *Constanza, Maimón y Estero: La victoria de los caídos*, Editora Alfa Omega, Santo Domingo, 1998.

<sup>12</sup> Carlos Fonseca Amador: *Obras: bajo la bandera del sandinismo*, Editorial Nueva Nicaragua, Managua, 1982, t. 1, p. 435.

El extraordinario apoyo internacionalista que la Unión Soviética brindó para la sobrevivencia de la Revolución, y la justa admiración y respeto que creció en Cuba por la URSS, el partido y el pueblo de ese multinacional Estado,<sup>13</sup> tuvo como consecuencia que, en determinado momento, predominaran en la percepción política cubana, tesis y criterios similares a los soviéticos, y se introdujeran parte de los presupuestos del llamado socialismo real, pero ello no fue suficiente para minar la tradición de autoctonía, el espíritu soberano y el histórico compromiso internacionalista y latinoamericanista de los revolucionarios de la mayor de las Antillas. En los años sesenta y setenta, mientras dentro de las fuerzas revolucionarias cubanas el dilema sobre los marxismos posibles, se manifestaba en fuertes debates entre unas y otras concepciones de desarrollo económico y sociopolítico, siempre fue unánime la posición alrededor de los deberes de los patriotas cubanos para con sus hermanos de luchas en América y el mundo. Así la praxis internacionalista y solidaria de la Revolución Cubana, no pudo ser frenada por las visiones adversas al apoyo a los movimientos guerrilleros que se fabricaban desde Moscú.

En franco desacuerdo con los criterios del partido soviético,<sup>14</sup> Cuba asumió sus deberes para con la lucha antimperialista en los ámbitos latinoamericano y mundial. El apoyo al movimiento guerrillero y a las fuerzas y organizaciones que resistían por la vía armada a las dictaduras militares, la realización del proyecto insurreccional del Che Guevara en Bolivia, la Conferencia Tricontinental (1966) y dentro de esta, la creación de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAL), y un año después de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS),<sup>15</sup> fracturaron las relaciones con varios partidos comunistas latinoamericanos que sostenía acriticamente los criterios soviéticos, y acercó a los cubanos a la izquierda marxista que había salido de esos partidos, y también a la izquierda cristiana, a Camilo Torres, a los sacerdotes y cristianos por el socialismo, la Teología de la Liberación, las comunidades eclesiales de base y los educadores populares.

La política solidaria e internacionalista de la Revolución Cubana fue una consecuencia de la propia historia compartida con los pueblos latinoamericanos. Y en tal realidad histórica, el mito de «exportar la revolución», en tanto campaña propagandística creada por el Gobierno de los Estados Unidos, no se sustenta.<sup>16</sup> Si fue muy útil para justificar la completa alineación contrarrevolucionaria del imperio, justificar el

<sup>13</sup> Véase s/a: *20 años de amistad y solidaridad inquebrantables*, Editora Política, La Habana, 1980.

<sup>14</sup> Desde el XX Congreso del PCUS en 1956 se había adoptado la vía pacífica al socialismo, la que fue asumida también por los partidos comunistas de la región.

<sup>15</sup> Caridad Masson y Ana Monroy: «Cuba en la trinchera de su política exterior (1959-1975)», *Cuadernos Cubanos de Historia*, Instituto de Historia de Cuba, La Habana, 2008, p. 78.

<sup>16</sup> Véase Fidel Castro Ruz: *Cien horas con Fidel. Conversaciones con Ignacio Ramonet*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2006, p. 336.



criminal bloqueo a Cuba, y dirigir la ofensiva reaccionaria de alcance hemisférico y mundial. La Entente conservadora que orquestó contra el gobierno revolucionario, se caracterizó por su naturaleza terrorista, tanto por medio de la utilización de las fuerzas «contrainsurgentes», como de planes de internacionalización del secuestro, la tortura y el asesinato político, del que tipo de la llamada Operación Cóndor, en el que articularon a contrarrevolucionarios de origen cubano, miembros de los cuerpos de inteligencia de los gobiernos latinoamericanos y agentes de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos (CIA).<sup>17</sup>

La percepción que ha intentado generalizar el imperialismo de la actividad solidaria e internacionalista de la Revolución Cubana en América Latina, es la de una promoción constante de la guerra y la violencia. Nada más lejos de la realidad. El apoyo a la lucha armada siempre fue una cooperación con la decisión soberana que tomaron los revolucionarios de cada país. El grueso del trabajo de solidaridad de Cuba ha sido y es una obra de paz y amistad. Se amplía con múltiples acciones que realizan sus instituciones estatales y no gubernamentales.

La Casa de las Américas fue creada el 28 de abril de 1959 y es uno de los primeros proyectos culturales de la Revolución Cubana. Su labor ha sido insustituible en la creación de lazos de amistad y colaboración entre los profesionales de América. La Casa ha recibido a lo mejor de la intelectualidad latinoamericana y caribeña, y sus eventos teóricos y concursos han sido tribuna para la defensa y promoción de la cultura latinoamericana, sus valores estéticos, estilísticos y lingüísticos. En ella han encontrado atención las manifestaciones de nuestros pueblos originarios, y de las minorías explotadas y subvaloradas por la cultura oligárquica y proimperialista.

Desde los primeros días del triunfo revolucionario, comenzaron a llegar a nuestro país, intelectuales, artistas, parlamentarios, estudiantes, campesinos y obreros, integrantes y representantes de agrupaciones progresistas, quienes, procedentes de los sitios más recónditos del planeta, para atender a todos estos compañeros, nuclearlos alrededor de la Revolución y propiciar sus relaciones con los más amplio sectores de la sociedad cubana, se creó el 30 de diciembre de 1960, el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (ICAP).

El movimiento popular y democrático de Salvador Allende, que llegó al gobierno de Chile por el voto electoral en septiembre de 1970 —la entonces denominada vía pacífica—, recibió de inmediato la entusiasta colaboración del pueblo cubano.<sup>18</sup> Cuando fue derrocado y asesinado Allende, con el golpe fascista en complicidad con los Estados Unidos, los refugiados chilenos encontraron en Cuba una segunda patria y los patriotas de la resistencia armada y política, recibieron toda nuestra

<sup>17</sup> Véase Martín Almada: *Paraguay: La Cárcel Olvidada. El país extraviado*, Encuentro Internacional por la Verdad y la Justicia, La Habana, 2005.

<sup>18</sup> Véase Fidel Castro Ruz: *Cuba-Chile*, Ediciones Políticas COR, La Habana, 1972.

colaboración. A tal proceso se sumó un amplio movimiento de solidaridad entre los cubanos y cubanas. También el archipiélago antillano fue una patria generosa donde encontraron paz, trabajo y estudios centenares de perseguidos por las dictaduras militares instauradas en Brasil, Uruguay, Bolivia y otros pueblos suramericanos.

Los internacionalistas cubanos apoyaron a la Revolución Popular Sandinista de Nicaragua desde su etapa insurreccional, y tras el triunfo revolucionario de julio de 1979 realizaron su aporte de paz a la reconstrucción económica y el desarrollo social. También Cuba acudió en apoyo de la Revolución en Granada cuando en el propio 1979, el pueblo trabajador de Granada, encabezado por Maurice Bishop y el Movimiento de la Nueva Joya, derrocó al régimen dictatorial. Junto a los revolucionarios del pequeño país, constructores y trabajadores civiles cubanos resistieron la artera invasión realizada por las tropas estadounidenses en 1983.<sup>19</sup>

A finales de 2007, a raíz de las negociaciones para la liberación por decisión de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) del niño Emmanuel, su mamá Clara Rojas y la ex diputada Consuelo González, cautivos de esta organización durante varios años, Cuba volvió a ratificar su solícita posición a favor de una solución pacífica al prolongado conflicto interno en ese hermano país.<sup>20</sup>

## Las campañas internacionalistas en África

La actuación internacionalista de la Revolución Cubana fue decisiva para consolidar la descolonización en África, proteger los nuevos Estados surgidos de las luchas anticolonialistas, defender su integridad y soberanía, ayudarlos a organizar su economía y sociedad. En 1963, los combatientes cubanos acudieron al apoyo de la Revolución Argelina, agredida por la monarquía marroquí.<sup>21</sup> Desde que el 24 de abril de 1965, el Che Guevara ingresa en el Congo, se inició a epopeya de apoyo a los movimientos de liberación de África Subsahariana.<sup>22</sup> Combatientes cubanos lucharon y dieron su vida ayudando a los movimientos de liberación de Guinea Bissau y Angola contra el colonialismo portugués.

<sup>19</sup> Véase Sindicato Nacional de Trabajadores de la Construcción: *Historia del contingente internacionalista en Granada*, Secretaría de Divulgación SNTC, La Habana, 1984.

<sup>20</sup> Véase Germán Sánchez Otero: *Transparencia de Emmanuel*, Ediciones Plaza, La Habana, 2008. Recientemente el libro *La paz en Colombia*, escrito por Fidel Castro, aportó una contundente y documentada historia de los nobles empeños de la Revolución Cubana para avanzar hacia la paz en este complejo escenario. Fidel Castro Ruz *La paz en Colombia*, Editora Política, La Habana, 2008.

<sup>21</sup> Véase Gisela García Blanco: *La misión internacionalista de Cuba en Argelia 1963-1964*, Imprenta de la Dirección Política Principal de las FAR, La Habana, 1990.

<sup>22</sup> Véase Ernesto Che Guevara: *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo*, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1999.

Cuando es derrotado el colonialismo portugués, el imperialismo estadounidense y los racistas sudafricanos, intentaron impedir la llegada al poder del Movimiento para la Liberación de Angola (MPLA), genuino representante del pueblo angolano, articulador por demás de la derrota portuguesa. En cruentos combates las fuerzas cubanas logran hacer retroceder al ejército racista, y crear las condiciones para la asunción del legítimo gobierno del MPLA, con el patriota Agosthino Neto como presidente. La presencia en el país de 36 mil combatientes cubanos para abril del 1976, resulta decisiva para la consolidación del gobierno angolano, la derrota de la invasión sudafricana y la formación con los guerrilleros del ejército nacional revolucionario, con capacidad para enfrentar con efectividad la defensa de su territorio. Se inició entonces una heroica cooperación militar que se mantendría por casi 16 años, enfrentando constantemente el peligro de nuevas invasiones y las acciones de las fuerzas contrarrevolucionarias.<sup>23</sup>

El último acto de la epopeya cubana en Angola se precipitó cuando los sudafricanos invadieron y avanzaron contra Cuito Cuanavale, para ser severamente rechazados por las fuerzas angolano-cubanas en cruentos combates, que le infringieron una aplastante derrota militar y moral. Así se consolidó definitivamente la seguridad de Angola, se selló la independencia de Namibia y el imperialismo sudafricano y sus aliados estadounidenses y europeos, recibieron un golpe tan demoledor, que a la postre determinó el fin del sistema segregacionista y expoliador del apartheid y la autodeterminación de las mayorías negras y mestizas del pueblo sudafricano.

La victoria de Angola no solo fue militar. Acompañó a la colaboración armada un amplio contingente de trabajadores internacionalistas. Cincuenta mil cubanos realizaron la más masiva acción de colaboración civil de que se tenga memoria, como alfabetizadores, profesores, médicos y constructores, arriesgando sus vidas en medio de los combates, en el clima tenso de la guerra civil y el terrorismo contrarrevolucionario.

En 1978 el Ministro de Defensa de Sudáfrica comisionó al profesor F.J. du Toit Spies para llevar cabo un estudio sobre la participación de Sudáfrica en Angola en 1975-1976. Luego de una demora de diez años se conoció el informe del profesor Spies. En su texto se lee: «Los cubanos casi nunca se rendían y, muy simplemente, combatían con alegría hasta morir».<sup>24</sup> Sirva este reconocimiento de un historiador oficial del apartheid como testimonio de la actitud de los cubanos en África, de homenaje a los oficiales y soldados, maestros, médicos y constructores civiles, que dieron su vida en el cumplimiento de aquellas misiones

<sup>23</sup> Véase Piero Gleijeses: *Misiones en conflicto: La Habana, Washington y África 1959-1976*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.

<sup>24</sup> F. J. du Toit Spies: *Operasie Savannah. Angola. 1975-1976*, Pretoria, 1989, p. 108.

La masiva participación cubana en África renovó la valoración y el rescate de la cultura y filosofía de nuestra africanía, sellada con el regreso victorioso, de los combatientes y trabajadores internacionalistas, y con la honrosa sepultura en la patria, de los héroes caídos en el cumplimiento de las misiones. Cubanos de raíces afro, europeas y asiáticas, cubanos todos, se unieron en las tareas internacionalistas, y continúan hoy en las labores de colaboración educacional, médica, científica y técnica.

A la especie de la «exportación de la revolución», sucedió la de acusarnos de ser un peón de la Unión Soviética en África. Está suficientemente probado la soberana decisión cubana de enviar tropas a Angola,<sup>25</sup> hoy se conoce por las declaraciones del propio Henry Kissinger, como los gobernantes estadounidenses en su prepotencia, no podían asumir la audacia de la dirección cubana, de hacerse presente en Angola sin el permiso y apoyo soviético.<sup>26</sup>

## La colaboración en el área de salud

Cuba ofrece su primera Ayuda Médica Internacional en 1960, cuando envió una brigada médica a Chile, después del terremoto que azotó a ese país. En 1963 otra Brigada Médica parte a Argelia. Desde entonces, 38 Brigadas de salud cubanas han prestado sus servicios ante llamados de emergencia de 21 países, con un carácter humanitario e internacionalista. En total en el campo de la salud, han cumplido misiones alrededor de 185 mil profesionales y técnicos de la salud en 103 países del tercer mundo. Hoy cumplen misiones 39 051 trabajadores del sector de la salud, en 72 países, de ellos 17 919 son médicos (el 26,5 % del total de médicos en activo de nuestro país).

En 1998 comenzó a estructurarse una nueva etapa de la colaboración médica internacional cubana, a partir del paso de los huracanes George y Mitch por Centroamérica y el Caribe. Cuando los presidentes centroamericanos solicitaron ayuda de la comunidad internacional y Cuba de inmediato ofrece sus médicos y técnicos. También ante el desastre humanitario que produjo el huracán George en Haití, el gobierno cubano ofreció enviar todos los médicos que fueran necesarios, y le propuso al gobierno francés que aportara parte de los medicamentos que los pobladores de su ex colonia necesitaban. París nunca contestó: prefirió enviar tropas. Cuba, entonces, asumió el costo de un contingente de 2 500 médicos y todas las toneladas de medicamentos que su economía le ha permitido destinar a tal programa de ayuda.

<sup>25</sup> Véase Anatoly Dobrynin: *In confidence: Moscow's Ambassador to America's Six Cold War Presidents*, New York, 1995, p. 362; véase también: Piero Gleijeses: *Misiones en conflicto*, ob. cit., pp. 571-575.

<sup>26</sup> Henry Kissinger: *Years of Renewal*, New York, 1999, p. 816.

Esta vez no solo se trataría de la ayuda solícita ante el desastre, sino que la Revolución se propuso organizar y realizar un programa de amplia colaboración médica para los pueblos de países pobres, mediante lo que se llamó Programa Integral de Salud (PIS). Hoy este programa brinda asistencia médica a 38 países de América Latina, África y Asia —y a Ucrania en Europa—, cubriendo con su atención una población de 68 539 080 habitantes.

La concepción de integralidad del programa cubano de salud, no se circunscribió a la labor asistencial. Se pensó en la necesidad de trabajar en la formación de los recursos humanos, para que cada país llegara a tener sus propios médicos y personal de la salud, dispuesto a prestar servicio a los más necesitados. Con este propósito, en el mismo año 1998, Cuba inauguró la Escuela Latinoamericana de Ciencias Médicas (ELAM) que tiene como tarea la de formar a los médicos que la región necesita. En particular este centro se nutre de jóvenes provenientes de familias pobres, que asumen el compromiso de regresar a sus comunidades y lugares de origen para llevar adelante allí, los servicios de salud. Ya en julio 2005 la ELAM graduaba los primeros 1 610 médicos latinoamericanos.

Los impactos sobre los servicios de salud de los países integrados al programa integral de salud, son realmente significativos: se han realizado 112 439 930 consultas médicas, 30 177 899 personas recibieron visitas y atenciones médicas en sus propias casas y 2 663 772 pacientes fueron intervenidos quirúrgicamente. Nuestros médicos han realizado 913 863 partos. Gracias a la calidad de la atención de las urgencias médicas se han salvado 1 855 023 vidas. Con personal cubano han comenzado a prestar servicio 19 hospitales.

La labor del personal cubano se extiende a la educación, profilaxis y prevención de salud. Las poblaciones beneficiadas con el PIS fueron protegidas con 9 577 736 dosis de vacunas. El proyecto de intervención educativa radial sobre VIH/SIDA tiene realizados 31 469 programas radiales, 5 756 programas televisivos, además de una práctica de consultaría que ha atendido a 1 112 224 enfermos, mientras han formado 1 924 777 de asistentes y jóvenes voluntarios en manejo de pacientes con SIDA.

El presidente venezolano, Hugo Chávez Frías, firmó con el gobierno cubano el apoyo a su programa masivo de salud llamado Misión Barrio Adentro. Se trataba de llevar por primera vez en la historia de ese país, la atención de salud a los barrios marginales y las regiones más pobres del país. Para tal misión arribaron a Venezuela inicialmente 14 mil médicos cubanos, cifra que ha continuado aumentando con más galenos y trabajadores de la salud, que dan su colaboración en los nuevos planes y programas con que ha continuado la Revolución Bolivariana. Solo desde el 2003 hasta la fecha, los profesionales de la salud cubanos han salvado 57 mil vidas mediante la Misión Barrio Adentro. También una de las primeras decisiones de política internacional de Hugo Chávez fue la de firmar con Cuba un convenio de salud.

Dentro de los planes conjuntos de Cuba y Venezuela, está el de graduar gratuitamente a 10 mil médicos anuales latinoamericanos, o sea cien mil en diez años.

Para ello se prevé la creación de nuevas escuelas formadoras en Venezuela y otros países de integrantes de la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Libre Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP). Dentro de estas perspectivas solidarias, no se abandona la alianza con el pueblo pobre estadounidense. La iniciativa formadora de médicos también se ha extendido a los jóvenes que en los Estados Unidos no pueden pagar los miles de dólares que cuesta la carrera de medicina, 71 de ellos ya estudian medicina en la ELAM.

En el camino de la atención integral de salud, se constató la grave situación oftalmológica, que afecta a miles de personas en la región latinoamericana y en otras partes del mundo. Para satisfacer esta demanda, nació el programa oftalmológico Misión Milagro —en cooperación con Venezuela—, que está destinado a combatir las cegueras prevenibles en países de América Latina, el Caribe y África. Desde julio del 2004 en que comenzó a aplicarse este programa, hasta mayo del 2008, se han realizado un millón 128 999 de intervenciones quirúrgicas gratuitas a ciudadanos de 32 países. Estos enfermos que en su inmensa mayoría carecían de recursos para pagarse los costos del tratamiento y la cirugía, recuperaron la vista con el trabajo de los médicos cubanos y la más moderna tecnología presente en el mundo.

Sobre la base del mismo concepto de crear las bases para que cada país genere sus propias soluciones de atención, el plan incluyó la donación por parte de nuestra nación de centros de cirugía oftalmológica, y la capacitación y formación del personal del país, para que en un futuro inmediato asuma esa tarea. Hoy esta obra de creación se ha extendido a 51 centros oftalmológicos y 84 posiciones quirúrgicas, ubicadas en los países a los que se presta colaboración. La experiencia a su vez, ha servido de modelo para que la Organización Panamericana de la Salud (OPS) lance un Programa de Prevención y Eliminación de la Ceguera en el continente Americano.

Prestos estuvieron a colaborar los cubanos en agosto-septiembre 2005, con las poblaciones de estadounidenses tras el paso del huracán Katrina, y el desastre humano que creó la irresponsabilidad y desatención del Gobierno de George W. Bush. Para llevar adelante tal misión se creó el Contingente Henry Reeve, en honor al joven héroe estadounidense que con 26 años, cayó combatiendo por la independencia cubana en 1876. Cuando la gobernadora de Louisiana, Kathleen Babineaux, pidió ayuda urgente de personal médico, el gobierno cubano respondió ofreciendo poner en Louisiana, Mississippi y Alabama, en un máximo de 48 horas, un contingente de 1 600 médicos especializados para actuar en este tipo de circunstancia. Ellos llevarían 36 toneladas de medicamentos y otros recursos necesarios. Todo como ayuda humanitaria. Ese ofrecimiento, ni el realizado directamente al presidente George W. Bush, obtuvieron respuesta.

Hoy el Contingente Internacional de Médicos Especializados en Situaciones de Desastre y Graves Epidemias «Henry Reeve», recoge toda la experiencia acumulada por Cuba para situaciones de desastres y emergencias humanitarias. Este contingente

está integrado por 10 mil cooperantes cubanos, de los cuales 4 121 han asistido a más de 3 millones de damnificados en Guatemala, Pakistán, Bolivia, Indonesia, México, Perú y China. Por medio de ese programa, el Gobierno cubano ha donado 36 hospitales quirúrgicos de campaña equipados con la más moderna tecnología

El complejo de ciencia y tecnología de punta que ha desarrollado Cuba en las áreas biotecnológica y farmacológica, está también inserto en las tareas internacionales. Las vacunas cubanas desarrolladas y pensadas para los problemas que azotan a los pueblos del Sur abren otro amplio frente de colaboración. Por eso los científicos cubanos trabajan arduamente por una vacuna contra la malaria, una enfermedad que no existe en el país. Las transnacionales no gastan dinero en tales estudios, pues esas son medicinas de pobres: no existiría nunca el mercado con capacidad para revertir y multiplicar los costos de la investigación-desarrollo-producción. Las pandemias como el SIDA no solo precisan de vacunas, sino de nuevas batallas humanistas por crear los entornos de salud y educación, capaces de erradicar las causas sociales y culturales que están en la base del crecimiento de las enfermedades.

## En el sector educacional

En octubre de 1961, llegaron a Cuba 15 jóvenes guineanos a cursar estudios superiores, gracias a las becas otorgadas por el Gobierno Revolucionario. Ellos fueron los primeros de los miles de niños y jóvenes de África, Asia y América Latina, que llegarían después. En los años más cruentos de la lucha por la liberación y consolidación nacional africana, cientos de niños y jóvenes a los que la pobreza, guerra, y el apartheid, impedían estudiar encontraron su oportunidad, en la escuela de pueblos que la Revolución creó en la Isla de la Juventud. Junto a los africanos también fueron atendidos los huérfanos de guerra e hijos de los combatientes nicaragüenses, guatemaltecos, salvadoreños y de otros países que atravesaban conflictos armados.

Hasta el curso escolar 2006-2007 se graduaron en los institutos medios y superiores cubanos 50 171 estudiantes extranjeros de 128 naciones, en 33 especialidades universitarias y técnicas. Esta cifra se duplicará en pocos años, pues en estos momentos viven entre nosotros 31 807 jóvenes procedentes de 123 países y 5 territorios de ultramar, de ellos medicina 24 857 (78,1%) estudian medicina. Esta colaboración solidaria se expresa en el régimen que permite recibir gratuitamente su formación académica con el mismo acceso gratuito a los libros y medios de enseñanza que sus condiscípulos cubanos, así como la residencia, manutención y atención médica. A su vez maestros y especialistas cubanos contribuyen en otros países a la formación de más de 25 mil profesionales.

La Escuela Internacional de Deporte (EIEFD), nació el 3 de septiembre de 1999 por una idea del presidente cubano Fidel Castro, de formar jóvenes especialistas en deportes, quienes, una vez graduados, tomaran una decisión similar a los médicos de la ELAM, poner sus conocimientos en beneficio de los sectores más desposeídos

de sus pueblos. La EIEFD ya ha graduado 1 200 los diplomados de 71 países del Tercer Mundo. Su matrícula actual es de 1 446 jóvenes procedentes de 74 naciones.

Más de 26 000 profesores cubanos han prestado sus servicios docentes en 31 países, entre los que resaltan los Destacamentos Pedagógicos «Che Guevara» en Angola y «Augusto C. Sandino» en Nicaragua, que llevaron la luz del saber a las más apartadas poblaciones, en medio de conflictos armados y al acoso de bandas de criminales armadas, en el caso africano, por los servicios de inteligencia sudafricanos y en ambos, con la participación de la CIA.<sup>27</sup>

El desarrollo del pensamiento pedagógico latinoamericano y universal y los aportes para lograr una educación con calidad para todos, en el contexto de la cooperación Sur-Sur, es un tema central de la labor internacionalista que realizan los educadores cubanos. Las experiencias internacionales de la escuela cubana de alfabetización, los aportes de las campañas en Angola, Etiopía y Nicaragua en los años setenta y principios de los ochenta del pasado siglo,<sup>28</sup> así como las más recientes acciones de la alfabetización por radio en Haití y otros países, se han consolidado en la estrategia de alfabetización *Yo, sí puedo*. La metodología cubana con el empleo de cartillas, novedosas fórmulas didácticas, seminarios presenciales y un eficiente empleo de la tecnología educativa, han revolucionado las propuestas de alfabetización a escala internacional y demostrado su fiabilidad con palpables resultados en la erradicación del analfabetismo en Venezuela y sustanciales avances a escala de los proyectos que se ejecutan en provincias y municipios de otros países.

El *Yo sí puedo*, se aplica en 28 países de América Latina, África y Oceanía. Más de tres millones de analfabetos —3 millones 148 mil personas, de ellos el 51,7% en Venezuela—, escriben y leen en su lengua, gracias a la colaboración cubana. Cursan los programas cubanos en estos momentos 316 mil 035 personas de 24 países. Los países beneficiados con el programa son: Venezuela, Haití, Paraguay, Argentina, México, Ecuador, Bolivia, Brasil, Perú, Guatemala, Uruguay, Honduras, Nicaragua, República Dominicana, Canadá, Nueva Zelanda, Mozambique, El Salvador, Colombia, Granada, Guinea Bissau, Guinea Ecuatorial, Nigeria, Timor Leste, Guyana Francesa, Saint Kitts y Nevis y Sudáfrica. Ante sus resultados, la UNESCO le ha entregado a Cuba, en dos ocasiones el Premio de Alfabetización Rey Sejong, por contribuir a mejorar los niveles educativos de diversos países.

En el sector de formación y capacitación, nuestro país incrementa también su apoyo para el desarrollo de la educación física, la recreación y el deporte de alto rendimiento. En este campo se presta asistencia técnica en 44 naciones con más de 1 100 profesionales de la cultura física y el deporte.

<sup>27</sup> Véase William Blum: *Asesinando la esperanza*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2005.

<sup>28</sup> Véase Julio Crespo Francisco: *Tras la huella de un contingente*, Ediciones Unión, La Habana, 1989.



Además de las áreas de salud y educación, Cuba coopera en América Latina y África, en las áreas de construcción, agricultura, recursos hidráulicos e industria azucarera, con el propósito de aliviar la situación de subdesarrollo y sus efectos negativos en las condiciones de vida de las poblaciones. Como nuestras limitaciones económicas no nos permiten cubrir todas las demandas de especialistas cubanos que se nos hacen y los recursos que ello precisa, hemos priorizando la búsqueda de terceras fuentes de financiamiento, con vistas a implementar programas de impacto social en los países donde trabajamos. Tal es el caso del apoyo a la cooperación Sur-Sur por la vía multilateral, mediante el Programa Especial de Seguridad Alimentaria (PESA) con la FAO y otros programas de las Naciones Unidas.

## El privilegio de ser internacionalistas

Con la proclamación de la Revolución Socialista y la asunción del marxismo y el leninismo como política de Estado, la histórica solidaridad y el internacionalismo cubano, y su articulación con los valores del internacionalismo proletario, que ya había definido de forma magistral Julio Antonio Mella, encuentran su más definitivo escenario de concreción. Fidel Castro será el artífice de la nueva etapa de despegue de la solidaridad y el internacionalismo cubano.

Fidel es consecuente con la definición de Mella, y una vez alcanzada la liberación, intensificará un creciente conjunto de acciones para poner al alcance de los pueblos latinoamericanos, caribeños y del mundo, los logros que crecían en la nación cubana. Por medio de las declaraciones de Fidel y de los dirigentes y representantes cubanos, Cuba ha insistido en la necesidad de la cooperación y la solidaridad internacional con los pueblos más explotados y empobrecidos. Cuando en 1968 Fidel compareció ante la Televisión Cubana para analizar los acontecimientos en Checoslovaquia, les recordó a sus aliados del socialismo europeo, tan preocupados por su seguridad regional, la necesidad de poner el énfasis de los países socialistas en las tareas internacionalistas: Entonces el líder cubano afirmó:

...el ideal comunista no puede olvidarse un solo instante del internacionalismo. Los que luchan por el comunismo dentro de cualquier país del mundo, no pueden nunca olvidarse del resto del mundo y cuál es la situación de miseria, de subdesarrollo, de pobreza, de ignorancia, de explotación en este resto del mundo.<sup>29</sup>

En esta idea central de no descansar hasta que los pueblos del mundo disfruten de la libertad conquistada para los cubanos y cubanas, Fidel cooperó con todos los patriotas que quisieron adelantar la liberación nacional, y tomaron las armas para derro-

<sup>29</sup> Fidel Castro Ruz: *Análisis de los acontecimientos en Checoslovaquia*, Comparecencia en la Televisión Cubana el 23 de agosto de 1968, Ediciones COR del CC-PCC, La Habana, 1968.

car a la oligarquía y el imperialismo. En estas primeras campañas internacionalistas de la Revolución Cubana, se destaca la identidad de pensamiento y acción de Fidel con Ernesto Che Guevara. La gesta del Che Guevara, su paso por los principales escenarios de lucha antimperialista mundial, el aporte a los movimientos de liberación africanos, y definitivamente su incorporación a la lucha guerrillera en Bolivia con el propósito de forjar una escuela de combatientes internacionalistas para irradiar la lucha armada en el continente,<sup>30</sup> fueron hechos y amores redentores compartidos con el líder de la Revolución Cubana

El constante trabajo de esclarecimiento, propaganda y agitación revolucionaria, que en todo momento desarrolló el Che, cuya esencia se condensa en su Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Conferencia Tricontinental,<sup>31</sup> constituye un legado para los revolucionarios de hoy. Las polémicas en que participa Guevara con quienes no coincidían con el camino de la lucha armada, contra los que dentro de las filas revolucionarias mantenían posiciones erróneas, azuzaban divisiones y eran presa tanto de personalismos, oportunismo como infantilismo izquierdizantes, resultan de sumo interés en momentos como los que vivimos, en los que resurge el movimiento emancipador, y afloran como nuevos, problemas de herencia y contenido histórico.

La política exterior cubana ha cumplido la ingente misión de expresar y defender en los organismos internacionales y en el campo de las relaciones mundiales, los principios internacionalistas y solidarios de la Revolución. Defendió la causa de la paz y de la coexistencia pacífica, del desarme y la negociación, de la lucha y la movilización de los pueblos contra el agresividad de los imperialistas, para impedir que estos puedan desatar una nueva y apocalíptica guerra en el mundo.<sup>32</sup> Cuba acompañó a los líderes del movimiento anticolonial y antimperialista — Gamal Abdel Nasser, Jawaharlal Nehru, Kwame Nkrumah — en la fundación del Movimiento de No Alineados, en la Conferencia de Belgrado en 1961, y trabajó consecuentemente desde entonces para hacer de esta iniciativa una fuerza antimperialista, anticolonialista y progresista en la arena internacional.

La causa de la liberación de Viet Nam movilizó a miles de cubanos. Los comités de solidaridad con el hermano pueblo, y con los patriotas laosianos y kampucheanos, también víctimas de la agresión estadounidense, se extendieron por toda la geografía nacional. Constructores, y otros especialistas cubanos, dieron su aporte a

<sup>30</sup> Manuel Piñero: «Mi modesto homenaje al Che», *Tricontinental* no. 37, La Habana, julio 1997, pp. 14-23.

<sup>31</sup> Ernesto Che Guevara: «Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental», *Ernesto Che Guevara: Escritos y Discursos*, t. 9, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.

<sup>32</sup> Fidel Castro Ruz: «Cuba Socialista», *Cuba Socialista*, Año 1, no. 1, p. 6.

Viet Nam en plena agresión norteamericana.<sup>33</sup> En el camino Ho Chi Min —como se denominó a la obra de ingeniería en tiempo de guerra, que permitió a los vietnamitas acumular las fuerzas y medios para dar el golpe final a los invasores yanquis— los internacionalistas cubanos tuvieron una destaca participación.<sup>34</sup> Después de la liberación y reunificación nacional vietnamita, los colaboradores cubanos han construido puentes, carreteras, escuelas, hospitales, fábricas y laboratorios, así como han enseñado nuevas técnicas para sembrar la tierra, cuidar los bosques, criar y manejar animales e impulsar el sector piscícola.

En los difíciles momentos de euforia de la reacción internacional por la desaparición de la URSS, cuando la crisis económica impactó con inusitada crudeza sobre el pueblo cubano, mientras el oportunista incremento del bloqueo y la actividad subversiva de los Estados Unidos intentaba ahogar definitivamente la Revolución, los patriotas cubanos se concentraron en las tareas de la resistencia nacional y defensa de las fundamentales conquistas del socialismo. Esta fue también una tarea internacionalista pues con ella se defendía para los cubanos y cubanas, para América y el mundo, la existencia del proyecto socialista. A su vez Cuba no redujo ni una sola de las becas que ofrecía en su territorio a cientos de jóvenes del Sur, y los trabajadores internacionalistas cubanos, incluidos 2 mil médicos y técnicos de la salud, continuaron su gestión en 32 países.<sup>35</sup>

En medio de tales esfuerzos, el Partido Comunista de Cuba defendió la necesidad de mantener el Movimiento de Países No Alineados, dado que se mantenía en su esencialidad la política imperialista, y estuvo junto a quienes a contracorriente de pesimismo y deserciones, se reunieron en julio de 1990 en Sao Paulo, Brasil, para autorreconocerse en sus convicciones y declarar que aún la crisis del capitalismo constituía la esencia de los problemas de la región latinoamericana, y renovar su credo socialista y antimperialista. Ese pronunciamiento fue emitido en el Encuentro de Partidos y Organizaciones de Izquierda de América Latina y el Caribe, que un año más tarde adoptó el nombre de Foro de Sao Paulo (FSP).

Los primeros logros de la resistencia cubana en el Período Especial, coinciden con los estallidos sociales y crisis políticas que anuncian un nuevo momento continental. En estos primeros años de Siglo XXI, la Revolución Cubana va apoyar y acompañar el despertar de los movimientos sociales, y la recuperación de los partidos y

<sup>33</sup> Véase Tercer Simposio contra el genocidio yanqui en Vietnam y su extensión a Laos y Cambodia, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1973.

<sup>34</sup> Véase Raúl Valdés Vivó: *El gran secreto: Cubanos en el camino Ho Chi Minh*, La Habana, Editora Política, 1990.

<sup>35</sup> Partido Comunista de Cuba: «Este es el Congreso más democrático», *Resoluciones, principales intervenciones y relación de miembros del Buró Político y del Comité Central*, Editora Política, La Habana, 1991, p. 168.

organizaciones democráticas y revolucionarias latinoamericanas y caribeñas;<sup>36</sup> y está junto a los pueblos en las grandes movilizaciones contra el nuevo intento anexionista de los Estados Unidos que fue el planteo del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Las organizaciones cubanas participan en la fundación en 1997, en Belo Horizonte, de Alianza Social Continental (ASC) de los pueblos de América, con la participación de representantes de 35 países latinoamericanos y caribeños. El objetivo de la Alianza sería el de elaborar una estrategia común para contraponerse al imperialismo y en particular luchar contra el convite anexionista del ALCA. En La Habana se realizan para entonces encuentros hemisféricos y reuniones que sirven como tribunas internacionales, e instancias para buscar y concretar la unidad de las acciones antimperialistas.

En las nuevas circunstancias históricas que se viven en nuestro hemisferio, el internacionalismo cubano expresa su identidad y apoyo a la voluntad de cambios que se expresa en el continente, al avance de la Revolución en la República Bolivariana de Venezuela, y de la emancipación política, social y económica en Bolivia, Ecuador, Nicaragua, en otros naciones de la región y en el mundo. En las relaciones cubano-venezolanas, en sus acuerdos de cooperación y complementación se abre la perspectiva de concretar una nueva integración continental, bolivariana y martiana, basada en la justicia, la solidaridad y en el apoyo a las necesidades de nuestros pueblos. Ello ha fructificado en el lanzamiento del ALBA-TCP.

El período transcurrido a partir del año 2000, se ha caracterizado por el crecimiento acelerado y la diversificación de las modalidades de la colaboración internacional que Cuba ofrece a otros países. La colaboración que se brinda no constituye un instrumento de injerencia del Gobierno cubano en los asuntos internos de estos países. Y nuestros cooperantes no intervienen en la vida política de las naciones donde realizan su trabajo. No obstante el estricto apego de los colaboradores cubanos a estas normas, su labor es contantemente objeto de ataque y tergiversación por parte de las fuerzas proimperialistas y oligárquicas.

Quienes han hecho del ejercicio de la medicina un negocio para minorías, los que lucran con la educación privada y la exclusión de las universidades de la mayoría de los hijos de los trabajadores y campesinos, ponen todo tipo de obstáculos para el avance de los programas de colaboración cubana, exigen rigurosas normas de acreditación profesional, niegan la homologación de títulos a los jóvenes formados por la Revolución, intrigan sobre las propósitos de nuestra desinteresada ayuda. Tanto mentir, la torpeza e indigencia de sus argumentos, deja a la luz la raíz clasista, burguesa, mercantil y egoísta, profundamente antinacional de tal posición.

---

<sup>36</sup> Roberto Regalado Álvarez: «Reforma o Revolución. La izquierda latinoamericana hoy», *Rebelión*, 9-1-2006; Felipe de J. Pérez Cruz y Juan Rosales, *Socialismo del Siglo XXI: la historia inmediata*, Honda no. 19 de 2007, La Habana, pp. 1 y ss.

El temor que sienten estos elementos frente a nuestros internacionalistas se explica: al participar en el combate contra la pobreza, la insalubridad y la ignorancia, brindar sus conocimientos científicos y técnicos y ayudar al crecimiento de una nueva socialidad, se insertan en la batalla contra las terribles circunstancias heredadas del colonialismo y el neocolonialismo, y se constituyen en gestores de la desenajenación y la liberación humana.

## La solidaridad con Cuba

Reconforta constatar cuánto hemos crecido los cubanos, en la comprensión del notable lugar que tiene en el mundo actual nuestro heroico pueblo. La fuerte labor de cooperación e internacionalismo que realiza la Revolución Cubana se asienta en el alto grado de instrucción y profesionalización que ha logrado su pueblo. Pero no solo, ni en lo fundamental, estamos ante un hecho de capacitación de recursos humanos. Se trata de un resultado de formación de valores humanistas. Todas las promociones de jóvenes graduados lo hacen con un alto componente de actitud para el servicio social, dentro del país y en otros pueblos hermanos. Este es un raro valor entre los profesionales formados en las mercantilizadas sociedades burguesas contemporáneas, por eso los movimientos de voluntariado de la ONU y otras organizaciones internacionales —además de las limitaciones financieras— resultan insuficientes para asumir los retos de la ayuda y la colaboración internacional. En Cuba por el contrario la educación solidaria e internacionalista constituye una dimensión educativa que se sustenta desde la familia, en el ejercicio continuado de colaboración y cooperación con otros pueblos.

Los cubanos comprenden que no estamos solos en este estoico combate por el socialismo, que millones y millones de mujeres y hombres del mundo, nos acompañan. Las luchas compartidas de los internacionalistas, han creado lazos que perduran a través de la distancia y el tiempo. La cooperación que Cuba presta a otros países genera más solidaridad y más compromiso con Cuba, que se concretan también en una multitud de fluidas relaciones personales.

Nuestro país derrotó en estos años lo que constituía el eje principal de la política del imperialismo en su intento por aislarnos. Hoy Cuba tiene relaciones diplomáticas con 186 estados y articula el Movimiento de Países No Alineados, tiene un destacado papel en el grupo latinoamericano de la ONU y en diversos comités e instancias del organismo internacional. Una sustantiva expresión de los gobiernos y pueblos del mundo a favor de la causa cubana, ha estado en estos años el rechazo al bloqueo norteamericano que ha sido prácticamente universal.

La sociedad cubana se nutre en el intercambio con los amigos que de todo el mundo se comunican con los cubanos y cubanas, y visitan el país. A través del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (ICAP) tiene expresiones concretas en las brigadas internacionales —26 en 2007— que en el período vacacional visitan

el país para participar en sus obras. A escala mundial 2 026 organizaciones apoyan a la nación caribeña en constantes campañas de solidaridad. Particular esfuerzo lo constituye la batalla por la liberación de los cinco antiterroristas cubanos, presos en cárceles estadounidenses. Hay 335 comités de solidaridad con esta causa, en los que sobresale el incremento de la participación de los jóvenes.

Gracias al predominio de las relaciones de colaboración e internacionalismo, las conexiones del pueblo cubano con el exterior, conforman un sustantivo proceso de formación de valores socialistas, que se desenvuelve como totalidad, y deja en posición marginal a aquellos grupos minoritarios que han sido presa de las claves del consumismo individualista y/o la manipulación contrarrevolucionaria de sus expectativas de migrar y vivir en el capitalismo. Esta es una praxis que ratifica —y construye— hacia «dentro» de la nación, el concepto martiano de que nos abre la patria a la humanidad.

La solidaridad y el internacionalismo en la Revolución Cubana, no dejan de presentar desafíos de desarrollo en un mundo cada vez más complejo y multifacético. No siempre nos percatamos de que el mundo revolucionario que ha resistido el embate de la caída de la URSS y los nuevos procesos en curso, también constituyen válidos referentes para el socialismo cubano. Estudiamos y sistematizamos poco lo positivo y trascendente que ocurre en nuestro entorno de solidaridad. Tenemos la posibilidad histórica de buscar en ellos nuevas fuentes, para pensar el despliegue sucesivo de nuestras propias potencialidades: ¿Cuánto nuevo e interesante crece desde una experiencia tan cercana como la vietnamita que nos ha acompañado en la victoria y resistencia antimperialista durante casi medio siglo? ¿Cuánto aprender de ese laboratorio en que se ha convertido la Venezuela bolivariana? En toda la nueva constitucionalidad progresiva que ha avanzado en Sudamérica de la mano de las masas, en las asambleas y plebiscitos reconstituyentes, hay que sumergirse para buscar lo nuevo que puede perfeccionar nuestra institucionalidad socialista. ¿Qué nos aporta el reencuentro con las cosmovisiones quechuas, aimaras, mayas... del mundo, el hombre y su organización social?

¿Y qué diálogo de enriquecimiento podemos sostener con quienes en América Latina, el Caribe y el mundo, cercados por la ideología burguesa y el dogma demoliberal, abren nuevos espacios de resistencia y creación revolucionaria, educan y son reeducados, y en no pocos países adelantan la toma de reductos hasta ahora vedados para el pueblo? ¿Cuánto nos puede aportar la exitosa experiencia de autogestión de las unidades de producción agropecuaria del Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierras (MST) del Brasil, o la de los obreros que toman y echan a producir las fábricas abandonadas por los dueños en Argentina? ¿Cómo crece el gobierno popular en los municipios libres del zapatismo mexicano? ¿Cuánto aprender del renacer del movimiento de educación popular en América Latina o de la Pedagogía Crítica en Estados Unidos y Canadá? ¿Cómo se forman valores progresivos y revolucionarios

en medio del cerco de las relaciones materiales objetivas capitalistas, de sus claves cosificantes? ¿Cómo resistir y vencer la enajenación, como ascender en el camino de la liberación? ¿Cómo educar y ser educados para la Revolución, en medio de la hostilidad del mundo burgués?

**FELIPE DE J. PÉREZ CRUZ**

Doctor en Ciencias Pedagógicas, es investigador y presidente en la Ciudad de La Habana, de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba.

Foto: Franklin Reyes Marrero

# COLECCIÓN

## vidas rebeldes



### **HAYDEE SANTAMARÍA**

Publicado en asociación con la Casa de las Américas

Haydee fue una de las dos mujeres participantes en el asalto al Cuartel Moncada, combatiente del Movimiento 26 de Julio y del Ejército Rebelde. Con el triunfo de la Revolución cubana, en 1959, fundó la Casa de las Américas, prestigiosa institución cultural, concebida como un espacio de encuentro y diálogo entre los creadores del Continente y de todo el mundo, a cuyos proyectos aportó su clara visión integradora y latinoamericanista. Esta compilación incluye textos de Alicia Alonso, Mario Benedetti, Ariel Dorfman, Melba Hernández, Roberto Fernández Retamar y Silvio Rodríguez, así como de la propia Haydee.

138 páginas, ISBN 978-1-921235-91-7



### **ROSA LUXEMBURGO**

El nombre de Rosa, amada y admirada hoy por los jóvenes más radicales y combativos de todas partes del mundo, es símbolo de rebeldía y revolución. Cuando ya nadie se acuerda de los viejos jefes de la socialdemocracia europea del siglo XIX, el pensamiento de Rosa continúa generando polémicas. Su espíritu insumiso y rebelde asoma la cabeza –cubierta por un elegante sombrero– en cada manifestación juvenil contra la globalización y la dominación capitalista.

132 páginas, ISBN 978-1-920888-60-2



### **ANTONIO GRAMSCI**

La influencia de sus reflexiones alcanza una dimensión mundial; abarca no sólo al pensamiento de la izquierda revolucionaria, sino también a numerosas corrientes como la teología de la liberación o la educación popular, varias disciplinas como la crítica cultural, la historiografía de las clases subalternas y la sociología de los procesos políticos, y la lucha de las nuevas generaciones por «otro mundo posible».

132 páginas, ISBN 978-1-920888-59-6



# ocean sur

una nueva editorial latinoamericana

## oficinas de ocean sur

- México:** Juan de la Barrera N. 9, Colonia Condesa,  
Delegación Cuauhtémoc, CP. 06140, México DF  
Tel. (52) 5553 5512 • E-mail: [mexico@oceansur.com](mailto:mexico@oceansur.com)
- Cuba:** Tel: (53-7) 204 1324 • E-mail: [lahabana@oceansur.com](mailto:lahabana@oceansur.com)
- El Salvador:** Tel: (503) 2223 0104 • E-mail: [elsalvador@oceansur.com](mailto:elsalvador@oceansur.com)
- Venezuela:** Tel: (58) 412 295 5835 • E-mail: [venezuela@oceansur.com](mailto:venezuela@oceansur.com)
- EE.UU.:** E-mail: [info@oceansur.com](mailto:info@oceansur.com)

## distribuidores de ocean sur y contexto latinoamericano

**ARGENTINA: Cartago Ediciones S.A.**

[www.cartago-ediciones.com.ar](http://www.cartago-ediciones.com.ar)  
Tel: 011-4304-8961  
E-mail: [info@cartago-ediciones.com.ar](mailto:info@cartago-ediciones.com.ar)

**CHILE: Editorial "La Vida es Hoy"**

Tel: 222 1612  
E-mail: [lavidaeshoy.chile@gmail.com](mailto:lavidaeshoy.chile@gmail.com)

**COLOMBIA: Ediciones Izquierda Viva**

Tel/Fax: 2855586  
E-mail: [ediciones@izquierdaviva.com](mailto:ediciones@izquierdaviva.com)

**CUBA: Ocean Sur**

E-mail: [lahabana@oceansur.com](mailto:lahabana@oceansur.com)

**ECUADOR:**

**Ediciones La Tierra**  
(distribución de Contexto Latinoamericano)  
Tel: (2) 256 6036  
E-mail: [ediciones\\_latierra@yahoo.com](mailto:ediciones_latierra@yahoo.com)

**Libri Mundi S.A.** (Ocean Sur)  
Tel: (2) 224 2696  
E-mail: [ext\\_comercio@librimundi.com](mailto:ext_comercio@librimundi.com)

**EL SALVADOR Y CENTROAMÉRICA:**

**Editorial Morazán**  
E-mail: [editorialmorazan@hotmail.com](mailto:editorialmorazan@hotmail.com)

**MÉXICO: Ocean Sur**

Tel/Fax: 5553 5512  
E-mail: [mexico@oceansur.com](mailto:mexico@oceansur.com)

**PERÚ: Ocean Sur Perú**

Tel: 330 7122  
E-mail: [oceansurperu@gmail.com](mailto:oceansurperu@gmail.com)

**PUERTO RICO: Libros El Navegante**

Tel: 7873427468  
E-mail: [libnavegante@yahoo.com](mailto:libnavegante@yahoo.com)

**VENEZUELA: Ocean Sur**

E-mail: [venezuela@oceansur.com](mailto:venezuela@oceansur.com)

**AUSTRALIA: Ocean Press**

Tel: (03) 9326 4280  
E-mail: [info@oceanbooks.com.au](mailto:info@oceanbooks.com.au)

**EE.UU. Y CANADÁ: CBSD**

[www.cbsd.com](http://www.cbsd.com)  
Tel: 1-800-283-3572

**GRAN BRETAÑA Y EUROPA:**

**Turnaround Publisher Services**  
E-mail: [orders@turnaround-uk.com](mailto:orders@turnaround-uk.com)



# LA REVOLUCIÓN CUBANA

MEDIO SIGLO DE ANTIMPERIALISMO Y SOLIDARIDAD

En conmemoración del cincuenta aniversario de la Revolución Cubana, la editorial Ocean Sur publica este número especial de *Contexto Latinoamericano*, que incluye una selección de textos emblemáticos de la política exterior cubana, en las voces de Fidel Castro, Che Guevara, Haydee Santamaría, Manuel Piñeiro, así como reflexiones de reconocidos especialistas sobre aspectos esenciales de esa política y los factores que la condicionan: la proyección continental de la Revolución Cubana, la política de los Estados Unidos hacia América Latina, el conflicto entre los Estados Unidos y Cuba, las relaciones internacionales de Cuba, y su solidaridad e Internacionalismo.

«Cuba predicó siempre con su ejemplo. Jamás claudicó. Jamás vendió la causa de otro pueblo. Jamás hizo concesiones. Jamás traicionó principios».

– Fidel Castro

US\$14.95

ISBN 978-1-921438-03-5



9 781921 438035

contexto  
LATINOAMERICANO

REVISTA DE ANÁLISIS POLÍTICO



www.oceansur.com

www.oceanbooks.com.au